SELVA PALACIOS

UN MADRID FRAGMENTADO EN RECUERDOS

UN MADRID

FRAGMENTADO EN

RECUERDOS

Selva Palacios

Copyright © Marzo 2024 Selva Palacios

Todos los derechos reservados
Diseño de cubierta: Alba Herrero
Maquetación: SSO Diseypubli

Contents

Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
EPILOGO
agradecimientos

Capítulo 1

Paro en seco, aunque no sonrío. No me gusta cantar victoria antes de tiempo. Sin embargo, reconozco que me hace ilusión lo que veo y eso no me sucede con demasiada frecuencia. Acorto la distancia que me separa de mi objetivo a buen paso. Estoy decidida a entrar en la tienda aunque esté cerrada. Me acerco al escaparate. Me pongo de puntillas, coloco las manos alrededor de mi frente, improvisando una visera, y echo un vistazo al interior.

Lo que hay tiene buena pinta, así que pruebo a abrir la puerta. La llave está echada, pero no pienso rendirme tan fácilmente. Doy media vuelta con los ojos fijos en el suelo. Busco un objeto pesado y manejable por la acera. También entre los árboles que se yerguen al lado. Encuentro un trozo de adoquín suelto del tamaño perfecto. Sonrío un poco. Solo un poco. Estudio su peso. Lo paso de una mano a otra mientras observo a unos metros el escaparate de cristal.

No tiene la verja echada, así que es mi día de suerte. Estiro el brazo hacia atrás mientras calculo la fuerza con que debo efectuar el lanzamiento. Tomo aire, concentrada y la piedra traza un arco antes de estrellarse contra el objetivo. El golpe solo astilla la luna. Con un gesto de fastidio, repito el proceso una y otra vez hasta que me doy cuenta de que me divierto. Ahora sí que estoy sonriendo de verdad. Seguro que se me ven todos los dientes de arriba. Y es que me lo estoy pasando bien. Como cuando eres un niño despreocupado y feliz que solo piensa en jugar. A la vez, desfogo toda esa rabia y frustración propias de la edad adulta.

—¡Qué bien sienta esto, joder! —aúllo.

Odio reconocerlo, pero también se me escapan unas pocas lágrimas. No es la primera vez que hago algo así, por si te lo preguntas. Me refiero a lo del vandalismo, llorar es otra historia.

Me he acostumbrado a ir por ahí como si fuese una tía chunga, por lo que mi conciencia anda bastante tranquila. Los remordimientos no me atosigan cuando por fin consigo romper el escaparate. Los trozos de cristal caen en cascada. A patadas, acabo con los pocos que se mantienen en pie.

El ruido suena a música para mis oídos.

La alarma no ha saltado. Tampoco cuando accedo al pequeño local: una tienda de chuches. Paseo por ahí sin prisa ninguna. La luz que llega de la calle es suficiente, así que no saco la linterna. Dentro huele a dulce y a cerrado. Me quito la mochila que llevo al hombro, me agacho,

la abro y la dejo en el suelo, en el centro de la tienda. No tardo mucho en encontrar lo que he venido a buscar.

Mi botín es una caja entera de regalices rojos.

Debajo hay otra, así que doble ración de felicidad. Me llevo las dos. Podría coger cualquier otra cosa, pero últimamente me ha dado por comer esta delicia a todas horas, en plan obsesivo, así que no necesito nada más.

Antes de cerrar la cremallera, decido que me merezco una recompensa instantánea, así que cojo dos y me los cuelgo de la boca como si me hubieran crecido un par de colmillos largos y flácidos. Recojo mis pertenencias mientras muerdo, mastico y trago. Muero de gusto al comprobar que las golosinas aún están tiernas, algo que a estas alturas me parece un milagro.

Al salir, pienso en lo cansada que estoy. Joder, no me había dado cuenta hasta ahora. Y es que me he tirado todo el día trabajando en lo mío.

Camino unos cuantos pasos. El viento deja de soplar. Entonces el silencio se impone y cae sobre mí de un modo que me pone los pelos de punta. Me detengo. Decido que me merezco otro par de regalices. Abro mi mochila, saco el botín y engullo. Reanudo la marcha. Caen otros dos más.

Cuando quiero darme cuenta, me he comido media caja mientras desandaba el trecho.

Al menos, he dejado de pensar. Y el aire mueve de nuevo las hojas de los árboles, la basura acumulada alrededor. Y entonces me pregunto por qué solo me gustan los regalices rojos. Paso de los de color negro. Odio la discriminación de cualquier tipo, créeme, pero es que podría comer esta mierda el resto de mi vida sin cansarme.

Si mis padres supieran que acabo de romper el escaparate de una tienda para agenciarme dos cajas de regalices, les daría un puto chungo. Menos mal que no están aquí para verlo. Imagino sus caras largas, el sermón, la decepción en su voz. Me castigarían de por vida. Les daría una excusa para que manejaran mi vida hasta por lo menos los treinta.

Yo antes no hacía esas cosas. Es que directamente ni se me pasaban por la cabeza. Pero ahora, sí.

Ahora, me la sudan las consecuencias.

¿Qué ha cambiado? Esa es una muy buena pregunta.

No tengo miedo a las represalias, ni a las cámaras de seguridad, ni a la posibilidad de que haya testigos, o de que la poli me busque para llevarme detenida a comisaría e interrogarme.

No. Nadie va a venir a reclamarme nada, ¿sabes por qué?

Porque no hay nadie.

Capítulo 2

Aprieto el paso. Quiero llegar a Colón antes de que el sol se largue. Cuando diviso a lo lejos el monumento al Descubrimiento de América, sonrío. Se ve tan bonito ahora que me entra un escalofrío de orgullo. Los tres enormes bloques de hormigón con relieve e inscripciones ahora resplandecen vestidos de vivos colores. Se me acelera el corazón. He tardado muchos días en acabar de pintarlos.

¿Cuántos? No lo sé. No llevo la cuenta.

Un andamio que rescaté de por ahí me ha ayudado a llegar a las esquinas superiores. Cuando estoy subida a un armatoste de estos, a tres o cuatro metros de altura, tengo mucho cuidado. No puedo permitirme el lujo de caer y romperme algo. Eso sería lo peor que podría pasarme. Aunque no soy patosa, mis reflejos dependen del día. Si me confío, la puedo liar, así que procuro mirar siempre hacia el frente, hacia lo que estoy creando.

Pero a veces me abstraigo tanto que se me olvida.

Hay un montón de botes de pintura en spray desparramados por el suelo. Cuando el viento sopla ruedan hasta perderse por algún rincón. Me apunto mentalmente la tarea de recogerlos. No he perdido del todo el civismo, a pesar de que mucha gente consideraría esto que hago una falta de respeto hacia lo ajeno, el patrimonio y la cultura en general. El arte sobre el arte no suele estar bien visto y además suena un poco pretencioso, pero ya no queda nadie para indignarse u ofenderse. Y estos enormes bloques no van a quejarse, de todas formas. Las paredes siempre serán muros verticales, independientemente de quién las yerga, cómo las disfracen o qué simbolicen. Yo prefiero pintarlas antes que verlas como obstáculos. Elimino su significado original al convertirlas en lienzos. Crear algo nuevo sobre un concepto que ya no le importa a nadie no pesa sobre mi conciencia. Nada. Sin embargo, el principal motivo por el que hago esto es que me he quedado sola en casa, así que voy a decorarla a mi gusto.

Me meto unos cuantos regalices de golpe en la boca. Las paso canutas para tragar la bola gigante que se forma, aunque es mucho peor la mental, esa que intento digerir con el coco. Saco de mi mochila una botella de agua. Bebo hasta que se acaba. Intento encestarla en una papelera, aunque sea un gesto un poco absurdo. La basura que ningún camión pasó a recoger apestó durante semanas. Ya no la huelo, por suerte. Supongo que me he ido acostumbrando al olor. Y a

la capa de polvo cada vez más espesa que se asienta sobre los coches. Y a los plásticos que en su vuelo se toparon con las ramas de los árboles. Así, enredados, parecen adornos navideños que alguien con muy mal gusto colocó a mala leche.

Bajo al suelo, quito el seguro y arrastro el pesado andamio para despejar el espacio. Me alejo caminando hacia atrás, con los ojos sobre lo que acabo de pintar. Joder, ¡cómo duele! Llevo una de mis manos al cuello mientras lo masajeo. Resoplo. Demasiado tiempo con los músculos en tensión. Esta postura me hace ver las estrellas, pero es que no puedo dejar de mirarla: la chica que me clava la mirada soy yo. Tiene los ojos rasgados, el pelo largo y negro, con la raya en medio. Está seria, con cara de «¡ey, no te acerques!». Llueve, así que el vestido rojo que lleva se moja. Está sola, a pesar de que la rodea una masa de gente uniforme y gris. Sus manos le cubren la cabeza. Intenta protegerse de los clones. Todos visten igual, todos dicen lo mismo:

«Bla, bla, bla».

Conversaciones vacías, consejos no pedidos, palabras que no dicen nada.

Trago saliva al sentirlo tan jodidamente real. Esto es un espejo con vistas al pasado, porque así era como me veía a mí misma hasta que todo se fue a la mierda.

Hasta que todos se marcharon para dejarme completamente sola.

Ojalá pudiera volver atrás porque, aunque el punto en el que estaba no era ni mucho menos perfecto, al menos contaba con un presente cierto y un futuro que pretendía ser trazado. Ahora, no queda nada a lo que agarrarse, salvo un puñado de regalices rojos y unos grafitis con los que convierto a Madrid en un lienzo gigante.

Ese es el plan: dejar pasar los días, la vida entera, hasta que algo cambie. En mí o fuera.

Antes de todo esto, no había tocado un bote de spray en mi vida. Aprendí a manejar el arte del grafiti gracias a algunos libros y a fuerza de ensayo y error. Sin tutoriales de Youtube, sin vídeos de Tiktok, sin alguien que me guiara. Todo muy *oldschool*. Antes era una novata penosa. Ahora, al menos, sé cómo modificar las boquillas de los aerosoles para lograr diferentes efectos y estilos.

Últimamente tengo mucho tiempo libre, ¿sabes? Así que lleno mis horas muertas de pintura. Y mis dedos también. Y Madrid. Poco a poco.

Menudas cagadas hacía al principio por Vicálvaro y por Moratalaz, sitios que no pienso frecuentar mucho. Sonrío con tristeza al recordar lo mucho que mis padres se cabreaban cuando me veían con un lápiz en la mano. Rechazaban cualquier cosa que sonara «artística». Querían que estudiara una «carrera de provecho», como un grado en ADE o económicas. El plan era dejarme la tienda cuando ellos se hicieran mayores o ayudarme a poner otro negocio. ¡Qué aburrido sonaba eso! ¡Cuántas discusiones tuvimos! Cada vez que les plantaba cara me amenazaban con castigarme para siempre o con enviarme de vuelta a China, a casa de mis abuelos.

No hubiese sido la primera *chiñola* en pasar allí una larga temporada, con o sin ganas, con o sin intención de regresar. Algunos hijos de conocidos, amigos de mis padres, me contaron que una vez «en casa», todo era extraño. Sentían que no encajaban. No comprendían su propia cultura, la que les definía de verdad, esa que estaba incrustada en sus raíces. Se veían a sí mismos extranjeros también en aquel país. Piezas sueltas. Incomprendidas. Inadaptables. Un puente entre dos ríos muy distintos que no se termina de asentar en ninguna orilla.

Varios meses antes de que todo se fuera al cuerno, mis padres se pusieron todavía más intensitos con el tema de mi futuro y mis estudios. Fue una mierda. Ellos no hacían ningún esfuerzo por entenderme a mí. Yo no les comprendía a ellos. Su inflexibilidad me hacía perder la paciencia un poco antes que la última vez. Daba cuatro voces en los dos idiomas y terminaba la

discusión con un portazo. Me encerraba durante horas en mi cuarto mientras fingía que estudiaba. En realidad, dibujaba sin parar. Lápices, rotuladores, bolis. Llenaba las páginas de los cuadernos que mangaba de la tienda que teníamos en el barrio. Y a eso me dedicaba todo el día, salvo cuando tenía que ir a clase. También leía mucho. A veces quedaba con Susana, o veía una peli. Eso, cuando no me obligaban a currar.

Ojalá todavía estuvieran aquí para obligarme a currar. Lo haría encantada. Y les abrazaría apretándolos muy fuerte, aunque se quejasen. Fui la hija rebelde que nunca debí ser. Una desagradecida que les llenaba de preocupaciones extra. Miles de pájaros en la cabeza y esta, en las nubes. Ellos, a su manera, solo querían lo mejor para mí, pero en aquel momento no era capaz de verlo. Tampoco de oírlo, porque me ponía la música de Miley Cyrus a todo trapo para no escucharles.

Ya, ya lo sé, no me pega, pero ¿qué pasa? Además, la cantante y yo nos parecemos bastante, pero ya te explicaré por qué más adelante.

Como regalices hasta que me empacho. Siento las lágrimas correr por mis mejillas. Las espanto a manotazos y distraigo la mente pensando en lo que sigue Quiero pintar algo en el ayuntamiento. O en la Puerta de Alcalá. A la Cibeles aún no me atrevo a tocarla, pero dame tiempo. Ya se me ocurrirá algo para transformarla en una heroína asiática.

No te confundas con mis actos: lo último que quiero es faltarle al respeto a Madrid. Esta ciudad y yo desde siempre hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Como si la una para la otra fuésemos esa amiga con la que no llegas a congeniar del todo. Pero nos hemos quedado solas, así que no tenemos más remedio que mejorar nuestra relación. Además, ahora tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. Y si no le gusta, que se joda. Ella calla y yo la pinto.

Voy a hacerla mía. A convertirla en mi museo al aire libre.

A dejar mi huella.

Capítulo 3

Llevo sin cruzarme con alguien tanto tiempo que tengo miedo de olvidarme de mi propia humanidad. Suena profundo, ¿eh? Pues no. Me refiero a detalles que antes daba por sentado, pero que ahora me resultan imprescindibles. Ese gesto que viene antes de una sonrisa. Que te brillen los ojos cuando ves algo bonito. Reírse a carcajadas, hasta que te duela la tripa. Fruncir el ceño concentrada. La manera en que pones los brazos antes de recibir un abrazo que esperas. Bailar. Sacarle el dedo a un gilipollas y mandarlo a paseo.

Joder, echo de menos todo eso. Y mucho, mucho más.

La soledad es como una sombra. Te persigue. No se cansa de ti, aunque tú sí de ella. Te acompaña a todas putas horas y no te deja en paz.

Estar conmigo misma ha dejado de tener gracia.

Antes de llegar a la fase de aceptación y resignación he pasado por todas las anteriores. Intenté cada maldita cosa que se me ocurrió. Llamé a la gente a gritos con la ayuda de un megáfono. Lancé petardos, incluso cohetes. Dejé señales de mi presencia por si alguien venía. Quería que me encontraran con una desesperación que se me agarraba a la garganta.

También he buscado a la peña. En hospitales, plazas, centros comerciales, estaciones de tren y bus. En espacios abiertos. Estuve incluso tres días deambulando por el aeropuerto de Barajas para ver si aterrizaban o despegaban aviones. He llorado hasta caer rendida, he vuelto a lanzar aullidos al aire por si me contestaban.

Llegué incluso a pensar, cuando se me fue la olla, que había sido elegida para protagonizar un *reality show* de cámara oculta bastante currado. Pero fueron pasando los días y todo seguía igual. Ahí me convencí de que se habían esfumado sin dejar rastro. Tan simple como escalofriante. Se marcharon sin más. Sin una maldita prueba de que alguna vez hubiesen convivido conmigo más de tres millones de habitantes aquí, solo su basura, sus cosas, sus coches, los edificios, las calles por las que caminaban.

Así que no queda nadie, solo yo. Al menos, en Madrid. Y no me atrevo a moverme de aquí, la verdad. Me conozco la zona A como la palma de mi mano. Tengo cuanto que necesito y, si no hay ni un alma en la capital, ¿qué quedará más lejos? Vacío, supongo. O algo peor.

Ahora que han pasado tantos días he llegado a una conclusión: la soledad es más compleja de

lo que creía. Antes, cuando las cosas eran normales, me gustaba. Nunca fui de esas personas que se agobian si están aisladas en sus movidas. Podía pasarme horas pintando o leyendo sin hablar con otro ser humano y tan a gusto. Pero ya no me pasa porque cuando es impuesto, no se disfruta igual. Te acabas enfrentando a tus demonios más pronto que tarde. Eso, o te vuelves majara.

Quizá es eso. Quizá esté loca.

Me lavo los piños sin dedicarle mucho tiempo a la tarea. Antes temía a los dentistas y, aunque ahora me aterroriza no poder contar con ellos, tampoco me preocupa el largo plazo. Me enjuago la boca y salgo de mi casa. De la que compartía con mis padres, en la calle Cerro Bermejo, distrito de Puerta del Ángel. ¿Creías que sería tan predecible como para vivir en Usera? El *Chinatown* madrileño queda relativamente lejos de mi casa. Ninguno de los dos barrios es un sitio bonito. Ambos tienen en común sus bloques bajos y viejos que no visitaría ni siquiera un turista borracho.

En la fachada del edificio situado frente al mío me topo con uno de los primeros murales que pinté, hace semanas o quizá meses. Desvío la mirada porque no estoy muy orgullosa de mi creación, aunque esta sí que me mira a mí. Suspiro al recordar que utilicé pintura plástica de exteriores y brocha gorda. En realidad, el resultado tampoco es tan malo, pero me arrepiento de haber plantado mi creación justo ahí, para que me salude por las mañanas y me dé las buenas noches al regresar.

En el mural se puede ver a dos chicas alejándose por una calle cualquiera de Madrid. Una de ellas soy yo. La otra, es una silueta. Representa la soledad y las dos caras que, para mí, siempre ha tenido. La deseada y la impuesta. Supongo que en el fondo son la misma. Ambas se complementan y no podrían existir sin la otra.

Todo depende desde donde lo mires.

Me largo de allí mientras murmuro una despedida. Me paso por la tienda que tenían mis padres en la calle de Pericles, a un tiro de piedra de mi casa. Recuerdo a los gilipollas de mi instituto fumando en la puerta, aunque peor era si entraban. Siempre en grupo, claro. Uno por uno no se atrevían a armar jaleo, gritar, desordenar las baldas, robar litronas y reírse del acento de mis padres. Antes o después de hacer todo eso, me buscaban con una sonrisa y me llamaban «platanito» entre susurros.

Lo odiaba. Sigo odiando el recuerdo de aquello, pero echo de menos un montón de cosas de ese antiguo mundo. A mis padres, claro. Y una ducha. E internet. Joder, incluso a esos mismos imbéciles que jamás se aprendieron mi nombre porque no les salió de los huevos. Ojalá vinieran ahora por aquí. Compartiría la comida que queda con ellos. Incluso les dejaría que me llamaran «platanito». Una vez. Solo una. Luego ya les diría que se dejaran de gilipolleces.

Sí, en mi imaginación me atrevo a decírselo a la cara así, tal cual, ¿vale?

Supongo que te estarás preguntando que por qué tal fijación con esa fruta en particular. En segundo de la ESO nos mandaron hacer una redacción sobre nosotros en Lengua y Literatura. La profesora me obligó a leer la mía en voz alta delante de la clase. Salí a la pizarra y expliqué que me sentía como un plátano porque soy amarilla por fuera y blanca por dentro. No a modo de ofensa o desprecio, es como los chinos en la diáspora nos llamamos a nosotros mismos.

Maldita la hora en que lo dije, porque toda la clase estalló en carcajadas y, sin querer, les di un arma que a partir de entonces usaron contra mí todo el tiempo. Se apropiaron del término para hacerme daño. Yo les di el poder y, aunque las palabras no puedan herir como tal, la intención es lo que cuenta.

Soy china de la cabeza a los pies. Nací allí, me crié allí hasta los ocho años. Hablo mandarín. Lo escribo regular, eso sí. Pero también me siento un poco de aquí. Como con palillos y también

con cuchillo y tenedor. Me encanta que en Madrid haya tantas horas de sol. También el arte de sus museos y ese que ves todos los días por la calle si te fijas. Reconozco que me gusta la mentalidad española, mucho más abierta que la china, aunque a veces odie algunas cosas, como esa costumbre de dar dos besos al saludar.

Ah, y me flipa la tortilla de patatas. Con cebolla. ¡Joder, qué hambre! Abro mi mochila y meto otra lata de albóndigas a la jardinera. Y una Coca-cola que está caliente. Conecto los auriculares a mi antiguo reproductor de música. La batería está a tope gracias a un cargador solar que cogí prestado de El Corté Inglés de Castellana. Suena Miley Cyrus y su *Can't Stop*. Sonrío sin poder evitarlo porque esta canción habla sobre fiestas, buen rollo y cero preocupaciones. Hago como que me lo creo y camino mientras muevo las caderas al ritmo del compás. En el antiguo mundo no me habría atrevido a hacer esto ni de coña. Ni siquiera de noche por un barrio en el que nadie me conociera, pero ahora no queda nadie y puedo hacer lo que quiera.

It's my life I can do what I want to.

Muevo la boca de manera exagerada vocalizando la letra porque no me atrevo a cantarla. Lo hago fatal. Y así, marcándome un *playback* como si protagonizara el mejor videoclip de la historia, me alejo.

Procuro no pasar por delante de la casa de Susana. Ni de la de él. Es fácil, solo tengo que dar un rodeo, pero no sé si quiero. Suspiro. Decido que atajaré por el Puente de Toledo y así veo el Manzanares. Prefiero este Madrid al de la Latina, que ya lo tengo muy visto.

Al menos, me quedan los libros. Ellos no han desaparecido y cada librería puede convertirse en mi biblioteca particular después de unas cuantas pedradas.

Aunque a mi favorita no me atrevo a tocarla.

Pasa una hora, o al menos eso solía tardar en recorrer la distancia que separa mi barrio de este sitio. Suena *Wrecking Ball*. La tentación de pasar la canción está ahí, pero la resisto. Me apetece chutarme una dosis de melancolía justo cuando veo el templo de Debod a lo lejos. Era un lugar de peregrinación obligatorio para muchos madrileños y turistas.

También el único sitio que jamás voy a pintar.

Casi todos los días vengo porque solo aquí siento un poco de paz, aunque los recuerdos me zumben alrededor como putos mosquitos.

Me quito la mochila, me siento en el césped. Es más verde desde que los coches se quedaron dormidos y el humo dejó de encapotar el cielo. Pienso en ese dicho: *the grass is always greener on the other side*. Sonrío triste ante tal mentira.

Miley sigue cantando. Cierro los párpados y le veo a él. A mí. A nosotros. Me da miedo olvidarme de su sonrisa, del color de sus ojos, de la manera en que sus labios se curvaban antes de besarme, pero no va a ser hoy. Entonces, siento que los recuerdos ya no me abruman, sino que me arrullan y me acompañan, como una nana.

Cuando se acaba la canción, me noto más fuerte que hace cinco minutos. Abro los ojos.

Joder, las vistas de un Madrid sin contaminación son alucinantes.

Capítulo 4

Antes de quedarme sola

—Mamá, ¿te importa? —Me aparto de su lado. Estoy tan cabreada que bufo como un toro. Atravieso el pasillo. Detecto que me persigue, así que doy media vuelta y le digo, en bajo y en chino—. ¡No es bueno discutir delante de los clientes!

Me mira con gesto serio. Coloca los brazos en jarras y decide que tengo razón. Señala la trastienda. Media vuelta otra vez. Pongo los ojos en blanco al seguirla. Una vez estamos solas, cierra la puerta.

Habla entre susurros, como si le dieran cierto respeto sus propias palabras:

—Tu padre dice que, si sigues así, te enviaremos de vuelta a casa.

Me cruzo de brazos y tuerzo la cabeza mientras frunzo el ceño.

—¿A casa? Ya estoy en casa.

—Sabes a lo que me refiero.

Resoplo. Abro la boca, dispuesta a replicar, pero luego me lo pienso mejor y cuento hasta tres.

—Volver a Qingtian no hará que sea la hija que quieres que sea.

Mi madre se pasa la mano por la frente. Está cansada después de un duro día de trabajo. Se quita las gafas y se rasca los ojos.

—Solo queremos lo mejor para ti.

—¿Qué es lo mejor para mí?

Sé la respuesta a esa pregunta. Lo hemos hablado mil veces, pero me apetece tocar un poco la moral.

—¿Por qué no quieres entenderlo?

—¡Sois vosotros los que no me entendéis a mí! —exclamo, frustrada.

La discusión llega a punto muerto, como siempre. No falla, el tema sale cada semana desde que empezó el curso. Un silencio incómodo me invita a centrarme en los sonidos que llegan desde el otro lado. Pasos de clientes, murmullos, la tele. Empiezo a sentir un poco de agobio. Me pasa siempre que entro en este pequeño almacén lleno de cosas hasta arriba. Un fluorescente parpadea ahí a lo lejos.

El zumbido es molesto, como esta charla estúpida.

—No puedes quedarte sin hacer nada, pintando todo el día en tus cuadernos. ¡Eso sí que no!

—El curso acaba de empezar —le recuerdo con paciencia—, y después me queda otro año para terminar el instituto, mamá.

Me mira fijamente. Parpadea. No dice nada y sé lo que significa: mis argumentos no le impresionan.

—Está decidido —sentencia.

—No. —Hago un movimiento tajante con las manos—. Si todavía no lo tengo claro cuando termine el instituto, me voy a tomar un tiempo para saber qué quiero hacer con mi vida.—Frunce el ceño. Eso no le ha gustado—. Quiero viajar y...

—¿Viajar? ¿A dónde? ¿Y con qué dinero?

—Podría trabajar en la tienda...

—Ya trabajas en la tienda.

—Me refiero a...

—La tienda está para pagarte una educación.

—Eso es lo que siempre decís.

Su cara empieza a teñirse de rojo. Hacía tiempo que no la veía tan enfadada.

—Tu padre y yo sabemos lo que es mejor para ti y para tu futuro—asegura, con ganas de zanjar la conversación.

—Tú lo has dicho, mamá: mi futuro.

Me señalo mientras mi madre se aleja. Para a unos metros y busca algo en uno de los estantes. Lo coge, pero vuelve de dejarlo en su sitio y se gira hacia mí.

—Escúchame, Xiaojing: vas a estudiar en la universidad. Vas a tener la educación que nosotros no tuvimos.

Resoplo.

—¡La universidad no está descartada, mamá! —alzo la voz como si así pudiese quedarle más clara mi postura—. Aunque no estoy segura de que quiera matricularme en algo relacionado con las ciencias sociales.

—No es negociable.

—¿Y si me arrepiento a mitad de curso y lo dejo? Eso sería peor que no haber empezado el grado.

—Son solo cuatro años, Xiaojing.

—Más el máster —susurro.

—Esa época pasa rápido, ya lo verás. Luego llevarás la tienda, o montarás un negocio donde quieras.

—Quiero pensarlo bien —susurro, con un nudo en la garganta—. ¿Y si no me gusta estar al mando?

—No es cuestión de que te guste o no te guste... —Mi madre niega con la cabeza.

—¿Y si me arrepiento de una decisión tan importante que va a condicionar mi vida?

No quiero ser desagradecida, pero tampoco una desgraciada. Se inclina sobre mí. Está a punto de rozarme, pero no lo hace. Después de clavarme una mirada que pretende matarme, simplemente dice:

—Como ya he dicho, la decisión ya está tomada.

—No, mamá. De momento, todo está en el aire.

Se me acelera el corazón tras dejar caer esas palabras. Mi madre replica algo, pero finjo que no la oigo. Vuelvo a la tienda. Me adentro por el pasillo central a grandes zancadas. Intento

disimular la mala leche que llevo encima. Y el nudo en la garganta también. Mi padre está con el ojo puesto en una de esas películas que echan en la CCTV-6. De espías, creo. O de policías. En mi país, eso es más o menos lo mismo.

—Xiaojing. —Oigo que mi padre me llama en un tono tirante y mi espalda se tensa.

—Papá, voy a casa.

—No. Quiero hablar contigo.

Me detengo. Trato de prepararme para lo que se avecina. Mi padre es mucho más estricto que mi madre. No tolerará que le lleve la contraria. Además...

—Oye, Juan...

—¿Sí?

—No tendrás uno como estos pero más pequeño, ¿no?

—¡Sí! —Sale solícito de detrás del mostrador y hace un gesto acompañado por la sonrisa más falsa del mundo—. Es por aquí...

Debería respirar aliviada porque Manolo, uno de los clientes de toda la vida, me ha salvado. Sin embargo, estoy aún más furiosa que antes. Hacía tiempo que no escuchaba a alguien dirigirse a mi padre por ese nombre, Juan. Resulta evidente que mi padre no se llama así. Se llama Qiang. A nivel fonético podría sonar parecido, supongo. Manolo fue el primero en llamarle Juan, hace años. El resto lo imitó y así se ha quedado.

El chino Juan.

Se me llevan los putos demonios, en serio. La gente es comodona y prefiere quedarse con lo conocido ya que lo que está por conocer requiere de un esfuerzo extra que no están dispuestos a hacer. Para eso ya están los demás. Entiendo su punto, pero no creo que cueste tanto aprenderse un nombre y tratar de pronunciarlo bien. Es cortesía, educación. Es lo mínimo.

Con el mío ni siquiera lo intentan. No recuerdo si fue Manolo o su mujer, pero uno de los dos un día me llamó algo que sonaba como «sillín». Ni siquiera se parece a cómo se pronuncia Xiaojing, así que no sé de dónde lo sacaron. Por suerte no cuajó.

Tal vez por la cara de asco que puse.

Tendría once o doce años. En cuanto la pareja se marchó, mi padre me echó una peta de flipar, claro. Siempre se ha desvivido para que los clientes estén contentos. Es la mejor manera de hacer que el negocio se mantenga y prospere.

Resulta triste pensar que el único sitio en el que le he visto sonreír ha sido tras el mostrador.

—Si quieren cambiarnos el nombre, ¿qué más da? —dijo, cuando nos quedamos solos—. Así volverán a la tienda y dejarán aquí su dinero.

—Pues sí que importa, papá. Yo me llamo Xiaojing y no «sillín», así que sí importa.

En aquella época solía ver en esa misma pequeña tele reposiciones de Hannah Montana. Todavía me costaba un poco entender el castellano, pero me encantaba ver a Miley Cyrus mientras merendaba alguna guarrería de las que vendemos. Recuerdo que quería ser como ella: ponerme una peluca rubia y transformarme en otra chica. Una que no tuviera el pelo largo, lacio y negro. Una que no tuviera los ojos rasgados, acento y problemas de adaptación. Deseaba con todas mis fuerzas ser rubia con ojos azules y hablar como los demás. Entonces, sería feliz porque nadie se metería conmigo.

Nunca había tenido ese tipo de necesidades hasta que llegué a Madrid. A partir de esa época comencé a odiar lo que era. Mis rasgos, mi identidad. Ser china era un lastre que me condicionaba, que me cohibía y que me aislaba de todos los que no eran como yo. Y esos recuerdos han quedado grabados a fuego. Tardé muchos años en estar cómoda en mi propia piel. Aceptar quién eres lleva tiempo, sobre todo cuando intentas descubrirte. En un país tan lejano al

que me vio nacer resultó casi imposible.

Al final sí lo logré, aunque no siento que pertenezca a ningún sitio.

Ojalá pudiera hablar con esa niña de diez años que solo era feliz los minutos que duraba el episodio. Por mucho que quisiera, nunca podría convertirme en Hannah Montana, ni Miley Cyrus. Siempre sería Xiaojing Ye. O tal vez debería decir Ye Xiaojing, porque en China primero va el apellido. Pero da igual, porque todo viene a ser lo mismo: «la china», «el plátano» que vive en el barrio, cuya familia tiene un bazar.

Cuando los insultos no solo provienen del exterior, encajar resulta prácticamente imposible. A veces, un rechazo viscoso se adhiere a las paredes de mi mente y late dentro de mí. Por suerte, llega un momento en el que me doy cuenta de la inutilidad de esa lucha que mantengo conmigo misma. No puedo cambiar lo que soy, pero sí aspirar a lo que ansío ser.

Me guste o no, voy a seguir siendo china toda la vida.

—Se me ha olvidado una cosa en casa. Ahora vuelvo.

Mi padre replica algo que no llega claro a mis oídos. Lo que de verdad quiero es escapar y que no me encuentren nunca. Huir de mis recuerdos y de mi presente. La frustración me recorre las venas como si fuese alguna clase de droga dura. Los ojos me pican, pero no de tristeza, sino de rabia.

Llego a casa. Me quito los zapatos en la entrada y me dirijo a mi habitación sin ganas de estudiar. Dibujo. Dibujo hasta que me duele la mano, hasta que me olvido de que cada día que pasa es un día menos que tengo para hacer esto sin barrotes. Deseo hacerme adulta sabiendo que lo he conseguido, que mi ansia de crear paga las facturas y me da un techo bajo el que vivir lejos del camino que mis padres han trazado para mí. No es que me parezca horrible, es que no es el que quiero. ¿Tan difícil es de entender?

Arranco esa página, la arrugo, la tiro a la papelera. Voy a empezar de cero, a dibujar a mano alzada ese futuro que me hace feliz.

Capítulo 5

Antes de quedarme sola

—¡Platanito!

—No, tú, que están las dos ahí, ¿eh?

—Ah, sí, ¡ahí van dos plátanos!

—¡Van a hacer una puta macedonia, tío!

Se ríen todos a la vez como si fueran bobos. Pongo los ojos en blanco mientras los observo alejarse. Son seis. Mismos pantalones claros, misma camiseta oscura, mismo corte de pelo. Clones de cerebros huecos. No tienen ni un poquito de personalidad. Deberían darme lástima, pero la verdad es que ni una pizca.

Susana me clava las uñas en el antebrazo.

—Pasa de ellos, tía.

—Tranquila, que no iba a decirles nada yo sola...

—¿Has estudiado para el examen de mates? —Niego con la cabeza. Susana siempre ha tenido un don para cambiar de tema en el momento oportuno—. ¡Yo estoy mazo nerviosa! —ríe—. A ti te da igual, vas a sacar notable como poco...

Este año Susana y yo hemos elegido optativas de la misma rama, así que nos ha tocado en la misma clase. Es la primera vez desde que empezamos el instituto. Ya puedes imaginarte lo que sucede cuando juntas a las únicas chicas chinas del penúltimo curso en un aula: que los profesores y los compañeros se hacen la picha un lío. No entiendo por qué. ¡Si es que no nos parecemos en nada! Ella es más bajita que yo y algo menos flaca. Lleva gafas y el pelo teñido de caoba.

Además, Susana es adoptada. Vino aquí cuando era un bebé. Sus padres son españoles y no entiende ni papa de chino. La conozco desde que llegué a Madrid. Su cara cuando le pregunté en mandarín si sabía dónde estaba el baño fue épica. Todavía me río cuando lo recuerdo.

—Paso del examen —le digo nada más entrar en clase.

—Ya me gustaría poder decir lo mismo, pero me tiene un poquito obsesionada, la verdad.

Nos sentamos en nuestros respectivos sitios. Casi todos están fuera, apurando los últimos

minutos que quedan antes de que empiece la tortura.

—¿Qué crees que caerá?

—Derivadas e integrales —replica uno de nuestros compañeros, que se mete en la conversación sin ser invitado.

Alzo la cabeza y la dejo caer hacia atrás.

—¡Qué coñazo!

—Pues eso, que con aprobar me conformo —suelta Susana.

—¡Y yo! —dice el otro.

Prefiero callarme porque sí, se me dan bien las mates, así que voy a sacar buena nota. O eso espero.

El profesor llega con cara de pocos amigos. Saluda sin mucho entusiasmo y se pone a mirar el móvil. Anuncia que dará diez minutos de cortesía para que vayan entrando todos. Los rezagados arrastran los pies. No parecen muy apurados por llegar tarde. Al final el examen empieza con un cuarto de hora de retraso. Algunos se quedan fuera aposta. Ni siquiera van a intentarlo. Prefieren hacer pellas o ir a recuperación directamente. Me pregunto de qué manera me asesinarían mis padres si yo hiciese eso.

Entrego los ejercicios. Soy la primera que lo hace. Me largo del aula con el teléfono en el bolsillo del pantalón y el Kindle en la mano. Queda media hora para que empiece la siguiente clase. Si fumara, me iría al rincón donde están los que se echan un piti tras otro, pero eso no me va. Me siento en un banco alejado y continúo la lectura en el punto donde me quedé ayer por la noche. El sol calienta sin resultar agobiante. Los insectos zumban sin molestar. El viento me echa el pelo hacia atrás. Un par de pájaros se persigue a mi alrededor.

Así da gusto.

Pierdo la noción del tiempo. Cuando me da por mirar la hora, veo que llego tan tarde a la siguiente clase que mejor si no aparezco. Toca historia. Suspiro, sin sentirme culpable. Las clases me aburren bastante. Vuelvo a meterme entre las páginas virtuales de mi libro. Pasan los minutos sin que me dé cuenta.

—¡Sabía que te encontraría aquí!

La voz de Susana me hace pegar un bote. Levanto la mirada y me obligo a sonreír.

—¿Qué tal el examen?

—¡Buf! —Hace un gesto con la mano que no sé interpretar—. ¿Y tú?

—Bien.

—Te has perdido un debate interesantísimo en clase de historia.

—Ah, ¿sí? —pregunto sin mucho interés, con los ojos todavía en el libro.

—Rojos contra fachas —se ríe. Como no comento nada al respecto, decide cambiar de tema —. ¿Qué lees?

—Harry Potter.

Susana se ríe otra vez mientras se sienta a mi lado.

—Eso está mazo visto, ¿no? Mejor las pelis.

—No. Mejor los libros.

Ojalá Susana y yo tuviéramos algo más en común que nuestro país de origen. A veces, siento que solo somos amigas por lo poco que nos une y no debido a que compartamos los mismos gustos.

Y eso es triste. Muy triste.

—¿Me enseñarías algo en chino? —pregunta, de pronto.

Reconozco que la petición me pilla por sorpresa. Tanto, que cierro el libro y la miro. Se ha

pintado los ojos con una sombra rosa claro que, bajo la luz de la clase, apenas se notaba.

—Em... claro. ¿Qué quieres saber?

—No sé, las típicas palabrotas.

Bajo la cabeza para que no note lo decepcionada que estoy. Clavo las uñas en la madera del banco y luego, tamborileo con mis dedos sobre su superficie.

—Susana.

—¿Qué?

—¿Nunca te has preguntado por tus orígenes? —Frunce el ceño en silencio, así que yo sigo hablando—. En plan... quiénes son tus padres, de dónde provienen, tu...

—Mis padres son Maricarmen y Javier —me interrumpe—. Y son de Madrid.

Asiento. Me toma unos minutos conseguir que me entre en la sesera que la vida es cuestión de elecciones. Que, si a Susana no le interesa saber sobre esa familia que no la pudo o no la quiso mantener a su lado, está en todo su derecho. No sé lo que significa ser adoptada. No puedo ponerme en su piel, aunque quiera.

Y no puedo dar por hecho tantas cosas porque, cuando me lo hacen a mí, bien que me jode.

—Perdóname —digo, al final de un largo silencio—. Tienes razón. Eres más española que las olivas en el olivar.

Ella se ríe, aunque suena un poco forzado.

—Deberías venirte a una fiesta que van a dar estos el sábado. —De nuevo, cambia de tema. Ya te dije que mi amiga tiene un don.

—¿Quiénes son estos?

—El Rodri y compañía.

El Rodri pertenece a la realeza del instituto, nada más y nada menos. Pero no por eso me altera el tema de la fiesta. Disimulo como puedo. Mi corazón tarda un rato en volver a recuperar la normalidad.

—Son de segundo.

—¿Y?

—Nada. Que paso.

—¿Por qué? ¡Son majos!

—Seguro... —replico, sarcástica.

—Te vendría bien abrirte un poco, conocer a gente nueva...

—No me interesa.

Susana chasquea la lengua y se levanta del banco de un salto.

—Vale. Pues luego no te quejes de lo que van diciendo por ahí sobre ti.

Cierro los ojos. El sol me da de frente, pero no lo hago por eso.

—¿Qué van diciendo por ahí de mí? —Me arrepiento de la pregunta justo después de enunciarla.

—Que eres una *margi*, que parece que te ha comido la lengua el gato... aunque seguro que fuiste tú la que se comió al gato... por lo de que eres china y eso...

Bufo. Meto un mechón de pelo por detrás de mi oreja y me levanto del banco también.

—¡Menuda gilipollez! —finjo una risa—. Me la suda. Que el Rodri y estos piensen lo que quieran. No me conocen.

—No es que lo digan el Rodri y estos. Es lo que se oye por ahí.

—Pues vale.

Susana se encoge de hombros. Levanta una pierna y apoya el pie en el banco.

—Como quieras, pero luego no me vengas llorando. Va a estar mucha gente que mola y te lo

vas a perder por ser una orgullosa y por...

—Me lo pierdo porque quiero, no por orgullo.

—¿Seguro?

Desvío la mirada. Me centro en el tráfico de la calle que pasa junto al instituto.

—Sí.

—Pues me da mazo de pena...

Esto último lo dice sin acritud, pero suena a despedida. Levanto la mirada y mi amiga ya no está. Suspiro. Vuelvo a sentarme en mi amado banco. Pienso en los jodidos estereotipos. En las palabras de Susana. En nuestra amistad superficial. En la envidia que le tengo, porque no se raya por cosas como los rumores que circulan sobre ella. Tampoco discute con sus padres casi todos los días por los putos estudios. Lo único que le preocupa es el examen de mates y la fiesta que organiza el sábado el Rodri.

Sí, ojalá fuese más como Susana. Ojalá fuese también yo una tía alegre.

Antes no era así de borde, pero como se han metido conmigo durante años, empecé a mostrar una actitud pasota. Pretendo ir de dura, pero no creo que llegue a tanto. Más bien soy retraída. Y no dejo entrar a nadie, ni siquiera a mi amiga. A veces me arrepiento y otras, pienso que hago bien. Siempre me dejo la sonrisa en casa, igual que mi padre se la guarda tras el mostrador. Lo mío, al igual que lo suyo, es solo fachada. Una capa de papel de burbujas que coloco con cuidado alrededor de mi corazoncito para no dejarme pisotear tan fácil.

Soy mucho más que la china *margi* de primero de bachillerato. Soy muchísimo más que un puto plátano. Demasiado china para ser española y demasiado española para ser china. Complicada, contradicción constante, de varias partes y de ninguna.

Soy una bomba de relojería a punto de estallar hasta que algo la detiene. Soy como un libro misterioso. Soy todo eso que se siente cuando uno se atreve a soñar.

Y yo sueño con él.

Capítulo 6

Antes de quedarme sola

—Ey, Susana, ¿qué tal en la fiesta? —Intento sonar casual, pero mentiría si dijera que no llevo pensando en el acontecimiento todo el fin de semana.

—¡Súper bien, tía! Y tú te lo perdiste...

—Pero ahora vas a darme todos los detalles, ¿a que sí?

—No sé yo...

—¡Anda!

—Vale, pues... a ver, te hago así un resumen. —Coloca el índice en la barbilla para hacerse la interesante—. El Rodri se puso ciego a chupitos de Jagger por una apuesta que perdió. Luego lo potó todo encima de las tetas de Sandra.

—Puaj, ¡qué asco! ¿En serio?

—¡Sí!

—No hace falta que me cuentes más...

Estamos a menos de cien metros de la puerta del Eijo y Garay, nuestro instituto. Es un lunes muy lunes, aunque va a hacer un día espectacular, de esos que ahora todo el mundo llama *veroño*.

—Pasó otra cosa —añade, bajito—. Algunos jugamos a la botella.

Algunos compañeros pasan por delante de nosotras con las narices metidas en sus móviles.

—¿A la botella? ¡Pero si eso es una chorrada! —Pongo cara de asco al imaginar la cantidad de chicos a los que no querría besar.

Tardo mucho menos en decirte a quién sí.

—Pues fue divertido.

—¡Y tú jugaste!

—Ya ves. —La sonrisa traviesa que aparece en sus labios me sorprende.

—¿Con quién te tocó?

—Con el Adri.

—¿Adri? ¿Adri Castellón?

Susana asiente. Sonríe y yo me tapo la boca.

—¿Y?

—Me gustó. ¡Pero mazo!

Me río. Agarro su brazo y nos doblamos de la risa que compartimos durante varios segundos. Estoy muy emocionada. Tanto que, por un instante, siento como si me hubiese pasado a mí.

—¡Tu primer beso! —digo, con voz soñadora. A mí nunca me han besado, pero no lo menciono porque Susana ya tiene ese dato del que tan poco orgullosa me siento.

—Fue raro, ahí delante de todo el mundo...

Mientras pienso en algo que decir, reemprendo la marcha. Vamos a llegar tarde. Mi amiga me sigue y justo cuando estamos a punto de entrar, suelta:

—Diego también jugaba, ¿sabes?

Se me paraliza el pecho. Mis pulmones no pueden respirar y mi corazón deja de latir. Quizá sea una exageración, pero me cuesta mucho disimular después de recibir esa noticia.

—¿Diego? —me tiembla un poco la voz—. Pues no parece de esos.

—Ahí la bebida corría como si no hubiese un mañana y claro, la gente se fue animando.

—Me imagino —chasqueo la lengua—. ¿Y se lio con alguna? —Trato de que mi pregunta suene lo más casual posible.

—Sí.

Mierda. Cierro los ojos durante una fracción de segundo más de lo que sería necesario. No es un parpadeo, tampoco es luto. Pero de repente me entran unas ganas tontas de llorar, así que más vale que lo deje estar.

—Ah. ¿Con quién?

—No me acuerdo. Una pelirroja.

—¿Tania? —No la conozco y ya la odio un poquito.

—Sí. Creo que era esa. No sé, ¡ya te he dicho que todos íbamos un poco pedo! Bueno, un poco bastante. —Zarandea la mano en el aire—. ¿Por qué preguntas tanto por él?

—Ah, no sé. Por... cotillear.

—¿Sí? —Susana no está muy convencida.

Mascullo algo por lo bajo. Algo que suena a excusa total, a mentira podrida. Luego, me aclaro la voz y pregunto:

—¿A-a qué hora volviste a casa?

Me cuesta prestar atención a lo que dice. Me tiembla el labio inferior, así que pego la barbilla al cuello. El timbre anuncia el comienzo de las clases y esto opaca mi patético intento por fingir normalidad. Respiro un poco más aliviada, aunque la imagen de Diego morreándose con Tania me perseguirá durante días enteros. Lo sé. Tendré que lidiar con ello y lo peor es que, aunque me duela, no voy a acercarme al chico que me gusta.

Ese que ni siquiera sabe que existo.

Capítulo 7

Antes de quedarme sola

Al empujar la pesada puerta, esta se abre y una campanita que cuelga del techo resuena anunciando mi llegada. Me gusta ese detalle, me traslada a otra época. Y la decoración también. Grandes lámparas verdes cuelgan del techo. Las bombillas proyectan una luz anaranjada que da calidez al ambiente. El suelo es de madera. Las paredes apenas se ven. Los carteles que anuncian las diferentes secciones llevan colgados en el mismo lugar al menos tres décadas.

Estoy en uno de mis sitios favoritos, una librería de segunda mano llamada Dulcinea. Se encuentra en la esquina de Mateo Guill, a dos calles de mi instituto y es mi tercera casa.

Las clases han terminado. Les he dicho a mis padres que estoy haciendo un trabajo con Susana para venir aquí sin que me caiga la del pulpo por no estar estudiando. Necesito que se me pase la rayada que llevo encima y callar esa voz que no para de pensar en Diego.

Y, si no puedo ponerme a dibujar, solo me queda meter las narices en una buena historia.

No sé dónde posar la vista. Huele a libro, ese olor indescriptible que a mucha gente le vuelve loca. Yo no soy la excepción. Todos esos ejemplares descatalogados me saludan. Son como viejos amigos que siempre se alegran de verte, aunque a veces te pases semanas sin visitarlos.

—¡Hola! —Me animo a saludar en cuanto compruebo que soy la única clienta.

Nadie responde, así que imagino que Daniel, el dueño, está en la trastienda. Camino por allí con la confianza de quien lleva años, literalmente, recorriendo los pasillos. No hay hilo musical, solo el eco de palabras leídas entre susurros antes de que naciera.

Cojo un libro, lo hojeo, lo devuelvo a su sitio. Así, una y otra vez. Pierdo la noción del tiempo y me interno cada vez más por el laberinto que conforma este espacio. Es pequeño, pero está aprovechado al máximo. Hay muchísimas estanterías llenas a reventar. Los libros se apilan incluso unos encima de los otros sin demasiado orden. No es que estén mal cuidados, sino todo lo contrario. Daniel ama tanto la literatura que, cuando alguien le amenaza con tirar alguno que le estorba en casa, lo adopta sin pensar. Muchos resultan imposibles de vender. Viejas ediciones de bolsillo, enciclopedias que se quedan obsoletas, guías turísticas de países que ya no existen. También manuales para navegar por el Internet de finales de los noventa, por mencionar algunos

ejemplos.

Daniel es un señor flaco y alto que tiene al menos setenta años. Debería estar jubilado, pero aquí sigue, resistiendo. Su negocio es un superviviente. En la era de lo digital, poca gente pisa ya Dulcinea. Se me parte el corazón pensar en que no debe llegar a fin de mes.

Puede que, simplemente, la tienda siga abierta por amor al arte.

—Xiaojing, ¿eres tú?

—¡Sí!

—Espera, que ahora salgo.

Daniel aparece por la puerta trasera cargado de libros.

—Te ayudo.

—Oh, no hace falta, no te preocupes.

A pesar de lo que me dice, cargo con unos cuantos libros y los dejo en el mostrador.

—Gracias.

—¿Son nuevos? —asiente. Sé que es una pregunta tonta, pero no puedo evitar que la emoción me empape la voz—. ¿Algo interesante?

—Sí, pero no aquí. Ahora te lo doy.

—¿Qué es?

—Enseguida.

Me aparto para dejarle trabajar. Posa sus bonitos ojos azules sobre la cubierta de un libro encuadernado en piel. Parece muy antiguo. Desliza los dedos por el título, escrito en letras doradas y en relieve. Sonríe emocionado y yo me contagio. Es inmediato el efecto que esto provoca en mí, porque me olvido de Diego, del juego de la botella y del pelo rojo de Tania.

—¿Una primera edición? —Mi curiosidad me empuja a hacer preguntas.

—Sí, de «La Colmena». Es bonita, ¿verdad?

—Creo que no me gustaría.

—Crees bien. —Su sonrisa se ensancha—. Me da pena venderla.

—Entonces quédatela.

—Ya veremos.

Me guiña un ojo, señal de que va a hacerme caso. Me encantaría ver el salón de su casa. Apuesto a que ni siquiera cabe él porque está todo lleno de libros. Esa pasión por la literatura es lo que más me gusta de Daniel. Ojalá yo pudiera ganarme el pan con aquello que tanto me fascina, así fuera malviviendo. El sacrificio merecería la pena, solo hay que fijarse en su ejemplo, aunque la felicidad no se consigue así como así, ni es gratis.

Eso es algo que he aprendido en Dulcinea.

Cada libro está debidamente etiquetado y catalogado en un cuaderno enorme. Daniel lo utiliza desde tiempos inmemoriales para registrar las entradas y salidas. Aquí no hay ordenadores ni teléfonos inteligentes, salvo los que traen los compradores. En Dulcinea me enamoré de la lectura y descubrí la puerta a un mundo maravilloso en el que he pasado algunos de los mejores ratos de mi vida. Aunque prefiera el orden al caos, me encanta tirarme horas y horas aquí, rodeada por millones de palabras escritas. Encontrar una joya reluciente entre tantos títulos es el doble de gratificante, como hallar un tesoro oculto.

Tomo una novela con potencial tras leer la sinopsis. Me dirijo hacia un rinconcito en el que te puedes sentar para leer las primeras páginas y decidir si te llevas el libro a casa o no. Es como una biblioteca privada.

¿Cómo no amar a Dulcinea?

—Ven, que te enseño una cosita que me llegó ayer...

Dejo el tesoro aparcado. Me acerco al mostrador con curiosidad.

—¿Qué es?

—Un libro. Uno que quiero que tengas.

—¿Cuánto cuesta?

—Nada.

—¿Nada?

—Te lo regalo.

—Pero no es mi cumpleaños.

—Xiaojing, no empecemos, ¿eh?

Como has visto, el trato es muy personal. Daniel se acuerda de ti en cuanto vuelves dos o tres veces. Te lanza recomendaciones como salidas de la nada, pero el caso es que casi siempre acierta. Tiene un don porque su buena memoria y su atención al detalle le facilita aprenderse tus gustos. Y tu nombre.

El mío, a la primera.

Quizá por eso volví una vez hace tantos años. Y me dejo caer por aquí todas las semanas.

—Daniel, en serio, tengo dinero.

—Pues te cobro algo simbólico.

—No me parece justo.

—Considéralo un premio a tu fidelidad.

—¡Como si hubiese muchos más sitios a los que ir!

—No es cuestión de sitios, sino de opciones. Y tú siempre vuelves.

Asiento, porque en eso tiene razón. Siempre vuelvo, pero si continúa por ahí va a terminar cerrando. Lleva un negocio, no una organización sin ánimo de lucro. Supongo que no se le da tan bien la contabilidad como las recomendaciones.

—No me parece bien.

—Si no lo quieres, entonces nadie lo leerá.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que otra persona lo tenga. —Alza el dedo—. Este ejemplar lleva tu nombre.

Aunque trate de estar serio, sus ojos me sonríen. Confío tanto en Daniel que incluso le he mencionado la guerra abierta que mantengo con mis padres acerca de mi futuro. Es el único adulto que lo sabe y el único que me apoya. O eso creo, porque no se moja mucho. Lo dejó todo para venirse a Madrid con un puñado de pesetas en los bolsillos. Corrían los setenta. Después de tantas décadas, se siente de aquí, pero no del todo.

Supongo que eso es lo que más nos une, aparte del amor por los libros.

Me tiende uno cuya cubierta está tapada por un folio doblado a la mitad. Pone mi nombre. Está escrito en caracteres latinos, obviamente, con su elegante letra. Trago saliva. Ahora mismo, me siento muy especial.

—A ver si te gusta...

Me basta con apartar la hoja a un lado para leer el título:

—¡«Orgullo y prejuicio»!

—Pero no cualquiera...

Observo los detalles de la cubierta. Flores doradas, letras en color azul. Una portada preciosa que corresponde a una edición relativamente nueva que imita a las antiguas.

—Es precioso —digo, sin aliento—. Muchísimas gracias. ¿Cuánto es?

—No sé, ¿un céntimo?

—Daniel...

—Tres euros.

—Los dos sabemos que cuesta mucho más.

—Es que te aplico el descuento de estudiante.

Tras unos instantes de vacilación, meto la mano en el bolsillo de mis vaqueros y dejo tres monedas idénticas sobre el mostrador. Daniel las recoge y las mete en la caja registradora.

—Gracias —repito, muy bajo.

—No se merecen. En cuanto lo vi, pensé en ti.

Me dan ganas de darle un abrazo, pero me contengo. Este hombre es lo más parecido a un abuelo que tendré nunca. El de verdad está a miles de kilómetros de distancia y solo hablo con él dos o tres veces al año.

No le interesan los libros.

—Hoy mismo lo empiezo —anuncio con entusiasmo.

—¡Si ya te lo has leído!

—Jamás tendré suficiente de la señorita Bennet.

—Ni del señor Darcy —añade, perspicaz.

—Sobre todo del señor Darcy —murmuro.

Sueno cursi, pero el librero no se ríe de mí. Puedo ser yo misma en Dulcinea y eso es algo que valoro mucho. Daniel jamás me ha hecho una de esas preguntas tan trilladas tipo: *¿cómo es que hablas tan bien castellano si eres china?* Es un hombre culto, muy inteligente, que no hace suposiciones basadas únicamente en su punto de vista, ni da por hecho que tiene todas las respuestas.

—¿Cómo van las cosas por casa?

—Van.

Asiente, pero no añade nada más. Sabe que hoy no es el día, que no me apetece airear mis miserias. En otro momento le contaré lo que me pasa, de eso no tengo duda. Daniel es paciente y buen conversador. Si algo le interesa de ti, espera a que tú se lo cuentes o a que se lo digas sin palabras. Y luego te aconseja, pero solo si tú se lo pides.

Porque al igual que lee libros, lee a las personas.

Capítulo 8

Antes de quedarme sola

estás despierta?

Susana: si qué haces¿?

nada tú?

Susana: viendo reels en Insta

me acaba de escribir un tío por ahí.

Susana: ah, si... quién ¿?

Isra Toledano. Le conoces ¿?

Susana: me suena... creo que va al Divino Maestro.

seguro?

Susana: sip. confirmado. acabo de cotillear el perfil, yo tb le sigo. Va al Divino.

joder ya decía yo que me sonaba de algo...

Susana: y qué te dice ¿?

nada, chorradas.

Susana: pero en plan... ¿?

en plan que si salimos un día por ahí. Al cine o algo.

Susana: en serio¿? Es mazo fuerteeeeeeeeee tíaaaa! No sabía que le gustabas al Isra!!!!

no creo que le guste.

Susana: es guapete

mmmm... más o menos

Susana: y te ha invitado a salir :)

sí

Susana: y qué le has dicho ¿?

que sí, que vale.

Susana: QUEEEEEE ¿?

xD

Susana: EN SERIOOOOOO ¿?¿?¿?

puf... ya me estoy arrepintiendo jaja

Susana: que no que no que NOOOOO. Tía, tienes UNA CITAAAA ya era hora!!!!

yo no llamaría cita a esto.

Susana: eso de quedar para ir al cine suena mazo a CITA

alguna vez tenía que ser la primera

Susana: cuándo es ¿?

este sábado.

Susana: pues tienes que ponerte wapa!! :)

para eso necesito mucha ayuda

Susana: boba! menos mal que estoy yo

pues sí. mil gracias, tía

Susana: pero a cambio tienes que contarme todo ehhhhhh¿?¿? de eso no te escapas!!! :)

Dejo a Susana en visto y silencio el móvil. Tardo mucho en dormirme porque la cabeza no deja de darle vueltas a lo que acabo de hacer: decir que sí. Este momento es decisivo. Isra es un chico que resulta poco menos que un extraño. Dudo que hayamos hablado alguna vez, así que no sé qué le gusta, cuáles son sus inquietudes o si se pondrá igual de nervioso que yo el sábado. Me preocupa mucho que no tengamos nada que decirnos. Que haya silencios incómodos. Que algo vaya mal, aunque no tiene por qué.

Ojalá la peli sea buena. Bah, eso es lo de menos. Saco la almohada de debajo de mi cabeza y me la pongo sobre la cara. Ahogo un grito de emoción. No quiero alertar a mis padres y que me vuelvan a echar la bronca, esta vez por armar follón a las tantas, que ya tienen una edad. Aún no te he contado que mi madre se quedó embarazada de mí pasados los cuarenta, sin esperanza alguna de tener descendencia y con unos planes que nada podía trastocar, ni siquiera mi nacimiento. Por eso, en cuanto dio a luz viajó a Madrid para unirse a mi padre y abrir un negocio en este barrio. Entre la comunidad china de la capital se rumorea que van a destiempo porque llegaron cuando todo el mundo ya se había ido. La inmigración se había ralentizado mucho. Varios conocidos llevaban años asentados en ese país del que apenas habían oído hablar, así que les costó menos que a otros hacerse un hueco. Aún así, no fue fácil. Me dejaron a cargo de mis abuelos maternos en China. Vinieron a visitarme una vez al año hasta que cumplí ocho. Aquel fue el último que pasé en Qingtian. Decidieron que ya era hora de que la familia se reuniera. En cuanto la estabilidad de su economía y la burocracia se lo permitieron, así fue. Se compraron una casa al lado del bazar. Ya no tenían que malvivir en la trastienda y se sintieron plenos.

Me acuerdo de que nada más aterrizar en Madrid, todo me resultaba atrozmente fascinante. Siempre he sido curiosa sin llegar a ser aventurera. Por eso quizá ahora me arrepiento de haber

sido tan impulsiva con lo de Isra, pero supongo que es tarde para recular.

Y, en el fondo, sé por qué lo he hecho: porque Susana se besó el otro día con Adri. Porque a mí nunca me han besado.

En un mundo ideal, mi primer beso sería con Diego. Pero él es inalcanzable, así que tengo que ser realista. Él jamás me ha mirado, ni ha hablado conmigo. Seguramente, ni siquiera sepa que existo. Y yo no tengo lo que hay que tener para acercarme y romper el maleficio. Soy una Lizzy Bennet que se queda con el señor Wickham en lugar de aspirar a ganarse el amor de Fitzwilliam Darcy.

Cuando por fin consigo dormirme, sueño que Diego y yo estamos en una habitación.

Y que jugamos al juego de la botella.

Solos.

Capítulo 9

Sonrío sin una pizca de alegría al recordar a esa Xiaojing ingenua. Me encantaría revivir aquellos días en los que mis preocupaciones se limitaban a las discusiones con mis padres, a las clases y a esa dichosa cita. Ahora que estoy en modo supervivencia, y encima sola, mi prioridad es mantenerme con vida, sana y salva.

Y ser previsora para que nada malo o raro me pase si puedo evitarlo.

Sí, hasta ahora me las he arreglado, pero soy consciente de que lo peor está por venir: el invierno. Lo más duro van a ser las noches en un Madrid sin calefacción ni agua caliente. He echado el ojo a un par de radiadores que funcionan con energía solar. ¿Serán suficientes? No sé si seré capaz de encender una hoguera sin que salga ardiendo toda la ciudad. Aunque ahora que lo pienso, tal vez ese sea el mejor final. Y que las cenizas arrastraran lejos los esqueletos de los edificios, junto con la última persona que habitó sus calles.

Retiro ese último pensamiento derrotista. Niego con la cabeza para abroncarme porque no me gusta ir de víctima. Cada día encuentro algo por lo que alegrarme y, además, estoy en una misión que implica a Madrid y sus monumentos.

Enciendo mi reproductor de música. Hoy paso de los auriculares y pongo el volumen al máximo para distraer la mente. Miley y su *Party in the USA* rompen el silencio. Es una canción algo desfasada, pero me encanta porque siempre me pone de buen humor. Cuando termina, los colores parecen deslavarse, como si alguien hubiese activado un filtro. Aprieto los dientes al darme cuenta de que jamás volveré a escuchar un tema nuevo de mi artista favorita. Todo está hecho ya. Pelis, series, libros. Ya no paso las horas muertas en Instagram, TikTok o Youtube. Que me preocupen estas cosas por encima de otras más prioritarias puede resultar bastante frívolo, pero lo otro ya lo he pensado largo y tendido, créeme.

Camino por el Retiro sin rumbo, para echar la tarde. O tal vez en busca de la inspiración que necesito para mi próximo proyecto artístico. Cuando voy a cerrar la mochila, veo la novela de Jane Austen al fondo. Obedezco un arrebato que me incita a sacarla. Me siento en un banco y comienzo a leer, pero no puedo pasar del segundo capítulo sin que se me salten las lágrimas.

Demasiadas emociones. Demasiados recuerdos. Demasiada gente a la que echar de menos.

La civilización se ha detenido, pero el tiempo sigue corriendo. Cuando desperté aquel día

maldito, ya estaba sola. La humanidad se esfumó sin dejar rastro. Resulta escalofriante, si lo piensas. Si, por un minuto, te pones en mi lugar. Estoy metida en una pesadilla de la que es imposible salir. Preguntarse qué ha sucedido es inútil. También por qué. Nunca obtendré respuestas. No tengo nada de especial, solo soy la última persona en caminar por las calles de un Madrid desértico. Dudo que sea cosa del destino.

Es simple mala suerte.

Después de un tiempo, empecé a pillarle el tranquillo a esto. Algunas puertas se quedaron abiertas. Otras, no. Forzarlas se me da regular, aunque he mejorado mucho. Prefiero romper cristales. La comida, en cambio, es cada vez más escasa y menos variada. Las latas de conserva se han convertido en mis mejores amigas.

Y los botes de pintura en spray.

Y los regalices rojos.

Me pongo en pie. Sin querer, se me cae el libro al suelo. Sacudo las páginas con cuidado y lo devuelvo a la mochila. Mando a Miley callar. El silencio se impone, solo se escucha mi respiración. Ya no me da tiempo a regresar a casa antes de que anochezca. No pasa nada por estar en la calle de noche, pero prefiero no hacerlo. Sin farolas, Madrid luce un poco siniestro.

Necesito pintar.

Pintarlo a él.

A él y a esa sonrisa que me aterroriza olvidar.

No es la primera vez que lo hago, pero todavía no logro captar cada puto detalle. Quiero que mi retrato sea casi como una foto. No soy tan buena. Cuando termino y lo contemplo, me doy cuenta de que no es Diego. Algo falla. Cuando no son sus ojos, es su nariz. O su pelo. O la expresión de su cara.

A grandes rasgos todos los chicos que pinto podrían ser Diego, pero no me basta con que se le parezca. Me esfuerzo el doble que antes. Me empleo a fondo, como si me fuese la vida en ello. Y quizá no la vida, pero sí el juicio. La cordura.

El corazón.

Tendría que haber imprimido las fotos que subimos a Instagram. Así, podría mirarlo cada vez que la melancolía se me echara encima, aunque sé que Diego no se merece que le dedique ni un segundo de mi tiempo.

Qué ironía, precisamente de eso tengo para dar y tomar.

Bajo la vista a mis manos. Me tiemblan. Recuerdo que el día en que perdí la esperanza de encontrar a otras personas, pinté a Diego por primera vez. Fue en la calle Ferraz, en la fachada de un edificio situado cerca del templo de Debod. Al acabar, me quedé mirando a ese Diego durante más de cinco minutos. Ahogué un gemido y corrí a por un bote de pintura negra. Volví sin aliento, como si algo me persiguiera. Quizá era así. Taché muchas horas de trabajo con una gran equis negra que fui engrosando trazo a trazo.

Mientras me cargaba el retrato, lloraba. Mientras me sentaba delante del estropicio, lloraba. Y una emoción flotaba por encima de la tristeza: la rabia.

Capítulo 10

Me quedo dormida en un banco cualquiera de El Retiro. Bueno, miento, elijo uno con vistas al Palacio de Cristal para que eso sea lo primero que mire cuando despierte. El fresco de la madrugada me obliga a ello. Me froto los ojos. Durante un dulce y breve instante, no me acuerdo de mi soledad. Soñaba con el mundo de antes, con no echar nada de menos.

La noche se lleva consigo mis anhelos, pero el día me regala unas vistas espectaculares. Me espera más soledad, tan complicada como quiera manejarla. Puedo dejar para mañana lo que no quiera hacer hoy. Puedo pintar hasta caer rendida o dejarme arrastrar por el pesimismo y la nostalgia.

Elijo lo primero, claro. Hoy va a ser un buen día. No es que lo presienta, simplemente, pienso currármelo para que sea verdad.

Me levanto tan rápido que me mareo. Bostezo. Estiro mis músculos. Hago una mueca de dolor porque tengo la espalda cargada. Lo normal tras haber dormido sobre las tablas de un banco, vaya. Echo mano a mis regalices, ese será mi nutritivo desayuno.

Si mi madre me viera...

Voy hasta la Avenida del Mediterráneo, que desemboca en Doctor Esquerdo. Encuentro una tienda con cosas interesantes y luego, otra más. Pongo en práctica mis habilidades de tiro al blanco mientras rompo un par de escaparates. En serio, esto es terapéutico. Mi humor mejora a cada pedrada. El vidrio cayendo al suelo suena a música para mis oídos.

Y hablando de eso, para celebrar mi triunfo pongo a Miley Cyrus a todo trapo.

Consigo un carrito de la compra para llevarme el botín. Pintura para parar un tren, claro, de varios tipos y colores. Arraso con los sprays y las brochas. Me agencio algunos trapos y un largo etcétera de cosas. De vuelta en la calle, las bolitas que se encuentran en el interior de los botes tintinean mientras arrastro las ruedas por los adoquines. El sonido es tan fuerte que lo escucho por encima de *Midnight Sky*, una de mis canciones favoritas.

I don't belong to anyone, oh no, I don't need to be loved by you. Tarareo la letra en mi deficiente inglés y, por un momento, me lo creo.

Emprendo la marcha en dirección contraria. Empujo el carro abstraída, con la mente en blanco por primera vez en días. Al cabo de un rato diviso la estación de Atocha a lo lejos. A mi derecha,

se alza un edificio bonito y antiguo. Decimonónico, por lo menos. Y en menos de tres segundos tomo una decisión que afectará a mi futuro: la fachada del Museo Nacional de Antropología va a convertirse en mi lienzo. Otro monumento que mancillo, o que exalto, dependiendo del cristal con que se mire.

Nadie va a quejarse. Nadie va a aplaudirme.

Examino la piedra de color canela que voy a tapar con mis trazos. Me entretengo en tocarla. Tantos siglos aquí, tantas cosas que ha visto. Medito sobre qué momento de mi vida le voy a contar a este muro. Y lo tengo claro casi enseguida.

Por la posición del sol deduzco que es alrededor de mediodía, aunque no tengo modo de saberlo con exactitud porque no llevo reloj. Esta no es la mejor luz para comenzar a pintar. De hecho, debería haberme traído unas gafas oscuras. Apunto mentalmente en mi lista de temas pendientes hacerme con unas chulas, de esas de diseño. Gucci, Chanel o Prada, me vale cualquiera.

Quito las cosas del carrito, le doy la vuelta y me subo en él armada con un spray en cada mano. Los agito con ganas. Me tiemblan un poco las manos. Es la anticipación. Sé perfectamente lo que quiero plasmar, otra cosa es que me salga o se quede en el intento. Me concentro. Cuando la pintura se queda adherida a la superficie del lienzo, trago saliva. Suspiro de alivio. Le pierdo el miedo al fracaso a medida que mis trazos van volviéndose más ágiles, más precisos y valientes.

Diego aparece ante mis ojos poco a poco. La luz se mueve, yo me subo y me bajo del carro para coger lo que necesito y dejar lo que ya no me es útil. Me olvido del dolor que siento en el brazo en alto, de comer, de beber agua...

De que estoy sola.

Cuando termino, anochece. Tiro el último spray a unos metros. Me bajo del carrito y camino hacia atrás sin dejar de mirar lo que acabo de hacer. Se me corta la respiración. Cojo más aire, pero no es suficiente.

—Joder... es él —murmuro con la voz ronca.

Se nota que me he esmerado y el esfuerzo merece la pena. Cada puto ensayo y error culminan en que lo he conseguido, esta vez sí. Tengo a Diego conmigo en dos dimensiones. Su sonrisa. Sus ojos. Su nariz. La forma de su cara. Ese flequillo que a veces llevaba demasiado largo.

Sonrío. Alzo los brazos en señal de victoria, como hacen los que ganan algo. Ojalá alguien estuviera aquí conmigo para ser testigo de mi orgullo. Echo de menos compartir cosas con otro ser humano. Grito varias veces para que mi voz ahogue el silencio. Me obligo a reír. Las carcajadas me sacuden el cuerpo, pero no el alma.

Las emociones extremas están conectadas. De la euforia paso al desasosiego. Me rompo con la mirada clavada en sus ojos inmóviles. Siento que me fallan las rodillas, así que aterrizo en el suelo como si estuviese sometiendo a mi cuerpo a una demolición controlada. Las palmas de mis manos, teñidas por varias capas de pintura, amortiguan el golpe. No controlo mi respiración, ni los latidos de este tonto corazón que va por libre. Tardo unos minutos en recomponerme. Estudio mis emociones hasta diseccionarlas como en una clase de biología. Otra vez mi vieja amiga la tristeza se une al dúo que formamos la soledad y yo.

No entiendo por qué. He logrado mi objetivo, ese que llevaba persiguiendo semanas. Debería celebrar mi triunfo, no ahogarme en él. La sonrisa que se me queda congelada en la cara no es más que una mueca. Me quito los cascos. La música dejó de sonar hace mucho tiempo.

Y entonces, con la vista pegada a ese retrato, lo comprendo. Este Diego es lo único que me queda de él. Mi último recurso. Siempre que tenga miedo a olvidar su sonrisa, podré venir a verla para recordar cómo era, pero ¿y lo que venía después? ¿Y el sabor de sus besos? ¿Y los

escalofríos que me provocaban sus caricias? ¿Y el sonido de su voz?

Nada de eso puede pintarse, ni conservarse en un tarro de cristal, ni volver a vivirse.

Joder, menudo bajón. Otra vez la noche me pilla en la calle. No tengo hambre, ni sed, pero sí muchas ganas de beber. Por eso, me alejo del museo y de ese Diego varado en la distancia y en el tiempo. Asalto una tienda parecida a la que tenían mis padres, un bazar. Meto en mi mochila varias botellas de alcohol. Ron, vodka, ginebra. No me apetece ninguno en concreto, me la suda todo.

Madrid está oscuro y las pilas de mi linterna, en las últimas, como yo.

Quito el precinto y bebo a morro. El sabor es horrible. Fuego que sabe a colonia me calienta el estómago de un modo que no se parece nada al de la sopa que me hacía mi abuela cuando caía enferma de pequeña. Necesito que el alcohol me consuele y, además, que me ayude a olvidar. Bebo hasta que siento que mis problemas encogen. Hasta que consigo atontarme, alejarme de la realidad.

Logro el efecto contrario porque me la acerca. Me pone ante la cara una ya extinta: mis recuerdos.

Tardo más de lo que me gustaría en recorrer la distancia que me separa del templo de Debod, pero borracha las calles no dan miedo. Camino por el Paseo de Prado haciendo eses. Un viento seco y asqueroso, como el que soplaba el metro, me da en la cara. Me caigo al intentar subir un bordillo justo después de atravesar Neptuno. Me hago daño y, no sé muy bien por qué, pero me río.

Es peligroso emborracharse sola, más en un Madrid sin médicos ni hospitales operativos. Sin embargo, estoy segura de que hace unos días cumplí dieciocho años, así que ya tengo edad legal para hacer gilipolleces como esta.

Cuando visitábamos el templo de Debod de noche las luces lo iluminaban de manera que su misticismo se elevaba a su máxima potencia. Ahora, apenas soy capaz de distinguir el contorno de su silueta. Y el silencio es escalofriante. Bebo un poco más. Bebo para sumergir en alcohol los recuerdos.

¿Por qué coño sigo viniendo aquí? ¿Qué espero encontrar?

Respuestas.

El calor es asfixiante. Estoy un poco mareada. De repente tengo la sensación de que esto no me está pasando a mí, sino que vivo a través de una chica que se me parece y no soy yo. Quizá no le encuentres el sentido a lo que digo, pero supongo que son los efectos del alcohol en sangre y los recuerdos en el corazón.

Me tumbo boca arriba. Veo cientos de estrellas en el cielo de Madrid. Es precioso. Me hace sentir muy pequeña y todavía más sola. Las lágrimas me enturbian la visión. Se escapan sin permiso, como si quisieran fundirse con el agua que me acaricia la piel.

No quiero cerrar los ojos. No quiero que llegue mañana. No quiero pasar por delante de ese museo nunca más.

Tampoco quiero respuestas a esas preguntas que ni siquiera me atrevo a formular en voz alta.

Capítulo 11

Antes de quedarme sola

Las luces se encienden de una manera bastante gradual. Los títulos de crédito desfilan ante nuestros ojos. He mantenido la mente en blanco durante las dos horas que ha durado esto. Me aguanto las ganas de restregarme los párpados al recordar que los llevo maquillados. Algunas personas se levantan de sus butacas. Otras hablan entre ellas, miran el móvil o se ponen la chaqueta.

Nosotros no hacemos nada.

—Ha estado bien, ¿eh? —me giro hacia él y fuerzo una sonrisa— . ¡Sabía que te gustaría!

Mi gesto se queda congelado mientras devuelvo la vista al frente. Antes he dejado que él eligiera la peli porque estaba convencida de que le hacía ilusión. ¡En qué puta hora! Al menos uno de los dos ha disfrutado porque a mí me ha parecido un bodrio. De hecho, he tenido que disimular un par de bostezos, pero me callo por educación, por no herir sus sentimientos y porque quiero que la cita acabe bien.

Isra y yo compartimos ese silencio interrumpido por la música que se extingue poco a poco, igual que el resto de personas que se quedan con nosotros en la sala de cine. Cada vez estoy más incómoda. No sé por qué mi acompañante no se levanta, pero yo me quiero ir ya. Respirar aire fresco, tal vez pillar algo de comer.

Apoyo las manos en los reposabrazos, pero él me detiene.

—Espera...

—¿Qué? —Mierda. Me ha salido demasiado borde—. ¿Qué pasa?

Despega su espalda del respaldo y gira su cuello para mirarme bien.

—¿Sabes que te pareces mucho a Zheng Shuang?

—¿A quién?

—A Zheng Shuang —Vuelve a pronunciar su nombre y esta vez pillo la referencia—. Es una actriz muy famosa, también China, como tú.

—Ah. Pues no. No me lo habían dicho nunca.

—Mi hermana es fan y ve sus pelis en *streaming* —me explica y yo asiento—. Es muy guapa.

—Se acerca un poco más. Tanto, que puedo sentir su aliento cálido contra mi mejilla—. La actriz, no mi hermana, digo.

—Mmmm... ¿gracias?

—De nada, es la verdad.

Así que le gusto. Vaya, eso no me lo esperaba, aunque, por otro lado, me ha invitado a salir, ¿no? ¿Debería extrañarme que le parezca guapa a un chico? Ninguno me lo había dicho antes. Mucho menos así, directamente.

Sonrío, nerviosa. Huele a palomitas. La gente se marcha. Nos quedamos solos. La música se desvanece y la pantalla se queda a oscuras. Dirijo mi mirada hacia su boca justo antes de que roce la mía. La garganta se me cierra y noto cómo los latidos de mi corazón incrementan su ritmo. Los músculos de mis brazos y de mis piernas se contraen, como si quisieran sujetarse a la butaca.

Estoy hecha un flan. ¡Ahí va mi primer beso!

Los labios de Isra aterrizan sobre los míos. No hay mejor verbo para describir lo que pasa. Cierro los ojos y suelto un gemido que podría interpretarse de mil maneras distintas. Quiero que el momento sea perfecto. Lo necesito. Voy a recordarlo por el resto de mi vida, así que más vale que sea especial, pero no lo es. La palma de su mano presiona mi nuca. Su lengua entra en mi boca a la fuerza. Vamos a destiempo. A lo mejor es culpa mía. Fijo que soy la más inexperta de los dos y tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Debería disfrutar de esto y no pensar en lo que está mal, pero es que algo está mal y no sé qué es.

Isra me obliga a girar la cabeza suavemente. Abro los ojos, sorprendida. Ahora mejor, mucho mejor. Respiro aliviada. Estoy segura de que mi cita ha besado a varias chicas. La experiencia es un grado, dicen. Y estoy de acuerdo. Se nota que hay técnica, aunque sigue faltando algo.

Ya me rayaré más tarde intentando averiguar qué.

Cuando todo termina, se aparta y me mira sonriente. Victorioso, incluso. Le brilla el mentón. Yo siento los labios empapados. Demasiada saliva.

¡Qué vergüenza!

—¿Te ha gustado? —asiento, cohibida. Otra pequeña mentira piadosa—. Ven, vámonos de aquí.

Se pone en pie, me coge de la mano y nos largamos. Las luces ya no son tenues. La persona que se encarga de la limpieza pasa de nosotros, los rezagados. Afuera, ya es de noche. El sol cada vez se pone antes en esta época del año. Aunque no hace frío como tal, me arrepiento de no haberme traído una cazadora. Me abrazo a mí misma y camino más rápido. Durante un momento voy sola, arrastrando pensamientos. Isra se entretiene con el móvil, pero pronto me alcanza. Cruzamos la calle juntos y seguimos sin decir nada durante un largo trecho.

—¿A qué hora tienes que llegar a casa?

—A las once y media.

—Aún nos queda una hora.

Me coge del brazo. Nos internamos por el césped que rodea zonas verdes. Me guía por atajos que no conozco. Por fin nos detenemos al llegar a un parque infantil desierto a esas horas.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto.

No me responde. Tan solo se limita a susurrar:

—Ven.

Su mano agarra la mía. Se sienta en un banco y me pide sin palabras que haga lo mismo. Estamos muy pegados. Ya no tengo frío, pero sí mucha expectación ante lo que está por venir.

Vuelve a besarme y yo me dejo hacer. Esto debería gustarme. Isra no es guapo, pero sí mono. Tiene los ojos color miel, la nariz pequeña y un hoyuelo en la barbilla que le da personalidad. Es alto y se nota que juega al fútbol. Me gusta. Cuando quiero darme cuenta, estoy sentada a horcajadas sobre él. Llevo puesto un vestido que se me sube. Me ocupo de no enseñar más de la cuenta mientras me toca el culo. Yo le recorro la espalda con los dedos como si hubiese hecho lo mismo cientos de veces antes. Y me concentro tanto en los besos que me pierdo todo lo demás.

Quiero enrollarme con él sin parecer una pardilla y sentir esas jodidas mariposas en el estómago. ¿Dónde están?

Me toca las tetas por encima de la ropa. Interrumpo la unión de nuestros labios, sorprendida. Me aparto un poco. Tomo aire y jadeo. Vamos muy de prisa. Demasiado. No sé si se está pasando, aún no lo tengo claro. El bulto entre sus piernas me hace sentir en cierto modo poderosa. También me intimida. Sé lo que está pasando, no soy tonta. Yo también debería estar excitada, deseosa de seguir, pero no estoy cómoda.

Seguro que algo no está bien conmigo.

—¿Quieres ir a mi casa? —pregunta, sin aliento.

—¿Qué?

—Vivo aquí al lado. —Señala hacia arriba, hacia un bloque de edificios situado a mi espalda.

Yo no giro la cabeza, sino que lo miro de hito en hito.

—No —carraspeo—. Debería irme.

No sé dónde estamos, pero quiero largarme ya.

—No seas tonta y sube, anda.

—Si llego tarde, mis padres me castigarán. —Otra vez me sale el tono borde, pero en esta ocasión me da igual.

Me aparto de él hasta que consigo poner un pie en el suelo. Me coloco la ropa. Se me han dormido las piernas de estar tanto rato en la misma postura. Noto calor en las mejillas, me duelen los labios y detecto un hormigueo molesto en las manos, que me tiemblan, aunque no lo suficiente como para que se dé cuenta.

Repaso lo que hemos hecho y cómo me hace sentir. Me arrepiento de que Isra me haya tocado las tetas sin mi consentimiento aunque haya sido por encima de la ropa. Tal vez sea la única chica de dieciséis años que no hace esas cosas, pero me da igual. Apenas le conozco y necesito estar segura de lo que hago cuando piso terreno resbaladizo.

Dejo de darle vueltas: no tendría que habérselo permitido. Punto.

—Tú te lo pierdes —murmura.

Se levanta lentamente, como si le costara un esfuerzo brutal o tuviese encima una desgana absoluta. Saca un cigarro del bolsillo del pantalón, un mechero y se lo enciende sin prisas. No sabía que Isra fumara. Sus besos no sabían a tabaco, por suerte. Me cuesta levantar la vista del suelo, pero cuando lo consigo, le clavo la mirada expectante, sin saber qué hacer. Se me acelera el corazón al recordar lo de antes. ¡Qué pava soy! Aunque, por otro lado, me alegro de haber tachado algo de mi lista.

Mi primer beso. Mi primer rollo.

—¿Por dónde se va al metro?

Prefiero irme a casa sola, pero si Isra se ofrece a acompañarme, no voy a decirle que no. Me parece muy violento separarnos aquí y así, sin más. Sin embargo, él ni siquiera me presta atención. Está con el móvil, escribiendo a alguien.

—Por ahí. —Su índice se dirige hacia la derecha mientras sigue a lo suyo—. Ya nos veremos.

El humo de su calada se eleva hacia el cielo. Después, se aleja, dejándome sola.

Emprendo la vuelta a casa acelerada. No voy a llegar a tiempo porque, cuando llego a la boca de metro, me doy cuenta de que esta línea me pilla fatal. Tres transbordos. Para eso, prefiero andar. O correr. Solo paro en los semáforos y, a veces, ni siquiera eso. Me entra flato, me arden los pulmones. No sé si huyo de lo que acaba de pasar o las prisas son sinceras, pero tengo los pies reventados. Disimulo como puedo antes de entrar por la puerta de casa. Lo último que me apetece es que mis padres sospechen que ando besuqueándome con tíos por ahí.

Sin embargo, mis padres no están. Deben seguir en la tienda. Suspiro y me quedo un poco más ligera. Le mando un mensaje a mi madre avisándole de que ya estoy en casa, como lo haría una hija responsable. Su respuesta es seca. Consiste en que mañana me quiere a las diez de la mañana en punto en la puerta del bazar. Ellos dormirán allí, como solían hacer antes.

Hay mucho lío y necesitan manos.

Ya a salvo, en mi habitación, en mi cama, doy vueltas. Tardo tanto en dormirme porque me resulta complicado dejar atrás los recuerdos de esta primera vez. Ojalá pudiera borrarlos. Ojalá no me sintiera forzada para hacer que las cosas pasen. Me gustaría disfrutarlas sin más, vengan cuando vengan, pero las cosas no funcionan así. No al menos en mi instituto.

Soy virgen y así pienso seguir si mi única opción es estar con un chico como Isra. Eso lo tengo claro. La presión está ahí, pero ¡que les den a los demás! No tengo por qué acostarme con el primero que se me pone a tiro.

Y si no le gusta, que se joda.

Siento que he perdido algo esta noche. Algo intangible e imposible de recuperar.

Capítulo 12

Antes de quedarme sola

Susana: estás ¿?

Sip

Susana: me debes algo tíaaaaaa

el qué?

Susana: no te hagas la tonta y desembucha!!!!!
Susana: estás ahí ¿?

estaba repasando para el examen de economía de mñn. como lo llevas?

Susana: regu
Susana: qué tal ayer tía¿?
Susana: que me tienes en ascuas

regu xD

Susana si?????? Joooo y esoooooo¿?

no sé.

Susana: pero te besó¿?

si

Susana: ayyyyyy qué bien tiaaaaaa YA ERA HORAAAA

si.por fin

Susana: y besa bien el Isra¿?

no sé. no tengo con quién comparar

Susana: esas cosas se saben tia
Susana: pero cuéntame más!! Te liaste con él o solo te dio un besito?
Susana: eooooo

un poco

Susana: un poco de qué¿?
Susana: hola?????

ya te lo cuento otro día ok?

Susana: qué te pasa, tia¿?

nada, movidas con mis padres

Susana: puffffff

creo q me voy a buscar un curro

Susana: vas a dejar el insti ¿? :O

no. seria para después de clase. No se

Susana: xq no curras en la tienda de tus padres ¿?

ya curro en su tienda. Te recuerdo que no me pagan.

Susana: pero eso no es legal no¿?

voy corriendo a denunciarlos xD

Susana: jo, tia, qué chungo...

estoy mazo harta de ellos. nos pasamos horas discutiendo sobre lo mismo.

Susana: así estamos todos tía.

los míos son muy pesados con el tema de los putos estudios

Susana: yaaaaaa mucho ánimo, valeeeee ¿?

gracias.voy a seguir repasando

Susana: ok y yo!!
Susana: Nos vemos mañana donde siempre¿?

si

Susana: descansa wapa. hasta mañana!!

Capítulo 13

Acabo de llegar a mi casa en Cerro Bermejo. Me parece oír el maullido de algún gato a lo lejos. El mareo es inaguantable. Poto. Odio el sonido de las arcadas. Odio la sensación de la bilis subiendo por el esófago y odio el aliento que se te queda después de haberte bebido media botella de algo fuerte.

Pero es más duro girar la llave, abrir la puerta y tragarte el saludo que ibas a dirigir a tus padres desaparecidos.

Me lavo los dientes a conciencia, hasta que siento que mis encías no lo van a soportar más. Me baño por partes con garrafas de cinco litros. Durante las primeras semanas todavía funcionaba el agua corriente, pero ya no. Tampoco va la electricidad. No entiendo de esas mierdas, así que no sé cómo solucionarlo.

Me tumbo en mi cama a dormir la mona un rato. Tengo que cambiar las sábanas. Es decir, ir a por unas nuevas, porque paso de lavar estas. Mi habitación gira y gira. Sonrío como una tonta al imaginar la cara que pondrían mis padres al verme así, borracha. Luego, hago un puchero al recordar que ya nunca me van a ver ni así, ni de ninguna otra manera.

Los echo de menos. Incluso con las constantes discusiones. Me presionaron tanto que llegué a pensar en escaparme de casa. Y ahora, ironías de la vida, los que se han marchado han sido ellos. Siento que me he hecho vieja durante estos últimos meses. El mundo se me echa encima de una manera bastante literal todos los días. Otros en mi lugar ya se habrían vuelto locos.

A mí poco me falta.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, sé que ya es por la tarde. He aprendido a leer la hora por la posición del sol y el modo en que sus rayos inciden sobre los edificios. Un martillo pilón me taladra las sienes mientras me levanto. Así que esto es la resaca, ¿no? Pues es una mierda. Ya he bebido alcohol otras veces, pero nunca hasta este extremo. Y sé que se puede más. Uno de mi instituto sufrió un coma etílico y le tuvieron que llevar al hospital. De pensar en eso se me revuelve aún más el estómago. Aún así, me rugen las tripas. Debería comer algo que no fuesen putos regalices rojos. Me abro una lata de guisantes con jamón y me los como de merienda. Mantengo la mirada perdida en los azulejos de la cocina. Están cubiertos por una fina capa de polvo. Si mi madre los viera así, le daría algo. Debería limpiarlos solo por mantener un poco a

raya el caos, pero dejo la tarea para otro momento.

Salgo a la calle en dirección a la tienda de mis padres. Cojo comida para gatos y bajo hasta una pequeña zona verde. Algunos mininos salen disparados a mi encuentro en cuanto me reconocen. Llamo a los habituales por el nombre que les puse. Mi voz suena demasiado dulce y empalagosa. No parece mía, pero es que aparte de alimentarlos, mi intención es animarme un poco. Me devuelven el saludo «Diva», «Caramelo», «Miley» y «Diego».

Este último me mira con sus bonitos ojos verdes, como no podía ser de otra manera.

Mis padres no me dejaban tener animales en casa, así que ahora tengo más de veinte en una colonia felina. Me he convertido en la loca de los gatos y me gusta.

La memoria es caprichosa. Selectiva. Puñetera. Me acuerdo de que hace años, en el instituto, se organizó una actividad en la que debíamos traer un plato que comiésemos habitualmente en casa. Yo llevé el *dim sum* de las ocasiones especiales. Pareció gustarles a los que se animaron a probarlo. Sin embargo, al día siguiente comenzó a circular un rumor: que las empanadillas estaban rellenas de carne de gato.

Suelto una carcajada histérica que espanta a algunos mininos. Mi madre y yo los hicimos de verduras, pero eso fue lo de menos. Las burlas y los comentarios se prolongaron durante el resto del curso.

Lo pasé muy mal.

Supongo que los recuerdos son como el frío. Es inevitable que vuelva de vez en cuando y se quede contigo durante un tiempo. Tienen la capacidad de moldear tus emociones. Las mías, oscilan desde el cabreo hasta una tristeza hueca que va calando. Me pasa siempre que pienso en mis padres. Joder, me encantaría pedirles perdón por todas las veces que no fui la hija que esperaban.

Tres o cuatro pares de ojos me miran fijamente. Bajo la vista. Pronuncio unas palabras en mandarín como si mis viejos estuviesen delante. Al final de la misma discusión que tuvimos cien veces, me hartaba tanto que les hablaba en castellano solo para dar por saco. Ahora me siento estúpida, una niñata insensible. La rebeldía solo me ha llevado lejos de mis padres a todos los niveles. Tendría que haberme portado mejor, sin broncas ni follones, porque, ¿de qué sirvió la confrontación? De nada.

Echara o no la matrícula en la universidad, al final habría acabado en el mismo sitio: en la calle Pericles, rodeada de gatos.

Sola.

Capítulo 14

Antes de quedarme sola

—Xiaojing, ¿eres tú?

La campanita me delata en cuanto abro la puerta. O quizá Daniel es demasiado observador y reconoce mi manera de caminar por la librería.

—Ho-hola —balbuceo.

Me acerco al mostrador tras dar una pequeña vuelta de reconocimiento. El dueño de Dulcinea está inclinado sobre una caja de cartón que imagino repleta de libros. Suena el teléfono. Es un fijo que está clavado a una pared. No había reparado en él hasta entonces. Daniel contesta al quinto tono. Su voz suena pequeña, como si los susurros se la comieran. Anota algo en un cuaderno que descansa en la mesa. Mueve el bigote salpicado de canas mientras escribe. La imagen me da ternura.

Cuando cuelga, segundos más tarde, da la vuelta y me sonríe.

—¿Ya has terminado con la señorita Austen?

—Sí.

Tengo la boca seca y estoy un poco nerviosa, pero confío en que no se me note mucho.

—Bien. ¿Qué buscas ahora? Me acaba de llegar un lote de novelas románticas que...

—No. —Le corto de manera brusca. Luego meneo la cabeza y cierro los ojos con fuerza para recular—. No me apetece leer sobre eso ahora.

Daniel arquea una ceja.

—¿Mal de amores? —No se le escapa nada porque creo que eso me pasa.

O algo así.

—Soy demasiado joven para esas cosas —murmuro.

—Yo diría que tienes la edad perfecta para que tu cabecita esté en las nubes por culpa de algún chico... o de alguna chica —añade.

—Chico. —A veces, estoy mejor callada—. En todo caso chico, quería decir.

Me gusta que no dé por supuesta mi heterosexualidad, pero también me incomoda que

hablemos de esto. Te recuerdo que para mí Daniel es casi como mi abuelo. Me aclaro la garganta. Necesito cambiar de tema, pero no tengo la habilidad de Susana. Cojo el primer libro que veo. Ni siquiera me fijo en el título. Lo abro por una página cualquiera.

Una lámina del aparato reproductor masculino me saluda en todo su esplendor.

—¿Te interesa la anatomía humana? —pregunta Daniel con sorna.

—No. Yo, eh... —lo cierro de un golpe seco—, en realidad, solo quería comentarte una cosa.

Suspiro. Pensé que no sería capaz de decirlo nunca.

—Cuéntame. —Sale de detrás del mostrador con una sonrisa—. Soy todo oídos.

—Pues verás, yo... busco trabajo. —Alzo las manos, no quiero que me despache enseguida con una negativa—. Algo temporal. Por las tardes. No hace falta que sea formal, ni tampoco te pediría mucho dinero, aunque me vendría muy bien y...

—Xiaojing...

—A ver, si no, no pasa nada —miento—. Solo lo comento... por si necesitas que te eche una mano, o algo así.

Por fin cierro la boca. Pasan unos segundos un tanto incómodos. Él suspira, se frota la cara y se acerca un poco más a mí.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes...

—¿Cómo?

—La semana pasada sucedió algo que... bueno... líos familiares.

—Ah. —No entiendo nada. Me rasco la cabeza y doy un paso hacia atrás.

—En realidad sí necesito ayuda, pero no puedo permitirme otro trabajador, entonces...

—Yo podría hacerlo casi gratis. —El corazón se me sube a la garganta.

Daniel me mira por encima de sus gafas con una media sonrisa en la cara.

—Lo que intento decirte, Xiaojing, es que quedé con mi hija en que mi nieto vendría dos o tres tardes a la semana.

—Vale. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Va a ser un desastre, ya lo verás.

—¿Por qué?

—No le interesa mucho esto —señala alrededor—, pero atraviesa una fase... digamos un tanto díscola.

—¿Qué ha hecho, si se puede saber?

Daniel cierra la boca. A lo mejor me he pasado de curiosa, pero entonces dice:

—El otro día llegó borracho a casa.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

No puedo evitar reírme.

—¿Por qué te hace gracia?

—Porque eso es bastante normal.

Daniel arquea una ceja, escéptico.

—¿Bastante normal? Se equivocó de casa y aporreó la del vecino. ¿Tú lo haces?

—¡No! —me río un poco más.

—Entonces...

—¡Lo mío no cuenta!

—¿Por qué?

—Porque... bueno, ya sabes. No soy de las que tienen mucha vida social.

—Tú serías la candidata ideal, pero prefiero que mi nieto lo haga gratis —baja la voz para

añadir—: Me avergüenza lo poco que podría darte a cambio.

—No pasa nada —intento parecer más animada de lo que corresponde—. Ya encontraré otra cosa.

Suspira y se pone a recoger unos libros. Ya no me mira. Es como si hablase para sí mismo, aunque sé que no es así.

—¡Qué narices! ¡Mi hija debería pagarme a mí! —se ríe—. Ser niñero de un adolescente a estas alturas...

—¿Le gusta leer?

—No —agita la mano en el aire—. No lo que yo vendo, al menos.

—Pero si está aquí contigo, no podrá meterse en líos ahí fuera, supongo.

—Ese es el plan.

Agradecida por el hecho de que hayamos cambiado de tema y la conversación no se centre en mí, me amparo en un cómodo silencio. Odio tener que andar por ahí pidiendo favores y más a la gente que aprecio, no me preguntes por qué. No hace falta ser un lince para intuir que Dulcinea atraviesa por un mal momento. La decadencia se respira entre sus estanterías. Es una vieja gloria sacada de tiempos mejores en los que Internet era cosa de ciencia ficción. Además, la manera en que el dueño de la librería gestiona las ventas no ayuda. Me refiero a las pocas que hace. Cuando no regala libros, está recogiendo los que nadie quiere como si fuesen huérfanos desamparados. La gente que ama el arte pocas veces es buena haciendo negocios.

Podría ponerme a mí misma como ejemplo, pero me resulta demasiado presuntuoso.

—Veamos cómo funciona... —La voz de Daniel me devuelve al instante presente.

—¿El qué?

—Lo de mi nieto aquí.

—Seguro que bien.

—¿Tú crees? —niega con la cabeza—. Si trabajar con el abuelo es un castigo... mal asunto.

—Ya... bueno, mi oferta sigue en pie, ¿vale? Por si tu... nieto pasa, te deja tirado o algo.

—Gracias.

—Aunque espero que no lo haga —me apresuro a añadir.

En realidad, le echaría una mano incluso gratis. Eso me lo guardo para mí. El teléfono vuelve a sonar y Daniel lo atiende con la misma calma que antes. Yo aprovecho para hacer un barrido rápido por las estanterías. Se me acelera el corazón cuando veo una edición bastante decente de «La sombra del viento». Soy una de las pocas que aún no la ha leído, pero eso está a punto de cambiar. Veo el precio apuntado en la esquina superior de la primera página. Es ridículamente bajo. Voy hasta el mostrador, dejo un billete de cinco euros sobre la mesa. Es más de lo que Daniel pide por la novela, pero me da igual. Me despido del librero con la mano, algo inútil porque está de espaldas y no puede verme.

Salgo de Dulcinea. Doy un paseo por el barrio con los auriculares puestos. Miley canta «Never be me» y yo tarareo la melodía mientras leo. No paso de la tercera página. No me concentro. Cierro el libro. Solo pienso en que este instante es un bonito paréntesis y me dejo arrastrar por el pesimismo que incuba esta situación.

¿Dónde van a querer contratarme? No tengo experiencia, ni tampoco podría aceptar algo a jornada completa porque tengo que ir al instituto. Solo soy una adolescente a la que le encanta leer y pintar. Para sacarme algo de dinero con lo segundo tendría que publicitarme en redes. Si me pongo a darle caña a mi perfil de Instagram y a mi cuenta de TikTok veré los resultados en, aproximadamente, dos siglos. Se tarda demasiado en crear necesidades en la gente y no soy tan disruptiva como para volverme viral. Por si fuera poco, también tendría que superar el miedo al

ridículo y a las opiniones de los demás.

Muy complicado.

Sigo con el repaso a mi lista de «virtudes». Las mates también se me dan bien. Y hablo mandarín. Podría sacarme algo de pasta dando clases particulares, o traduciendo, aunque la paciencia no es uno de mis puntos fuertes y creo que es bastante necesaria para estos dos curros.

A veces parece que el estereotipo de la típica chica china criada en España se ajusta a mi personalidad como si yo solo fuese otra pieza recién sacada de un molde. En cambio, la mayoría de las veces me da la sensación de que soy tan única como rebuscada. Tan profunda como frívola. Tan idiota como trascendental. Tan vacía de ánimos como llena de experiencias por vivir.

Pienso en la universidad. Está a la vuelta de la esquina y no estoy preparada para ese momento. Me imagino allí, pero también me veo lejos, haciendo cualquier otra cosa. En cuanto tome la decisión necesito una bola de cristal que me diga si me equivoqué o no. Lo último que quiero es fracasar si me dejo guiar por mi instinto y avergonzar con ello a mi familia. Mis padres se sacrifican por ese futuro que quieren para mí todos los días desde antes de que naciera. El peso de la responsabilidad es el peaje que debo pagar. No soy una desagradecida, pero es injusto que otros decidan por mí.

Decepcionarles estaría mal, pero es peor decepcionarse a una misma.

Miley ratifica todos mis pensamientos cuando las primeras notas de *Can't be tamed* suenan. Eso me hace sonreír. Al menos, siempre podré recurrir al humor, por muy ennegrecido que se vea el horizonte.

Llego a casa y me tumbo en mi cama. La música sigue. Cierro los ojos. Me encantaría que algo me saliera bien por una vez. Me conformo con poco. Por ejemplo, besar a un chico y que me guste. Sería muy triste no disfrutar de algo cuando todos lo hacen. Lo dicen en las canciones, lo ponen en los libros y aparece en las películas.

Me permito fantasear durante unos segundos con ese beso ideal.

Con ese chico de ojos verdes.

De repente, escucho un ruido por encima de la música. Giro la cabeza a toda velocidad. Mi madre está ahí, plantada en mitad de mi cuarto, y me mira con cara de pocos amigos. Jadeo mientras me levanto de la cama de un salto. Me arranco los auriculares.

—¡Mamá!

—¿Por qué no estás estudiando? —se cruza de brazos.

—Estaba... descansando un momento.

—¿Descansando? ¡Ya descansarás por la noche!

—Me duele la cabeza.

Pongo mi culo en la silla y abro un libro. Ni siquiera me fijo en la asignatura. Tomo un subrayador y finjo que ella no está ahí. Dos minutos tardo en echar un vistazo alrededor.

Se ha ido.

Suspiro por la nariz, tan fuerte que se me rebela el flequillo. Tiro el rotulador a un lado. Me restriego los ojos y sonrío sin ganas al darme cuenta de que no he mentido a mi madre: un pinchazo me atraviesa las sienes de lado a lado.

Por supuesto, lo último que me apetece es ponerme a hincar los codos.

Tener dieciséis es un asco.

Capítulo 15

Un socavón me hace perder el equilibrio. Caigo al suelo de boca. Lo peor es el crujido que escucho proveniente de mi tobillo derecho. Aúllo de dolor. Joder, ¡eso me pasa por no mirar por donde piso! Ruedo por el suelo como una croqueta. Me agarro el pie con las manos, aprieto los dientes y los párpados. Suelto unas cuantas palabrotas y maldigo mi mala suerte. Me cuesta levantarme y luego no me atrevo a apoyar el pie, así que salto a la pata coja. Me agarro a una farola. Duele de narices. Rescato mis cascos como puedo y oteo el horizonte cuan marinero en busca de una farmacia que atacar a tiro de piedra.

Tardo un buen rato en cruzar el Paseo de las Acacias ayudada por una especie de tubería que me sirve de bastón. Busco algo en la Glorieta de Embajadores. Lo encuentro parcialmente mientras me desfogo de lo lindo al cargarme el escaparate. Esta vez, el cristal es de los gordos, así que cuando por fin accedo al local, estoy agotada. Guardo un arsenal de medicamentos en la mochila. También apósitos, vendas, tiritas, cremas antiinflamatorias y un largo etcétera.

Me siento en el suelo dispuesta a curarme. Tengo cuidado con los cristales. Cuando me quito la zapatilla y el calcetín, es evidente que el tobillo se me ha hinchado. Siseo como una serpiente al echarme la pomada y aplico un vendaje bastante mediocre. Luego, decido que me quedaré ahí un rato. Pienso en que podría haber sido mucho peor. Me da pánico ponerme mala. Hace unas semanas las pasé putas con fiebre y escalofríos. Estuve dos días sin salir de la cama, sin que mi madre me cogiera de la mano fuerte.

Abro la mochila, saco los regalices que me quedan y trago un par de aspirinas con el último sorbo de agua que me queda. Mientras espero a que me hagan efecto, cierro los ojos y me traslado al pasado. Me he acostumbrado a que pasen los días, sin más. No me imagino seguir con las mismas rutinas hasta que me muera, pero a lo mejor ese día no queda tan lejos y nadie sabría que yo fui la última chica que habitó Madrid.

No sientas pena por mí. Yo no lo hago. La sociedad era una mierda. Nos estábamos cargando el planeta, así que era cuestión de tiempo. O él o nosotros.

Y esto es lo que nos merecíamos por maltratarlo, por prostituirlo: la extinción.

Pero, entonces, ¿por qué yo sigo aquí? Quizá solo soy un error.

Uno entre casi nueve mil millones de seres humanos.

Eso es virtualmente el cero por ciento.

Capítulo 16

Antes de quedarme sola

Cuando salgo del instituto y me encuentro a Isra frente a frente, lo primero que siento es pereza. Incomodidad. También se me para el corazón durante una milésima de segundo debido a la sorpresa. Recobra su ritmo normal en cuanto me doy cuenta de que ni siquiera me ha visto. Apoya la espalda en la verja mientras se fuma un piti. Su mochila descansa en el suelo, contra su pierna. No sé si intenta hacerse el interesante, pero casi lo consigue. Y parece que espera a alguien.

Con un poco de suerte, ese alguien no soy yo.

Verle no me remueve nada por dentro. Lo único que deseo es irme a casa evitando que me detecte. Dudo entre retroceder y esperar a que se pire o bien acoplarme a ese grupo de chicas que acaban de rebasarme. Podría ser buena idea camuflarme entre ellas para pasar desapercibida. Me da igual si luego me miran raro.

Allá voy.

Al final, el valor me abandona en el último momento. El pulso se me acelera, aunque mis pies siguen clavados en el mismo sitio. Doy media vuelta y me dirijo a clase con el rabo entre las piernas.

Así es como se evita una conversación que no te apetece mantener.

Isra lleva un par de días calladito, pero hasta ahora me ha escrito por *insta* cada noche. Quiere repetir lo del otro día en el parque. Yo le doy largas porque paso de que me acuse de estrecha. Debería darme igual, lo sé, pero ya te lo dije: no pienso hacer nada que no me apetezca hacer.

Los pasillos están casi vacíos. Nadie se fija en que vuelvo a sentarme en mi sitio. Me pongo a revisar el móvil. Omito Instagram por razones obvias. Aunque tengo claro que Isra es agua pasada, todavía no he decidido si quiero repetir con otro lo que hice con él. Necesito comprobar si el fallo está en él o en mí. Me pregunto si sería buena idea hablar de esto con Susana. Hoy no ha venido a clase. Está mala. Prefiero no hablarle de mis movidas hasta que se recupere.

Levanto la vista. En la pizarra aparece escrita la solución al problema de mates que entró en el

examen del otro día. Tuerzo el gesto. Hoy nos han dado las notas y no me salió muy bien. Al menos, no tanto como esperaba. No quiero que se me joda la media y, en cuanto mis padres reciban la noticia por la aplicación, van a tener otro motivo para atarme en corto. Ojalá pudiera ocultárselo y, simplemente, ponerme las pilas para el siguiente control, pero la tecnología tiene un lado oscuro y es este.

Los minutos se convierten en horas cuando estás haciendo *scroll* en TikTok. Pierdo la noción del tiempo y, si no fuera por la interrupción de la señora de la limpieza, me hubiese quedado en clase hasta mañana. Alzo las cejas porque con la tontería son las cinco y media y aún no he comido. Salgo del instituto. Expulso el aire que retenían mis pulmones al comprobar que Isra ya no está donde estaba antes. Sería raro que aún siguiese parado ahí, ¿no?

Echo un vistazo rápido a izquierda y derecha. Ni rastro de alguien conocido. Enfilo la calle Mateo Guill, aunque las tripas me rujan. Necesito sentirme en casa, sentirme a salvo, así que no me queda otra que pasarme por la librería Dulcinea. Daniel acaba de abrir.

Cuando empujo la puerta y suena la campana, me paralizo. Escucho una voz que no reconozco elevándose por encima de la del dueño. Parece que discuten. Me pregunto qué debo hacer. No quiero quedarme a escuchar una conversación privada, pero la alternativa es irme a mi cuarto y estudiar, así que me meto por un pasillo, cojo un libro cualquiera y lo abro para taparme la cara con él. Para añadir credibilidad a mi puesta en escena, me coloco los auriculares, pero no los conecto al reproductor. Así, nadie podrá acusarme de ser una fisgona aunque en realidad no pueda resistirme a escuchar:

—Te lo repito: cuando vuelva, no quiero ver este desorden —dice Daniel.

—Vale.

—Y si entra alguien, sé amable.

—Pero, ¿quién va a entrar aquí?

Frunzo el ceño. No sé quién es la persona que habla así al librero, pero ya me cae mal.

—Volveré lo antes posible.

La puerta trasera se cierra con fuerza veinte segundos después. El aire parece hacerse más denso. Lo pillo, Daniel está cabreado y no me extraña. Esperar a que regrese es mala idea porque, aunque eso suceda enseguida, no estaremos solos como siempre. ¡Qué rollazo! Aprieto los dientes y asomo la nariz por encima del libro. Me mosquean varias cosas del tío borde. La principal, que no hace ni un solo ruido. Me pregunto si estará siguiendo las órdenes del dueño o si anda abstraído con el móvil.

En todo caso, no es asunto mío. ¿O sí?

Me esfuerzo por no cotillear más de la cuenta. Reviso las estanterías por si hubiese algo interesante. No encuentro nada. Leo los títulos y soy incapaz de retener dicha información. Es imposible concentrarse en la palabra escrita cuando hay algunas flotando alrededor. Las que ya se han dicho y las que se callan. La curiosidad me puede. Quiero verle la cara al idiota ese y encararme con él si encuentro el valor. Me apetece jugar un rato a las justicieras, darle un poco de su propia medicina y quitarme la cobardía que llevo encima desde lo de antes. Sin embargo, para eso tengo que descubrir mi posición y acercarme.

Tardo un rato largo en atreverme. Me quito los auriculares, los guardo en el bolsillo de mis vaqueros. Recorto la distancia que nos separa y, aunque el idiota este tenga la cara tapada por las manos y los codos apoyados en el mostrador, le reconozco enseguida.

Se me acelera el corazón. Ahogo un gemido que traspasa mis labios y llega directamente a sus oídos.

Entonces, sus ojos verdes me miran.

—¿Buscas algo? —me pregunta con un tono de voz neutro.

Es Diego.

Es él.

El chico por el que llevo colada dos largos años.

—No. Sí. En realidad...

—Espera, ¿tú no vas a mi instituto?

Tardo en contestar. Procuro no quedarme demasiado embelesada con sus hombros anchos, con su pelo oscuro, algo rizado en las puntas y tan largo que le cubre un poco los ojos. ¿He mencionado ya su metro ochenta y cinco? Diego tiene una cara muy reconocible, casi como de actor de cine.

Mi lado creativo y enamoradizo necesita empaparse de todos esos detalles que lo hacen único para pintarlo después.

Nunca hemos estado tan cerca, aunque me he quedado varios minutos viendo alguna que otra foto en la que sale. Su perfil de Instagram es privado.

Ni fumada me atrevo a mandarle una solicitud.

—Sí. A primero de bachillerato.

—Ah, sí. Yo voy a segundo. —Eso lo sé de sobra, así que solo muevo la cabeza de arriba abajo, conforme—. Siento haberte quitado el curro.

—¿Cómo...?

—Mi abuelo me lo contó —se encoge de hombros—. Para hacerme sentir culpable, supongo.

—Es una putada. —Mastico la palabrota igual que si fuese un chicle de fresa—. Está claro que tú no quieres estar aquí.

—¿Y tú sí? —Me estudia con expresión divertida.

—Pues... sí —sueno demasiado borde, pero no me importa.

Pestañeo con coquetería. Ni siquiera sabía que era capaz de hacer tal cosa. Me sonrojo. ¡Estoy tonteando con Diego Vázquez! Me sudan las palmas de las manos, siento la boca seca y un zumbido en los oídos. A lo mejor es el hambre, pero creo que hay algo más. Espero que mi cuerpo no me traicione ahora. Que ningún gesto me delate.

Solía fantasear con que, algún día, él se fijaría en mí y entonces hablaríamos. En la cafetería, por los pasillos, en el patio... nunca imaginé que sería aquí, en Dulcinea.

El dueño de este paraíso es su abuelo. Flipo.

—Tú eres muy lista, ¿no?

Sonrío, nerviosa, pero antes de que se me note, subo la guardia y ataco:

—Al menos no me creo más lista de lo que soy.

Prefiero mostrarme así de idiota y que él se muestre como el idiota que parece ser. Está a punto de caérseme un mito, aunque así no tendré problemas a la hora de hablar con un chico.

Joder, ¿a quién pretendo engañar? Diego no es solo «un chico», sino «el chico que me gusta desde hace una eternidad».

—Ey, ¡para el carro! —Hace la típica señal con las manos que significa «tiempo muerto»—. Que lo de «lista» no lo digo yo, lo dice mi abuelo, ¿vale?

—Ah, ¿sí?

—Sí. Según él, eres la clienta más inteligente que tiene. Considéralo un halago —coge un libro y lo cambia de sitio—, por aquí viene gente muy friki.

Me dan ganas de atacarlo donde más le duele. Sé cosas de Diego que no sospecha. Secretos. Tiene un expediente académico muy bueno. Excelente, más bien, aunque odia que la gente lo sepa. Me enteré por casualidad, escuchando la conversación de dos profesoras en el baño. Aquel

fue el detonante, el pistoletazo de salida a un encaprichamiento que dura ya dos años. Como una polilla que va directa a la luz de una farola, yo me fui sintiendo cada vez más atraída por la idea de que un chico como Diego pudiese existir. Polifacético, interesante, diferente y envuelto por un halo de misterio. Ahora temo que el mito supere mis expectativas, pero ansío descubrir si mi película está basada en hechos reales o todo ha sido un espejismo producto de mi estupidez.

Si comento algo de esto podría sospechar y es lo último que quiero. Y se supone que no nos conocemos, así que no debería saber nada sobre él.

Nada de nada.

—Si mi abuelo tuviese una librería como esta... no saldría de aquí jamás —digo con una sonrisa.

—Pues yo estoy deseando que lleguen las ocho —chasquea la lengua. Luego desliza un libro por la superficie del desgastado mostrador y añade—: ¿Lo quieres? Tiene pinta de que es tu rollo.

Miro la cubierta, intrigada. En ella, aparece una mujer de ojos rasgados y sinogramas en mandarín.

—Amy Tan. «El club de la buena estrella» —suspiro—. ¿Es mi rollo porque soy china?

Diego frunce los labios. Estoy tan enfadada que no me importa que me mire a los ojos. Joder, son increíbles. Están cuajados de motitas marrones y amarillas. Parecen dos joyas rodeadas de larguísimas pestañas.

—¿Qué? ¡No! Es porque las tías leéis bazofia como esa.

Me cruzo de brazos mientras pienso en si debo indignarme o no. Quizá lo haya escogido por casualidad. Tal vez, simplemente ha caído en la trampa de los estereotipos.

Un poco molesta, cojo aire y le señalo con el dedo:

—No me conoces. No tienes ni idea de cuál es mi rollo.

Recoge el libro y lo coloca en una pila tan alta que le llega al pecho.

—¿Y cuál es tu rollo, Chica Borde?

Abro la boca. La vuelvo a cerrar.

—¿Chica Borde? ¡El borde eres tú!

—No sé cómo te llamas. Hasta que no me lo digas, serás Chica Borde.

Bufo.

—¿De verdad te interesa?

—¡Claro! Eres la primera tía que se pasa por aquí en tres días. El resto son viejos que solo saben contar batallitas sobre escritores muertos hace siglos. Tú al menos hablas mi idioma.

Pongo los ojos en blanco, pero reconozco que me gusta su franqueza.

—Xiaojing.

—¿Cómo?

—Mi nombre. Es Xiaojing.

—Xao...

—Xiaojing. —Se lo vuelvo a repetir, más despacio.

—Vale. —Alza las cejas. Se lleva una mano a la nuca—. Va a costar que me lo aprenda.

—No es tan difícil.

—Yo me llamo Diego.

Ya lo sé.

—Diego. —Saboreo su nombre en mis labios como si fuera una golosina.

—Aún no me has dicho qué te va.

Señala los títulos que se apilan al lado. Es una pregunta muy amplia. Me resulta imposible

contestarle tal y como me gustaría ahora mismo.

Por eso, salgo con lo típico. Con lo que espera que le diga:

—Leo casi de todo. Muy variado, no sé... ¿y tú?

—¿Yo?

—Sí.

—Yo... a mí me van otras movidas —dice, misterioso.

—Ya. —Me tomo mi tiempo para coger aire mientras que hago un repaso a las estanterías—. Daniel es el que normalmente me aconseja.

—Y se le da de lujo —silba—. Para eso tiene un don, el muy cabrón.

Me dan ganas de zarandearlo.

—¡No insultes a tu abuelo!

—¡No insulto! ¿Tú no sabes que es una manera de hablar?

No sé si se está quedando conmigo o si va en serio. Quiero replicar algo, algo ingenioso y que lo deje con el culo torcido ante mi elocuencia, pero el rugido de mis tripas interrumpe a mi cerebro.

—¿Tienes hambre?

—No —replico, muy bajito.

—¿Seguro? —Mi cara debe ser un poema—. Espera, creo que tengo un bocata en la mochila...

—No, no te preocupes, no hace falta que...

Se aleja hacia la trastienda, aunque no llega a entrar. Regresa enseguida y me sonríe. Oh, joder, ¡Diego me está sonriendo! ¡A mí! Me derrito un poco por dentro. Siento calor burbujeante que se expande por mi pecho. Ya no tengo ganas de comer. Lo que veo me alimenta el alma, las ganas de dibujar. Ya no necesito conformarme con ver esa sonrisa desde la distancia, de perfil, dirigida hacia otras personas.

Esta es mía y solo mía.

—Bueno, yo dejo aquí el bocata y ya si eso, te lo zampas —me guiña un ojo—. Es de tortilla de patata.

Controlo mi respiración mientras me muerdo la lengua para no deshacerme en agradecimientos. Me encanta la tortilla de patata. Me encanta Diego. Me encanta este regalo inesperado. Hago un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarme sobre la comida.

Joder, tengo que decir algo que distraiga mi mente hambrienta y mi pulso errático.

Y dudo, pero al final suelto la pregunta.

—Seguro que tiene truco.

—¿El qué?

—Que seas tan majo conmigo.

—Sí que eres lista —murmura.

Vuelve a sonreír. Si supiera el poder que tiene ese gesto sobre mí, no sé si lo emplearía para hacer el bien o el mal. Apoya los codos sobre la madera. Se pasa el pulgar por la barbilla en un gesto espontáneo, pero que parece de película.

—Así que te he pillado...

Asiente.

—Lo he hecho por puro interés.

—¿Qué pretendes?

—Escaquearme —alza una ceja—. Si una clienta me distrae, no puedo cumplir con lo que el viejo me ha pedido.

Niego con la cabeza. Diego es un caradura con buen corazón. Uno de esos chicos generosos

por naturaleza, con un puntito canalla.

O quizá simplemente no le guste la tortilla. Las posibilidades son infinitas.

La sonrisa se me escapa sin permiso, me sale sola. Conocer un poco más a Diego Vázquez es lo mejor que me ha pasado en meses y estoy disfrutando cada maldito segundo.

—Será mejor que me vaya.

—¡Quédate un poco más!

— No voy a ayudarte a que te salgas con la tuya.

—Creí que el bocata compraría tu silencio.

—Creíste mal —digo con una sonrisa.

—¡Pues sí que eres dura!

De nuevo, me pierdo en su expresión. No sabría decir si habla en serio o si está bromeando.

—No estás aquí por amor al arte, sino porque tus padres te pillaron borracho y con el dedo en el timbre de la vecina.

Mierda. No sé por qué he dicho eso. Tengo miedo de que se enfade o me suelte una bordería que esté a la altura de la mía. Lo merezco, así que me preparo para el contraataque. Pasan unos segundos. Meto las manos en los bolsillos. Toco el cable de mis auriculares. Encojo el estómago y este gruñe en respuesta.

—¿Cómo sabes eso?

—Daniel me lo contó —admito. Aprovecho y pregunto una cuestión que lleva rondándome la cabeza desde hace varios minutos—. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Al menos un mes —resopla—. Menudo coñazo.

—No digas eso.

—Tú estás aquí por gusto. Yo, por obligación. No es lo mismo.

—Ya —encojo un hombro—. Bueno, yo en tu lugar aprovecharía para leer algo. Aquí hay libros muy buenos.

—Si eso me ayudara a reducir la condena, créeme, me leería todos estos —señala la pila gigante que tiene a su lado—. Nah, en el fondo esto no está tan mal. Así echo una mano a mi abuelo, que falta le hace —sonrío—. Aunque eso de aguantar a chicas bordes como tú... es lo que peor voy a llevar. Con diferencia —dice entre susurros.

—Pobrecito —replico, en el mismo tono.

—Si tuvieras un poco de corazón, no volverías más por aquí... —murmura.

Su sonrisa ataca de nuevo. Estamos flirteando. No puedo creerlo. Me guardo la hiperventilación para después. Trago saliva y una bola hecha de inseguridades me baja al estómago. ¿Y si hace esto con todas las chicas? Vuelvo a tragar saliva, porque Diego es de esos que te habla mirándote a los ojos.

Aguanto la friolera de diez segundos sin desviar la vista. Acabamos de superar el récord.

—Ayúdame a buscar un libro, anda —le pido.

Rompo el contacto visual. Mi cerebro por fin funciona y he conseguido librarnos de la maldición en la que ese silencio extraño nos había sumergido. No me lo tengo tan subido como para dar por hecho que el chico que me gusta se acaba de interesar por mí. Diego debe ser el típico tío al que le gusta tontear. Solo eso. Además, ya me lo ha dejado claro: se aburre aquí y yo me he convertido en su mejor opción para entretenerse mientras regresa Daniel.

—¿Un libro? ¿Qué libro quieres?

Joder, el olor que desprende ese bocata envuelto en papel de aluminio me está matando. Pienso. Pienso tan rápido como puedo. Tengo que saber manejar la situación en la que yo misma me he metido. De pronto siento que me juego mucho. ¿Una gran primera impresión, quizás? No.

No tiene sentido. Leer no es una de las pasiones de Diego. Y ya me ha puesto la etiqueta de borde.

—Em... «Cumbres borrascosas». Una edición especial, con la cubierta bonita. No me vale cualquiera.

—Suena a encargo chungo. Mejor esperamos a que llegue mi abuelo.

—Sí, así podré quejarme de lo mal que atiendes a sus clientes —vuelvo a la carga.

Diego se pasa las manos por el pelo. Necesita un buen corte, o que alguien de dedos finos le peine durante horas.

Yo me ofrezco voluntaria.

—Hacemos una cosa —alza la voz—. Tú te comes ese bocadillo que me ha hecho mi madre con todo su amor. A cambio, no solo te olvidas de ese libro hasta que aparezca el viejo, sino que además le cuentas lo bien que te he atendido. ¿Hecho?

Me tiende la mano. Estrechársela es tentador. Muy tentador. Por los pasillos del instituto Diego tiene un aire misterioso e inalcanzable que no se corresponde con lo que este chico muestra. ¿Cuál es la versión más real? ¿Y por qué me gustan las dos?

—Hecho.

Acepto el trato, pero paso de tocarlo. Si además me sonríe podría desmayarme, así que cojo el manjar que me ofrece. Lo desenvuelvo, le pego un bocado y, cuando logro tragarlo, digo:

—Joder, ¡qué bueno está!

—Ya lo sé. —Se lleva la mano al pecho y araña su camiseta—. ¡Ah, que te referías al bocadillo!

Me río hasta que me atraganto, pero controlo rápido. Trago mientras me fijo en sus brazos. Tiene los músculos firmes, algo desarrollados. Aparto la vista, afectada como una damisela en apuros.

Sigo masticando.

—Eres bastante tonto.

—Sobre todo si me comparas con una tía lista como tú.

—Veo que lo vas pillando.

—¡Qué se le va a hacer! ¡Siempre ha habido clases!

Lo observo, divertida. Muerdo más bocata. Quiero proponerle un trato diferente, pero no me atrevo. Si le digo que me apetece volver a verlo por aquí eso sonaría como una cita. Solo de pensarlo me pongo nerviosa. Seguro que entonces sabría que me gusta y bastante creído se lo tiene ya. Mastico otro pedacito de cielo. Los segundos pasan y ninguno habla.

De pronto, la campanita de la puerta suena. Daniel me saluda con la mano.

—Hola, Xiaojing.

—Hola. Yo... ya me iba. Gracias por la merienda.

—De nada.

—Espera —la voz del dueño me detiene—, ¿qué tal se ha portado este truhán?

Miro a ambos de hito en hito. Sonrío. Bajo la vista antes de replicar:

—Bien. Muy bien.

Salgo por la puerta acompañada de una timidez que no sé de dónde sale. Supongo que estaba ahí, agazapada, esperando el momento perfecto para abalanzarse sobre mí. Me termino el bocadillo antes de llegar a casa. Gimo de vez en cuando porque está de muerte. Siento que mis pies flotan a varios centímetros del suelo.

Y luego pienso en Diego durante el resto de la tarde, hasta que el sueño me vence con el lápiz en la mano y su cara plasmada en varios pedacitos de papel.

Capítulo 17

Estoy mejor del pie, gracias por preguntar. El Manzanares me distrae mientras paseo, aunque apenas lleve caudal. Ni siquiera debería considerarse río. Es más bien un charco, pero es mi charco. En eso voy pensando al darme cuenta de que soy demasiado consciente de mis zancadas. Me siento como una vieja que anda con ojo porque teme romperse la cadera otra vez. Y finjo que voy sin rumbo.

Ilusa.

Es difícil engañarse a uno mismo. Por supuesto que sé adónde voy. Al fin y al cabo, el ser humano es un animal de costumbres. Sobre todo, si estas han alterado alguna vez los latidos del corazón.

El templo de Debod tiene algo mágico. No solo queda fetén en las fotos que subes a Instagram, sino que sus paredes están impregnadas con la historia que dejan los siglos tras de sí. Me parece increíble que Madrid haya hecho suyo un pedacito de Egipto. Es casi tan exótico como una china con acento de la capital de España.

¿Por qué insisto en recordar? Tortura, masoquismo, añoranza. Piedras que tiro contra mi propio tejado. Flechas que no consigo arrancarme del pecho. Supongo que pasar página es imposible cuando la soledad es lo único que queda antes de cerrar el libro. Del antiguo mundo habitado conservo pocas cosas intangibles. La más valiosa, sin duda, es ese puñado de instantes que se reproducen sin cesar en una película llamada memoria.

Hoy he soñado con él. Por eso estoy más nostálgica de lo normal. Sus ojos verdes abrigados por amarillos y marrones me miraban. Me sonreían. Sus dedos acariciaban mi pelo una y otra vez. Sus labios me besaban después de decirme algo bonito. Algo que sonaba como un «te quiero». ¿Cursi? Quizá, pero lo que tuvimos Diego y yo sacudió mi mundo a niveles tan profundos que, durante unos meses, estuve convencida de que nadie había sentido nada igual. Que yo era la primera en alcanzar un estado mental así. Con razón las canciones dicen que el amor es una droga y yo me hice adicta a ella sin sospechar que el síndrome de abstinencia me pegaría tan duro.

Lo peor de todo es que ya no podré vivir nada igual. No queda ningún chico del que enamorarse. No volveré a sentir ese subidón de adrenalina que te invade cuando están a punto de

besarte. Tampoco aparecerá por mi cara esa sonrisa de plenitud al descubrir que también le gusto a ese alguien especial.

Y eso me deprime muchísimo más que pensar en este presente extraño, en esta incertidumbre sombría.

Cojo la bolsa de regalices rojos de mi mochila. Me susurra que la devore a puñados, así que eso hago. He tenido que atacar tres tiendas antes de encontrar unos que estuvieran decentes. Ni muy duros, ni demasiado chiclosos. Sonrío al pensar otra vez en que a mi madre no le haría gracia verme comiendo todo el día chucherías, pero me da igual. Hay cosas peores a las que podría volverme adicta y además, de algo hay que morir, ¿no? No me preocupan ni mi físico, ni mi salud a largo plazo.

El largo plazo ya no existe en mi cabeza.

Me limpio las manos en los pantalones. Irónicamente, ahora que puedo usar la ropa que me apetezca, siempre voy cómoda. Chandal o *leggings*. Me encantaría ir a la calle Serrano y arrasar con todo, pero es más una fantasía que un plan real. Por poder, puedo hacerlo en cualquier momento y quizá debido a eso no siento la necesidad. El dinero no vale nada. La ostentación es tan inútil como un teléfono móvil. Por eso, fliparse con marcas de lujo ya no tiene gracia.

Me como el último regaliz y me dirijo hacia el lugar donde dejé los botes de spray. Cuando llego, observo que están apiñados unos sobre otros en el fondo del carrito por culpa del viento. Arrastro el armatoste de metal calle arriba. El tintineo metálico no es lo único que me persigue. Me duele el tobillo, pero la determinación manda: necesito sacarme a Diego de la cabeza. La nostalgia es una enfermedad para la que no hay cura, pero tengo un remedio que hace las veces de placebo.

Pintar.

Tardo poco en elegir el lienzo: el cristal que recubre a modo de sarcófago los ascensores del museo Reina Sofía. En el que me pilla más cerca esbozo una nube negra de dientes afilados y putrefactos. Gasto varios botes. Se me acaban los colores oscuros, así que improviso. Añado baba colgante de color verde. Unos ojos afilados. Unas garras a punto de cernirse sobre alguien.

Cuando lo termino, me desplazo unos metros hacia la derecha y empiezo de nuevo. Invierto bastante más rato en la segunda parte de mi obra. El tobillo me palpita. No siento ya las manos manchadas de tinta, pero sonrío hasta que duele. En el vidrio aparece una chica de pelo largo y negro. Luce un muñón en lugar del pie que me torcí hace unos días. Tiene los brazos flexionados, las rodillas dobladas y la cara vuelta hacia la negrura tóxica que se supone queda atrás. Dibujo varias líneas paralelas en torno a mi cuerpo para crear la sensación de movimiento, como en los cómics.

Y esa versión de mí, corre.

Corre para alejarse de las sombras, del futuro envuelto en humo y de sus propios miedos.

Capítulo 18

Antes de quedarme sola

—Hey, Xiaojing, ¿qué pasa?

Sonrío sin poder evitarlo. Ahí está, tan guapo, tan alto, tan alegre, esperándome. A mí y solo a mí, o eso juego a imaginar. Bajo la mirada para no toparme con esos profundos ojos verdes mientras me acerco al mostrador.

—Hola.

Diego ya se sabe mi nombre y, cada vez que lo pronuncia, un trocito de mi corazón le cede espacio. Y este se va haciendo más y más grande.

Me estoy volviendo una cursi de narices, pero, a veces, la intuición nos guía hacia algo o hacia alguien porque tiene razones que la cabeza no entiende. Un buen día, la pieza que faltaba encaja y todo tiene sentido. Eso es lo que me pasa con él. Empiezo a comprender por qué me fascina su inteligencia y el envoltorio que la recubre. Llevo dos años interesada en Diego desde la distancia, entre sombras que, poco a poco, se van llenando de luz.

—¿Qué tal hoy?

—Sin más. ¿Y tú?

Gira la cabeza por encima de su hombro. Apoya los codos en la madera y arquea la espalda de modo que nuestras cabezas están a la misma altura.

A continuación, baja la voz para asegurarse de que su abuelo no nos oye:

—Me he pirado a segunda hora.

Con razón no le he visto hoy por los pasillos. Me he pasado la mañana entera pensando en Diego Vázquez. En los ratos que hemos compartido juntos aquí. En los que nos quedan y en cómo voy a aprovecharlos al máximo.

En lo que quiero decirle. En lo que quiero que me cuente.

—Ah, ¿y eso?

Se endereza. No me responde y, aunque adoro esa faceta misteriosa que de vez en cuando sale a relucir, automáticamente me rayo sin poder evitarlo. ¿Adónde irá cuando se fuma las clases? ¿Y con quién? Lo más lógico sería suponer que lo acompañan sus amigos, pero a una parte de mí

le da por imaginar que se larga a un sitio tranquilo para liarse con Tania. Joder, llevamos dos semanas hablando pero aún no ha salido el tema, ni quiero. ¿Y si está pillado por ella? ¿Y si tienen un lío?

Ando bien jodida porque, sea cual sea la respuesta a esas preguntas, nada de lo que siento va a cambiar.

Una leve risa me hace levantar la cabeza y mirarlo.

—Seguro que tú eres la típica que nunca ha hecho pellas.

Me cruzo de brazos y me separo del mostrador.

—¡Tú qué sabes!

—Me apuesto veinte pavos.

—Pues alguna vez me he ido a última hora...

—A casa, ¿no? —Pongo los ojos en blanco—. ¡Eso no cuenta!

Desde hace tres los fines de semana me dan pereza. Adoro los lunes y me entristecen los viernes, porque eso significa que Dulcinea estará dos días cerrada y no podré pasarme para hablar un ratito con Diego. No sé lo que hay entre nosotros, pero me gusta el rollo que llevamos. Nuestras conversaciones parecen superficiales, pero me dan que pensar. Mis momentos con Diego son adictivos, sobredosis de adrenalina. Comida para el coco y aliento para mis próximos latidos. Media hora delante del armario para elegir la ropa adecuada. Ponerme tres capas de máscara de pestañas. Brillo de labios antes de salir. Expectación. Y expectativas que se confunden con sueños.

También es echarlo de menos justo después. Gasolina que da alas a mi imaginación. Recrear sus palabras en mi cabeza durante la noche. Provocar su sonrisa. Asomarme a sus ojos. Fascinación por lo que le gusta, por lo que odia, por lo que ansía y por lo que detesta.

—¿Dónde está tu abuelo?

—No sé —se encoge de hombros—. Estaba aquí hace un momento.

Apoyo los codos sobre el mostrador y me impulso para echar un vistazo al otro lado. Ni rastro. Me giro, pero tampoco tengo suerte. Devuelvo mi atención a Diego. Cada vez que nos vemos en el instituto y nuestras miradas se cruzan, me da un vuelco el corazón. En cuanto detecta que ando cerca, me saluda con un imperceptible movimiento de cabeza sin apartar sus ojos de mí. Yo paso de largo como si algo más interesante me reclamara, pero solo es timidez mezclada con nervios. Cuando me creo a salvo, lo busco. Le sonrío sin mostrar los dientes. Él me devuelve el gesto y entonces noto las mejillas arder, el pulso a todo trapo y un cosquilleo en la punta de los dedos que me sacudo al guarecerlos en los bolsillos.

Con Susana disimulo, aunque no sé cómo todavía no se ha dado cuenta de lo que me pasa. Es tan evidente que mi cuerpo lo grita. Me delata. Es imposible concentrarse en clase. Mi humor ha mejorado de manera considerable. Ya no salto tan a menudo si me llaman «platanito». Y suspiro. Suspiro tanto como Elizabeth Bennet, Jane Eyre y todas las protagonistas de novelas románticas del diecinueve juntas.

—Últimamente Daniel te está dejando bastante al mando.

—Ya ves, se le va la chola. Le renta, o algo así.

—¿No será que lo haces bien?

Me mira a los ojos. Le tiembla un poco el labio inferior, ese que quiere convertirse en sonrisa.

—A ti también se te va la chola...

—¿En plan?

—En plan que estás casi todas las tardes aquí, en vez de disfrutar de tu libertad.

—¿Quieres que me pire? —señalo la puerta.

Él entrecierra los ojos. Se pone serio. Niega con la cabeza después de un momento de tensión que rompo con una carcajada. Me tapo la boca, sorprendida por el volumen de mi risa.

Creo que Daniel lo hace aposta. Lo de dejarnos solos, digo. Cada vez que entro por la puerta de Dulcinea desaparece como si fuese un fantasma que huye de los cazadores de psicofonías. Se lo agradezco en silencio. También le pido perdón, por preferir la compañía de su nieto a la suya, aunque solo sea de manera temporal.

Hasta que le levanten el castigo.

—Diego, ¿puedes venir un momento?

Hablando del rey de Roma, la voz de Daniel explota la pompa rosa en la que me encontraba.

—¡Voy!

Dejo las palmas de las manos sobre el mostrador. Pienso en la de libros que habrán pasado por aquí a lo largo de las décadas. Me pregunto si habrá habido otra historia parecida a la mía fraguada entre estas paredes. Fantaseo con la idea de que sí. Y que salió bien.

Los ojos se me van solos a un montón de novelas que reposan en el extremo izquierdo del mostrador. Todavía no han sido catalogadas, así que acaban de llegar. Leo los títulos que aparecen en los lomos. Los repaso de abajo arriba. Son siete y es precisamente el último el que más me llama la atención. Lo tomo entre mis manos y entonces un papel cae al suelo. Lo recojo con el ceño fruncido. Le doy la vuelta.

En cuanto leo lo que hay escrito, un jadeo sale despedido de mi garganta.

—¿Qué haces?

Diego aparece de la nada y me arranca la hoja de las manos.

—¡Oye, devuélvemelo!

—Tú no has visto nada.

Estudio su cara en busca de una señal que me aclare lo que de verdad quiere decir con eso.

—Sí que lo he visto, Diego.

—Chica Borde, no insistas. —Parece molesto.

—¿Quieres que te enseñe el mío? No es nada del otro mundo...

Saco el móvil del bolsillo, pero su voz me detiene:

—No.

Temo el momento en que mis padres accedan a la aplicación y vean lo que les espera. Por muy mal que se manejen con el castellano, ya visualizo sus muecas de decepción. Sorprendida, veo cómo se aleja, regresa tras el mostrador y entierra el secreto en las profundidades de su mochila.

—¿Por qué lo tienes impreso? —No me responde, así que sigo por otro lado—: ¿Te avergüenzas de lo que pone ahí?

Él resopla. Un mechón de pelo vuela debido a la fuerza con la que el aire sale de sus labios.

—Es una larga historia, pero básicamente no quiero que nadie se entere —espeta, por fin, tras un largo silencio.

—¿Por qué lo tenías ahí escondido? —señalo la pila de libros.

Transcurre casi un minuto entero en el que nuestros labios están sellados. Los míos, aguardando una respuesta que no llega. Los suyos, mordiéndose una réplica que no quiere dar.

—Lo iba a guardar ahora en cuanto te fueras —se rasca el cogote—. Se lo estaba enseñando a mi abuelo. A él y a mis viejos les mola tener estas cosas en papel como si fueran jodidas obras de arte.

Bufa. Murmura algo que no alcanzo a entender. Daniel mueve cajas en la trastienda. En la parte delantera de Dulcinea ni una mota de polvo se atreve a danzar en el aire. Ni una simple mosca bate sus alas.

—Pone que has sacado todo sobresalientes, Diego —insisto, sin aliento.

—¿Es que no puedes dejarlo estar?

—¡No! ¿Lo has falsificado? —de pronto, se me ocurre la teoría del año—. Parecía auténtico.

—¡Qué va! —dice a regañadientes —. En secretaría hacen estas cosas. Les flipa...

—No te entiendo —meneo la cabeza de un lado al otro—. Mis padres se morirían de felicidad si pusiera mi nombre en ese maldito boletín—. Diego se encoge de hombros, pero no me voy a contentar con eso—. ¡Son unas notazas!

—Ya lo sé.

Me cruzo de brazos. Cierro los ojos. Me acuerdo de la conversación que mantenían las dos profesoras en el baño un par de cursos atrás.

—Deberías estar orgulloso.

—Ya.

—¿Por qué no e...?

—Porque no me parece nada del otro mundo.

—Diego...

—Además, si lo fuese anunciando por ahí, cometería un suicidio social. Y no.

Ni rastro de ese Diego bromista que tanto me gusta. El que está ante mí ahora es una versión estándar de Diego. Se parece a cualquier otro tío del instituto. Isra me viene a la mente. Doy un paso hacia atrás. Arrugo la nariz.

—¿Qué?

—Nada, que me decepciona esa respuesta.

—¿Te decepciona? —suelta una risa que no suena auténtica—. Es lo que hay, Xiaojing. No quiero que la gente me juzgue, ni que me llame empollón. No lo soy, ¿vale? Tú lo has visto, ni de coña me pongo a hincar codos como si no hubiese un mañana, así que...

—Entonces, ¿cómo lo haces? —inquiero, muy intrigada.

—Para mí es fácil.

—Pero, ¿eres... superdotado, o algo así?

Silencio, otra vez. Una mirada huidiza. Diego juega con su pelo para distraerse de una conversación cada vez más compleja y, por tanto, también incómoda.

Hay mucho que rascar.

—Prefiero el término altas capacidades, pero... sí. Supongo. —Aplaude, pero serio. Más serio de lo que le he visto jamás—. De nuevo, Chica Borde se transforma en Chica Lista.

—Joder, Diego —mascullo.

—Nadie lo sabe, salvo mi familia. Y ahora tú. Para que veas lo que confío en ti.

Hago el gesto de cerrarme la boca como si fuese una cremallera, pero no consigo hacerle sonreír.

Con lo que me gusta su sonrisa...

—No diré nada. Lo prometo.

Capítulo 19

Antes de quedarme sola

—Venga, vámonos. —Coge su mochila y se la pone en el hombro—. Adiós, abuelo.

—¡Pasadlo bien! —Daniel alza la mano y nos mira con una sonrisa misteriosa.

Diego me toma del brazo. Se me eriza la piel que toca mientras me arrastra fuera de Dulcinea. Una vez en la calle, me zafo de su agarre. Lo hago porque es el papel que se supone debo interpretar. El de Chica Borde.

—¿Adónde me llevas? —Camina muy decidido, a un paso por delante de mí.

—Lejos.

Más tarde comprendo que cuando me responde con esa escueta palabra, Diego no se refiere a un lugar en específico, sino a una cosa más etérea. Nuestro destino se encuentra a una distancia relativamente cercana. Necesita alejarse de lo que le raya a toda costa y que yo pueda acompañarle es mucho más que un privilegio.

No sé qué decir para reconfortarlo. Lo que se me ocurre son frases hechas, trilladas una y mil veces. Para eso, mejor compartimos el silencio. Sin embargo, este dura mucho. Todo el camino. Hace un poco de frío, pero nada que una cremallera subida hasta arriba no pueda solucionar. Aprovecho para escribirle un mensaje a mi madre con la primera excusa que se me ocurre. Luego me caerá bronca por retrasarme y no haber dedicado mil horas al estudio, pero me da igual.

—Ya hemos llegado —susurra.

Levanto la vista. La silueta de una edificación se recorta contra el atardecer. Todavía no ha cambiado la hora, pero cada vez anochece antes.

—¿El templo de Debod?

Diego asiente, pero no explica qué hacemos en este lugar. Unos focos colocados estratégicamente iluminan la fachada de piedra arenisca, y esta refleja un resplandor hechizante. Es como si las paredes emitieran luz amarilla desde su interior. El agua que lo rodea está tan en calma que parece un espejo.

Algunas personas entran y salen de él. Parecen sombras, como si fueran espectros traídos del Antiguo Egipto.

Diego se desvía del camino. Lo sigo detrás, impaciente. Se detiene en un lugar tranquilo. Se quita la mochila y se sienta en el suelo con las rodillas flexionadas. Hago lo mismo. Enseguida me arrepiento de haberme colocado tan lejos de él. No quiero mirar al templo, sino a su cara, aunque desde aquí las farolas no me dejen apreciar lo bonitos que son sus ojos.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

Sé que no debería, pero durante un breve instante me permito el lujo de sentirme a otro nivel por el hecho de guardar un secreto que pocos conocen. La verdad sobre Diego. Que confíe en mí me sabe a victoria. Por eso me siento agradecida. Ahora no puedo decepcionarlo.

Joder, ¡qué responsabilidad!

—Por haberme traído hasta aquí.

—¿No conocías este sitio?

—Sí.

—¿Entonces?

Me encojo de hombros. No me apetece verbalizar todos esos pensamientos porque si Diego intuye lo que este momento significa para mí, podría empezar a sospechar.

Es demasiado listo. Debo andarme con ojo.

—Está chulo, ¿no? —comenta, casi para sí—. Me gusta mirarlo porque...

—...así no piensas en otra cosa —termino la frase por él en un alarde de elocuencia.

El silencio que se produce es tenso, de esos que cargan de electricidad el ambiente.

—Joder, Chica Lista... —me mira.

—¿Qué? —le miro.

—Que hoy estás que lo tiras.

Y entonces, me sonríe. Siento un escalofrío. Bajo la vista, abrumada. Su dedo meñique a punto de rozar el mío.

En ese instante aún no tengo ni idea, pero volveremos a este lugar muchas veces. Y yo sola, otras tantas.

Pero no será lo mismo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunto.

—¿El qué?

—Que tienes esa capacidad de... que eres... —me detengo. Trago saliva. No quiero decir la palabra.

Diego se ríe bajito, como si se estuviese conteniendo.

—¿Superdotado, como dijiste?

—Sí.

Gira la cara para mirarme.

—¿En qué sentido?

Su tono es de guasa. No estoy segura de si me guiña el ojo.

—¡No seas guarro! —Le pego un manotazo en el hombro.

Una parte de mí, atrevida y muy oculta, desea comprobarlo. Contraigo los muslos en un gesto involuntario.

—A los ocho meses ya hablaba. A los tres años ya leía sin ayuda. A los diez, aprendí a hablar inglés viendo pelis con subtítulos. A los doce me dio por la astrofísica. A los quince por el alemán, por tener familia allí y eso... —recita, de corrido. Como si acabara de darme un discurso aprendido hace siglos.

—¡Vaya!

—Me aburro con mucha facilidad. Algo tenía que hacer...

«Espero que nunca te aburras de mí». Pienso.

—¿Y por qué tienes los amigos que tienes? —Me doy cuenta de mi falta de tacto e intento reformular la pregunta—. Quiero decir...

—No sé, con la gente es otro rollo.

—Priorizas encajar a ser tú mismo.

—Sé que no lo apruebas, pero estar solo es muy jodido.

—No tanto.

—¿No? —se ríe—. Entonces soy más sociable de lo que creía.

—A mí me da por dibujar —digo, de pronto—. Cuando me aburro, o cuando siento que lo... necesito.

Diego me mira, pero yo sigo con la vista al frente, fija en el templo.

—Eso se me da fatal. ¿Tienes una muestra de tu arte por ahí?

Niego con la cabeza. Me daría una bofetada a mí misma por lo que acabo de desvelar. Un secreto por otro. Sin embargo, jamás admitiré que en el cuaderno que guardo bajo llave en el cajón de mi escritorio hay páginas y páginas dedicadas a Diego Vázquez.

Si alguna vez lo descubre, me muero.

—No es justo. Tú has visto mis notas. Yo quiero ver lo que pintas.

—Quizá algún día —contesto, misteriosa.

—¿De qué tienes miedo, Chica Borde?

Curvo los labios hacia abajo. La iluminación es tan pobre que me ampara. No pienso contestar con la verdad, porque la verdad es fea: me asusta que un día Diego despierte de esta especie de ensoñación y se pregunte qué hace perdiendo el tiempo con una chica como yo. Me aterra no ser suficiente para un tío tan especial como él.

—No tengo miedo de nada. —Flipo con mis dotes de actriz.

—Pues yo sí.

—Ah, ¿sí?

—A que me pillen. No sabes lo jodido que es fingir ser normal todo el tiempo.

—Ojalá lo supiera.

—¿Qué quieres decir?

Suspiro antes de replicar:

—Siempre andan recordándome que no soy normal, como los demás. Ya sabes, porque no soy de aquí y...

—¿Y tú querrías ser como todos?

Sonrío. Le miro a los ojos. Brillan un poco más de lo recomendable.

—La verdad es que no.

—Ya me parecía a mí.

—Pero tú... no sé.

—¿Qué?

—Que... —suspiro—, que ser listo es genial.

—No, no lo es. Créeme. A veces daría un brazo por saber lo que se siente al no tener ni puta idea de qué responder en un examen.

—Eres bien raro —mascullo, tras reírme.

Pero Diego no me sigue.

—¿Lo ves? —me señala—. Ese es el típico comentario que no quiero recibir de la gente.

—No me has entendido —me inclino hacia él—: Si te llamo «raro», Diego, tómatelo como un

halago.

—Tú nunca me halagarías, Chica Borde.

—Si te lo trabajas... —La voz me sale ronca.

Sonríe. Yo también. De oreja a oreja. Paso del templo de Debod y lo miro a él durante un buen rato. El contorno de su perfil. Sus labios entreabiertos. Joder, quiero dibujarlo. Me propongo entonces provocar su sonrisa cada vez que tenga ocasión para así recordarla y luego, pintarla para hacerme con ella.

Para hacerla un poco mía.

Capítulo 20

Antes de quedarme sola

—Oye, ¿qué haces aquí?

Se me acelera el corazón al ver cómo sus ojos sonríen al verme. Y su boca. Joder, ¿por qué me gusta tanto este tío? Necesito gafas para ver sus defectos. La perfección no existe. Lo sé, aunque mi corazón pretende olvidarlo. Y quizá Diego Vázquez no sea el chico más guapo del instituto, pero a mí me fascina a tantos niveles que traspasa la mera obsesión.

No voy a decir esa palabra que empieza por «a». Es demasiado grande, aunque solo tenga cuatro letras.

Y es demasiado pronto.

—¿A qué te refieres? Trabajo aquí.

Apoyo los codos sobre el mostrador.

—Ya no. Ha pasado más de un mes desde que te castigaron. Deberías ser libre.

—Ah, eso, sí, bueno... pues ya ves. —Se encoge de hombros con chulería. Deja de mirarme. Echa un vistazo hacia atrás—. ¡Ey, abuelo, ha venido Xiaojing!

Veo aparecer a Daniel. Me aparto un poco, levanto la mano y le saludo con una sonrisa.

—Buenas tardes, jovencita. Hacía siglos que no nos veíamos.

—Lo sé —respondo entre susurros.

El librero se me queda mirando durante un instante. Da media vuelta mientras masculla una disculpa y no sé qué de unas cajas que le esperan en la trastienda.

Diego y yo nos volvemos a quedar solos.

—Me alegro de que estés aquí —me aclaro la voz—, quiero decir... fijo que te necesita.

—¿Quién? —arquea una ceja, divertido.

—Daniel. Y Dulcinea, obviamente.

—Obviamente —me imita. Luego coge aire y me clava la mirada—. Oye, Chica Lista...

—¿Qué?

—A ti que tanto te gusta leer... habrás oído hablar del reto de TikTok, ¿no?

—¿Qué reto? —frunzo el ceño.

—¿No has visto lo del «Book versus Movie Challenge»? —pregunta con un inglés que es para caerse de espaldas.

Agarra su teléfono y, mientras lo desbloquea, aprovecho para observarlo a conciencia. También, para comentar:

—No me suena de nada.

Me muestra un vídeo en el que se explican las normas del reto. El #BookVsMovieChallenge está por todas partes y resulta que no me había enterado. Últimamente estoy un poco desconectada de las redes sociales.

Cosas que pasan cuando tienes la cabeza en las nubes.

—Hay que leer diez libros y luego ver diez pelis basadas en ellos.

—Ya, ya lo pillo. Acaban de explicarlo.

Señalo la pantalla y lo miro fijamente. Mi intención es vacilarlo un poco, pero es difícil cuando los ojos más bonitos del puto universo te están traspasando el alma.

—Había pensado en que podríamos hacerlo.

—¿Qué?

—A nuestro modo.

Creo que se me acaba de parar el corazón.

—Te escucho.

—Yo propongo cinco clásicos imprescindibles y tú cinco auténticas pasteladas.

—¡Oye!

Diego se ríe. A mí se me va la vida en el dudoso arte del disimulo.

—Ahí va la idea: apuntamos cada título en un papel. Dejamos que el azar decida por cuál empezamos. Así, no hay quejas. Luego, tenemos una semana para leer el libro y cuando llegue el finde, vemos la peli. Por último, votamos. ¿Mejor la peli o mejor el libro? Y siguiente.

—Mejor el libro. Siempre.

—Yo no las tengo todas conmigo. Bueno, ¿qué me dices?

Coloco el dedo índice bajo mi barbilla y finjo que me lo pienso. Por dentro, estoy tan feliz que doy volteretas laterales sin parar. No solo me encanta la propuesta, sino que además esto significa que pasaremos muchas horas juntos haciendo algo que me encanta. Eso es sin duda lo mejor.

—Tu plan tiene fisuras —le señalo, tras poner cara de acelga. Necesito camuflar mi alegría casi tanto como el oxígeno—. ¿Dónde vemos las pelis?

—Pues aquí, en Dulcinea.

—¿Aquí?

—Aún no has visto la trastienda, ¿verdad? —niego con la cabeza—. Ven, vamos.

Miro hacia atrás.

—Pero, ¿y si viene algún cliente?

Diego se ríe.

—Lo dudo.

—La ley de Murphy...

—Si aparece alguien, nos avisa la campanita —insiste—. Pasa adentro.

Hace un gesto de invitación con la mano y levanta la esquina del mostrador que hace las veces de trampilla. No me lo pienso dos veces antes de traspasar la frontera. Me detengo unos pasos después para dar media vuelta. Observo a Dulcinea desde el otro lado con la boca abierta. Es extraño, como si estuviese de excursión en una dimensión paralela.

—Por aquí. —La voz de Diego suena lejana, así que me doy prisa en seguirlo.

—¡Hala! —No puedo evitar que se me escape esa expresión.

—Mola, ¿eh?

Decenas de cajas rotuladas con la pulcra letra del librero se apilan unas sobre otras. Parecen árboles que buscan la luz de los fluorescentes del techo. Huele a libro y a historia. Todo parece pender de un orden caótico cuyo equilibrio está en serio peligro.

El único que puede orientarse en este laberinto y salir vivo es, sin duda, Daniel.

—Aún no has visto lo mejor.

Una esquina tiene las paredes revestidas por preciosas estanterías recién salidas de otra época. En cada balda desfilan decenas de libros que no están a la venta. Imagino por qué: son especiales para Daniel, por mil motivos distintos. Al lado hay un sofá viejo de dos plazas color verde botella. En frente, una tele de esas cuadradas y con culo reposa sobre una mesa de cristal.

Nos imagino a Diego y a mí en este rincón. Acurrucados, somnolientos mientras los títulos de crédito desfilan perezosos. O no: quizá, lo que tenemos cuando llega el final de la peli no es sueño precisamente, sino las bocas y las manos ocupadas.

Trago saliva y sacudo la cabeza para apartar ese pensamiento.

—¿Pretendes que veamos algo ahí?

—Sí. Adaptar novelas al cine no es algo nuevo, Chica Borde.

—Ya, pero ahí no creo que se pueda ver Netflix.

—Ese trasto de ahí debajo es un vídeo. —Me acerco, lo examino—. Todavía funciona, con unas cosas que se llaman cintas o VHS, si prefieres ponerte técnica —recita de corrido.

Giro la cara y le dedico una sonrisa falsa, pero el truco no me sale porque la de verdad se me escapa. Devuelvo mi atención al aparato. Cualquier cosa mejor que tirarme al cuello del chico que me gusta y decirle que me encantaría sentarme ahí con él ahora mismo. Me da igual que viajemos atrás en el tiempo con la tecnología de los años noventa.

—¿Y de dónde sacamos las cintas?

—Ya nos las apañaremos.

—No sé si me convence.

—¿Por?

—Estamos demasiado acostumbrados al *full HD* y al 4K.

—También podemos traernos una tablet y ver las pelis ahí.

—O en el móvil —propongo yo.

—Eso como último recurso. Yo prefiero no dejarme los ojos. —Me gustaba la idea de pegarme a él para ver las pelis en el teléfono—. ¿Te parece buen plan entonces, o no?

—Sí, claro. —Alzo uno de mis hombros y fuerzo la voz para que me salga plana—. No tengo otra cosa mejor que hacer. ¿Cuándo empezamos?

Diego alza una ceja y sonríe con cierta picardía:

—Ahora.

Capítulo 21

Antes de quedarme sola

Media hora más tarde hay diez trocitos de papel dentro de un bote transparente. Cinco títulos los propone él y los otros cinco, son cosecha mía. Ha costado hacer la selección, no te creas. Se me ocurren demasiadas opciones, aunque dudo que la mayoría de las adaptaciones estén disponibles en VHS. Si no fuera por esa restricción, el tarro estaría lleno.

Diego, en cambio, lidia con el problema contrario: la inspiración no fluye por su cabeza, así que ha tenido que tirar de Google para redactar su lista.

—Ahora necesitamos una mano inocente —apunta con tono guasón.

—Eso descarta la mía y la tuya. ¿Se lo pedimos a tu abuelo?

Diego niega con la cabeza.

—Ya lo hago yo.

—No, espera. —Le rozo la palma con los dedos. Mi gesto podría pasar por caricia. Tiene la piel suave. Y caliente. Incluso sus manos me parecen bonitas. Cuando soy consciente de todo eso, me aparto—. Déjame a mí, anda.

La voz me sale ronca y débil, como si les temblaran las rodillas a mis cuerdas vocales. Diego me mira con una fijación que me pone nerviosa. Cualquiera diría que intenta leerme la mente. Lucho por controlar esos pensamientos tan locos. Tengo la boca seca. Hace calor. Los segundos pasan lentos. Al final, me sonríe, pero sin mostrar los dientes.

—Vale —señala el bote —, todo tuyo.

Se sienta sobre una caja, dispuesto a observar cómo meto la mano en el interior y revuelvo los papelitos con las uñas. Me gusta que me mire así de atento, aunque me ponga nerviosa. Alargo el instante hasta que la impaciencia me pierde. Inclino un poco el recipiente para capturar el primero de los diez títulos que leeremos. Lo desenrollo y sonrío victoriosa tras reconocer mi propia letra.

—¡Es uno de los míos!

—¡Tongo! —Diego crea un megáfono con sus manos.

—«Cumbres borrascosas» —recito, nada más desdoblarlo.

Sus labios resoplan. Sus pupilas se dirigen hacia el techo. Incluso con esa cara de fastidio está mono.

—Has tenido suerte.

—Más bien la has tenido tú. Vas a leer una de las joyas del XIX inglés —digo de corrido, como una sabihonda.

Él no contesta. Quito la vista del papel y me topo con su mirada cálida.

—No lo digo solo por eso —comenta, al fin—. Espera aquí.

Se levanta. Se dirige sin prisas hasta el lugar donde reposa su mochila. Ahora es mi turno para observarlo. Cuando se agacha, no puedo evitar fijarme en su espalda y en el culo que le hacen esos vaqueros.

—¿Qué...? —La pregunta queda a medio hacer cuando se acerca a mí con algo entre las manos.

—En realidad yo... lo estaba reservando para otro momento. —Me tiende un paquete envuelto en papel con dibujos de perritos—. Toma.

—¿Para mí? —me señalo, incrédula.

Diego asiente. Me dedica una de sus legendarias sonrisas y yo juraría que noto el suelo temblar bajo mis pies.

Y no, no es el metro.

También mantengo los brazos muy pegados al pecho por si me da por echarme a volar.

—¿Qué es? —susurro.

—Una cosa.

—Hasta ahí llego, pero...

—Tú ábrelo.

Me lo da. Lo palpo con mucha curiosidad. Por su forma, tamaño y peso está claro que se trata de un libro.

—No es mi cumpleaños.

—¿Y qué, Chica Borde? —se ríe—. Con que me des las gracias es suficiente.

—Sí, claro, ¡gracias! —digo, atropelladamente—. Pero, un momento... ¿esto significa que ahora tengo que hacerte un regalo a ti?

—No —niega con la cabeza para dar énfasis a su respuesta.

Soy idiota y me quiero morir.

—Dios, perdona —cierro los ojos con fuerza—, eso ha sonado muy borde incluso para mí. Lo siento.

—Disculpas aceptadas —replica Diego tras un breve silencio.

Siento palpitaciones en el pecho y ganas de llorar. Es la primera vez que un chico me regala algo. Y ese chico es nada más y nada menos que Diego Vázquez, pero me he cargado el momento y no sé cómo arreglarlo.

—Joder... —mascullo.

Podría decirle que, cuando me supera una situación, los nervios me traicionan y suelto la primera parida que se me pasa por la cabeza. Que, a veces, estoy tan cómoda con él que se me olvida lo irreal que me resulta cada segundo que compartimos. Que tengo miedo a que un día esto se termine. Que cada vez él me gusta más. Que me parece increíble este momento en que acaba de regalarme algo. A mí. Debería dejarme de poses y lanzarme a su cuello ya.

No dejaría de repetir la palabra «gracias» en cualquiera de los dos idiomas que domino.

Esto de ser la Chica Borde es una mierda.

Me gustaría ser *su* Chica.

Punto.

Mejor me voy a callar todo eso porque no estoy ni de coña preparada para desnudar mis sentimientos así. Y sé que él tampoco lo está para recibir tanta información de golpe. ¡Qué fácil es tenerme en el bote! Casi tanto como esos nueve cuadraditos custodiados por el tarro de cristal.

Rasgo por fin el papel de regalo, pero me detengo en seco cuando las manos de Diego se posan sobre las mías.

Se me corta la respiración. Ahogo un gemido.

—Xiaojing... —susurra.

—¿Qué?

Sus dedos están fríos, pero no quiero que los aparte. Ojalá se enreden con los míos para siempre.

—No lo abras hasta que salgas de aquí.

—¿Cómo? —muevo la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque sí.

—Ah. Vale.

Aunque el ambiente se haya enrarecido, intento acallar lo que bulle en mi interior. Charlamos un rato más sobre tonterías, hasta que Daniel viene y nos avisa de que va a cerrar. No parece extrañado de verme en la trastienda. Me siento liberada y triste a partes iguales, porque se avecina un puente y ya no volveré a ver a Diego hasta el lunes, como pronto.

En cuanto pongo un pie fuera de Dulcinea, echo a correr. Llego a mi bloque en menos de dos minutos, todo un récord. Abro el portal y enciendo la luz. Me falta el aliento, pero eso no impide que rasgue el papel. Cae al suelo sin hacer ruido. Parece que en vez de manos tuviese una jauría de perros hambrientos. No sé si me ve algún vecino, aunque en ese instante todo da igual. Todo se detiene.

Se me escapa un suspiro profundo que sube por las escaleras.

—«Cumbres borrascosas» —leo el título con voz trémula.

Enseguida averiguo que se trata de una edición ilustrada y conmemorativa del segundo centenario del nacimiento de Emily Brontë. La tipografía es preciosa. Acaricio las letras en relieve de la portada. Las flores que se desplazan por el lomo hasta la contra. Joder, cada detalle es precioso. Abrazo el libro contra mi pecho mientras siento las lágrimas agolpándose. Subo las escaleras sin esfuerzo, como si la alegría en su versión más intensa me hiciese flotar. Abro la puerta con una sonrisa de oreja a oreja que no me apetece disimular, pero tampoco quiero levantar sospechas. Por eso saludo rápidamente y me meto en mi cuarto.

Solo está mi madre, así que me creo a salvo. Me tumbo en la cama, boca abajo, y abro el libro. Un gemido de sorpresa brota de mis labios al darme cuenta de que hay una nota dentro. Trago saliva. La desdoblo con cuidado.

Enseguida reconozco la letra de Diego, picuda e inclinada hacia la derecha:

Espero que te guste mucho.
Por cierto, me lo paso muy bien contigo, Chica Borde.

Diego.

Mi boca se transforma en un óvalo. Emito un gritito absurdamente agudo. Un escalofrío eriza a su paso mi piel. No pienso en que mi madre se encuentra en la habitación de al lado. Solo estoy para la sonrisa tonta que se me pone en la cara. Noto enseguida el subidón. Salgo de la cama, me pongo en pie sobre ella y salto encima diez o doce veces mientras aúllo en silencio, con los

puños en alto.

—Xiaojing, ¿estás bien?

Su voz al otro lado de la puerta me obliga a ahogar un jadeo. Me tapo la boca con una mano. Me dejo caer sobre el colchón.

—Sí, mamá.

—¿De dónde vienes?

Me tumbo con la respiración agitada y el pulso a mil.

—De la biblioteca.

Esa es la palabra mágica, porque consigo que no acceda a mi cuarto, pero hasta el último segundo se lo piensa. La conozco.

—Mañana hablamos. Descansa.

—Vale, mamá. Y tú —le digo, en castellano.

Y cuando oigo que sus pasos se alejan, vuelvo a sonreír. Este libro significa que Diego piensa en mí fuera de Dulcinea. Que se ha tomado la molestia de elegir este regalo sabiendo que me encantaría. Que, mientras lo elegía y lo envolvía, me tenía en el pensamiento. La nota confirma todo lo anterior.

Se lo pasa bien conmigo. Joder, ya somos dos.

El teléfono me vibra. La pantalla se ilumina. Me avisa de que tengo dos notificaciones.

Diego Vázquez ha aceptado mi solicitud en Instagram y en TikTok. Esa es la guinda del pastel.

Todo lo que ha pasado tiene que significar algo. Por narices.

Me pregunto si debo decirle algo aprovechando que está conectado. Un «hola» o un «gracias», pero al final no hago nada. Me tiemblan las manos mientras intento asimilar que esto va en serio. Esto es real. O quizá sea un sueño del que no quiero despertar nunca. Intento leer las primeras páginas, pero solo veo a Diego, así que desisto.

Apago la luz. Cierro los ojos, abrazo mi almohada. Juego a imaginar que es él en lugar de un rectángulo de tela blanda rellena de plumas. ¡Qué idiotez! Pero en ese momento, actuar así me parece lo más lógico.

Y es que el amor, cuando lo sientes por primera vez, es igual que una gran ola. Arrasa con todo a su paso. Te lleva por delante y te deja más cerca o más lejos, eso depende, pero ya nunca volverás a ser la misma.

Por si no fuera poco, también tiene la capacidad de transformarse en la droga más dura que existe.

Aún no lo sé, pero estoy a punto de experimentarlo.

Capítulo 22

Antes de quedarme sola y después de que Diego hiciera lo que hizo, quemé «Cumbres borrascosas» en una hoguera improvisada. Lo destruí como si pudiera con ello reducir a cenizas lo que sentía por él. Vi arder mi posesión más preciada con lágrimas en los ojos y *Wrecking Ball* en los oídos. Las páginas se convirtieron en fuego amarillo cuando fueron besadas por las llamas para teñirse de gris oscuro después. El texto y las ilustraciones quedaron ilegibles mientras se movían, plegándose como las alas de una mariposa viva.

Fue un espectáculo dolorosamente bonito mientras duró. Luego, quedó la nada, aunque mi pena seguía ahí.

No sabes cuánto me arrepiento de haber quemado el libro. Si pudiera volver atrás, no solo abortaría mis impulsos destructivos, sino que haría las cosas de manera muy diferente. Supongo que es tarde para reescribir las líneas de un pasado hipotético.

Igual que no puedo cambiar el hecho de que todos desaparecieran, no tiene sentido darle vueltas a lo sucedido antes.

Sin embargo hay días en que es lo único que hago. Por ejemplo, hoy. Después de echar de comer a los gatos estoy de nuevo frente al templo de Debod. Soy un predecible bucle que se repite sin cesar. Adicta a la melancolía, al chute que proporcionan los recuerdos, y al arte de revivir cosas que jamás volverán a sucederme.

El tobillo aún me fastidia. Hace mucho calor. Mataría por una Coca-cola bien fría. Por cualquier cosa recién salida de una nevera que funcionara, en realidad. Los cubitos de hielo ahora solo habitan en mis recuerdos. Me contento con un puñado de regalices que saco de mi mochila. Supongo que te estarás preguntando por qué menciono a los felinos y no a los perros. Al principio los vi. La mayoría vagaba en solitario hasta que se topaban con jaurías a las que se unieron. Cuando se acabó la comida y la de la basura se terminó de pudrir, abandonaron la ciudad.

Mis dedos palpan «Orgullo y prejuicio». Oigo cómo me llama, así que me apiado de él y dejo que vea la luz del sol. Lo abro por la página donde dejé abandonada la lectura la última vez. Intento retomarla, pero me cuesta concentrarme porque una historia escrita hace más de doscientos años me trae recuerdos del siglo XXI.

Daniel, Dulcinea. Mis padres. Un Madrid frenético, lleno de vidas.

Y Diego. El maldito Diego Vázquez.

Mastico las chucherías consciente de que luego me entrará una sed horrible. Me pongo los auriculares y trato de encender el reproductor, pero no tiene batería. Se me olvidó cargarlo ayer.

—¡Mierda! —grito mi rabia para dejarla salir. —¡Mierda! ¡Mierda! ¡¡Mierda!!

Las palabrotas en castellano suenan mejor. Por eso siempre me desahogo en este idioma. A mi alrededor, varias decenas de pájaros levantan el vuelo. Estaban posados sobre las ramas de los árboles, pero no me había dado cuenta de su presencia, ni de sus cánticos, hasta que se han marchado.

Acabo de quedarme aún más sola. El silencio que me envuelve es abrumador.

Cuando todos se fueron, miles de aves llegaron. O regresaron, mejor dicho. No solo hablo de los típicos gorriones o de las molestas palomas. Me refiero a petirrojos, mirlos, urracas y otras especies. La capital es ahora su territorio y yo, la intrusa. Un coto de caza para perros y gatos que me recuerda una cosa difícil de olvidar: la naturaleza es cruel.

Tras los gritos quiero que mis amigos alados regresen, pero no sé cómo hacerlo. Lo que en el fondo ansío es volar como ellos y escapar de aquí.

¿Adónde iría? No lo sé. Lejos.

Antes de que todo se fuera a la mierda quería largarme. Ahora que puedo, no lo hago porque el mundo se me antoja demasiado grande y hostil.

Respiro hondo mientras me trago las lágrimas. No voy a llorar. Hoy debería ser un buen día. Comienzo a pensar en posibles localizaciones para un nuevo *graffiti* que tengo en mente. Uno que cuenta otra historia que va sobre una chica parecida a mí. Me cuesta acordarme de dónde dejé el carrito con los botes de pintura.

Justo cuando mejor visualizo lo que intento plasmar, un ruido grave y denso parte la quietud. La detonación es tan fuerte que retumba en mi pecho y mueve las hojas de los árboles. Con el corazón en un puño, corro en dirección contraria al templo. Necesito averiguar qué ha pasado.

Me subo al techo de un coche. Me pongo de puntillas con las manos en la frente a modo de visera. Entonces ahogo un jadeo. Me llevo las manos a la boca. Una columna de humo gris se alza poco a poco sobre ese cielo limpio y azul de este Madrid vaciado. Cada vez es más densa y más aterradora.

Cientos de explicaciones para lo que acaba de suceder desfilan por mi cabeza. Ninguna me convence. Ninguna me agrada.

Me tiemblan las manos. Esa sensación de intranquilidad que de pronto me embarga se me pega a la piel. Calculo que la explosión se ha debido producir en sentido noroeste, por donde está la Complutense, esa universidad a la que, por mucho que quiera, ya no tendré oportunidad de ir.

Asustada, pero decidida a investigar lo que ha pasado, recojo mi mochila y pongo rumbo a mi destino sin mirar atrás.

Capítulo 23

Antes de quedarme sola

—Oye, tía.

—¿Qué?

—¿Como que qué? —Susana se para en mitad de la acera. Un grupo de chicos nos adelanta—. ¿Me lo vas a contar de una vez?

—¿El qué?

Se cruza de brazos bastante mosqueada. Yo retengo el aire y busco la manera de desviar el tema de conversación para librarme de lo que me espera, pero lo tengo chungo. La experta en hacer eso es Susana, no yo. Solo soy una mera imitadora y claro, ya es un canteo lo mío.

—Veo que prefieres seguir con los secretitos...

—¿Secretitos?

Hace una pompa con su chicle. Cuando explota, una ráfaga de fresa ácida llega hasta mi nariz. Aprieto el paso.

—¿Adónde fuiste el miércoles?

—Por ahí. —Tardo en contestar.

—¿Y ayer?

—Em... por ahí también.

—¿Ves? ¡A eso me refiero! —Levanta los brazos—. Se supone que somos amigas y...

—Vale, vale, te lo digo —hago una breve pausa—: estuve en el templo de Debod.

—¿Los dos días?

—Sí.

Susana arruga la nariz.

—¿Y qué se te ha perdido a ti ahí? —me encojo de hombros—. Últimamente estás mazo rara, Xiao.

—No.

—Pues antes no solías hacer esas cosas.

—¿Qué cosas?

—En plan... saltarte las clases. Estar en la inopia. —Me mira de arriba abajo—. Vestirte diferente.

—La gente cambia —digo con una sonrisa misteriosa.

Después de pasarme toda la semana estudiando para el examen del viernes, les he dicho a mis padres que me ha salido bien. Adorno la verdad un poco aunque nada de lo que sale por mi boca es falso. Supongo que por eso he podido convencerlos para que me dejaran salir un rato el sábado por la tarde. Todo un milagro.

Susana y yo nos detenemos frente a un semáforo en rojo en el Paseo de Extremadura. Mi amiga se pone delante y me somete a un silencioso tercer grado. Tiene la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

Lo pillo, está muy rayada conmigo.

—¿Es por el Isra?

Su pregunta me hace reír.

—¡No!

—Entonces, ¿por quién estás colada?

—¿Por qué crees que esto va sobre un tío?

El semáforo se abre para los peatones. Cruzamos. No volvemos a hablar hasta que estamos a punto de meternos en el metro.

—Siempre es por un tío.

Me impresiona la suspicacia de Susana. Admito que soy un libro cerrado cuando se trata de mi intimidad. Me cuesta confiar en alguien, incluso si ese alguien es mi amiga desde hace años. Mi mejor amiga, se supone. Ella sí que me cuenta sus movidas y me aguanta cada vez que me quejo de mis padres. Siempre está ahí, aunque casi nunca me dé por recurrir a ella cuando las cosas se ponen serias, pero sé que no me entiende del todo, por mucho esfuerzo que le ponga. Por eso prefiero rumiar mis rayadas sola.

Hace un puchero acompañado de quejidos que recuerdan a los de un cachorrito. Al final, le doy un poco de cancha.

—Vale, sí. Hay alguien.

Picamos el billete. Mi amiga pega un grito que alerta a todos los que bajamos las escaleras mecánicas. Da unas cuantas palmas y suelta una carcajada histérica. Un viejo nos dedica una mirada que transmite de todo menos cosas buenas. Tal vez su diminuto cerebro esté a punto de cortocircuitar al ver a dos chicas chinas hablando perfecto castellano.

—¿Quién es? ¿Quién es? ¿¡Quién es!?

—No es nadie.

—Pero sois follamigos, ¿no?

—¡Qué va! —Le pego un manotazo—. No estoy saliendo con nadie.

—Pero si acabas de decir...

—Él me gusta.

Joder, cuánto me cuesta decir esa frase.

—¿Y tú a él? —Me gusta que no insista, que no pregunte por su identidad.

—No lo sé.

Según el letrero luminoso nos quedan ocho minutos de espera. El metro en fin de semana es un asco, pero cuando por fin viene tenemos casi todo el vagón para nosotras.

—¿Por qué no me dices de una vez quién es? —Susana ya estaba tardando.

Suspiro.

—¿Me prometes que no dirás nada?

—Claro, tía. ¡A puto nadie! —Hace un gesto solemne con la mano.

Está tan seria que me entran ganas de reír, aunque no me hace gracia la situación. Cierro los ojos. Espero no arrepentirme de esto jamás, pero no las tengo todas conmigo.

—Es Diego.

—¿Diego?

—Diego Vázquez.

Su boca se curva. Sus ojos se hacen más grandes. Me da un codazo.

—¿El tío ese largo y flaco que va a segundo?

—No es tan flaco —digo con la voz preñada de azúcar.

La megafonía interrumpe nuestra conversación durante un instante. Siguiente estación. Gente que sube, gente que baja. Se me hace eterno el tiempo que transcurre hasta que nos ponemos de nuevo en marcha.

—¡Joder, qué fuerte! Pero, ¿no estaba con Tania?

Una garra invisible me acaricia el corazón.

—No lo sé. No creo —murmuro.

—Tía, ¡es muy, muy fuerte! Te mola Diego y yo no me he enterado de nada.

—Ya ves. —Intento quitarle importancia.

—¿Cuándo ha pasado?

—Hace... —carraspeo—, desde hace un tiempo.

—¿Entonces, vas a venirte a la fiesta de mañana?

—¿Qué fiesta?

—Una que han organizado los de segundo. Van a ir todos y cuando digo todos es todos.

—Ah.

—Incluyendo tu Dieguito.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Tía, no lo llames así!

Disimulo mi sorpresa porque Diego no me ha dicho nada. El silbato que anuncia el cierre de puertas rasga el aire e interrumpe la cadena de pensamientos que pretende llevarme por mal camino.

—Deberíamos ir.

Pongo los ojos en blanco, otra vez.

—No me renta.

—¡Anda! Pero si estará tu amor...

—¡Susana, tía, que no es mi amor!

Desliza su culo por el asiento hasta que invade el mío. Deja la mano apoyada en mi hombro y me susurra al oído:

—Adri me ha pedido que vaya con él.

—¡Ostras! ¿En plan serio?

—No sé, pero... creo que ya no vamos a escondernos más.

—¡Joder!

Echo la cabeza hacia atrás en un gesto instintivo. Me muero un poco de envidia. Luego, intento borrar ese pensamiento. Soy una amiga de mierda porque no tenía ni idea. Eso me pasa por no haber hecho el debido seguimiento a esta historia.

Estoy tan metida en mi mundo últimamente, ese en el que Diego cada vez está más presente, que no me queda espacio para el de los demás.

—Me apetece mucho volver a besarlo —confiesa. Me muerdo la lengua para no decir que yo me muero por besar a Diego—. ¿Te imaginas que nos echamos novio a la vez, tía?

Gruño.

—Lo dudo.

—¿Por qué tienes que ser tan aguafiestas?

—Soy realista. A ti seguro que te va bien. —Suavizo mi discurso justo a tiempo.

—No sé si quiero un novio, pero sí que me apetece... exclusividad.

—Seguro que la tienes.

—Ven a lo del finde que viene y me das tu opinión.

—No. Luego me haces un resumen y rajamos, te lo prometo.

—Vas a venir conmigo.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Que no! —bajo la voz justo a tiempo—. Que paso, Susana.

—¿Por qué?

—Porque no me renta. No es mi rollo, ya lo sabes.

—¿Y si jugamos otra vez a la botella y me toca besar a Diego?

Se lleva una mano a la boca, parece realmente preocupada.

—El puto juego es lo último que me preocupa.

La megafonía anuncia que hemos llegado a nuestro destino. Me levanto antes de que el tren se detenga. No me agarro a nada, simplemente aguanto las sacudidas que da el vagón con la mirada perdida en un punto fijo. Los sonidos del metro son tan únicos como una banda sonora y en este momento, interpreta la canción más deprimente del mundo.

Siento la presencia de Susana a mi lado, que se reúne conmigo frente a la puerta.

—¿Qué te preocupa, tía?

Mierda, no me apetece responder a esa pregunta.

—Nada. Es una manera de hablar.

Tiro del mecanismo para abrirla antes de que entremos en la estación, así que no sirve de nada. Sigo haciéndolo de manera compulsiva hasta que por fin salimos del vagón. Caminamos juntas hacia la salida acompañadas de un grupo variopinto de personas. Parecemos un rebaño amaestrado y quizá eso es lo que somos.

Compartimos un silencio pesado durante todo ese tiempo, pero no me molesta tanto como los interrogantes que brotan y se arraigan a mi pecho. Justo cuando salimos a la calle, me sacudo de encima la tontería y trato de animarme. Debe ser la luz. Y la ciudad, llena de vida un viernes por la tarde.

Entonces, Susana se abalanza sobre mí y me abraza por sorpresa.

—¡Te voy a poner mazo de guapa! En plan... que a Diego se le van a salir los ojos de las órbitas. Ya lo verás.

Cierro los ojos mientras mi cuerpo acepta el abrazo.

Y por primera vez en el día, sonrío.

Capítulo 24

Si me hubiera sacado el carnet de conducir antes de que todo se fuera a la mierda, ahora estaría en la playa. Valencia, Alicante o tal vez Cádiz. El norte queda descartado, hace demasiado frío.

Cualquier sitio, menos Madrid. La amo y la odio con la misma intensidad porque hace conmigo lo que quiere. Sus calles me absorben y me escupen sin piedad. Luego me abrazan, me miman, como si fuese su favorita. ¿Por eso sigo aquí?

No paro de mirar la fea columna de humo gris que se abre paso entre los edificios. Es como si a la capital le hubiese crecido un nuevo rascacielos fantasmal. O como si un gigante tumbado se pusiera a fumar. El olor a quemado empieza a invadir el aire. Partículas diminutas de ceniza sobrevuelan la calle Princesa, por la que camino con la tensión sobre los hombros y los ojos bien abiertos. Esta cara de Madrid no la conocía. Es fea, cruda, una que saca las uñas y bufa para avisar de que también puede ser una ciudad peligrosa, incluso cuando no queda nadie.

Intento tranquilizarme al acordarme de que, ante una incógnita, la explicación más sencilla suele ser la más probable. Seguro que, cuando llegue a la zona cero, encontraré un escape de gas, o un chispazo fortuito que ha terminado en tragedia sin víctimas que lamentar.

Pero, ¿y si Madrid no está enfadada, sino enferma? Tal vez languidece sin esperanza al verse vacía de gente. Ese hervidero de vida, por muy imperfecto que fuese, era lo que le confería alma. Y la ha perdido.

Un escalofrío me recorre la espalda. Tal vez a mí me esté pasando lo mismo. Tal vez, Madrid y yo tenemos más en común de lo que creía, porque yo también lucho por mantener un equilibrio jodidamente difícil de balancear.

Me sorbo la nariz. Me cuesta respirar por culpa del nudo que se me ancla a la garganta. Quizá tú en mi lugar habrías optado por pasar. Mantenerse al margen del peligro, a salvo en un lugar seguro, es un lujo que no me puedo permitir. Tengo que enterarme de lo que ha pasado. Si no, no voy a poder dormir. Además, todo lo que sucede en mi ciudad me concierne.

Pronto va a anochecer. El tiempo se me ha echado encima. ¡Mierda! Debería buscar un sitio donde esconderme hasta que el sol regrese. La oscuridad me ampararía, pero no me atrevo a tanto porque no hay negrura más chunga que la de un Madrid ciego de noche. Además, mi linterna está de nuevo en las últimas, al igual que el reproductor de música.

Echo de menos a Miley. Me pregunto si habrá dejado de existir como todos o si también estará sola, como yo, pero en su mansión de Malibú. En cualquier caso, ella me acompañaría hasta el fin del mundo. Hablaría conmigo durante horas. Cantaríamos juntas a pleno pulmón sin temor a que nadie nos juzgara.

Encuentro un portal abierto y accedo a su interior en busca de cobijo. Es uno de esos sitios pijos y de postín llenos de plantas de interior, suelos de mármol y una garita para el conserje. Hay un sofá al lado de los buzones. Le doy la vuelta para que nadie pueda verme desde la calle, porque, ¿y si hay alguien?

Me quito la mochila. Tengo un agujero en las tripas, una sed de caballo y una rayada considerable. El trío perfecto para echarse un sueño, pero más me vale descansar.

Mañana me espera una cita con la incertidumbre.

Capítulo 25

Antes de quedarme sola

Nadie repara en nosotras, ventajas de ser invisible. Hay un tipo inclinado sobre el fregadero dispuesto a echar hasta la primera papilla. ¿Ya? ¡Si solo son las diez de la noche! Unos de segundo están de risas detrás de él. Huele a humanidad y a algo parecido al desinfectante. La música es horrible y suena a un volumen de locos. No sé cómo los vecinos no se quejan. Algunas chicas bailan. Una pareja se da el lote en una esquina. Estamos en un adosado situado en una zona residencial de Leganés a la que nunca había ido y a la que jamás volveré, eso lo tengo claro. Por lo visto, la casa de los abuelos de alguien que no conozco es el emplazamiento de esto que llaman «fiestón». No es el primero que se monta aquí, ni el más salvaje. Ni el último.

Susana detecta mi desagrado y tira de mí para que no me quede pasmada en el sitio.

—Ven, vamos a pillar algo de beber.

Ese es el plan. No me gusta mucho, pero acepto. Si añadimos la presión social al hecho de que, con un poco de alcohol, el panorama se volverá más soportable, está claro que voy a empinar el codo.

Hemos venido a emborracharnos, el resultado nos da igual.

A mí si me importa. El término «aguafiestas» puede leerse por toda mi cara, eso seguro. Y a lo mejor te parezco un muermo, pero es que no le veo la gracia a este tipo de cosas. Me incomoda ser testigo de la estupidez humana cuando las neuronas mueren. Apenas he bebido dos o tres veces antes, solo chupitos o cerveza. Nunca me he cogido una cogorza. A lo mejor eso es lo que me falta. Tal vez así deje de sentirme fuera de lugar.

Nos dirigimos hacia una esquina del salón. En un mueble bajo están dispuestas al menos una docena de botellas como soldados ante un pelotón de fusilamiento.

—¿Qué quieres, ron, whisky o vodka?

—¿No hay más opciones? —pregunto, sin demasiadas esperanzas.

—Ginebra.

—Pues eso mismo.

—¿Con limón?

Asiento. Susana prepara la mezcla con tanta concentración que parece una alquimista. Miro a mi alrededor. La pareja de antes sigue a lo suyo. Nos imagino a Diego y a mí. Quiero localizarlo, o a Adri, o a alguna cara conocida, pero no conozco a nadie. Segundos después, me fijo en un grupito de chicas. Van a segundo. ¿Estará Tania entre ellas? No sabría decir. Varias nos señalan y cuchichean sin cortarse un pelo.

En cuanto Susana me tiende la copa, me bebo la mitad de un trago.

—¡Ey, que te tiene que durar por lo menos una hora!

—Es que tenía mazo de sed.

—Ya, pues haber pillado agua.

—Eso aquí equivale a cavar tu propia tumba —bisbiseo.

—Hola.

Me vuelvo al escuchar la voz grave de un tío. Siento su mano sobre mi hombro.

—Ah. Hola.

Mi corazón vuelve a latir en cuanto se da cuenta de que no es él. Es Isra.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—Lo mismo que tú, ¿no?

Se ríe ante mi respuesta, algo borde, en mi línea. Deja caer la cabeza hacia atrás en un gesto exagerado, pero le queda bien. Baja el cuello para que sus labios queden a la altura de los míos. El aliento le huele a agua de floreros.

—¿Quién te ha invitado?

Señalo a Susana. Isra pone cara de sorpresa al verla. Lleva un vestido muy corto y ajustado y un maquillaje que le hace parecer más mayor. Isra me aparta a codazos para plantarle dos besos de una forma un tanto agresiva. Se presentan mientras yo alzo una ceja. Mentiría si dijera que me lo tomo a mal. Me dedico a beber. Susana pasa de Isra al cabo de un rato y, por arte de magia, él me devuelve su atención.

—Ey, ¿por dónde íbamos?

Apoya todo su peso en mí. Parece ser que de equilibrio va justo y yo de paciencia, también.

—Estabas hablando con mi amiga —le recuerdo, sin acritud.

—Sois chinas las dos —sonríe de oreja a oreja.

Se equivoca, pero paso de aclarárselo. En cambio, digo:

—¿Y?

—Mola. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Por qué no contestas a mis mensajes? —Bizquea un poco—. ¿Me has bloqueado?

Mierda. No tengo ganas de enfrentarme a él por este tema. Tampoco se merece que le mienta. Lo observo bien, con una sonrisa tirante con la que solo pretendo ganar tiempo.

—Verás, yo... no creo que debamos hablar de esto aquí.

Por suerte, se enfrasca en su móvil. Y así de fácil, dejo de existir para él.

—Ahora me lo cuentas, espera... —dice cuando ya no le prestaba atención.

Levanta la mano libre y se aleja despacio, sin despegar la mirada de la pantalla. Respiro aliviada. Me da la sensación de que le da igual lo que le diga, solo quiere tirar de un hilo que ya está roto. La cuestión es que ni él ni su parte alcoholizada lo saben. Cierro los ojos para espantar esos recuerdos de nosotros en el parque. Después de cómo terminó nuestra primera y última cita, lo único que saqué en claro es que no tenemos ninguna clase de química.

Siento si esto suena cruel, pero es que creo que ni siquiera me interesa como amigo.

—¿Ves al Adri? —pregunto a Susana, que se dedica a echar miradas por todas partes.

—No, pero si le veo, te digo.

Apuro el vaso. Siento la boca pastosa y tengo sed de más gasolina, eso dice la canción. Ojalá pudiera disfrutar de esta fiesta en lugar de quejarme mentalmente cada cinco segundos, pero estoy aquí por una razón con nombres y apellidos: Susana Fernández y alguien más que no aparece.

Trato de invocarlo con el pensamiento aunque me pongo nerviosa al imaginarnos juntos en este contexto, con la gente mirando. Juzgando. Me sentiría mucho más cómoda en Dulcinea, con Diego, la tele con culo y una cinta de vídeo. O con un buen libro.

Sonrío como una boba.

—Ven conmigo, quiero enseñarte la casa. —Una voz pastosa me saca de mis ensoñaciones.

Disimulo el escalofrío que me provocan esos dedos trepando por mi costado.

—¿Es tu casa? —le pregunto a Isra, con más recelo que curiosidad.

—Es la de mi colega.

Tiene los ojos inyectados en sangre y una sonrisilla tonta colgada de los labios. Se los lame al notar mis pupilas fijas en ellos. Desvío mi atención a Susana solo para ver cómo me abandona camino a alguna parte. De pronto, Isra y yo estamos muy juntos. Con una mano me agarra la cintura, con la otra, bebe. Ahora que caigo, yo también voy un poco pedo. Me río de chistes sin gracia mientras me sirve otra ronda. Bebo un poco más. Como no estoy acostumbrada, el alcohol me sube muy rápido. Apenas he comido y tengo los nervios arañándome el estómago. Al mismo tiempo, una extraña calma me reblandece las extremidades. Eso es lo que aguanta al conjunto. Lo que hace que no colapse cuando la vergüenza me acompaña escaleras arriba. Sigo a Isra porque no sé nada de Diego desde hace un par de días. Una parte irracional de mí quiere abandonarse a otros brazos que puedan pasar por los del chico que me gusta.

Joder, mi imaginación es demasiado optimista.

Y mi corazón demasiado frágil.

—Oye, ¿qué haces? —le pregunto en cuanto noto sus dedos por debajo de mi falda.

Me dedica una mirada escurridiza como si fuera inocente.

—Tranquila, ¿eh?, que solo quería comprobar una cosa.

—¿El qué? ¿Si llevo bragas? —Lo he dicho de coña. Me decepciona interpretar por su gesto que no me equivoco—. Joder...

—Vamos a esta habitación —señala una cualquiera—, creo que está libre.

—¿Y si yo no quiero? —pregunto con un hilo de voz.

—Anda, venga, no te hagas la estrecha...

El comentario y sus labios secos en mi cuello es todo lo que necesito para huir de allí. Le pego un codazo en las costillas para liberarme. Bajo las escaleras como si me fuese la vida en ello. Tengo pocas cosas claras, pero una de ellas es que no pienso empezar nada que no quiera realmente hacer. Y menos movida por circunstancias externas.

Isra no es el chico que me gusta. Nunca lo será.

Cojo el bolso que dejé sobre una pila enorme de cosas. Las manos me tiemblan cuando por fin consigo salir a la calle. El frío del otoño me abofetea la cara, pero yo lo abrazo. Me siento mejor, también un poco tonta.

Saco el móvil del bolsillo. Le mando un mensaje a Susana:

Lo siento, tía, me piro. Cógeme el abrigo xfa q no se dnd está. Espero que estés con Adri. Mñn hablamos.

Muevo los dedos para desentumecerlos. Un viento helado se abalanza sobre mí, pero entre la adrenalina y lo rápido que camino ni siquiera se me eriza la piel, y eso que muestro bastante.

Giro sobre mí misma para orientarme, también para comprobar que Isra no me sigue. Suspiro aliviada. Estoy sola.

—¡Eh!

Ese grito me hiela la sangre. En respuesta aprieto el paso. Estoy más tensa que la cuerda de un violín. En cuanto reúno el valor, miro por encima de mi hombro. Apenas distingo el contorno de una silueta que pertenece a un tío alto que viene directo hacia mí.

Doy media vuelta y dejo que el alcohol me envalentone:

—¿Qué coño quieres? —pregunto con un deje de chula en la voz para que no se note lo acojonada que estoy.

—Chica Borde...

Al reconocer su voz, me tiembla la mandíbula. Me muerdo el labio inferior. Sonrío de oreja a oreja durante dos segundos exactos.

Quiero abrazarlo, pero eso solo lo sabe mi subconsciente.

—¿Me has seguido?

No hace falta que conteste, es obvio que sí. Diego se sube a la acera y se detiene frente a mí. Sus ojos me recorren el cuerpo de una manera muy diferente a como lo ha hecho Isra unos minutos antes. Es como una caricia agradable, con un punto de sensualidad que me incita a anhelar sus manos sobre mí.

—¿Por qué no vas así vestida a la librería?

Suelto una carcajada empujada por la ginebra más que por otra cosa. Llevo una minifalda de cuero marrón, unas botas altas negras de tacón y un *crop top* con el que se me ven hasta los higadillos, como diría la madre de Susana. Toda la ropa es suya. Mis padres jamás dejarían que llevara puesto algo así. Bajo la vista, un poco intimidada, un poco más desnuda. Diego tiende su brazo hacia mí. Lleva una prenda apoyada sobre el antebrazo.

—¡Mi abrigo!

—Tu amiga me lo acaba de dar —explica con una media sonrisa enigmática.

—Gracias.

—Vaya —arquea las cejas varias veces—. Ten cuidado, a ver si te va a salir una úlcera al decir esa palabra.

Me pongo el anorak. Lo abrocho bajo su atenta mirada.

—¿Sabes dónde está la Renfe? Zarzaquemada, creo que es. Me suena por aquí, pero...

—¿Te piras ya?

—Sí.

—Vale.

Me encojo de hombros, sin saber qué decir o qué hacer. Me arrepiento de no proponerle alguna locura y, al mismo tiempo, siento paz al refugiarme en mi absurda zona de confort. Hay algo raro en el ambiente, entre nosotros. Ojalá supiera qué es. Me doy media vuelta.

Un paso. Dos.

—Xiaojing...

Me detengo, pero no me giro. Siento su presencia justo detrás de mí. Empiezo a respirar por la boca. Me trago el frío de la noche y al cielo le devuelvo pedacitos de mi alma en forma de vaho.

—¿Qué?

Tarda un rato en responder. Siento los latidos de mi corazón en los oídos.

—¿Te gustó el regalo que te hice? —Asiento. Solo asiento—. No me has dicho nada...

Suena a cualquier cosa, menos a reproche. Y no sé si será la lucidez del borracho, pero creo que sus palabras encierran un mensaje subliminal que no puedo captar.

—Gracias.

—Guau, dos «gracias» en una sola noche. Voy a echar un cupón.

Ese comentario hace que me dé media vuelta con una sonrisa.

—¡Qué tonto eres! —Le pego un manotazo cariñoso en el hombro—. Ya te dije que no tenías por qué darme nada. Yo...

—Ya, pero quería hacerlo. ¿Te lo has leído? —De nuevo, asiento—. Yo también.

En mi cabeza suena *Adore You* de Miley. Menos mal que Diego no tiene acceso a mis pensamientos, aunque estoy segura de que mi cara refleja cosas. Y mis ojos.

Sobre todo mis ojos.

Joder, lo que daría por oírle decir esas dos palabras. Solo son dos, pero qué dos.

—¿Qué hacías ahí? —Su voz me saca del trance.

Entiendo que se refiere a la fiesta porque señala a un punto a su espalda. Me encojo de hombros cuando una ráfaga de aire helado nos acuchilla.

—No me pega, ¿verdad?

—Nop. Cuando te he visto he flipado. ¡Menuda sorpresa!

—Agradable, espero.

—Quizá...

Aparto la mirada. No sé si tomármelo en serio o fingir que esta coraza no pesa, que es cómoda, que la sé llevar mejor que nadie.

—Bueno, ya me iba, así que... —trago saliva—, será mejor que vuelvas.

No le cuento lo que acaba de pasarme con Isra. Tampoco que echo tanto de menos su sonrisa que estoy a punto de gritar.

—¿Cuándo vemos la peli? —La pregunta me pilla tan de sopetón que me quedo en blanco—. Me refiero a «Cumbres borrascosas». El *challenge*, ¿recuerdas?

—Cuando quieras.

—¿Mañana?

—Vale. Mañana —repito, entre susurros—. Hasta mañana, Diego.

Ya me las apañaré para inventarme algo y salir de casa sin que mis padres se mosqueen. Sonrío y doy media vuelta. Mis tacones resuenan otra vez. Me detengo. Sé que si no hago algo, me voy a arrepentir durante el resto del curso. Y de mi vida. Esa afirmación me convence para actuar. Una fuerza se apodera de mí, me obliga a correr hacia el chico que me gusta. Aún no se había movido del sitio. Me abalanzo sobre él sin detenerme a analizar su cara. Parece que sus pulmones se encogen antes del impacto.

No llega a ser un abrazo, más bien un placaje mal hecho.

—Auch —se queja.

El corazón me martillea fuerte en el pecho. Duele. Aprieto los dientes mientras rodeo su espalda con mis brazos. Su calor es agradable. Huele bien. Cierro los ojos, me abandono. Miley le pone banda sonora al momento. Solo la escucho yo. Diego se queda estático. No me rechaza, pero tampoco me sigue el rollo. Le imploro sin palabras que reaccione. Necesito que este sea un bonito recuerdo en el que refugiarme los días de lluvia.

Poco a poco, sus manos se apoderan de mis omóplatos. El alivio que siento es tan grande que se me escapa un gemido ronco. Allá donde me toca, varios escalofríos murmuran que este es el lugar donde quiero estar.

Miro hacia arriba. Es tan alto. Y tan guapo. Y sus ojos son tan verdes...

—Yo también me lo paso muy bien contigo, Diego —susurro, en referencia a la nota que venía con el libro.

Estoy perdiendo el juicio. Lo sé en cuanto me pongo de puntillas y, con el pulso errático, le planto un beso en la barbilla. Es el sitio más cercano a su boca al que tengo acceso porque Diego no baja la cabeza, sino que se queda quieto al igual que una estatua.

La distancia entre nosotros no solo es física.

Estoy temblando y no es por culpa del frío, sino del atrevimiento.

Mis labios sobre su piel duran poco. Cuando todo termina, me separo de él a trompicones. Parpadeo como si se me hubiese metido algo en el ojo. Me giro. Me alejo. No sé qué más hacer, así que hago como si nada, aunque en realidad sea todo.

Capítulo 26

Antes de quedarme sola

—Xiaojing.

Mi nombre en sus labios me hace estremecer como nunca antes. Supongo que en realidad es el frío. O el alcohol. O el calor en las mejillas. Cualquier otra combinación peligrosa de factores. No me detengo, a pesar de que no sé si voy en la dirección correcta. No recuerdo el camino que seguimos Susana y yo. Y es que mi sentido de la orientación era bastante malo por aquel entonces.

Me pregunto si huyo de algo invisible e inevitable que está a punto de abalanzarse sobre mí. Diego finalmente me alcanza. Caminamos juntos, en silencio. Dos líneas paralelas que trazan sus estelas a la par están condenadas a no tocarse nunca. Para toda la eternidad.

Eso al menos dicen en clase de mates.

—La fiesta está al otro lado —señalo hacia atrás.

—Ya lo sé, Chica Borde —susurra.

—¿Entonces?

—Me voy contigo.

El pulso se me acelera al escuchar esas tres palabras. Tal vez encierran una promesa.

—¿Por qué? —pregunto, al fin.

Diego resopla antes de contestar.

—Exámenes. —Suelto una carcajada. No me atrevo a mirarlo, pero sí a seguirlo. Ahora mismo, hasta el fin del mundo, si quiere llevarme—. No me crees, ¿no?

—¡Pues no! —aclaro de manera innecesaria—. Tú sacas sobresalientes en todo solo con parpadear —añado, bajito.

—Este año me toca la EBAU...

—¿Y?

—Pues que mis padres están empeñados en que estudie una ingeniería —informa con un tono de voz plano—. No tengo ni idea de cuál, así que, por si acaso, tengo que sacar la mayor nota posible... mañana, a empollar.

—En plan... como si no hubiese un mañana, ¿no? —Diego asiente—. Puedes ir a la fiesta y también empollar.

—No me apetece con resaca. Además...

Deja la frase en suspenso. Mi cabeza se encarga de rellenar los huecos. Una ingeniería. Intuyo que la revelación esconde mucho más de lo que parece, pero no nos conocemos tanto como para pedirle que se explaye. No si él no quiere hacerlo.

—Además, ¿qué?

—Que mañana habíamos quedado para ver «Cumbres borrascosas» en Dulcinea.

—Cierto.

—Les diré a mis padres que voy a estar en la biblioteca todo el día.

Buena excusa, creo que voy a agenciármela yo también. En esta época abren incluso los domingos.

—¿Y Daniel?

—Mi abuelo no se entera.

—Tu abuelo es de todo menos tonto.

—Seguro que me guardaría el secreto —me susurra al oído.

Aprieto el paso. Hace frío y la estación de tren aparece, por fin, a lo lejos. El viento echa mi pelo hacia atrás como si estuviese metida en un caro anuncio de perfumes. Pasamos los tornos y esperamos en el andén de Zarzaquemada en completo silencio. Nos cruzamos con todo tipo de fauna nocturna. Gente que viene de trabajar, gente que se va de fiesta.

Las dos caras de una moneda que gira sin parar para que Madrid no pierda el equilibrio.

La manga de su abrigo roza la mía. Tan solo un pequeño movimiento y mis dedos se entrelazarían con los suyos. Un gesto mínimo, cuestión de escasos centímetros, pero tan imposible para mí como si estuviésemos a años luz de distancia.

Ese beso en la barbilla me relega a la *friend zone*. No es pesimismo, es pura y aplastante lógica.

—No lo entiendo —admito, una vez accedemos al vagón—. Tus padres deberían confiar en ti. Al menos, en el tema de los estudios.

Me siento y Diego, a mi lado. Me mira mientras sube una ceja.

—¿Olvidas que hace poco me castigaron por volver pedo a casa?

Yo echo la cabeza hacia atrás y me río.

—Sería por lo de la vecina —sonrío—. ¡Porque ni aunque te dedicaras a beber todos los días matarías a ese ejército de neuronas que tienes aquí! —Presiono su sien con el índice.

Me maldigo por no atreverme a tocarle más allá de eso.

—No quiero movidas con ellos. —Baja la barbilla, esa que acabo de besar, al decir eso. Ya no me mira.

—¿Por eso quieres ser legal?

Se encoge de hombros.

—Sería el primero de la familia en ir a la uni.

—¿Y Daniel? —frunzo el ceño. Él niega con la cabeza. Sigue con la mirada fija en el suelo—. Vaya.

—No lo parece, ¿eh? Sabe tanto, el muy hijo de...

—Ya.

Nos sumimos en un mutismo pesado, casi tanto como la responsabilidad que, imagino, Diego debe sentir sobre los hombros. Lo compadezco. Quiero abrazarlo. Quiero arrancarle la melancolía a gritos, o a besos, pero no hago nada. Solo lo acompaño junto al chirriar de las vías.

Minutos después, siento que lo pierdo. El chico que me gusta deja de estar aquí, sentado a mi lado. Viaja lejos, directo a un sitio por el que es fácil perderse: la conciencia.

—Mis padres también son bastante estrictos con ese tema. —Fuerzo una risa y, a continuación, una especie de mal chiste —: Son chinos, imagínate.

Eso basta para devolvérmelo. Sus ojos me miran con curiosidad.

—¿En serio? Pensé que eras adoptada, como Susana.

—¿Qué?

—De hecho, creí que erais gemelas.

Arqueo las cejas, sorprendida. Me río, pero él ni siquiera sonríe.

—¡Flipo! ¡Pero si no nos parecemos en nada! —pongo los ojos en blanco—. Además, me llamo Xiaojing Ye.

—Sé cómo te llamas —indica Diego—. No sabía cómo te apellidabas.

El traqueteo insano del metro no sacuden mis ideas, al contrario de lo que pudiera parecer. Nos levantamos y salimos del vagón para hacer transbordo. El cabreo propulsa mis pasos y voy un par por delante de él. La línea gris nos espera escarbada en las profundidades de de Madrid.

—¿Te has cabreado?

—Susana no tiene nombre chino —señalo con rudeza en la voz.

—Ya lo sé.

—¿No ves ahí una incongruencia?

—Pues... no. La peña pone nombres raros a sus hijos todo el tiempo.

—El mío no es raro —mascullo.

—En China no, pero aquí...

—Diego, en serio, no lo estropees más.

Esperamos la llegada del último tren. Los minutos se deslizan lentos y perezosos, al contrario que mi mente, que viaja a una velocidad supersónica. No me gusta por dónde nos lleva la noche, ni descubrir que Diego, en realidad, no tiene ni idea de quién soy yo. Y es culpa mía. No dejo que nadie se acerque lo suficiente, ni siquiera él.

Cuando por fin se detiene el vagón, está a rebosar. Nos apretujamos contra un montón de gente. Esto es lo más opuesto a la intimidad que puede existir. Y lo odio. Ya no importa que Diego haya abandonado la fiesta conmigo, ni que yo conozca cosas sobre él que nadie más sabe.

Me pregunto si está al corriente de que algunos gilipollas me llaman «plátano» por los pasillos del instituto. Si alguna vez se ha referido así a mí, sin ánimo de ofender.

Tal vez para Diego soy justo eso.

Nada más. Nada menos.

Lo peor es que me lo tendría merecido.

Nos bajamos en nuestra parada. Es el mismo camino de siempre, pero se siente distinto cuando una mancha negra te tiñe el corazón. Escaleras, tornos, calle. El típico frío seco de Madrid. Una noche cualquiera en mitad del otoño.

De pronto, Diego se detiene. Hago lo mismo. Medio metro nos separa. Ojalá pudiera saber qué está pensando.

Su cara es una máscara. La mía, también.

—La he cagado muchísimo, ¿verdad?

Asiento.

—No eres el primero en juzgar...

—¡Yo no te juzgo! —Clava sus pupilas en mis ojos de un modo tan intimidante que solo puedo apartar la mirada—. Pero... nunca he conocido a una chica china que no fuese adoptada.

Me cruzo de brazos. Alzo el mentón y aprieto los labios.

—¿Conoces a muchas chicas chinas?

Sonríe durante una milésima de segundo.

—¡No! Recuerdo que había una en mi cole. Y luego está Susana.

—Ahora estoy yo —dice una voz que se parece mucho a la mía y que sale de mi boca.

Diego acorta lentamente la distancia que nos separa.

—Ahora estás tú —murmura.

Me vuelve a mirar de una manera tan intensa que se me corta la respiración. Con tan poca luz, el verde de sus iris se diluye como el rastro de las acuarelas en el agua. Bajo la vista hasta sus labios. Se curvan hacia arriba. El rumor de una ciudad que nunca duerme nos arrulla. Acompaña este momento como ha hecho con tantos otros. Tristes, felices, rutinarios o determinantes. A Madrid le da igual, solo pone el decorado y cada cual elige su película.

—Entonces, ¿nos vemos mañana? —pregunto.

—Sí, pero deja que te acompañe a casa.

No pienso oponerme. Sonrío para mis adentros. Eso significa que disfrutaré de la compañía de Diego al menos durante otros diez minutos. Mis pies caminan en dirección a la calle Cerro Bermejo, pero a una velocidad ridículamente baja si se tiene en cuenta el frío que hace. Mis tacones repiquetean contra los adoquines. El barrio está casi desierto. No es la cara más bonita de Madrid, pero sí la más familiar. La que casi me hace sentir como en casa.

Casi.

Cuando rebasamos mi portal, me giro. Estoy a punto de darle las gracias y despedirme, pero Diego toma la iniciativa.

—Me ha gustado eso de antes.

—¿El qué?

Se inclina hacia mí, dubitativo. Nuestras caras quedan a la misma altura. Se para en seco, al igual que mi corazón. Me pierdo su sonrisa. Mi respiración impacta contra su nariz. Un segundo después, sus labios se posan sobre mi barbilla. Río para soltar lastre y nerviosismo.

—Oye, Chica Borde... —murmura tan cerca de mi oído que su aliento me hace cosquillas—, si te beso un poco más arriba, ¿me darías una paliza en plan Kung-fu? —me trago la risa. Jadeo de manera involuntaria. Niego con la cabeza—. Entonces, ¿puedo?

—Joder, hazlo —le pido con la voz ronca.

Diego obedece y, durante cuatro o cinco segundos, soy la chica más feliz del mundo. Caigo por el precipicio de los sueños que son demasiado bonitos para existir en el plano real. Sus labios acarician los míos con tanta suavidad que parecen hechos de plumas. Tiemblo al sentir sus dedos en mi cuello. Se me encharcan los párpados. Este es mi primer beso, el de verdad, porque hay tanta diferencia con respecto al que Isra me dio que simplemente no pueden compararse. Pero, como todo lo bueno, es efímero.

Diego se separa de mí con brusquedad. Lo miro a través de una cortina de lágrimas que no llega a caer. Me estudia con un gesto grave, como si en mi cara pudiese leer toda mi historia.

—Xiaojing yo.. no sabía que tú también... que querías esto.

Trago saliva. Bajo los párpados y, en un alarde de intrepidez, le rodeo la nuca con las manos.

—Claro que lo quiero. No sé si alguna vez te ha dado la impresión de que no, pero... sí.

Callo y me lanzo a su boca con tanta fuerza que sus incisivos chocan contra los míos. Me trago su quejido. El beso ya no es tímido, sino intenso. Mi lengua y la suya se rozan varias veces antes de saborearse. Mi espalda choca contra la fachada de mi edificio. La penumbra nos anima a que seamos más atrevidos. Las manos de Diego me rodean la cintura, bajan hasta mi culo y

suben por mis hombros.

Y me atrevo a tocarlo. A disfrutarlo. A no parar de besarlo.

Mis sentimientos se desbordan como un río tras la lluvia torrencial. Ya no estoy solo colada por Diego Vázquez. Acabo de tomar un atajo que me hace subir de golpe varios niveles. El amor es así, supongo: veloz, implacable, brutal.

Ya no me queda grande esa palabra porque me la pruebo y es de mi talla.

Capítulo 27

Antes de quedarme sola

—Espera, dale para atrás. —Diego suelta un gruñido, pero finalmente se aparta de mí, aprieta un botón del mando y hace lo que le pido—. ¡Esta es una de las mejores partes!

—No estoy de acuerdo —susurra.

Creo que su comentario no tiene nada que ver con la peli, sino con mi interrupción. Nuestra nula capacidad para mantener las manos quietas, los cuerpos despegados y las bocas libres de besos es increíble. Diego rebobina la cinta VHS de Cumbres Borrascosas. Es la adaptación de principios de los noventa, no la más reciente. La consiguió a través de una de esas aplicaciones de segunda mano a precio ridículo.

Apenas me estoy enterando de nada. Solo hemos sido capaces de ver el principio. El bol de palomitas ha terminado abandonado en el suelo y mis caderas, de algún modo, encajadas entre las de Diego. Luego cambiamos de postura. Menos mal, porque esta era demasiado, en todos los sentidos. Los muelles del viejo sofá protestan cada vez que nos movemos. Encojo las piernas para que Diego se siente en el hueco que dejo libre. Me incorporo para tumbarme con la cabeza sobre sus piernas, a modo de almohada.

Nos encontramos en la trastienda de Dulcinea, pero siento como si estuviese en mi casa. Miro la pantalla cuadrada para no mirarlo a él. Noto el pulso entre los muslos, tengo la piel incendiada por sus caricias y los labios hinchados de tanto besarnos.

—Así va a ser imposible completar el reto —murmuro.

Una sonrisa me cruza la cara mientras la peli sigue. Me incorporo para besarlo otra vez. Algo me impulsa a hacerlo, como si llevase siglos sin sentir el adictivo vértigo previo al roce de sus labios. Él sonríe también. Nos miramos a los ojos. Nuestras bocas están tan cerca que sería un crimen no volver a repetirlo.

—No me provoques...

—Tarde. Me renta mucho estar así.

Después de un épico morreo, retomamos la película desde el punto en que nos perdimos: un

intenso diálogo entre los protagonistas. A veces, me siento un poco como Heathcliff. No me mueve ninguna clase de venganza, pero sí que me afano en ocultar lo que guardo en mi interior con todas mis fuerzas.

Hoy lo he dejado salir un poco.

Hoy, mi corazón me pertenece menos que ayer.

Ver la película completa nos lleva casi cuatro horas debido a los parones que hacemos para liarnos. Empezamos siempre tímidos, dudosos. Acabamos pareciendo desesperados. Aunque no llegamos hasta el final, me encanta fantasear con la idea de que Diego anhela esto casi tanto como yo.

Cuando por fin concluye la sesión de cine y de besos, abro el debate:

—Bueno, entonces, qué opinas, ¿peli o libro?

Diego alza el mentón para mirarme. Ahora está tumbado con la cabeza sobre mi regazo. Yo le acaricio los largos mechones con las puntas de mis dedos. Debería pasar por la peluquería en algún momento, o eso pensaba hasta que hundí las manos en su cabello. Es duro, fuerte y suave. Me podría pasar así horas, mimándolo.

—Di tú primero —me pide con voz somnolienta.

Tiene los ojos cerrados. Su pecho sube y baja sin prisas. Parece que vaya a quedarse dormido de un momento a otro. Sonrío porque puedo contemplarle a placer sin temor a que me pille con cara de tonta. Me recreo en los detalles pese a que la luz de una lámpara lejana apenas nos alumbra. Sus largas pestañas, sus pómulos altos, su frente cubierta por un flequillo rebelde. Sus labios.

—Para mí gana el libro, claramente —apunto con una convicción digna de la más puñetera de las críticas—. ¿Qué dices tú?

—Coincidimos, pero no te acostumbres.

—¿A esto?

Abre un solo ojo. Me sonríe con picardía e intenta guiñarlo. Reímos. No sé en qué momento hemos alcanzado este nivel de intimidad. Es como si llevásemos toda la vida así, juntos. O todo lo juntos que estamos en este momento.

Hacía mucho que no me sentía tan a gusto. Tan yo. Como si fuera real y todo lo de antes, una simulación. La vida de pronto se ha vuelto intensa, alucinante y el tiempo, extraño. Quiero que sus arenas se detengan cuando estamos juntos. Quiero que las horas vuelen si estamos separados.

No voy a analizar la situación porque, en el fondo, asusta. Asusta de cojones.

—Libro uno, peli cero en el *challenge* —dictamino—. Vamos a por la siguiente.

Pero ninguno se levanta de este incómodo sofá. Ambos sabemos que eso implicaría poner fin a nuestra tarde y no estamos por la labor. Se supone que nos encontramos en la Sala de Lectura situada en el Paseo de Extremadura, que hace las veces de biblioteca. Nadie le va a ir con otra versión a nuestros padres, pero mañana el ciclo comienza de nuevo y hay que madrugar. Aunque no lo parezca, aunque olvidarlo sea tentador, el mundo sigue girando ahí fuera. No somos inmunes al reloj, por mucho que Dulcinea haga las veces de refugio. Sin embargo, seguimos arañando minutos al tiempo que corre sin prisa, pero sin pausa, hacia alguna parte. Quizá eso nos convierte en inmortales. Y es la leche fantasear con eso.

Diego es el primero en abandonar el sofá. Un quejido involuntario de protesta me sale del alma. Toma entre sus manos el tarro de cristal con los papelitos. Yo apago la tele con la ayuda del mando. Nos quedamos un poco más a oscuras.

—Me toca a mí —me recuerda, mientras revuelve entre las diversas opciones—. ¡A ver si sale algo decente!

—¡Oye! —Le tiro una palomita, pero Diego tiene unos reflejos increíbles y se aparta en el último momento.

Desdobla la opción seleccionada al azar y, antes de leer lo que pone, sonríe de oreja a oreja. Pretende hacerse el interesante. Ojalá pudiera enmarcar este instante en el álbum de la memoria, porque algo me dice que este es Diego en su más pura esencia. Mi versión favorita.

—¡«El club de la lucha»! —exclama.

—Creo que no tengo el libro.

—Mañana después de clase pásate por aquí, que te lo presto.

—Pero...

—Yo ya me lo he leído.

Sonrío.

—¡Eso es trampa!

—¡Qué va!

—Ahora voy a tener deberes y tú no...

—Para ti leer es un placer.

Trago saliva. Aunque esté lejos y la sala a oscuras, su mirada se clava tan hondo en mí que me revuelvo en el sitio.

—¿No sabes que la primera norma del amante de los libros es no prestarlos?

Él se sienta en el sofá, a mi lado y pasa su brazo por mis hombros.

—Esta es la única norma que vale, Xiaojing —dice, muy serio—: lo que pasa en el club de la lucha, se queda en el club de la lucha.

Me río del chiste, aunque un pensamiento intrusivo se apodera de mis emociones sin remedio. ¿Y lo que pasa en la trastienda de la librería también se queda aquí? ¿Solo aquí? La absurda idea de trascender a todos y cada uno de los planos de la vida de Diego se convierte en mi deseo más urgente. Quizá porque lo veo inalcanzable.

Por eso me obligo a sacarme esas ideas de la cabeza. No quiero cargarme algo tan bonito antes de que llegue a brotar.

Porque esto es solo el comienzo, ¿no?

Capítulo 28

Me despierto con los primeros rayos de sol. Hace un día increíble, de esos que, cuando caían en sábado antes de que el mundo se fuese al cuerno, te invitaban a hacer un montón de planes fuera de casa. Pero hace mucho tiempo que el calendario dejó de ser importante. Sonrío sin ganas. Cada vez que curvo los labios hacia arriba el sarcasmo está detrás.

Me meto unos cuantos regalices en la boca, ese es mi desayuno. Abro la pesada puerta. Asomo la cabeza, la giro a ambos lados. Nada. Todo está sumido en una calma tensa que en otras circunstancias no me haría sospechar. Hoy ya no es un día cualquiera: mi misión es averiguar si sigo sola o si comparto Madrid con alguien más.

Salgo de mi escondrijo. Agradezco la sombra que ofrece el edificio de en frente, pero eso no impide que bizquee hasta que mis ojos se acostumbran a la luz. Doy unos cuantos pasos, alzo la vista y ahí está, a lo lejos: la columna de humo gris. Es más tenue que ayer, como si por la noche hubiese perdido fuerza.

No me queda mucho trecho para llegar hasta el origen de ese nuevo caos. Calculo que unos quince minutos si aprieto el paso. Me centro en mi objetivo sin descuidar la vigilancia. No sé qué esperar, así que procuro mantener la mente en blanco. Doblo una esquina y jadeo, impresionada. La base de la columna se yergue frente a mí en todo su decadente esplendor. El calor de las llamas me acaricia con sus brazos ardientes. Los ojos me lloran. El aire se vuelve irrespirable. Pequeños fragmentos de hollín se pegan a las paredes de mi garganta. El olor es tan intenso que se siente líquido cuando atraviesa mis fosas nasales. Saco la botella de agua de mi mochila y la apuro. Subo el cuello de mi camiseta para taparme la boca y la nariz.

Hago balance de mi inspección como si fuese experta. Un edificio de al menos dos plantas ha volado por los aires. En un letrero medio chamuscado aún se puede leer la palabra «facultad». Un amasijo de hierro y ladrillo se quema a fuego lento. Parte de la estructura aún se mantiene en pie. Objetos cotidianos desafían la ley de la gravedad: cuadros colgados de paredes torcidas, estanterías volcadas, sillas a punto de precipitarse al vacío, mesas que sirven de combustible a un fuego lento e imparable.

El saber no ocupa lugar, o eso dicen. Yo creo que se equivocan a juzgar por la cantidad de sitios por los que miles de alumnos han pasado. Páginas y páginas de libros se desparraman

alrededor, a merced de las corrientes de aire. Parecen pájaros que, recién liberados, no se atreven más que a volar cerca del nido.

En sí el espectáculo es desolador, más propio de un Madrid apocalíptico que del lugar silencioso en el que he vivido durante todo este tiempo en soledad. Ojalá pudiera llamar a los bomberos, ellos se encargarían de arreglar este desastre que se parece tanto a lo que, a veces, se desmorona quemado en mi interior. Tuerzo el morro y continúo con las reflexiones. Mis padres se hubiesen sentido orgullosos de que pisara esta facultad, o la de mates, situada unos metros más allá. Rodeo la zona para no dejarme nada. Entrar dentro e investigar a fondo lo sucedido queda totalmente descartado. La buena noticia es que veo poco probable que el incendio se extienda al no haber nada cerca que pueda quemarse con facilidad.

Concluyo que detrás de esto no hay alguien, pero es imposible descartarlo del todo.

Doy otra silenciosa vuelta por los alrededores para cerciorarme de que no hay nada raro. Me tranquilizo hasta cierto punto al comprobar que todo está más o menos en calma, salvo por la hoguera en que se ha transformado la facultad. Y después, me alejo de allí sin mirar atrás, con un poco de prisa. Siento que a cada paso respiro mejor.

Y cuando me creo a salvo, hago una lista mental de cosas que debo hacer antes de que se vaya la luz del sol:

1) Buscar más regalices. Tienen que ser rojos. Si no, nada.

2) Cargar el reproductor de música para que la voz de Miley mate el puto silencio.

3) Recoger los botes de spray. Quiero pintar algo que se me acaba de ocurrir.

Capítulo 29

Antes de quedarme sola

Los exámenes me salen regular. El boletín de notas es agridulce, como la famosa salsa. La situación en casa es muy tensa. Mis padres quieren ponerme un tutor. Se llama Fei y es el hijo de unos conocidos que tienen un bazar en Usera. Paso de eso. Acudo a la primera sesión de refuerzo, pero después le dejo plantado dos veces. O eso dice, porque le aviso de que no voy a ir aunque el chico se queja igualmente a sus padres. Me como una bronca de narices. No quiere saber nada más de mí y lo entiendo. Me disculpo por orden de mis viejos. Después, les prometo que seré capaz de ponerme las pilas yo sola. Lo hago a medias.

En cambio, Diego saca todo sobresalientes y lo lleva en secreto. Me ayuda cuando puede con algunos temas de lengua e historia, asignaturas que se me cruzan. Pasan un par de meses más. Mi madre me ata en corto cuando me lleva y me trae al instituto. Me muero de vergüenza, camino a unos pasos de distancia. Susana flipa. El chico que me gusta y yo apenas nos vemos. Mis visitas a Dulcinea se distancian. Solo me dejan salir de casa para ir al instituto o ayudar en la tienda. Me quitan el móvil después de una discusión. Los lápices, libros, mis ahorros o el abono transporte. Mi habitación se convierte en una cárcel sin barrotes. Los ánimos en casa están peor que nunca y yo no quiero odiar a las personas que más me quieren, pero a veces es lo que siento.

Las Navidades se acaban. Llega un nuevo año sin que Diego y yo hayamos continuado con el *challenge*. Ya me he leído «El club de la lucha». Me muero por comentarlo con él. No importa, porque las pocas veces en que nos vemos surgen otros planes más apetecibles. Quizá por eso estudio lo justo. Sé que debería hincar codos para que me devolviesen la libertad, pero no soy capaz de concentrarme.

Cuando vuelvo del instituto, como algo rápido y me encierro en mi habitación hasta que llega la hora de cenar. Mis padres creen que por fin estoy progresando, pero en realidad me dedico a pintar a Diego con una sonrisa tonta en los labios y los dedos más ágiles que nunca. Susana me ha comprado lápices y rotuladores que luego escondo bajo el colchón. Ya se los pagaré. Necesito recrearme en los momentos que hemos vivido juntos para no dejarlos ir con el paso de los días.

También me empleo a fondo en aquellos que están por venir, para, de alguna manera, invocarlos. Y que se hagan realidad.

Cuando Diego me ve por el pasillo y estoy sola, tira de mi brazo y me encierra con él en una clase vacía. Me saluda con una de sus sonrisas y silencia mis labios con un beso que me deja sin aliento y con la cabeza en las nubes durante horas.

Si hace buen día, la promesa de escaparnos al templo de Debod siempre flota entre nosotros, como una canción recurrente que termina convirtiéndose en tu favorita. Por ejemplo, todas las de Miley que hablan de amor. Sus letras tienen sentido ahora. Me siento tan identificada con lo que canta, con la manera en que canta, que es como si tuviese acceso a mi cabeza, como si fuésemos amigas.

Diego y yo nos vemos prácticamente todos los días, aun así no tengo suficiente. Es demasiado poco. Los fines de semana se hacen larguísimos. A veces, cuando sabe que voy a estar ahí, pasa por mi tienda. Se entretiene mirando cualquier cosa por los pasillos mientras mantenemos conversaciones con la mirada.

Y luego, sueño con él.

Me estoy volviendo gilipollas perdida, como si un virus se me hubiese incrustado en el cerebro para atontarme, para programarme de modo que solo pueda idolatrar a Diego Vázquez.

—¡Hola! —La mano de Susana se mueve de arriba abajo frente a mi cara—. ¡Tierra llamando a Xiao!

—Perdona —digo enseguida.

—¿Perdona? —me mira extrañada—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—¡Son mis padres, tía, que me agobian! —Intento sonar brusca, pero más bien parezco desesperada—. Por cierto, toma.

Le doy un billete de veinte con el que saldar la deuda. Ella lo toma entre sus dedos y se lo guarda en el bolsillo del abrigo.

—Joder, tienes que hablar con ellos. No puedes seguir así, en plan... así. Eres la única que conozco que...

—Ya, ya lo sé, pero ellos creen que hacen lo mejor para mí.

—Pues está claro que no.

Suspiro. Miro hacia arriba, como si en el cielo se pudiesen encontrar respuestas.

—En mi cultura...

Detengo mi voz al darme cuenta de que estoy justificando lo injustificable. Al menos, para alguien que se ha criado aquí. Una parte de mí aún no asimila que Susana tiene muy poco en común conmigo, aunque provengamos del mismo lugar. Debería centrarme en lo que nos une y no en lo que nos separa. Sin embargo, me cuesta.

Admito que me cuesta.

—El otro día Diego me preguntó por ti. —Susana y su habilidad para cambiar de tema me dejan fuera de juego una vez más.

—Ah, ¿sí? ¿En plan...?

—Me dijo que si sabía cuándo era tu cumple. Que ni en Insta ni en TikTok aparece.

—¿Y qué le dijiste? —Si sonrío más me voy a hacer daño en un músculo.

—La respuesta —replica, enigmática.

Sonrío. Susana le pega un mordisco a su sandwich. El recreo, o como prefieras llamarlo, está a punto de terminar.

—Tú también le gustas, ¿eh?

Es la única que sabe de lo mío con Diego. Eso nos convierte en cómplices.

—Casi tanto como a ti Adri —replico.

Se ríe. Nuestra relación ha mejorado porque tenemos algo en común: ambas estamos pilladas por un chico. Hablamos mucho sobre nuestras rayadas: «¿Qué me pongo?, ¿qué le contesto a este mensaje?, ¿qué crees que significa eso en realidad?, ¿nos veremos este fin de semana?».

Pues eso, apoyo y consuelo mutuo.

—¿Crees que volveremos a liarnos otra vez?

—Seguro que sí.

Desde la fiesta en aquella casa de Leganés Adri y mi amiga han vuelto a verse a solas tres o cuatro veces. Hablan mucho por WhatsApp. La cosa pinta bien.

—Me gusta lo que Diego hace contigo.

—¿Qué hace?

—No sé, estás mazo positiva. Mazo... blandita.

—Más vulnerable —apostillo yo, muy bajito.

Por suerte, Susana no me oye. O se hace la sorda, porque utiliza su habilidad para cambiar de tema y suelta:

—Quiero acostarme con él.

—¿Qué? —ahogo un grito de sorpresa.

—Me refiero a Adri, no a Diego. —Levanta las manos.

—¡Ya me imaginaba! —me río—. Pero, ¿vas en serio?

—Estoy preparada, tía —sentencia, muy segura de sí—. Él es el chico perfecto.

—¿Aunque no sea tu novio?

Susana se carcajea tanto que se le cae el sandwich al suelo.

—¡Qué antigua suenas, Xiao! —Da un puntapié a los restos de su almuerzo—. Ahora nadie es novio o novia de nadie. Lo que se lleva es el amor libre.

Asiento aunque no esté convencida. Quizá eso le funcione a otros y es perfectamente respetable. A mí, no. Necesito un nivel de intimidad que se queda corto con ese «amor libre» que encaja tanto entre la gente de mi edad. Quizá sea un alma vieja, pero para mí es más real si mi corazón está ocupado por el chico que empuja entre mis piernas. Y si eso le pasa a él conmigo. ¿Tan difícil es?

Mientras pienso en la respuesta, imagino el momento en que Diego y yo tengamos que descubrir nuestras cartas y hablar sobre lo que somos. No quiero que llegue, pero a estas alturas creo que es inevitable.

Casi tanto como lo que siento por él.

Capítulo 30

Antes de quedarme sola

Lo veo sentado en el césped. Me saluda con la mano, yo correspondo con un asentimiento de cabeza que disfraza todo. Cuando por fin me reúno con él, tiro la mochila a un lado sin delicadeza. Me dejo caer sobre la hierba. Echo fuera un hondo suspiro.

—Hola —me dice con los ojos entrecerrados y una sonrisa que se queda a medias.

—Hola.

Acabamos de pasar el año nuevo chino. Mis padres y yo nos unimos a otras familias para celebrarlo. Usera se engalanó para la ocasión. Las videollamadas a parientes lejanos se sucedieron una y otra vez hasta convertirse en una pesadilla, pero en general disfruté mucho de la comida, de los reencuentros, de esa hoja en blanco que estrenamos.

Hace un día espectacular para estar a principios de febrero. Una sombra se cierne sobre mí y entonces, sus labios rozan mi mejilla. Giro el rostro justo a tiempo. Nos damos un pico que me sabe a poco. Se aparta a cámara lenta. Procuro que no se me note cuánto necesito unos mimos extra porque hoy, precisamente hoy, quiero a un novio a mi lado.

No a un amigo, ni a un rollete, sino a un novio que no tengo.

—Has tardado mucho —señala sin que suene a reproche, porque Diego no es de los que echan las cosas en cara.

—Ya.

No tengo el día. Me han dado la nota de un trabajo al que dediqué muchas horas y no es demasiado buena. Los motivos por los que la profe me ha puesto esa calificación son un poco turbios y, cuando le he preguntado, sus respuestas me saben a excusas de las baratas. No solo por eso he aceptado la invitación de Diego.

Aquí, con la vista fija en el templo de Debod, parece que los tentáculos del instituto y de mis padres no llegan a tocarme.

—¿Qué te pasa?

Arranco unas cuantas briznas y me encojo de hombros. Mierda, odio ser tan transparente para

este chico. Pero no me apetece hablar, solo empaparme de la calma que se respira aquí, la que corta el rumor de la ciudad y el de mi cabeza. Alzo el mentón. Me evado. El sol de invierno me calienta con sus tenues rayos. Lo miro de frente con los ojos cerrados. El naranja es tan puro que explota. Lo llena todo.

—¿Qué pasó con el *challenge* de TikTok?

—¿Cómo?

Diego flipa. Está claro que no esperaba esa salida por mi parte. La técnica es de Susana, pero si la practico, poco a poco se me dará igual de bien que a ella cambiar de tema cuando me conviene.

—¿Lo vamos a dejar a medias o qué?

—Para dejarlo a medias tendríamos que haber visto cinco pelis y leído cinco libros —me corrige.

Me encantaría que Diego me abrazase y dejar el mundo en pausa mientras el templo de Debod nos presta un poco de su aura mística. Pero no voy a pedírselo. A Diego, me refiero. Prefiero quedarme con las ganas, aunque pierda.

Aunque duela.

—Eres insufrible, a veces —digo con la boca pequeña, mientras sonrío.

—¿Por?

—En plan con tus tecnicismos y todo eso —aclaro—. ¿No te apetece seguir?

La pregunta, que podría extrapolarse a mil contextos distintos, flota suspendida entre nosotros. Me muerdo el labio inferior mientras espero una respuesta que me pone nerviosa.

—Depende de ti —sentencia—. Últimamente has estado muy ocupada.

De nuevo, no suena a reproche. Pero su voz sí que se empaña de tristeza.

—Ya sabes mi situación en casa.

Se queda callado y un poco ausente. Sé que va a cambiar de tema:

—Aún no te has leído «El club de la lucha».

—¡Sí me lo leí! Hace tiempo.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

Agacho la barbilla.

—No está tan mal como me imaginaba —reconozco—. Aunque no es mi estilo.

Entrecierra los ojos, se inclina hacia mí y me pellizca la tripa con la punta de los dedos. Salto. Intento controlar la risa, pero se me escapa. Me tumbo para protegerme mejor de su ataque, mis brazos a modo de escudo. Craso error. En esta postura, Diego tiene acceso a más zonas blandas de mi cuerpo. Las cosquillas son una tortura. Dulce, pero tortura al fin y al cabo.

—¿Quieres que pare?

—¡Sí! —digo, al borde de un ataque de risa.

—Entonces, ven esta tarde a Dulcinea. Vemos la adaptación y votamos. ¿Hecho?

No sé cómo me las voy a ingeniar, pero nada me va a impedir ver a Diego esta tarde.

—Hecho.

Tres horas y media después, entro a la librería. Alzo las cejas cuando me fijo en que un tipo coloca varios libros sobre el mostrador. ¡Un cliente! Saludo a Daniel con la mano y una sonrisa de oreja a oreja. Él me corresponde con un gesto parecido y dedica unos elogios a las novelas que están a punto de abandonar su casa para irse a la de otro. Me dirijo hacia la parte trasera como si fuese lo más normal del mundo, sin entretenerme en echar un vistazo a las novedades. Eso sí que es raro en mí.

De pronto, algo me agarra del brazo y tira de él con cierta fuerza. Ahogo un gemido de protesta. Aterrizo en el pecho de un chico. Huele a su perfume.

—¿Qué haces? —alzo la mirada y me derrito con sus ojos verdes.
Él no contesta. Me obliga a apoyar la espalda contra una de las estanterías del fondo. Su cuerpo se pega al mío. Pone un dedo sobre mis labios. Se me acelera el corazón en cuanto me besa. Joder, ¡qué beso! Intenso, apasionado, mientras el murmullo de la conversación que mantiene Daniel con el nuevo visitante nos acompaña. Alzo las muñecas para abrazarlo, pero él las atrapa. La piel de mi cuello roza los libros que hay detrás.
No hay nada más mágico que este instante.
—¿A qué ha venido eso? —pregunto en cuanto nos liberamos el uno del otro, varios minutos después.
—Como está mi abuelo aquí, no vamos a poder hacer nada mientras vemos la película. Aunque...
Mis ojos están prendidos por los suyos. Sé que suena cursi, pero es la verdad. Me tienen de rehén, me han hecho prisionera.
—Aunque... —lo animo a que continúe.
—No creo que sea capaz de aguantarlo.
Trago saliva. Asiento. Me aparto de él poco a poco. Para mi sorpresa, me lo permite sin más. Da media vuelta y lo sigo en silencio hacia el fondo de la trastienda.
Vemos «El club de la lucha» sin interrupciones ni palomitas. Daniel entra y sale, se pasea por nuestro rincón con el móvil en la oreja o cargado con unos cuantos libros gordos, de esos que se nota que pesan. Cada vez que se va, Diego pone su mano en mi muslo. Cada vez que vuelve, se aparta de mí unos centímetros. Estoy segura de que la intención del dueño de Dulcinea no es cortarnos el rollo, solo currar. Y que no se escandalizaría si supiera que estamos liados. Por eso me molesta la actitud de su nieto. Es cobarde, hasta cierto punto. Pero, si no me atrevo a hacerlo yo, ¿por qué se lo exijo a él?
Esta pregunta se repite tantas veces en mi cabeza que termino por abstraerme de la película.
Cuando acaba, Diego se levanta para apagar la tele. Se gira y me pregunta:
—¿Qué te ha parecido?
Hago un mohín con los labios para fingir que lo que voy a decir sonará interesante:
—Prefiero la peli.
—¿En serio?
—Sí, pero solo porque sale Brad Pitt en sus mejores tiempos y sin camiseta —le digo, para picarlo.
Diego arquea una ceja.
—Yo me quedo con Edward Norton. Y con el libro.
Sonrío. ¿Es cosa mía o el ambiente de pronto está un poco raro?
—Vamos dos a uno en el *challenge*, ganan los libros.
—Esta es empate, ¿no? Cada uno ha votado una cosa.
—Como quieras, Chica Lista. Tú pones las normas.
Me he salido con la mía, ¿por qué aún así no estoy contenta? Los pasos de Diego se alejan hacia la otra punta de la trastienda. Daniel se ha debido de marchar, porque hace tiempo que no se le ve, ni se le oye. Su nieto vuelve enseguida con el tarro de cristal entre las manos.
—Te toca escoger —me dice—. Hazlo sabiamente.
Me llevo los dedos a la sien como si imitara el saludo militar. Levanto mi culo del sofá. Lo tengo cuadrado después de tantas horas en la misma postura. Mis dedos rozan los de Diego al intentar cazar uno de los papelitos. Me distrae con una mueca rara. Decido desechar mi primera opción, revolver entre los ocho títulos que faltan y escoger otro. Pura superstición. La cara se me transforma. Intento disimular, pero...

—Es uno de los tuyos, ¿no?
Asiento. Leo el título en voz alta, con una sonrisa en los labios.
—«Drácula», de Stocker.
—Al menos no es una pastelada, aunque también sea decimonónica —pone los ojos en blanco.
—Te va a gustar.
Se acerca más a mí. Me quita el tarro de las manos.
—Eso seguro. Me gustas tú, así que... —murmura contra mi boca.
—Idiota.
—Borde.
Nos fundimos en un beso. Antes de que la cordura se despida de mí, me advierte de que, efectivamente, Daniel ha debido de marcharse ya a casa. Si no, Diego no se atrevería a hacer lo que hace. Avanzamos a trompicones hasta que caemos tumbados sobre el sofá. Reímos mientras nos liamos. Los minutos pasan sin que nos demos cuenta. La temperatura sube. Las pulsaciones se disparan. La ropa sobra. Las manos atraviesan fronteras. Yo lo toco, él me toca. Somos inexpertos, hablo por mí sobre todo. Las ganas me guían, también Diego. Y, cuando sus gemidos suben de intensidad, me siento increíblemente poderosa. Cuando me sucede a mí, me quedo en shock, temblorosa; líquida y derretida como el azúcar al fuego lento.
Lo he leído en libros y visto en películas, pero hasta ahora no sabía que se podía sentir tanto con alguien. Conexión, complicidad, confianza. Todas palabras que empiezan por la tercera letra del abecedario.
Como corazón.
Tampoco tenía idea de que el sexo es elástico. Su significado posee la capacidad de expandirse entre aquello que significa nada y lo que representa todo. Es un abanico que toca cualquier punto entre ambos conceptos. Al flanquear el espectro de grises, me siento privilegiada. Primero con Isra. Luego, con Diego. No es comparar por comparar. Son experiencias vitales engarzadas que están ahí para poner en valor y perspectiva unas con otras.
—Xiaojing.
—¿Qué?
El aire a nuestro alrededor huele a lo que hemos hecho. Espero que se disipe de aquí a que el librero vuelva a abrir las puertas de Dulcinea.
Diego se rasca la cabeza antes de soltarlo:
—¿Te ha gustado?
Me acerco a él. Lo abrazo. Aspiro su olor y cierro los ojos.
—¿A ti?
—Joder, mucho. —Las palabras le salen tan sinceras que me obligan a reír.
—A mí también —susurro.
—De hecho creo que yo... —oigo cómo traga saliva—, creo que no voy a poder seguir viviendo sin que me hagas eso todos los días.
Nos reímos, aunque por el modo en que me mira me parece que no exagera. Recogemos nuestras cosas. Diego me acompaña a casa. Llego tarde, muy tarde. Mi madre me va a pedir explicaciones, así que invento algo mientras subo las escaleras. Me echa la peta, pero solo callo y asiento. Tengo la cabeza en Dulcinea y en lo que Diego y yo hemos hecho antes.
No soy consciente de que estoy viviendo la época más maravillosa de mi vida. No tengo ni idea de que soy más feliz que nunca.
Tampoco de que lo bueno, no suele durar mucho.
Y por desgracia, lo mío con el chico de los ojos verdes no es una excepción.

Capítulo 31

Agito el bote y lo acerco a la pared que hace las veces de lienzo. La pintura sale a presión a través de la boquilla, pero como apenas queda más que un soplo, la pequeña curva que consigo esbozar resulta ridícula. Necesito más. Más gris, aunque se confunda con el color de la piedra que hay debajo. Más altura, para que el humo que dibujo en la Puerta de Moncloa sea todo lo espectacular que imagino. El carrito de la compra ya está patas arriba. Me subo a él, desesperada por ganar medio metro. Con esto no tengo ni para empezar. Ojalá pudiese conseguir un andamio como el que usé en el Descubrimiento de América, hace ya siglos.

Y ya puestos, me vendrían de lujo unos cuantos regalices.

Bajo de un salto. Doy unos cuantos pasos hacia atrás para contemplar el progreso de mis trazos. Tengo mucho por hacer, varias horas que invertir aquí. Calculo que me queda bastante sol. Ahora los días son larguísimos y eso juega a mi favor.

El nivel de detalle es insuficiente. Puedo lograr algo mejor, así que ahí voy. Me armo con dos colores, rojo y negro. Los agito durante varios segundos mientras subo al carro. Doy unos toques aquí y allá. La idea es que el espacio vacío que crea el arco entre las columnas parezca la pieza que falta para completar el puzle. A un lado, se ve la cara de una chica. Está de perfil y se parece a mí. Sostiene un cigarro en sus dedos de uñas pintadas. Su expresión es la de creerse la puta ama. Con los ojos entrecerrados, expulsa lánguidamente una calada de humo que se va espesando por encima de su cabeza, hasta ocupar casi todo el lienzo.

Me abstraigo. Pienso en que antes nos preocupábamos por auténticas gilipolleces. Yo, la primera. Todos esos exámenes para los que empollé. Todas las discusiones con mis padres. Los comentarios maliciosos que me cabrearon. Cada una de las veces en que me frustré por no tener nada que ponerme, tras haber arrasado con cada prenda de mi armario.

Diego nunca se fijó en esas cosas, salvo cuando fui a la fiesta en aquel chalet.

Si hubiese sabido que el mundo tal y como lo conocía iba a extinguirse, habría actuado de otra forma. Oh, sí. El tiempo exprimido. Los besos dados. Las risas sacadas del pecho.

Esbozo una media sonrisa que enseguida se difumina. Bajo del carro. Lo muevo y cojo otro spray. Ojalá tuviera a mano una escalera. O una máquina del tiempo. Pongo una tirita sobre una vieja herida abierta en mi mente, esa que no para de arrojar preguntas que no tienen

fácil respuesta. ¿Quiero que tras la explosión se halle el factor humano? Quizá sí. Si fuesen buena gente. Si hubiera entre ellos algún chico que mereciese la pena.

¿En serio acabo de pensar eso?

En realidad, no podría besar a nadie después de Diego. Es triste haber llegado a esa conclusión, pero no por ello menos cierta. Tengo dieciocho años recién cumplidos y, sin embargo, la certeza de que no voy a volver a sentir lo mismo en otros labios es tan absoluta que me paraliza. El spray se me resbala de la mano, cae al suelo y rueda hasta perderse debajo de un coche cualquiera. Me concedo el lujo de derramar una lágrima, solo una, que no me molesto en barrer. Tampoco convendría: mis dedos están manchados con capas y capas de pintura de colores fríos y tristes.

Por eso, esta noche me encantaría soñar con Diego. El deseo se abre paso frente a todo lo demás y arrasa el rencor. Supongo que mi parte masoquista, o nostálgica, según prefieras verlo, ha tomado el control de mi cerebro. Si escenifico que nos lo montamos, quizá esté un poco más cerca de él.

Eso, en el fondo, es lo que de verdad anhelo con un ansia irracional.

Pese a todo.

Capítulo 32

Antes de quedarme sola

Es viernes. Después de pasar casi toda la tarde en la tienda de mis padres, enfilo la calle Mateo Guill. Parece que de un momento a otro se va a poner a llover. En menos de dos minutos llego a Dulcinea con las ganas de ver a Diego pisándome los talones. Empujo la puerta. La campana anuncia mi regreso, como siempre. El olor a libro viejo me recibe. Las primeras gotas, gruesas como monedas de dos euros, empapan las aceras.

Pero ya estoy a salvo, en casa.

Mi mirada queda fija en el mostrador. Espero toparme con Diego. En su lugar Daniel me recibe y me dedica una cálida sonrisa.

—¿Cómo estás, Xiaojing?

—Muy bien, ¿y tú?

Evita responder a esa pregunta tan directa, pero no me doy cuenta hasta que analizo la conversación más tarde.

—Ha pasado tiempo desde la última vez que hablamos tú y yo —asiento—. Me has abandonado por un chico más joven, pero no te culpo —aparto la mirada. Siento un calor incómodo en las mejillas—. ¿Qué lees ahora?

—Acabo de terminar «Drácula».

—Un clásico, ¿eh? ¡Buena elección! —Arquea una ceja. Me contempla de soslayo. Se le mueve el bigote antes de apuntar—: ¿Sabes?, he visto a mi nieto con las narices en ese mismo título, ¡qué casualidad!

—Sí, es que... —Las palabras van y vienen, sin quedarse demasiado tiempo en mi boca—, estamos haciendo un *challenge*.

—¿Un qué?

—Una cosa de las redes sociales.

—Yo de eso no entiendo mucho —se encoge de hombros—. No se me dan muy bien.

—¡Pues es muy divertido! —Mi voz suena demasiado animada, se nota que intento distraer la

conversación de todo lo que tenga que ver con Diego—. Deberías hacerle un perfil de Instagram a Dulcinea.

—¿Para qué?

—Para atraer clientes.

—No sabría ni por dónde empezar —niega con la cabeza—. Pero cuéntame en qué consiste ese cha...

—*Challenge*. —No pienso insistir—. Tenemos que leer diez novelas para luego ver diez películas basados en ellas. Después, se vota a favor o en contra de la adaptación.

—¿Y luego?

—Pues ya está.

—No entiendo el propósito del juego. El libro siempre es mejor.

—No siempre. —Me atrevo a contradecir a Daniel, pero muy bajito.

Se toca el bigote, pensativo.

—¿Y dices que eso está en internet? —asiento. Él toma aire y suspira—. Supongo que podría ser interesante. Por la experiencia y eso.

—Es genial.

—Se lo propondría a mi mujer, pero no le gusta mucho leer.

Me asombro ante esa revelación. No me molesto en disimularlo.

—¿¡En serio!?

—Sí.

Me pregunto entonces qué les une. No concibo que el dueño de Dulcinea haya terminado con alguien que no sea una bibliófila empedernida. Quizá tengan otras cosas en común. Una sombra me cruza la mente. Me abstraigo al pensar en la siguiente cuestión: ¿qué nos une a Diego y a mí? Detalles sin importancia. Cosas aleatorias. Casualidades. Sí, el *challenge* también, pero aparte de eso, el chico que me gusta no recurre a la literatura ni siquiera como entretenimiento. Yo, en cambio, lo hago todo el tiempo. También la utilizo como vía de escape, al igual que dibujar.

—Mi nieto te está esperando en la trastienda —anuncia Daniel para sacarme de mi ensimismamiento—. Pasa.

Se me acelera el corazón ante lo que me espera. Murmuro un agradecimiento algo seco y accedo al interior de Dulcinea. Me interno por un improvisado pasillo hecho de torres infinitas de libros. Me dirijo hasta el rincón en el que se encuentran la tele y el sofá. Diego me ha oído llegar, porque me espera con un bol gigantesco de palomitas entre las manos. Huelen genial, pero yo solo me fijo en su sonrisa. Esa que no puedo dejar de pintar e imaginar a deshoras.

—Hola.

—Hola.

Mira por encima de mi hombro. Tras asegurarse de que su abuelo está lejos, me da un pico en los labios. Sabe a sal. Y a poca cosa.

—¿Preparada para ver al conde Vlad?

—En realidad es un príncipe.

Pone los ojos en blanco y se ríe. De mí y conmigo. Sin demasiadas ceremonias, nos sentamos con las espaldas rectas y las manos quietas sobre el sofá. Diego pone la película. Durante dos horas y cuarto, me abstraigo por completo. Eso es difícil teniendo en cuenta que el chico que me gusta está a mi lado y no puedo tocarlo. Bueno, en realidad, nada me lo impide, pero no me atrevo a hacerlo porque la última vez él no tomó la iniciativa y yo tampoco. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Nada cambia si no cambias nada.

Pero estamos juntos viendo una peli de las mías. Eso me hace feliz. Una cinta decadente y romántica al mismo tiempo. Supongo que así me siento en estos momentos. De vez en cuando me llevo una palomita a la boca. Diego las toma a puñados. Abre una lata de Coca-cola que acabamos compartiendo. Y no me dan ganas de echar una ojeada al móvil, como me sucede con el resto de la gente. Si se trata del chico que me gusta, no lo necesito. Es suficientemente fascinante por sí solo, todo él.

Cuando quiero darme cuenta, los títulos de crédito desfilan ante nuestras narices.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —le pregunto.

—No ha estado mal.

—¿Libro o película?

—Di tú primero.

—No, los dos a la vez.

—Vale. Tres, dos, uno... ¡libro!

—Libro —repito yo, un segundo después.

—Van ganando los libros por goleada —indica Diego—, pero, en este caso, admito que la peli también está bien.

—¿Sabes que hemos visto la versión censurada? En la original, hay más escenas explícitas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Más sangre y más sexo.

—Joder, ¿nos hemos perdido a Keanu Reeves en pelotas?

Suelto una carcajada que se escucha por toda la librería. Me pongo la mano en la boca para silenciarla mientras Diego me observa divertido. Es una de las cosas que más me gusta de él: su sentido del humor. En su presencia puedo hablar de cualquier tema sin temor a que me juzgue. No hay censura, soy yo misma por primera vez en mucho, mucho tiempo.

Después de «Drácula», el *challenge* continúa con «El padrino» y «El resplandor», ambas propuestas de Diego. No tenemos tan claro si gana la peli o el libro en estos casos. Ambas son dos clásicos del séptimo arte en cada sentido de la palabra. También dos novelones. Debatimos durante días sin que logremos ponernos de acuerdo, pero al final me decanto por lo siguiente: gana la peli en «El padrino» y guardo fidelidad al maestro Stephen King. Diego, tal vez por llevarme la contraria, decide justo al revés que yo.

Así pasan las semanas. Las notas de la segunda evaluación mejoran. Diego vuelve a petarlo, aquí no hay sorpresas. A pesar de eso, sus padres no le dejan ir al viaje de fin de curso y él, que tampoco tiene muchas ganas de ir, no insiste. Prefiero eludir el tema por si cambia de opinión, así que desconozco qué excusa le da a sus amigos.

Estamos en el puente de mayo. Madrid se engalana para celebrar su día. Mis padres cierran un poco más tarde, hay bastante trabajo en esta época. Yo echo más horas de las que tiene el día con el inventario y la limpieza. Antes o después debo largarme a casa a estudiar. Siempre a estudiar. Parece que solo quieren que me dedique a esas tareas, como si fuese una máquina programada. ¿Qué hay del ocio? ¿Y de la desconexión?

¿Y de la libertad?

A lo mejor sospechan algo, porque les llevo menos la contraria y sonrío más. Las broncas se distancian. Mi humor es bastante estable. Mantengo la cabeza en las nubes casi de manera permanente. Mi madre me lanza miradas entornadas cuando cree que no me doy cuenta. Mi padre me observa, pensativo. No les he contado lo de Diego, ni falta que hace. No quiero que sepan lo nuestro. No sé cómo reaccionarían. Estoy convencida de que se piensan que ando centrada en los estudios. Que los chicos vendrán mucho más tarde. Además, siempre han dado

por supuesto que acabaría saliendo con un chino. Dudo que jamás se hayan cuestionado otra alternativa.

Bueno, es que si nos ponemos técnicos Diego y yo no estamos saliendo. No somos novios, ni nada oficial. Tampoco sería exacto decir que lo que nos une es pura amistad. Nos liamos. Hablamos de mil cosas que no nos atrevemos a decir ante otras personas. Él me cuenta que su falta de objetivos vitales viene provocada por su interés en todo. No acota, no termina lo que empieza, no se cierra puertas; tampoco abre ninguna. Yo profundizo en lo que me hacen sentir mis dibujos, aunque nunca se los muestro.

Sería más íntimo que si me quitara la ropa.

También hacemos planes. Paseamos, a veces de la mano. Llevamos meses así. En ese indefinido que tenemos. Es tan complejo como nuestros propios sentimientos. Aún no hemos mantenido una conversación seria acerca de eso, pero sé que están ahí. Que, más allá de los «me gustas», nos lanzamos a cada rato cientos de mensajes subliminales. No hay que ser muy lista para saber que vienen a decir mucho sin intercambiar una sola palabra. Basta con una mirada, con unas líneas escritas a mano en un trozo de papel. Un helado compartido, un roce, un beso intenso de despedida, otro al día siguiente para gritar con los labios cuánto nos echamos de menos. Una sonrisa sincera, un mensaje de buenas noches que se termina alargando hasta el amanecer.

No. No necesito etiquetar lo que Diego y yo somos. Aunque, si soy completamente honesta, diría que hay excepciones. Sobre todo, cuando nos cruzamos por los pasillos del instituto. Me cuesta fingir que no me muero por echarme a sus brazos. A él, en cambio, se le da bien ocultar sus emociones. Me lleva años de ventaja en el arte del disimulo.

Durante esos pequeños instantes, la inseguridad se me come de dentro afuera. Me convierto en un insecto que cae en la trampa de una venus atrapamoscas. El ácido de sus jugos gástricos me quema la piel, me disuelve la carne. Soy una masa irreconocible. A continuación, me digiere.

Y ya no queda nada.

Capítulo 33

Antes de quedarme sola

En el instituto, muy poca gente sabe que Diego y yo tenemos algo. La mayoría ni siquiera lo sospecha. Pertenecemos a mundos distintos. Yo soy casi invisible, un «plátano asocial», término del que se libra Susana desde que se ve con Adri, porque no paran de ir de fiesta en fiesta. Diego está demasiado cómodo en situaciones que a mí me dan mucha pereza. Admiro y detesto al mismo tiempo esa habilidad. Se le da tan bien camuflarse entre la masa gris que teje la gente normal que, a ojos de uno de ellos, pasa por uno más. Aunque no lo es. En absoluto. Solo hay que tener ganas de mirar más allá de lo evidente.

Todos están muy ocupados estudiando. Debería subirme a ese carro, pero no puedo. Solo pienso en Diego y en que le quedan dos días para enfrentarse a una dura prueba: los exámenes de acceso a la universidad. Nervios, muchos. Cansancio. Fuerzas al límite. Profesores magnánimos y otros que juegan duro hasta el final, para que vayas sabiendo lo que vale un peine. Lamentos. Risas sinceras y forzadas para mantener la moral. Café en vena y bebidas energéticas. Noches en la biblioteca. Un último empujón. Segundo de bachillerato se juega el futuro; los siguientes años, sin ir más lejos. Ya no son niños, sino jóvenes adultos. Nuevos derechos y obligaciones. La ley así lo dice, por mucho que algunos se empeñen en demostrar que siguen en la edad del pavo.

Cuatro días intensos suponen el fin de una era que pocos echarán de menos. Yo los vivo como el espejo en el que me veré reflejada el año que viene. Un viaje al futuro que contemplo desde la barrera. En doce meses, yo estaré así, allí.

O eso creo.

Deseo con todas mis fuerzas que el tiempo pase despacio. Hacerse mayor implica tomar decisiones, pero, ¿qué pasa cuando no te dejan escoger? Aunque tuviera libertad para hacerlo, tampoco sabría por dónde seguir. ¿Y si necesito probar algunas opciones antes de quedarme con una? Desandar el camino debería ser un modo tan válido como cualquier otro de elegir. Rectificar es de sabios, o eso dicen, porque luego equivocarse no está bien visto. El mundo no está hecho para los indecisos. La mayoría finge que sabe lo que quiere. Pocos reconocen que andan perdidos.

Diego y yo hemos quedado en el Parque del Olivar. Es un sitio a tiro de piedra de nuestras casas, dentro del barrio. Llego antes de la hora, así que para hacer tiempo me dedico a mirar el móvil. Me pongo a caminar de un lado a otro pese al calor. Por el rabillo del ojo vigilo los alrededores por si aparece. Estoy ansiosa, lo reconozco. Hace mucho que no veo al chico de los ojos verdes y la sonrisa perfecta, concretamente una semana. Ya no aguanto más.

Ahogo un grito en cuanto aparece tras doblar una esquina. Cuando quiero darme cuenta, estoy corriendo hacia él. Cuando lo tengo enfrente, tomo impulso y me cuelgo de su cuello como si fuera un monito.

—¡Diego! —me tiembla la voz.

—Joder, ¿quién eres tú y qué has hecho con la Chica Borde?

Me baja al suelo sin dejar de abrazarme. Le tomo la cara con los dedos y, sin más, lo beso. Largo, húmedo, increíble. Por fin, mi mente calla. Mi corazón está al mando ahora.

—Así que me has echado de menos... —susurra contra mi cuello en cuanto nos separamos. Yo asiento. Solo asiento, porque en estos momentos tengo la garganta inmovilizada por un nudo que me impide hablar—. Estás muy guapa, Xiaojing.

Sonrío con coquetería. No voy a negarlo, me he esmerado ante el espejo. Llevo un vestido blanco sin mangas, tan corto que debo tener cuidado al agacharme. Seguro que con el numerito de antes se me ha visto todo, pero me da igual. Llevo unas cuñas de esparto que me hacen ganar unos centímetros. La raya del ojo me ha salido bastante decente. También me he puesto un poco de colorete y me he recogido el pelo en una trenza. Y me puse brillo en los labios, pero me lo quité para que Diego no tenga problema en besarlos toda la noche si le apetece.

Me coge de la mano y nos internamos en el parque. Está a punto de anochecer.

—¿Cómo llevas el empolle? —Diego se encoge de hombros—. Deseando acabar ya, ¿no?

—Supongo.

Mi atención se dirige hacia unos chicos que juegan al fútbol sin camiseta unos metros más allá. Ni siquiera los miro, pero quiero que Diego piense que sí lo hago.

—¿Supones?

Asiente y no dice más. ¿En serio eso es todo después de una semana sin vernos? Seguro que solo está cansado. No hay nada de qué preocuparse. Hoy tiene que salir todo perfecto. Así lo he imaginado cientos de veces en mi cabeza. La sombra de la duda invade cada recoveco de mi ser. Ahuyentarla va a ser complicado, pero tengo que intentarlo. Por eso, carraspeo antes de soltar una pregunta que lleva rayándome varios días:

—¿Qué vas a hacer este verano?

—No lo sé.

—Deberías planear algo.

—¿Por?

—Porque si no te vas a arrepentir —le digo a las claras, aunque no me haga gracia la idea de separarnos—. El año que viene, a saber cómo estás.

—Ya. Eso me dicen todos, salvo mis padres.

No soporto el silencio. Por eso, insisto en continuar la conversación, aunque no sepa dónde me meto.

—A mí me encantaría largarme de aquí. Si pudiera...

—¿Adónde irías?

Abro mucho la boca. Es la primera vez que alguien me hace esa pregunta. O quizá Diego solo esté siendo considerado y, por educación, me sigue el rollo. En cualquier caso, me encanta por dónde vamos.

—Me gustaría recorrer China con una mochila.

—Mola —murmura Diego.

¿Por qué en lugar de eso no dice «quiero irme contigo»? Supongo que el chico que habita en mi cabeza es perfecto y a veces el real no se le parece tanto.

—¿Adónde irías tú?

—A ninguna parte —asegura, muy serio.

—¿Prefieres quedarte aquí? —asiente—. ¿Todo el verano? —repite el gesto—. ¿¡Con el calor que hace!?

—Sí.

Suelto su mano para ver cómo reacciona. Él sigue caminando y una alarma silenciosa se enciende en alguna parte. Llamémosle intuición. Esa que sabe antes de que tú sepas.

—He oído que Rodri va a hacer una fiesta después de la EVAU —dejo caer.

—Botellón en Moncloa para matar las neuronas que hayan sobrevivido a los exámenes. —Me mira. Busca mi sonrisa. Lo intento, pero no me sale—. ¿Te vienes?

—¡No! —trago saliva—. Ya sabes que a mí eso no me va. ¿A ti te apetece de verdad ir?

Se encoge de hombros, pero le conozco y sé la respuesta. Le da una pereza tremenda y aún así, se pasará. No lo entiendo.

—Pues ya que estamos por ahí, me quedo un rato para despejarme. —Callo para dejarlo hablar. Sé que aún no ha terminado—. Lo tenemos todo pensado. El primero que acabe se va a un chino que hay cerca y...

—Diego —siseo.

—¿Qué?

—¿En serio? —dejo de caminar y me cruzo de brazos.

—¿¡Qué pasa ahora!?

—«¿Un chino que hay cerca?». —Entorno los ojos—. Yo no digo «un español que hay cerca» si me paso por la tienda de Paco, ¿no?

—No lo había pensado. Lo siento —masculla con voz plana.

Hago un esfuerzo para deshacer el nudo de mi garganta.

—No pasa nada. Solo... piensa en esas cosas. Entiendo que no debas tener cuidado cuando hablas con la gente, pero yo... —cierro los ojos con fuerza—, yo no soy la gente.

—Ya lo sé.

Vuelve el silencio. Un mosquito me muerde en el brazo. Luego cambiamos de tema. Sus padres, mis padres, Susana y Adri. Cualquier cosa que no tenga que ver con lo que pueda astillarnos más hoy.

—Tengo que volver ya.

—¿Ya?

—A seguir empollando.

—Pero tú...

—Da igual, Xiaojing. A mis padres les hace mazo de ilusión que me lo tome en serio.

Odio su tono de voz porque es pura condescendencia. Me acompaña hasta el portal. Se despide de mí con un beso sin lengua que casi me hace llorar, pero no lo detengo. No le reprocho nada, porque siento que no tengo derecho a hacerlo. Después, me encierro en mi cuarto y dibujo. Mi parte racional abandona su puesto y me quedo con la Xiaojing emocional, esa que no sabe vivir sin un lápiz en la mano y Miley Cyrus en los oídos.

Diego aparece poco a poco. Sus ojos, su sonrisa, sus labios que se beben las lágrimas de una chica que se parece a mí.

A eso me dedico toda la noche.

Capítulo 34

Antes de quedarme sola

Diego: oye, estas en casa??

sip
x ?

Diego: baja, anda

donde estas?

Diego: abajo

aquí?

No espero su respuesta. Cierro el cuaderno con mis dibujos y lo escondo donde nadie pueda encontrarlo. Me levanto de la silla con el corazón estrujado contra el pecho. Miro por la ventana, que está abierta, pero no veo nada. La noche hace rato que impuso su manto de oscuridad sobre Madrid. Además, la farola que hay justo abajo lleva fundida ni se sabe.

Hago un barrido de izquierda a derecha. Agudizo el oído. De nuevo, nada.

Necesito salir. Meto el móvil en el bolsillo, me pongo las chanclas y me largo de mi cuarto como una exhalación. Ato la bolsa de basura medio llena y aviso a mis padres de que voy a salir. Cierro de un portazo que pone de relieve mis nervios. Por poco me mato al llegar al último peldaño. La cautela me curva los labios hacia abajo, aunque solo quieren sonreír.

Me muero por ver su cara, así sea en la penumbra. Y me muero por un beso. Largo. Lento.

Me obligo a ir más despacio cuando pongo un pie en la calle. El calor me recibe con una bofetada de aire rancio. Meto la basura en el cubo y contengo la respiración. Doy media vuelta. Lo busco mientras restriego mis manos en la camiseta. Me queda enorme. Debí haberme puesto algo más favorecedor, pero ya es tarde. Alguien carraspea tras de mí. Sé que es él. Me giro despacio.

Ojalá pudiera controlar mis latidos.

—¿Qué haces aquí?

No sonríe. No del todo, al menos. Y eso me mata.

—Celebrar que la tortura ha terminado.

—¿Todo bien? —asiente. Sé que no voy a sacar más información, así que paso de insistir—. ¿Y tus amigos?

—Que les follen.

Ambos sonreímos.

—No me gusta que te margines por mí.

Mis últimas palabras le impactan como puñetazos. Lo noto en cómo le cambia la expresión. Parpadea con lentitud. Ahora se oculta tras una máscara, como hace cuando disimula que es un tío normal. Mete los dedos en los bolsillos de sus pantalones. Mira al suelo.

—No me margino, Chica Borde.

—¿Y el botellón?

—No me apetecía ir. —Da un puntapié a una piedrecita—. Bueno, técnicamente he ido, pero... me he largado enseguida.

—¿Por qué?

Levanta la cabeza. Me mira.

—Porque no estabas ahí —susurra.

Pasan varios segundos sin que hablemos o nos movamos. Es como si algo nos agarrara con fuerza al suelo. Y al momento. Me obligo a dar el primer paso para no actuar como la chica borde de siempre. Como si un resorte me impulsara, termino lanzándome a sus brazos. Aterrizo sin mucha delicadeza en el pecho de Diego, que absorbe el impacto. Sus pulmones se quejan. Alzo la mirada. Sus ojos verdes ya me están esperando. Me pongo de puntillas para besarlo. Sus brazos me rodean. Por fin estoy en casa. Tan a gusto que quiero llorar de alivio.

Es él. Diego ha vuelto a mí.

Durante un buen rato, le doy las gracias con los labios. Le cuento, beso tras beso, una historia con final feliz. Lo he echado tantísimo de menos en estos cinco días que por poco me convierto en un fantasma de carne y hueso. No me gusta el poder que Diego tiene sobre mí, pero si a cambio él tiene una debilidad llamada Xiaojing Ye, entonces estamos empatados.

Nos separamos. Me tiemblan las manos. Me quedo sin voz.

—¿Te puedo secuestrar un rato?

—¿Adónde quieres llevarme?

—Es una sorpresa.

—Voy con unas pintas...

—Vas perfecta.

Me rio de su mentira, pero Diego está serio, con los ojos fijos en mis piernas.

—Venga, va. Confío en ti, Chico Listo.

—Deberías. Te va a flipar.

«Me flipas todo tú». Pienso.

Estoy tan contenta que no me doy cuenta de la sonrisa tan inmensa que me surca la cara. Lo que sale de manera natural tiende a pasarse por alto, como si no tuviese importancia, pero la tiene. Mucha.

Saco el teléfono que llevo en el bolsillo de mis pantalones. Escribo un mensaje a mi madre. Me invento una historia en la que Susana se convierte en cómplice involuntaria.

Y no espero su respuesta. Voy a largarme con Diego pase lo que pase.

—Vamos.

Me coge de la mano y así nos alejamos. Bajo la luz de las farolas proyectamos dos sombras alargadas sobre la acera que se tocan constantemente. Que no paran de buscarse, de acariciarse,

de lanzarse miradas que llenan los silencios. Que, a veces, se detienen para besarse en una esquina donde reina la oscuridad.

—Así no vamos a llegar muy lejos —hablo contra sus labios.

—Lo importante es que vamos hacia alguna parte.

Lo dice tan serio que se me quitan las ganas de bromear. Sé que no solo se refiere a distancias físicas, sino también a las que marcan los latidos del corazón. Después, me clava las pupilas con las ganas de quien quiere asomarse a los rincones más oscuros de tu alma sin miedo a lo que pueda encontrar.

Joder, dicen que la primera vez que te enamoras tiene que ser así. Intensa, abrumadora, un tsunami que arrasa con todo sin dejar nada en pie. Y que ya no vuelves a ser la misma jamás.

También dicen que, si no lo vives de este modo, es que no ha merecido la pena.

No puedo estar más de acuerdo.

Capítulo 35

Antes de quedarme sola

—¿Tienes toque de queda?

—No, ¿por?

—No paras de mirar el reloj.

—Es que... ¡ya!

—¿Ya?

—Ya es diez de junio.

—¿Y?

Sonríe. Se guarda el teléfono en el bolsillo y mordisquea su polo de limón hasta que hace desaparecer la mitad.

—¡Felicidades! —exclama con la boca llena.

Me abraza con cuidado de no acercar el helado demasiado a mi pelo. Yo me quedo quieta, con mi cucurucho medio derretido en la mano.

—Espera, ¿qué?

—Que feliz cumpleaños, Chica Borde.

—¿Cómo...? —balbuceo durante unos segundos—. ¿Cómo sabes que es hoy?

Se separa de mí. Se ríe. Mi falta de tacto lo divierte. Mira al frente. Se queda unos segundos embobado. Sigo la estela de su mirada. El templo de Debod luce espectacular esta noche, como si albergara más misterio que de costumbre. Quizá es la magia del verano, de todos esos largos y calurosos días que encierran miles de promesas.

—Supongamos que un pajarito me lo ha dicho.

—Susana.

—Chica Lista —murmura.

—¡Ahora me acuerdo de que se lo preguntaste!

Aprieta mi mano libre entre las suyas. Ni canta la famosa cancioncita, ni me tira de las orejas, lo cual agradezco infinitamente. Le doy un lametazo a mi helado, pensativa. Lo saboreo sin

prisas. Un año más. Ya van diecisiete. Cientos de posibilidades se extienden ante mí como bifurcaciones de un camino que transito desde hace tiempo. El cielo de Madrid es el límite, o eso creo. Eso me digo.

Ojalá existieran las fotografías sensoriales en las que se pudieran almacenar recuerdos. Me entristece que las normales no sean capaces de incluir la suave brisa que se levanta, o la voz de Diego, o el dulzor del barquillo deshaciéndose en mi lengua.

—¿Cómo sientan los diecisiete?

—Ya lo sabes bien.

—Se me ha olvidado.

—No creo.

—Recuérdamelo —insiste con algo parecido a la nostalgia.

—De momento, me rentan.

Me termino el helado. Diego tarda un poco más en hacerlo, él es más meticuloso que yo incluso para comer. Me tumbo sobre la hierba, cierro los ojos y siento su proximidad junto a mí. A continuación me recorre la cara con la punta del dedo índice, tan despacio que parece llevar una pluma.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Y en qué piensas? —espero una respuesta que no llega—. Dímelo.

—No.

—¿Por qué?

—Te vas a reír de mí.

—¡Qué va!

Le pego un manotazo cariñoso. Me incorporo. Un hormigueo fantasmal insiste en recordarme lo bien que se sienten las caricias de Diego sobre la piel. Él sigue tumbado, sin abrir la boca, en actitud relajada. Tiene un codo apoyado en la hierba. La otra mano juega con el palo de su helado desaparecido. Me acuerdo de que a plena luz del día sus ojos se camuflan con el verde pajizo del césped. Ojalá fuese de día, o tal vez no.

Hay algo de magia en el Madrid nocturno.

—Tengo un regalo para ti —anuncia, quizá para cambiar de tema.

—¿En serio? —tomo aire despacio—. Diego, no hace falta que...

—Pero tendrás que esperar a mañana. No lo he traído por una razón —añade, misterioso.

—¿Cuál?

—Quiero invitarte a comer a mi casa.

—¿Qué?

—¿Vendrías?

—Bueno, puedo apañármelas, pero en plan...

—Mis padres no estarán. Solo nosotros. —Se acerca a mí. Me aparta un mechón de pelo—. Di que sí. Por favor —susurra.

Sonrío. Asiento.

—Vale.

Me besa en los labios. El sabor del limón me roza con su acidez. Diego se levanta, me coge de la mano y tira de mí. Caminamos sin rumbo por un Madrid que nunca duerme, que nos pertenece. Hablamos siempre en presente, como si el pasado fuese insignificante y el futuro no existiera. Nuestras bocas se funden en una sola mientras esperamos a que los semáforos cambien de color. Su mano en el bolsillo trasero de mis *shorts*. Mis dedos despeinando sus greñas a cada

rato. Su voz en mi oído entre susurros. Mis ojos fijos en los más bonitos que he visto. Una botella de agua que compramos no para saciar la sed, sino para refrescarnos. Los besos se disfrutan mejor así. Caricias de agua fría alargan el erizamiento de la piel. La camiseta se me pega al torso. Avergonzada, me coloco los brazos sobre el pecho. Diego me lleva hasta las sombras para apartarlos. Me muerde ahí. Justo ahí. Cuanto más me gusta, más le tiro del pelo. Voy a perder la cabeza. Siento el pulso entre las piernas. Vuelve el calor, pero este es diferente.

Cuando queremos darnos cuenta, está a punto de amanecer. Hace tiempo que nuestra ropa se ha secado. Diego me acompaña a casa. Nos despedimos en el portal con un morreo épico. Después, subo las escaleras y giro la llave sigilosa. Aunque mis padres me pillen y me castiguen, habrá merecido la pena. Me quito las chanclas sin hacer un solo ruido. Llego a mi habitación sin incidentes, alucinada por mi buena suerte.

Es el broche de oro a una cita perfecta.

Después de un buen rato rememorando cada instante, me doy cuenta de una cosa. Y es que Diego me hace tan feliz que me da miedo conciliar el sueño, por si todo se reduce a eso.

Ha sido el mejor rato de mi vida y el día de mi decimoséptimo cumpleaños no ha hecho más que empezar.

Capítulo 36

Antes de quedarme sola

Diego y sus padres viven en un bloque de pisos parecido al mío. Es un edificio viejo, igual de feo que el de al lado y que el siguiente. Seis plantas sin ascensor. El rellano huele muy fuerte a lejía. Llamo al timbre y espero. Mi pecho sube y baja a toda velocidad porque los nervios me atosigan. Además, llego tarde, por lo que he subido los cinco tramos de escalera a toda pastilla.

—Hola —dice, tras abrirme la puerta—. Pasa.

—Hola.

Entro. Cierra y me abraza. Mi espalda se choca contra la pared. Ahogo un jadeo. ¡Menudo recibimiento! No me lo esperaba así, tan efusivo, tan sentido.

—Feliz cumpleaños —me susurra al oído.

Luego, me besa. Se lleva mi carmín y, de paso, mi sentido común. Le paso las uñas por el cuello. Sus manos se cuelan por debajo de mi vestido y rozan mi ropa interior. Un escalofrío me sacude entera, a pesar del calor que tengo.

—Eso ya lo habías dicho antes —le recuerdo, cuando nos separamos para tomar aire.

—¿El qué?

—Lo de «feliz cumpleaños». Ayer.

Me mira a los ojos. Sonríe como el sabihondo que es.

—Pues lo repetiré las veces que me dé la gana. —Vuelve a besarme—. Feliz cumpleaños —susurra, mientras me roza los labios con los suyos—. Feliz cumpleaños, Xiaojing. —Otro beso —. Feliz cumpleaños.

Me pasa los dedos por el pelo. Adiós a las ondas que me había hecho con la plancha. Da igual, estoy en la gloria. Cierro los ojos. ¿¡Cuántas veces he soñado con esto!? Luego está el plano real, en el que suceden cosas descafeinadas. ¿Por qué me cuesta tanto creer que esté pasándome a mí? No entiendo mi propia melancolía. Soy idiota al ser incapaz de disfrutar del momento y dejarme llevar, pero así funciona mi cerebro.

Los minutos pasan y nos abandonamos tanto que, cuando pretendo reaccionar, compruebo que mi mano está metida en sus pantalones. Él se las ha ingeniado para desabrocharme el sujetador.

De pronto, una serie de pitidos cortos y agudos rasga el aire.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—¿El qué? —su voz es ronca, animal.

—¿No lo oyes?

Tarda dos segundos en salir disparado hacia el interior del pasillo. Justo entonces, el característico olor a quemado me pega fuerte en la nariz.

—¡Mierda! —Sigo su voz y aparezco en la cocina—. Joder, esto no tiene buena pinta.

El humo lo invade todo. Diego abre una ventana y, armado con unas manoplas, saca algo negro del horno encerrado en una bandeja.

—¿Esa era nuestra comida? —asiente—. ¿Te ayudo en algo? —niega con la cabeza—. ¿Qué vamos a comer?

Suspira. Me mira y sonríe.

—¿Te gusta la pizza?

Todavía siento los latidos del corazón entre las piernas. Y sus besos en los labios. Su tacto en mi piel. Aún tiemblo. El deseo no se va por mucho que lo interrumpan. Pero tenemos toda la tarde, o eso espero.

Pide comida a través de la aplicación. Mientras llega el repartidor, Diego me enseña la casa. Es igual de pequeña que la mía, pero la distribución es completamente diferente. Tampoco tiene nada que ver con la de Susana. En esta reina una especie de caos ordenado que sacaría de quicio a mi madre. En las habitaciones más alejadas de la cocina huele bien, a un ambientador de esos que se venden en los supermercados. Y en cada rincón se respira una calma acogedora, agradable. Diría que es un hogar. No todas las casas lo son.

La mía, a veces. A medias.

—He dejado lo mejor para el final —anuncia él—. Ven.

Me coge de la mano. Caminamos hasta el salón. Es bastante grande. Las persianas, echadas casi por completo, nos resguardan del calor. Sobre la mesa circular hay un mantel blanco y dos velas. Son largas y finas. Están prendidas y encajadas en su base por candelabros que parecen sacados de otra época.

—¡Vaya!

—¿He logrado impresionarte?

Lo miro de soslayo. Arqueo una ceja. Contengo la risa:

—Depende de si la pizza está buena.

—Será la mejor que has probado, estoy seguro —indica, serio—. Me he tirado horas amasando.

Suena el timbre.

—¿Por qué entonces viene un chico a traerla? —inquiero, siguiéndole el juego.

Diego no contesta. Abre la puerta y regresa con una caja de cartón entre las manos.

—Era una chica, para empezar.

—¿Y para seguir?

—Esto es un paripé para que creas que soy un desastre en la cocina. Cada cosa que pasa está preparada y pensada al milímetro.

—Sí, ya, claro.

—¿Tienes hambre? —asiento—. Vale, quédate aquí —de pronto, parece nervioso—. Voy a por el vino.

—¿Vino? —suelto una risita—. ¡Qué formales!, ¿no?

—Es una ocasión especial.

—Ya, pero...

—Una copa no te va a hacer daño.

Cuando estoy a punto de replicar algo ingenioso, Diego desaparece camino a la cocina. No sé si me gusta el vino porque no lo he probado nunca. Herir los sentimientos de este chico es lo último que quiero, así que me lo beberé aunque lo odie. Se ha molestado en preparar todo esto. Estoy alucinada. Cada detalle me hace sentir especial. Y presionada, porque haré lo imposible para que salga perfecto. Voy a recordar este como el mejor cumpleaños de mi vida.

El nivel está alto desde la madrugada anterior, pero Diego insiste en superarlo. En superarse.

Lo dicho: aún no me lo creo.

Devoramos la pizza entre risas y conversaciones tontas. Alguna que otra frase profunda soltamos, pero porque se nos escapan. Cada una de ellas está relacionada con el paso del tiempo, con esa barrera invisible que marca el inicio de nuestra vida adulta. La de Diego está cerca, muy cerca. Espera los resultados de los exámenes para elegir su destino en alguna facultad de ingeniería. La verdad es que no lo veo de programador, ni calculando coeficientes para asegurar la estabilidad de una estructura, ni ideando alguna máquina que haga la vida más fácil a las personas. Capacidades no le faltan, pero sí vocación. Son mis conclusiones después de haber pasado varios meses junto a él y me las guardo para mí. No es el día y no quiero presionarlo. Eso ya lo hacen sus padres.

Me centro en mi situación. Aún tengo camino por recorrer, por suerte. Agradezco que me quede un año por delante. Ninguno de los dos ansía zambullirse en una etapa de responsabilidades y de decisiones. No hemos hablado mucho acerca de eso, pero Diego parece estar en la misma página que yo: perdido.

—¿En qué piensas? —le pregunto mientras apuro mi copa de vino.

Me gusta. Sabe bien y me provoca un extraño calor en las mejillas, por no mencionar que me hace sentir sofisticada y mayor.

—En que hoy estás preciosa —dice, tras clavar sus ojos en los míos.

Bajo la vista, cohibida. Y agradecida, aunque no lo muestre. Me he puesto un vestido rojo, ajustado hasta la cintura. La falda tiene algo de vuelo. Los tirantes son gruesos y la espalda lleva un intrincado dibujo hecho a partir de una especie de bordado que se cruza de un lado al otro.

—¿Has comido bien? —me pregunta.

—Mejor que bien. Deberías pasar de la uni, o de lo que vayas a hacer, y dedicarte a las pizzas. En plan...

—Se lo comentaré a mis viejos, a ver si les renta. —Su tono no llega a ser de guasa.

Sonreímos. Algo raro sobrevuela nuestras cabezas. Quiero espantarlo. Diego me rellena la copa y él bebe un trago de la suya.

—Tengo una cosilla para ti. —Se levanta—. Espera.

Sale escopetado hacia el pasillo. No me da tiempo a preguntarle qué es. Mientras se aleja, le miro el culo. Me gusta mucho cómo le sientan esos pantalones que lleva, aunque no se lo digo.

Cuando vuelve, me entrega un objeto rectangular.

—Toma, ábrelo.

Suspiro. La Xiaojing borde entra en escena sin ser invitada:

—Supongo que ya es tarde para decirte que no hacía falta, ¿verdad?

—Sí. Eso ya lo mencionaste ayer. Me entró por un oído y me salió por el otro.

—Estaba claro.

—¡Ábrelo!

Rasgo el papel en el que aparece un patrón de globos que se internan en un cielo gris.

Es tan bonito que me da pena romperlo.

—¡Diego! ¡No puede ser!

—Puede ser y es —dice, burlón.

Me llevo una mano a la boca y paso del regalo porque me quedo mirándolo a los ojos durante un buen rato. En ellos veo algo que antes no estaba ahí. Algo bonito e intenso. Su sonrisa aparece poco a poco para desarmarme. Casi me pongo a llorar. Debo controlarme, así que activo mi mecanismo de defensa favorito.

—Devuélvelo.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

Trago saliva. Esquivo su última pregunta porque la verdad es que me encanta. Ha dado en el clavo. Me alucina lo bien que me conoce. Lo detallista que es a la hora de hacer regalos.

—Te habrá costado un pastón, y...

—Ese es mi problema —asegura—. No lo pienso devolver a menos que no te guste —aguarda a que diga algo. Pierde la paciencia ante mi silencio. Suspira—. ¿Te gusta sí o no?

—S-sí —digo, con la voz entrecortada.

—Lee la nota.

—¿Qué nota?

Abro el estuche de lapiceros. Son ciento veinte colores Faber-Castell ordenados por gamas cromáticas. Tan perfectos que me da pena usarlos. Los mejores del mercado, también los más caros. Abrumada, cojo el papelito, lo desdoblo. Las manos me sudan de tal manera que temo dejarlo ilegible.

Leo en voz alta:

—«Persigue tus sueños» —trago saliva. Cierro los ojos—. Es precioso, Diego.

Es lo más honesto que he dicho hoy. Me quedo congelada durante unos instantes en la misma postura. Mi mente va a toda leche. Siento el corazón martilleando contra las costillas, como si quisiera salir de su cárcel.

Diego me coge de la mano. Ahora no puedo mirarlo, así que agacho la cabeza. Las lágrimas se agolpan. Mierda. Me refugio en mi mutismo. Él se inclina hacia mí, dispuesto a no dejarlo estar.

—Espero que algún día me dejes ver tu talento.

—Talento —repito, entre murmullos—. ¿Cómo sabes que tengo talento?

—Simplemente lo sé.

—Es una cosa muy subjetiva.

—Ya, pero está claro que lo tienes.

—¿Cómo estás tan convencido? —insisto.

—Por cómo eres, por lo que eres —susurra.

—¿Qué soy?

—La chica más especial que hay en Madrid.

Sonrío, nerviosa, encantada por lo que sus palabras me hacen sentir por dentro. Un burbujeo en el pecho. Una caricia que va directa al corazón.

—Nunca he enseñado mis dibujos a nadie y...

—Cuando estés preparada, lo harás —me interrumpe, solemne—. Ni antes, ni después. A lo mejor no soy el primero, pero sé que el mundo entero lo verá.

—¿Có-cómo estás tan seguro? —balbuceo, con un nudo en la garganta.

—Porque lo vives. Porque drenas lo que sientes cada vez que coges uno de estos. —Toma con delicadeza el lápiz blanco—. No tengo dudas —sonríe—, seguirás practicando hasta ser la mejor.

Siento frío y eso que es verano. Entonces, tomo conciencia de lo profundamente enamorada

que estoy de Diego Vázquez. Solo un sentimiento tan poderoso como el amor sería capaz de volver a una persona inmune a la climatología.

Y a muchas otras cosas que averiguaré más tarde.

—Diego —me tiembla la voz. Debo decir algo. El silencio es demasiado desolador y no se merece que lo machaque con él—, ¿sabes...? —empiezo otra vez—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

—Lo sé, Xiaojing. —Me pone un dedo sobre los labios para hacerme callar—. No hace falta que digas nada más.

—¿Por qué?

—Porque a mí me pasa lo mismo contigo.

Su mano trepa por mi muslo. Está fría. No es una caricia sensual, sino íntima. Dos términos que se complementan, aunque a veces no puedan mezclarse, como ahora. Estoy temblando como una gilipollas. El estuche metálico baila sobre mis rodillas. Temo que se abolle al caerse. La dejo con cuidado sobre la mesa, junto con la nota.

«Persigue tus sueños». Tres palabras nunca significaron tanto. Pierdo el control de mis emociones y de mi cuerpo. Sollozo. Al mismo tiempo, me desborda una ilusión que eclipsa y arrasa con todo lo demás.

Diego cree en mí y no hay prueba de amor más grande que esa.

Me muerdo el labio inferior para callarme, para no volver a expresar en voz alta todo lo que él me hace sentir. Por eso me lanzo a su boca. Por eso lo beso con un ansia brutal, infinita.

Y también porque lo anhelo como si, en el fondo, supiera que esto no va a durar para siempre.

Capítulo 37

Antes de quedarme sola

Estoy en la cama de Diego, entre sus sábanas revueltas. Desnuda. Él está a mi lado, sin tocarme. Yo tampoco lo toco a él. Me sorprende no sentir vergüenza al exponer mi cuerpo sin ropa.

Tal vez sea una especie de premio de consolación por lo que acaba de pasar.

Pósters de Star Wars adornan las paredes de su cuarto. Me fijo en un pequeño cuadro de un barco, recuerdo de su infancia, supongo. En la estantería no cabe más *merchandising.* También distingo algunos volúmenes de física teórica y cosmología. Teoría de cuerdas. Mecánica cuántica. Y libros más corrientes; entre ellos, los del *challenge*.

Me encantaría poder sonreír.

—¿Estás bien? —asiento, pero no digo nada. Diego agacha la cabeza, me besa la clavícula. Luego susurra—: Dime algo, anda. Me siento fatal.

—Estoy bien —miento.

Se incorpora sobre sus codos y chasquea la lengua, molesto.

—No es verdad. Ha sido una mierda, dilo.

—No ha sido una mierda.

—Xiaojing...

—No hace falta que hagas eso.

—¿El qué?

Prefiero mantenerme en silencio, así que no respondo. No podré consolarlo hasta que digiera mis emociones y eso lleva tiempo. Una parte de mí se niega a asimilar lo sucedido. La perfección no existe y acabo de recordar por las malas esa verdad. Las expectativas no deberían sentar precedentes, ni ser el nivel mínimo al que aspiras que lleguen tus estándares. Son solo ilusiones. Volátiles, esquivas. Tan frágiles como un pajarillo recién salido del huevo.

—¡No tendría que haber pasado! ¡No contigo, joder! —exclama. Da un puñetazo al colchón —. Déjame compensarte...

Sus labios se deslizan por mi torso. Sus manos se internan entre mis piernas.

—No —lo aparto suavemente.

—¿Por qué?

Aprieto la boca. Cierro los ojos.

—Me duele.

—¿Mucho? —la preocupación envuelve su voz.

—Un poco.

Abraza mi cuerpo, pero yo no estoy allí. Sin darme cuenta, he desconectado de la realidad. Ojalá pudiera aterrizar en mi cuarto sin pasar por la calle para pintar mientras las lágrimas emborronan mis trazos. No quiero permanecer aquí ni un segundo más. Necesito estar sola casi tanto como respirar. Diego no se merece que me meta en un caparazón. Sin embargo, no puedo forzarme a sonreír, tampoco quiero. ¡Si tan solo pudiera borrar los últimos minutos de mi vida! Y estos pensamientos intrusivos. No tengo con qué comparar la experiencia que acabo de atravesar, pero ha despertado en mí cosas extrañas y eso dice mucho.

La palabra «decepción» flota en el ambiente. Puedo lidiar con la tristeza, incluso con el cabreo, pero el desengaño implica pérdida de confianza. Y me conozco: voy a tardar en desprender al momento de esta carga emotiva que lo recubre.

—¿En qué piensas? —De pronto sus caricias se hacen visibles en mi piel—. Habla conmigo, por favor.

—En... nada.

Tengo la mirada fija en un punto del techo donde se localiza una mancha de humedad. Cualquier cosa que me distraiga del presente será bienvenida. Mis sentimientos están tan enmarañados que resultan indistinguibles. Por eso me encojo sobre mí misma y no me muevo. Por eso, me paralizo y caigo por un agujero profundo, sin fondo, vacío.

—Escúchame, Xiaojing. —Me obliga a mirarlo y entonces, veo en sus ojos un dolor sincero —, lo último que quería era... esto.

—Ya lo sé. —No pienso culparlo—. La próxima vez...

Callo al escuchar unos ruidos. Nos ponemos en alerta. Se me encoge el corazón mientras suelto un gemido de espanto. Me incorporo justo antes de que él me detenga con un movimiento exagerado de su mano. Voces. La puerta principal que se cierra. Nos tropezamos en la lucha improvisada que iniciamos para salir de la cama casi a la vez. Recojo mi ropa desperdigada por el suelo. Las manos me tiemblan. El maldito pelo se me pega a la cara y me impide ver si me estoy poniendo las prendas del derecho o del revés.

Una mujer pregunta si hay alguien en casa. Estoy muy nerviosa.

—Joder, lo que faltaba —murmura Diego, con fastidio —. Hay que vestirse, ¡rápido!

No encuentro mis bragas, así que me pongo el vestido tan de prisa como soy capaz. Me peino la melena con los dedos. Trato de controlar la respiración. El chico de los ojos verdes se abrocha el botón de sus vaqueros y se pone la camiseta justo a tiempo.

—Diego, ¿estás aquí? ¿Por qué huele a quemado? —La cara de una mujer se asoma por la puerta—. Ah, ¡hola!

Me observa fijamente con ojos curiosos. Son marrones, corrientes, aunque brillan. Si me esfuerzo, puedo averiguar a través de lo que desprenden qué clase de preguntas se hace con respecto a mí. Y a mi presencia en esa habitación. Una breve sonrisa ensancha sus labios. Es calcada a la del chico que me gusta y eso, de algún modo, me distrae de la situación tan incómoda que compartimos.

—Hola —digo.

Alzo la mano y me fuerzo a sonreír. Me parece una mujer bastante guapa a pesar de su edad. Es innegable que se trata de la madre de Diego. La atención de esta brinca a su hijo y después, a

la cama sin hacer. Termina su recorrido deductivo de nuevo en mí.

—¿Quién eres? —De nuevo, la curiosidad se aviva tras sus ojos. Habla despacio, como si dudara de mi capacidad para comprender el idioma. Supongo que mis rasgos le resultan exóticos de narices. Luego, dirigiéndose a Diego, pregunta—: ¿Tania?

—No, mamá. Yo... —se aclara la voz—, es una amiga.

—Ah, creí que sería tu... novia —su ceño se frunce más.

—Mamá, en serio, déjanos. Por favor.

—Ay, hijo, perdona, es que nunca me cuentas nada...

Pasan los segundos sin que nadie haga algo para sacarnos de aquí. Huele a sexo y estoy segura de que ella sabe que su hijo y yo hemos hecho algo entre las sábanas revueltas. La tensión que se respira en esta pequeña habitación trepa por mis tobillos. De repente me doy cuenta de que no me he puesto los zapatos. Me agacho con cuidado porque tengo tatuado en el cerebro el recordatorio de que no llevo ropa interior. Siento dos pares de ojos sobre mí. Los dedos me fallan al tratar de abrocharme la tira que adorna mis sandalias. Cuando lo consigo, me pongo en pie. Todo permanece igual que hace unos segundos. La madre de Diego no se atreve a entrar, pero tampoco se retira. El mutismo del chico que me gusta se me clava bajo la piel, como si estuviese hecho de clavos afilados.

—Tengo que irme.

Algo chupa de mi alma hacia dentro. Un calor desagradable arde en mis mejillas pero, a la vez, siento cómo esas tres palabras me liberan.

La mujer se aparta en cuanto mi determinación a huir le estalla en la cara. Murmuro una despedida que no oye nadie. Enfilo el pasillo. Abro la puerta principal. El aire caliente me recibe y me acoge entre sus brazos medio derretidos. Cierro.

Diego no intenta detenerme.

Mejor.

Me precipito escaleras abajo. Las primeras lágrimas caen. Por fin. Necesitaba esto y ni siquiera era consciente de cuánto. Llego a la calle. Bajo el Paseo de Extremadura. Me fundo con la masa de gente que va hacia alguna parte. Nadie se fija en mi llanto. Nadie sabe cómo me siento, ni siquiera yo.

Acabo de perder la virginidad con el chico perfecto. ¿Por qué entonces estoy tan triste? Por lo que ha pasado durante y después. Lo de después remataría a cualquiera. No comprendo qué le silencia cuando su madre pregunta sobre mí. Sobre lo que somos. Si tuviera más desparpajo quizá me habría atrevido a presentarme como su novia. ¿Cómo definir lo nuestro? Antes no me importaba, ahora me va a quitar el sueño. Además, la mención de Tania es un monstruo contra el que tendré que enfrentarme más tarde.

No debo sacar conclusiones precipitadas, pero reconozco que me moriría si descubro que, después de todo lo que hemos vivido, Diego se avergonzara de estar conmigo.

Camino todo lo rápido que puedo. Una de mis lágrimas aterriza sobre la acera. No me detengo a ver cómo el calor la devora en cuestión de segundos. Lo peor de todo es que siento dolor físico. Entre las piernas. En el pecho. La experiencia ha sido una auténtica mierda, pero a cambio me libro del estigma. Ya no tengo que preocuparme por perder algo que carece de valor en estos tiempos. Solo el que una chica desee darle.Y sí, normalmente Diego es cariñoso, atento y considerado conmigo, pero no durante el rato que hemos pasado entre las sábanas. No lo entiendo. Cuando me besa y me toca me despierta la piel hasta que consigue prender llamas en mi interior. La electricidad me recorre el cuerpo con una intensidad que no logro avivar estando sola. Supongo que algunos lo llamarán química. Otros, conexión. Deseo.

¿Qué ha fallado a la hora de dar el siguiente paso?

Sigo dándole vueltas a eso.

Al menos ha terminado rápido. Y uno de los dos lo ha pasado bien.

Vale, quizá no esté siendo justa. El victimismo es un recurso socorrido para tapar las heridas que se crean sobre las cicatrices de la decepción. Te eximen de cualquier responsabilidad, pero a cambio tardan más en curarse y se abren con demasiada facilidad.

Me detengo y respiro hondo. Vuelvo a hacerlo. Cierro los ojos. Consigo relajarme. Una extraña serenidad me invade al darme cuenta de que lo hecho hecho está. De nada sirve lamentarse. Ya me lo compensará, supongo. Sí, estoy segura de que algún día nos reiremos de todo esto. La vida no es como en las películas, o en los libros. Es imperfecta, es desorden, es ensayo y error. Por eso, me propongo guardar este capítulo en un cajón, cerrar con llave y regresar cuando esté más serena.

Ahora solo quiero olvidarlo.

Olvidarme.

Capítulo 38

Antes de quedarme sola

—¡¡Ey!!

Pego un respingo al sentir unos dedos que se ciernen sobre mi antebrazo.

—¿Qué haces? —Me detengo, pero no giro la cabeza para mirarlo

—Te acompaño a casa.

—No hace falta.

Me zafo de él y, sin decir nada, continúo mi camino, agradecida por encontrarme más entera que hace unos minutos.

—Joder, ¡claro que hace falta!

Al escuchar sus palabras, mis pies se clavan en el suelo. El corazón me martillea en las sienes. La rabia me posee, así que ni siquiera me planteo por qué pregunto algo que no quiero saber:

—¿Habías hecho esto antes? —Diego no contesta. Parece que esta tarde se ha quedado sin palabras. Cansada, me cruzo de brazos. Miro al suelo antes de añadir—. ¿Con Tania? —Tarda una eternidad, pero finalmente asiente—. ¡Joder! —mascullo.

Reanudo la marcha. Siento una explosiva mezcla de celos, amargura y resquemor.

—¿Prefieres que te mienta? —Me giro para ver cómo alza los brazos, desesperado.

—No.

Hay sombras en nuestra relación, sea la que sea. Rincones a los que la luz nunca llega porque nos empeñamos en ocultarnos cosas, o en convertir en tabú ciertos temas. Mi hermetismo no ayuda. El suyo, tampoco. No lo creí un problema hasta que ha sucedido esto y no me gusta, a pesar de que soy un plátano adicto a coleccionar secretos.

Vuelve a cogerme del brazo. Me arrastra hacia un lugar más apartado. Acabamos nuestro improvisado recorrido en la calle de la Amargura.

Si no fuera porque la situación no me hace ni puta gracia, me reiría de lo perra que puede llegar a ser la vida.

—Xiaojing... —toma aire. Lo retiene durante un buen rato. Me cuesta mirarlo mientras intenta ordenar sus palabras—, debes pensar que soy un puto salido. —Se pasa las manos por la cara. Parece agobiado de verdad—. Que lo de la comida y las velas y tal era una pantomima para

allanar el terreno y... follar, pero te juro que no. —Se acerca a mí. Me coge de las manos. Las suyas están calientes. Las mías, permanecen muertas—. Me gustas mucho. Incluso más que eso. Yo... —traga saliva. Alzo la mirada justo a tiempo de ver cómo su nuez sube y baja—, yo solo quería fliparme un poco contigo. Nada más.

Bajo la cabeza. Me fijo en que uno de los adoquines está partido por la mitad. Una raja lo surca de un lado al otro. Imagino que mi corazón anda parecido. Recupero mis dedos para alejarlos de su embrujo, como si así pudiera protegerme de todo lo que siento. Bueno y malo. Le gusto a Diego Vázquez, lo acaba de decir. Debería estar saltando de alegría, pero a veces no basta con eso.

No si usa el verbo «follar» para describir lo que hemos hecho. Pero no voy a echarle en cara eso. Está nervioso y las palabras no son lo suyo.

—Te creo —replico, con voz neutra.

—Espero que no te hayas sentido... presionada a hacer... en plan... lo de antes —baja el tono.

—No. Yo también quería.

Sonríe de lado, aunque triste.

—Creo que no era el momento. Teníamos todo el tiempo del mundo y yo... aún lo tenemos para... que salga mejor. Si todavía quieres, claro —se apresura a añadir.

Tomo aire y medito sobre lo que acaba de decir. Aunque la nuestra no sea una relación oficial, es lo suficientemente seria como para que me importe. Mucho. La huella que deja Diego Vázquez queda fija para siempre en mi interior, como las de los astronautas que visitaron la luna. Voy a decir algo, pero el sonido de un teléfono nos interrumpe. Diego chasquea la lengua y se saca el aparato del bolsillo. Mira la pantalla con el ceño fruncido. La expresión de su cara cambia por completo. Da media vuelta antes de descolgar y, para mi sorpresa, contesta en un idioma totalmente desconocido. Alemán, deduzco al cabo de unos segundos. Recuerdo que me contó algo al respecto cuando comenzamos toda esta locura de vernos. Joder, lo habla perfecto. Al menos, en lo que a fluidez se refiere, porque no entiendo ni jota.

La conversación es breve. Cuelga, guarda el móvil y su mirada persigue a una señora mayor que arrastra un carrito de la compra. Me pregunto con quién ha hablado y de qué, pero no abro la boca.

El chico de los ojos verdes está en otro mundo, uno al que no puedo acceder.

—No has contestado a tu madre.

—¿Qué?

—¿Soy tu novia? —Por fin me atrevo a mirarle a la cara.

—No lo sé. ¿Tú quieres serlo? —Me planteo dar mil respuestas distintas. Un abanico que va desde el «sí» hasta el «no» más absolutos y todo lo que hay en medio. No obstante, el corazón manda callar al recelo, al orgullo y a la decepción. Asiento, despacio—. Entonces eso es lo que eres.

—¿Qué?

—Mejor dicho, es lo que llevas siendo todo este tiempo.

—¿En serio? —apenas me sale la voz.

—Joder, ¡pues claro!

Se acerca a mí. Me abraza. Sus dedos retiran mi pelo hacia atrás. Me acaricia el cuello con los labios. Deposita un suave beso sobre una zona sensible. Cierro los ojos. Soy más consciente que nunca de que no llevo ropa interior. Los sonidos de la calle quedan amortiguados por un «te quiero» que no llego a pronunciar. Algo me secuestra la voz.

Quizá sea la prudencia, o una corazonada.

—Mis bragas —digo, en cambio—. Espero que tu madre no las encuentre.

Diego me mira con una sonrisa pícara que le llega los ojos. Busca en el otro bolsillo y me las entrega con discreción.

—Espero que la próxima vez que quedemos vengas sin ellas —me dice al oído—. Te debo una.

Me acaricia la cintura. Un escalofrío me recorre los brazos. Sé que me está prometiendo un orgasmo. Al pensar en la palabra y en lo que implica, vuelvo a experimentar un cosquilleo en la tripa.

Seguro que la próxima vez es diferente.

—¿Solo una? ¡Que sean cinco! —replico, altiva, como si fuera una de esas chicas que pasa página tan fácil.

—¿Otro *challenge*? —me río. Sus ojos brillan más que nunca—. ¡Me apunto!

Capítulo 39

Un ruido agudo e irregular me despierta. Tardo varios segundos en darme cuenta de que proviene de mi garganta. Estoy sollozando. Las lágrimas bajan por mis mejillas sucias. Mis sueños rotos actúan de despertador. Me incorporo. Me tapo la cara con las manos. Dejo que el llanto se apodere de mí para limpiarme, para drenarme, como si estuviera bajo la ducha.

A lo largo de todos estos días sola la añoranza que he sentido y siento por un puñado de personas ha sido tan implacable como una enfermedad. Supongo que ese mal se me ha arraigado al alma y que, por tanto, no tiene cura. Echo de menos a mis padres, a Susana, a Daniel. Incluso a Dulcinea que, si bien es *algo* y no *alguien*, conseguía que me sintiera como en casa.

Pienso en ellos, me pregunto dónde estarán o cuál habrá sido su último pensamiento antes de que se desvanecieran sin dejar rastro.

Con Diego es diferente. El hueco que cavó en mi corazón ahora es una zanja. Una trinchera abandonada. Lidio con su pérdida con la resignación de quien tuvo, cuidó y, pese a todo, perdió. No por ello duele menos, al contrario. Soy otra desde que aquello pasó. Una Xiaojing más dura, más escéptica, más desconfiada y más inmune ante las cosas bonitas de la vida.

Accedo a una tienda cuyos cristales están reventados. Ni siquiera recuerdo cuándo pasé por aquí; debió ser al principio. El vidrio roto cruje bajo mis zapatillas. Abro una nevera cuya única utilidad ahora es la de almacenar bebidas. Me hago con una botella de agua mientras trato de hacer memoria. Quito el tapón y vierto un poco de líquido sobre mi mano ahuecada para echármelo por la cara. Aguanto la respiración. Lo hago de nuevo. Suelto un grito controlado. Una ráfaga de aire se levanta y me refresca, como si me estuviese dando un premio de consolación. Intento sonreír, pero la orden no llega a mis labios.

Debería refugiarme en el hecho de que al menos me dio tiempo a saber lo que es amar a alguien antes de que todo se fuera al carajo. Hay gente que vive cien años sin experimentar algo tan jodidamente épico. Aunque, tal vez, lo mío solo fue una bonita ilusión. Un espejismo que se desvanece justo cuando estás a punto de alcanzarlo.

Una preciosa pompa de color rosa que, cuando explota, solo envuelve el vacío.

Me largo a por dos botes y salgo a pintar. Por fin me permito sonreír, porque el día de hoy tiene un propósito que va más allá de la pura supervivencia. Lleno la fachada del ayuntamiento

de trazos minimalistas. Dibujos que apenas alcanzan a rellenar huecos enormes. Palabras en castellano y en mandarín que alguna vez tuvieron significado para mí. La Puerta del Sol se convierte en mi confidente y, sus alrededores, en el diario de bitácora de la última chica que habitó Madrid.

Debería estar exhausta, pero horas después todavía guardo cosas dentro. Se me ocurre una idea brutal para inmortalizar sobre el lienzo perfecto. Ni siquiera me cercioro de si llevo suficientes regalices rojos encima. El estómago ruge, pero las tripas mandan. Regreso al lugar donde dejé el carrito, hago inventario y determino que tengo suficiente material como para llevar a cabo mi objetivo.

Cuando llego a mi destino, la tarde cae. El cielo se refleja sobre el agua sacudida por el viento. Da la impresión de que las nubes tiemblan. Me acerco al muro, decidida, y agarro un spray. El corazón se me acelera. ¿De verdad voy a hacerlo? Agito el bote. Frunzo el ceño. Este sitio debería ser sagrado. Intocable. Pero de poco sirven mis propias normas si soy la única que puede cumplirlas o quebrantarlas. Además, tengo derecho a cambiar de parecer. No le debo respeto a este lugar porque ya no deseo que signifique nada para mí. Está lleno de recuerdos malditos, como una mansión embrujada. Necesito arrancármelos del corazón y esta es la única manera que tengo de lograrlo.

Quizá, solo de este modo, dejaré de venir aquí.

Acerco el spray a los bloques que conforman la pared. Presiono la boquilla. Siento el corazón en la garganta al ser consciente de lo que me dispongo a hacer: una auténtica salvajada en el templo de Debod. Después de tantísimos siglos, voy a cambiar su esencia. A perturbarla. A hacerla cómplice de mi dolor.

El rencor, si se mezcla con la soledad prolongada y con el desamor crea un coctel peligroso. Se siente como ácido sulfúrico sobre la piel y los huesos. Voy a pintar a la versión de Diego más auténtica. Esa que queda cuando el anhelo y los buenos momentos se desvanecen. Una sonrisa misteriosa surcará su cara mientras sostiene entre sus manos un corazón roto en dos pedazos.

El mío.

Miles de años de Historia están a punto de ser mancillados por un mal de amores incurable.

—¿Qué haces?

El grito me sale ahogado. Mi respiración se vuelve superficial. Es la primera vez que escucho una voz que no sea la mía o la de Miley en mucho mucho tiempo. El pulso me late tan rápido que duele. Tiemblo. Y no me atrevo a dar media vuelta para enfrentarme a lo que me espera. Me paralizo de miedo. Jamás he estado tan aterrorizada, ni siquiera cuando la soledad se me echó encima de aquel modo tan brutal. Creo que estoy a punto de desmayarme. Tengo la boca seca y la visión borrosa por las lágrimas. Mi cuerpo se termina de tensar en cuanto percibo que la sombra tras de mí se acerca. Escucho sus pasos y descarto que todo esto sea producto de mi imaginación.

Joder, detrás de mí hay alguien.

Capítulo 40

Por fin encuentro el valor para girarme. Lo hago lentamente, con temor ante lo que estoy a punto de descubrir. Ni siquiera me da tiempo a cuestionarme qué tipo de persona se sitúa tras de mí. No sé cuánto lleva observándome, ni qué intenciones alberga. Las manos me sudan y me tiemblan. La bola en el interior del bote de pintura que aún sostengo dibuja un ruido metálico y cadencioso, como el de un metrónomo medio loco.

—¿Quién...? —ahogo un jadeo que no parece ni humano—. ¿¡Qué!?

La impresión es tan fuerte que el spray se me resbala de los dedos. Aterriza en el suelo y rueda cuesta abajo. Solo así llenamos ese vacío inmenso abierto entre los dos.

—Ho-hola —murmura.

Al menos está tan impactado como yo. Aturdido al igual que si estuviese viendo un fantasma. Supongo que eso es lo que soy.

El último fantasma de Madrid.

—¿Qué haces? —pregunto, con el corazón en la garganta.

—Eso te preguntaba antes a ti —musita.

No pestañea. Sus ojos fijos en mí me traspasan, contribuyen a mi parálisis. Me secuestran la poca razón que conservo. Mi respiración se entrecorta debido a lo rápido que me late el pulso en las venas. Siento que me desmayo, otra vez.

Cierro los párpados. Dejo de pensar. Me abalanzo sobre él. Él me rodea con sus brazos a su vez.

—Joder...

Durante cinco o diez minutos, no lo sé, me centro en sentir el calor de su cuerpo y en cómo baja y sube su pecho en cada respiración. Jamás pensé que volvería a vivir algo así y, hasta este momento, no sabía cuánto lo echaba verdaderamente de menos. Sollozo como una gilipollas aliviada aunque al mismo tiempo superada por las circunstancias.

Diego. Es él. Está aquí.

—¿¡Esto es en serio!? —musito con la voz entrecortada.

Noto cómo asiente con la cabeza. Debo estar soñando. Me separo un poco para verle la cara. Para cerciorarme de que es real porque una inmensa parte de mí aún no se lo cree.

Una oportuna ráfaga de viento hace que mi pelo vuele por todas partes. Me aparto unos cuantos mechones de la cara. Él sigue ahí. Con su tez pálida, sus labios entreabiertos y sus manos, rígidas, a ambos lados del cuerpo. Está más delgado y juraría que más alto. Sucio, también. Sus ropas, su pelo sin brillo, su cara; pero eso es lo de menos: está entero.

Está vivo.

Nuevas lágrimas me escuecen detrás de los ojos. Bajo la cabeza. Detecto cómo se mueve, indeciso, al igual que lo haría una marioneta manejada por un aprendiz. Yo aprieto los dientes y me aparto. No soy rencorosa, solo escéptica. Y me muevo por instinto. Reacciono con las vísceras.

Me alejo. Mis pasos son rápidos. Dolorosos.

—¡Espera!

Mi determinación a huir se evapora en segundos. Solo basta una palabra suya. Una maldita palabra salida de sus labios. Y de su voz, esa que había olvidado.

Me odio.

No sabes cuánto me odio en este instante.

—¿Qué puta broma es esta? —bisbiseo para mí misma. La rabia entrecorta mi frase, como si hubiera interferencias en el aire.

—Xiaojing...

Es la primera vez que escucho mi nombre en meses. Antes, solía estremecerme cada vez que lo pronunciaba él. Ahora, me provoca una indiferencia un tanto difusa que se confunde con la novedad. Me alegra comprobar que soy casi inmune a esas tácticas que antes funcionaban tan bien conmigo. A pesar de eso, sigo flipando. Mi pecho sube y baja desbocado. Cantidades ingentes de adrenalina recorren mi sangre. Siento los miembros de mi cuerpo rígidos. Ahora mismo podría correr una maratón, o saltar tres metros sin coger carrerilla.

Aprovecho ese chute de energía para girarme y enfrentarlo.

—¿¡Por qué has vuelto!? —le grito a la cara.

Me hago daño en las cuerdas vocales, pero no me importa. El desahogo es casi inmediato. Él sacude la cabeza como si le costara entenderme. Como si no habláramos el mismo idioma.

A lo mejor se le ha olvidado el castellano después de tanto tiempo.

—Tenía que volver. —No quiero escucharle, pero lo haré. La intriga me puede.

Además, hay poco que hacer por aquí. Y tengo ganas de hablar con otro ser humano, aunque sea solo para discutir.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Aquí está mi casa.

—Ya no.

—Madrid siempre será mi casa, Xiaojing.

Muerdo la respuesta irónica que pretendía escapar de mi boca. Admito que ahora mismo quiero descargar mis puños contra su pecho mientras aúllo hasta quedarme sin fuerzas. Deseo hacerle sufrir para que sepa lo que se siente. Me muero por odiarle sin que otras emociones interrumpan mi desconsuelo, aunque solo sea durante un minuto.

—No sé para qué te has molestado. No queda nadie. —Espero hacerle daño con esta revelación tan difícil de asimilar, pero no parece sorprendido.

—Estás tú.

—Como si eso importara.

—Xiaojing...

El sol se oculta tras una nube. La piel de los brazos se me eriza. De repente, tengo frío, en

pleno verano.

O primavera, no sé en qué puta estación estamos.

—¿Cómo me has encontrado?

Él sonríe sin mostrar los dientes.

—Por las pinturas.

—¿Cómo?

—Están por todo Madrid. Solo podían ser tuyas.

—Ya. Debí imaginarlo.

Mi mirada se pierde por una esquina. Madrid ahora se me antoja un poco más pequeño que antes.

—Eres muy buena. Realmente buena.

Obvio su comentario sin ser consciente de que, hace un año, me hubiese encantado oírle decir eso mismo.

—Peloteándome no vas a conseguir nada.

Me atrevo a clavarle los ojos. Error. El verde de sus iris tiene el poder de llevarme a una época mucho más feliz que esta.

—Solo dime una cosa —señala un punto detrás suya—, ¿soy yo el que aparece en el edificio que está frente a Atocha?

Mis grafitis cuentan una historia. La mía. Tan personal como las huellas dactilares, o como los entresijos de un corazón desvencijado. Y me incomoda que Diego tenga acceso a mi intimidad, a pesar de que la haya plasmado por algunos rincones de Madrid.

No. Él no tiene derecho a opinar sobre algo que ya no le pertenece, por mucho que sea el protagonista indiscutible de este drama adolescente.

—Vuélvete a Alemania, Diego —siseo.

—Allí no queda nadie —dice, con tristeza.

—Entonces no has venido por mí, sino porque estabas solo.

No me detengo a escuchar su réplica. No me interesan sus excusas, ni sus circunstancias. Todo lo que había que hablar ya lo dijimos en su día.

Camino en otra dirección, olvidándome del grafiti, de los botes de pintura, del hambre que me aprieta el estómago y de todo cuanto no sea el chico de ojos verdes. El hijo pródigo de Madrid.

Bienvenido a casa, Diego.

Capítulo 41

Antes de quedarme sola

Ahora que el curso ha terminado, echo una mano en la tienda casi todos los días. El ambiente en casa es mucho menos agobiante, lo cual hace que se respire mejor. Mis notas han sido «mediocres pero aceptables». Eso significa que la tregua es temporal, una especie de permiso penitenciario durante el verano. Cuando llegue septiembre, la presión volverá a recaer sobre mí. Concretamente, sobre mi cabeza y mis codos. Voy a pasar segundo de bachiller sentada en dos sillas: la del instituto y la de mi cuarto. No sé cómo lo vamos a hacer Diego y yo para vernos. Él, en la uni y yo, encerrada en mis estudios.

Lo único que tengo claro es que nada nos va a impedir estar juntos. Aún queda mucho verano por delante y lo quiero disfrutar a tope, sin preocuparme por lo que vendrá después. Ahora tengo mucha más libertad para salir por ahí con Susana, o con mi novio.

Novio.

¡Tengo novio! Me cuesta pronunciar esa última palabra sin sonreír. Las ganas de verlo me superan. Me delatan. Me burbujean en la boca del estómago como si fuesen mariposas.

Visito Dulcinea de vez en cuando para saludar a Daniel. Y también me llevo libros. Muchos libros. Dibujo por las noches con los lápices que Diego me regaló en mi cumpleaños cuando el calor o mis ansias de estar con él me impiden dormir.

Y así, pasan los días.

Hoy es jueves. Estoy a punto de salir del bazar para reunirme con Diego. Hace cuarenta y ocho horas que no nos besamos y ya no aguanto más. Mis ensoñaciones quedan interrumpidas por algunos gritos. En la puerta se acumula un tropel de gente que finalmente accede al interior. Reconozco a Rodri y a otros gilipollas. Mierda, sé que van a liarla. Risitas, comentarios maliciosos y otras estupideces evidencian su falta de educación. Aprieto los dientes y ruego por que se vayan rápido. Se tiran un buen rato en el pasillo del alcohol. Arrasan con gran parte de las existencias de ginebra y ron. También se agencian cuatro o cinco litronas cada uno, todo un arsenal con el que pillarse un coma etílico.

Hablan del botellón que va a tener lugar en el parque del Oeste. A salvo de sus miradas, hago

una mueca. Supongo que se creen muy guays por ir a emborracharse con los universitarios.

Cuando van a pagar, mi madre le pone la mano en el pecho a mi padre para que se aparte. Los atiende con una cordialidad seria. Algunos se burlan de su acento, de su incapacidad para pronunciar la «r». Me gustaría que intentaran hablar mandarín, a ver qué tal se les daba. Juntan el dinero que les pide mi madre a cambio de su compra. Los observo de lejos con los puños cerrados. Uno de ellos gira la cara y me ve antes de que pueda esconderme.

Me señala y alerta a los demás.

—¡Ey, tú, como te llames! —pego un respingo al sentir unos dedos en mi cintura.

—Se llama Sillín —aporta alguno del grupo.

—Sillín, ¿vienes?

Doy media vuelta y fulmino al tío con la mirada. También va a mi instituto, pero solo le conozco de vista. Es bajito, algo regordete. No destaca por nada y no pega en el grupo de los malotes.

Me fijo entonces en sus pupilas dilatadas. ¿Porros?

—Paso.

—Tú te lo pierdes.

Saca la mano que lleva a su espalda y me tira un plátano. La fruta rebota en mi brazo y cae al suelo. Se reúne con sus amigos tan campante mientras estos le ríen la broma. Mis padres observan lo sucedido sin inmutarse. Después, los liantes por fin se largan.

Sin embargo, el nudo en mi garganta se aprieta más fuerte. ¡Cómo odio el instituto y la fauna que hay allí! Si ese imbécil tenía el jodido plátano a la espalda es porque le daba igual si iba con ellos o no. Solo quería acercarse a mí y hacer la broma.

Ojalá no me afectasen estas cosas. Ojalá fuese inmune a las gilipolleces de los demás. Puedo hacerme la dura, poner la pose de Chica Borde que no necesita a nadie y todo lo que tú quieras, pero mentirse a uno mismo es estúpido. Y peligroso.

Yo sé la verdad, en el fondo. Y la verdad es que me gustaría ser más valiente, o más fuerte de lo que soy. Voy de dura, pero por dentro soy blandita y permeable, mucho más voluble de lo que parece. No aspiro a que quieran conocerme y entenderme cuando ni siquiera saben por qué hacen lo que hacen. Actúan por encajar. Estarían dispuestos a vender a su madre.

Yo, no, y quizá eso les jode.

—Ahora vuelvo —miento.

Me largo de allí y camino sin rumbo, sin llaves, ni móvil. No quiero hablar con nadie sobre lo que acaba de suceder. Trago saliva y, con ello, una bola invisible que aterriza de mala manera en mi estómago. Agacho la mirada y centro mi atención en contar los pasos para no visualizar el maldito plátano que cae al suelo y lo que eso significa.

Siento que la mitad de mi cuerpo es tristeza y la otra mitad, rabia. Una partición exacta en la que la balanza por controlar mis emociones está desequilibrada a la perfección. No soy capaz de llorar, así que me desfogo pegándole una patada a una piedra que, al tercer toque, desaparece engullida por una alcantarilla.

Callejeo hasta que se hace de noche. Calculo que son casi las diez. Estoy al lado de Dulcinea. Supongo que, al dejar la mente en blanco, mi subconsciente me ha traído hasta aquí. Tiene lógica, puesto que la librería mejora siempre mi estado de ánimo, sea cual sea.

Pillo a Daniel bajando la reja. Cuando esta toca el suelo, se agacha para colocar el candado.

—Hola.

Levanta la cabeza. Me mira y sonríe.

—Hola, Xiaojing, ¿qué tal? —No contesto, me limito a asentir—. ¿Querías algo? —señala a

Dulcinea.

—Nada que no pueda esperar hasta mañana. —Me cuesta impregnar la voz de ánimo.

—Bien. —Se pone en pie tras enjugarse el sudor de la frente. Me da la impresión de que está un poco más viejo que la vez anterior—. ¿Has quedado con Diego?

—Sí.

—¿Aquí?

Me ruborizo. Aparto la mirada.

—No.

—Ah. —Se rasca la sien—. ¿Sabes qué le pasa? —frunzo el ceño. Niego con la cabeza—. Hace mucho que no viene y...

El librero deja que la frase muera en sus labios poco a poco. Niega con la cabeza y suelta un suspiro.

—Supongo que no le apetecerá pasarse el verano entre libros —digo, por decir algo.

—Ya. Últimamente no le apetece hacer nada de nada —masculla, más para sí—. ¿Tú a qué te vas a dedicar cuando acabes el instituto?

La pregunta del millón. No me la esperaba, no estábamos hablando de mí. Me quedo en blanco. Tomo aire. Abro la boca, pero solo balbuceo.

—No lo sé. Aún queda un año para eso —replico, al fin.

Es la respuesta más sincera que puedo darle.

—Espero que elijas algo que te guste de verdad. Y si está relacionado con los libros... mejor que mejor —se ríe. Su mirada se pierde en algún punto, calle abajo—. Aunque tampoco me hagas demasiado caso, solo soy un soñador.

—Ya somos dos —digo, despacio. En voz baja.

Daniel sonríe.

—Entonces, convendrás conmigo en que a veces hay que elegir más con esto —se señala el corazón —, y menos con esto —señala su cabeza—. Porque, de lo contrario, a la larga, te arrepientes. Aunque luego no hagas nada con esa certeza y te la guardes dentro.

No añade nada más, así que concluyo que no quiere compartir sus conclusiones conmigo. Bueno, lo está haciendo a medias. Algo lo frena y lo entiendo, yo también soy muy celosa cuando se trata de mis cosas.

—¿Te gustaría quedarte con Dulcinea? —El corazón me da un vuelco—. No ahora, claro está. Cuando me jubile, en un par de años. —Trago saliva. Junto mis labios para sellarlos, porque no sé qué responder. Siento que, diga lo que diga, alguien saldrá herido. Él, yo o la librería—. Ya serás mayor de edad para entonces, ¿no? —asiento de manera automática—. Piénsalo. No tienes por qué decidirlo ahora.

Me cuestiono por qué no he recurrido antes a Daniel en busca de consejo. Quizá debería hablarle de la necesidad que siento de ponerme a dibujar todo el día, pero algo me frena. Si me pide que le enseñe mis bocetos, se va a abrir una brecha entre nosotros cuando me niegue a hacerlo. Aún no estoy preparada para compartir mi mundo interior con nadie. Le doy vueltas a lo de Dulcinea. No esperaba que Daniel abriera la puerta a una posibilidad así ni en un millón de años. ¿Yo, librera? La gente no me tomaría en serio con mi edad o mi aspecto, aunque... que le den a la gente.

Sé que el librero me tiene aprecio, pero ¿tanto? Quiero que la conversación regrese a Diego, así que hago de tripas corazón y me atrevo a formular la siguiente pregunta:

—¿Por qué no se lo ofreces a tu nieto?

El viejo suspira y sonríe con tristeza:

—Porque Diego tiene muchas virtudes, pero una de ellas no es la de ser valiente. —Hasta ahora, Daniel nunca había compartido conmigo una opinión tan rotunda sobre alguien.

—Pero... —¿Qué habrá querido decir con eso?

—Para llevar una librería en los tiempos que corren tienes que ser muy valiente, Xiaojing. Mucho.

—Ya, sobre todo...

—No se puede guiar o aconsejar a quien considera que no necesita ayuda. Él sabe cuál es mi parecer al respecto, así que no hay más que hablar —argumenta, confundiéndome más todavía.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos buscando nuestro camino. —Es lo primero que se me ocurre decir.

Espero que el anzuelo sirva para que se le suelte más la lengua, pero no tengo éxito. Daniel se sume en un extraño silencio. El momento, pasa. Me rasco el brazo, sin saber qué más hacer. ¿Me despido de él con un par de frases hechas? ¿Le pido que me cuente más? ¿Regreso mañana con una estrategia bien pensada para llegar hasta el fondo del asunto?

Tal vez debería hablar con Diego, aunque no quiero traicionar la confianza del librero o que se peleen por mi culpa.

—La pasión por los libros se tiene o no se tiene, no se puede comprar, vender, fingir o manipular —toma aire y me mira—. Verás, Xiaojing, hay dos amores en mi vida: mi mujer y Dulcinea. Ambas me dan muchos quebraderos de cabeza —ríe—, pero no se me ocurriría fallarles a ninguna. La fidelidad está de capa caída, y yo soy de la vieja escuela, pero... en fin, solo necesito asegurarme de que, si dejo de estar al mando, la librería gana con el cambio. No quiero que me eche en falta, ni que termine muriendo conmigo.

—Eso que dices es muy triste —digo, con el corazón en un puño—. Y... halagador.

Odiaría que Dulcinea cerrara sus puertas. No me la imagino sin Daniel tras el mostrador.

—Lo sé. Y soy consciente de que no es fácil remontar un negocio en horas bajas. Por eso esta señorita necesita sangre joven. —Acaricia con mimo la reja pintarrajeada por grafitis feos e ininteligibles—. Alguien con iniciativa, ganas e ideas frescas que pueda darle un lavado de cara para atraer a más clientes. Lo que decías de las redes sociales, o...

—Diego podría hacerlo. —Siento que debo defender a mi novio, aunque no esté convencida.

—Mi nieto acabaría aburrido y amargado si le dejo al frente de esto más de tres días seguidos. En cambio, tú... sé que tú lo harías fenomenal.

—¿De verdad? —Estoy sensible, afectada por lo sucedido antes.

Las emociones me manipulan, hacen conmigo lo que quieren. Las ganas de llorar se me agolpan tras los ojos. Después de Diego, Daniel es la segunda persona del mundo que cree en mí.

Alucino.

—Claro que sí. Y te diré algo más —Me pone una mano en el hombro. Su calor me traspasa la piel—: la vida suele tratarnos peor a los que nos removemos con el arte porque sentimos con más intensidad. Lo bueno y lo malo —hace una pequeña pausa—. Contemplar un buen cuadro, leer un buen libro, vibrar con una buena canción... así nutrimos nuestro vasto interior. En cambio, otros necesitan experiencias fuertes, normalmente bastante más caras, para sentir lo mismo. ¿Sabes de lo que te hablo? —Niego con la cabeza—. No somos conformistas, pero hallamos la felicidad en cualquier parte si nos dejan.

Daniel me mira con intensidad durante varios segundos. No pestañea. Me hace un escáner que consigue ver el fondo de mi alma. Solo me incomodo al final. Aparto la mirada.

—¿Cómo sabré dónde buscarla? Me refiero a... la felicidad —pregunto con un hilo de voz.

—Eres una de las personas más inteligentes que ha pisado Dulcinea. Seguro que lo logras —

replica, sin arrojar luz a mis dudas.

Asiento de nuevo mientras trato de asimilar toda esa información que me acaba de dar. ¿Qué se supone que debo hacer con ella?

—Gracias por la charla —digo, tras otro largo silencio.

—Al contrario, Xiaojing. Gracias a ti. —Su tono de voz, de pronto, es mucho más apacible y se parece al que normalmente utiliza cuando quiere cerrar una venta—. Me encanta que te lleves tan bien con Diego. Es buen chaval, en el fondo. Seguro que si alguien puede meterlo en cintura, esa eres tú.

Me río, aunque solo a medias. La sensación de que sus palabras encierran mucho más de lo que parece me zumba en los oídos.

—Abuelo, deja de decir esas cosas a mi chica.

Daniel y yo nos giramos a la vez. Diego se acerca a mí. Alza la mano, se lo piensa mejor y la deja sobre mi cintura.

Yo intento actuar con normalidad

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —le pregunto al recordar que no llevo el teléfono encima.

—Te conozco —junta el pulgar y el índice de su mano derecha—, solo un poquito. Abuelo, nos vamos.

—Adiós, tortolitos. ¡Pasáoslo bien! —Daniel se pone serio y me mira solo a mí—. Xiaojing, piensa en lo que te he dicho.

Asiento por enésima vez. Los dedos de Diego se ciernen en torno a mi brazo y tira de mí. Nos alejamos de Dulcinea y de Daniel en dirección este, hacia el río. Madrid comienza a despertar de su letargo ahora que el calor da una tregua. Los mosquitos, por desgracia, también lo hacen.

Seguro que el Manzanares está más seco que vivo.

Caminamos sin hablar, sumido cada uno en un silencio diferente. El mío es taciturno, reposado solo en apariencia. El del chico que me gusta, en cambio, es de estos que aparecen tras darles muchas vueltas a las cosas y no haber arribado a ningún punto en concreto.

—¿Qué tienes que pensarte? —inquiere.

—¿Mmm?

—Lo que te decía mi abuelo antes.

—Ah, nada —muevo la mano libre en el aire—. Cosas nuestras.

Diego me aprieta, quizá con la esperanza de que diga algo más, pero mis labios están sellados.

—Hablando de cosas nuestras... —Se detiene, obligándome a hacerlo a la vez—. Tenemos que seguir con nuestro *challenge*.

—¡Cierto! —Me quedo hipnotizada por lo increíblemente guapo que está bajo la luz de las farolas—. Mañana o pasado podríamos quedar en la librería y...

—No me refería a ese *challenge*, sino a ese otro que te debía... —me interrumpe, con una sonrisa ladeada.

Se lanza a mi cuello y lo besa. Lo muerde. Río, me revuelvo, los escalofríos me erizan la piel. Diego me alza en volandas y damos tres vueltas mientras grito como una loca. Es la típica escena sacada de una película romántica cualquiera. La gente pasa a nuestro lado sin mirarnos.

Es como si nada les importase, como si ya lo hubiesen visto todo en esta gran ciudad que te atrapa, te escupe y te quita la capacidad de asombro.

Como si supieran antes que Diego y que yo acerca de esa realidad demasiado obvia que flota alrededor.

Y es que, a pesar de la escena, lo nuestro nunca sería como en las películas.

Capítulo 42

—¿Sabes lo que ha pasado? ¿Por qué de repente todos... desaparecieron?

Sus ojos me observan sin pestañear mientras mastico un puñado de regalices. Ahora que ya no estoy sola del todo, quizá debería refinar de nuevo mis modales, pero... mañana.

Hoy no me apetece.

—Ni idea.

Respondo despreocupada, incluso con cierto retintín en la voz. Cualquiera diría que me da igual, aunque no es cierto. En absoluto. Me he hecho esas dos preguntas miles de veces cada día desde que desperté sola. Hubo un punto en que temí volverme loca por no entender mi nueva realidad. Las teorías, cada vez más estrambóticas, me hacían daño. Por eso dejé de cuestionarme las cosas. Comencé a aceptar la cruda realidad. Y casi me destruyo en el intento.

Pero él no tiene por qué saberlo. Ya no me conoce.

Perdió el derecho a verme tal y como soy hace mucho, mucho tiempo.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir.

—Seguir... ¿en plan?

—Mi camino.

—¿Qué camino? —suspiro, cansada de ese interrogatorio que no va a ninguna parte. Pongo los ojos en blanco y me alejo de él, pero su voz me persigue —: Te he hecho una pregunta, Xiaojing.

—A ti te lo voy a contar —mascullo.

Le lanzo una mirada asesina por encima del hombro. Veo cómo niega con la cabeza. Coloca sus manos en su cintura. El sol le da de lleno y le molesta, pero no se protege los ojos. Por eso brillan con un fulgor especial, a pesar de que el cabreo los apague.

—¿Has visto a alguien más?

—No.

—¿A nadie? —suspira—. Yo tampoco, pero creo que debemos pensar en algo —frunzo el ceño y espero a que continúe—, en plan, para descartar que estamos... solos.

Doy media vuelta, lo encaro con altiveza y le lanzo una ofensiva hecha de palabras

envenenadas:

—Ya te lo he dicho, no hay nadie.

—¿Seguro?

—Y te aconsejo que dejes de utilizar la primera persona del plural —bufo.

—Pero juntos...

—De «juntos» nada. Paso de ti.

Me siento realmente poderosa cuando pierdo de vista a Diego. ¡Qué le den! He sobrevivido meses sola, puedo continuar sola. No quiero que me detenga. Huyo de él, de su voz, de los recuerdos. De pronto, la frondosidad del paisaje que me rodea secuestra cada uno de mis sentidos. Se trata de un espejismo, porque sigo en Madrid, pero cuando todo es verde alrededor una falsa sensación de irrealidad puede transportarte a una especie de bosque encantado.

Sacudo la cabeza y aprieto el paso. Tal vez esos regalices estaban más caducados de lo que pensaba. Corro hasta la calle de Irún. Una vez piso asfalto, me detengo. Madrid regresa en su máximo esplendor, como esa amiga fiel que siempre está dispuesta a esperarte.

El flato se me agarra a las costillas, mordiéndome. Aunque suene contradictorio, también siento que puedo respirar de nuevo. Pronto anochecerá. Para cuando llegue el momento, pretendo estar en casa y cenar algo decente a la luz de las velas, con un libro entre las manos. Emprendo la vuelta a casa acompañada por mis rayadas. No me dejan en paz. Me persiguen como si fuesen una extensión de la sombra, alargada y fina, que se mueve conmigo a lo largo del trayecto. Me niego a preguntarme cómo ha llegado Diego hasta aquí, qué ha sido de él todo este tiempo, por qué no se ha esfumado con los demás y qué significa su presencia en Madrid. Espero que no pretenda quedarse aquí.

La ciudad no es lo suficientemente grande para los dos.

Retiro eso. En el fondo, la soledad es muy jodida. Si tengo que joderme y pasar algún que otro rato con mi ex, quizá debería planteármelo. Quizá debería ir haciéndome a la idea de que voy a compartir cosas con él. Como antes.

Pero ya no somos los mismos. Ya nada es igual.

No recuerdo nada del trayecto a casa, así de profundo puede ser mi ensimismamiento. Llego a calle de Cerro Bermejo. Aprovecho que aún queda un resquicio de luz para alimentar a mis amigos felinos. Diva, Caramelo, Miley, algunos nuevos. Diego en su versión gatuna no aparece. Me pregunto qué habrá sido de él.

—Xiaojing...

Pego un respingo. El corazón me da un vuelco antes de que mi cerebro recuerde que se trata de Diego. Que está aquí. Camina cabizbajo, con las manos en los bolsillos, parece nervioso. Mierda, me conoce lo suficiente como para adelantarse a mis movimientos. Para colmo, los recuerdos me estallan en la puta cabeza, otra vez.

Por eso me enfado. Y porque, aunque resulte extraño, necesito estar sola más que nunca.

—Tú y yo rompimos, ¿recuerdas?

El corazón me late tan rápido que me aguijonea el pecho. Él evita mirarme, pero se detiene frente a mí y alza las manos en señal de rendición.

—¿Eso significa que jamás vas a dirigirme la palabra?

Chasqueo la lengua. Me centro en los mininos. Ya no me necesitan, así que paso por su lado, busco la llave y accedo a mi portal. Diego me sigue.

—¿Fuiste tú el que la lio en Ciudad Universitaria?

Subimos las escaleras. El eco de nuestras pisadas rivaliza con nuestras voces.

—Estaba intentando calentarme y...

—¿Calentarte? ¿En primavera?

Me detengo en mi rellano. Diego se toma su tiempo antes de responder:

—Estamos en verano.

—¿En serio? —No puedo evitar sorprenderme

—Sí.

—Pues con más motivo. ¿Y por qué te metiste en una facultad que jamás has pisado? —Se encoge de hombros—. ¿Por qué no fuiste... —suspiro—, no sé, a otra parte?

—Es una larga historia.

Diego no quiere hablar de ello y a mí me apetece tocarle un poco las narices. Abro la puerta de mi casa. Lo miro fijamente mientras decido si dejarle entrar o no.

—Ya me la contarás —dictamino. Sostengo la hoja durante un rato corto. Me canso, así que le pregunto sin mucho miramiento—: ¿Pasas o no?

Diego acorta la distancia y se mete en mi casa. Es la primera vez que está aquí. Jamás imaginé a mi ex dentro del espacio que compartía con mis padres. Lo observa todo callado, tal vez en señal de respeto. No le pienso hacer un *tour*. Me quito los zapatos como antes de que todo se fuera al carajo. Es una cosa cultural, que llevo metida en las venas como el ADN. Mi invitado no hace lo propio. Paso de decirle nada. Le dejo en el pasillo mientras enfilo en dirección a la cocina y saco un par de latas de un cajón.

—Como comprenderás, no esperaba visita. —Todo está hecho un desaste. Antes me hubiese muerto de vergüenza. Ahora me da bastante igual.

Si mi madre lo viera... la que hubiese desaparecido sería yo. Me he vuelto mucho más práctica que la antigua Xiaojing, esa que conoció antes de que el mundo se fuese a la mierda, y eso significa que no invierto tiempo en tareas que no aportan gran cosa. Una espesa capa de polvo se acumula sobre cada objeto. La ropa lleva siglos sin guardarse en el armario. La cocina parece un campo de batalla. No limpio, friego lo justo y lavo cuando me acuerdo. El caos y alguna plaga están a punto de abalanzarse sobre mi casa, pero la verdad es lo último que me preocupa ahora mismo.

—A ver, ¿prefieres berberechos o sardinas? De postre tenemos melocotón en almíbar.

Sostengo una lata en cada mano. Bajo los brazos al no obtener respuesta. Diego me mira de arriba abajo y no como antes, sino como si fuese un científico y yo, una criatura objeto de estudio.

—Estás muy delgada —apunta, al final de un largo silencio.

Su aspecto también deja que desear, pero no voy a entrar al trapo. Abro las dos latas y las coloco sobre la mesa. A continuación, saco una botella de plástico que contiene un líquido transparente de la inservible nevera.

—De beber solo hay una opción.

—Espera, que te ayudo. —Tras varios intentos, localiza el armario donde se guardan los vasos y pone uno bajo el grifo—. Oye, ¿qué pasa?

—Que no hay agua corriente, capitán Obvio —sonrío sin ganas. Tomo aire y alzo las cejas—. Al principio sí, pero a los pocos días ya no funcionaba.

—Tendrías que haber dejado una llave siempre abierta —murmura, pero como si se lo estuviese diciendo a sí mismo.

No entiendo a qué se refiere, pero ya es tarde, así que no importa. Dos tenedores, dos platos y dos servilletas más tarde, me siento. Espero a que Diego haga lo mismo. El olor de la comida provoca que mi estómago gruña con urgencia. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento.

Me abalanzo sobre las latas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Andando.

—¿Qué? —Mi impresión es tan fuerte que dejo de masticar—. ¿Desde tan lejos?

—Bueno, parte del camino —confiesa—. La otra parte la hice en coche, hasta que se me acabó la gasolina en algún lugar del norte de Francia. Los surtidores no funcionaban.

Bajo el tenedor. Lo apoyo sobre la servilleta, que queda de inmediato impregnada de un cerco color naranja. La mancha se expande, como las malas hierbas en mi conciencia. Ojalá se extendieran también a mi memoria.

Antes, no quería olvidar su sonrisa.

Ahora, anhelo borrar todo lo que fui con él.

—¿Te has sacado el carnet?

Me arrepiento de haber lanzado la pregunta al instante.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses.

Es evidente que llevamos mucho tiempo sin vernos y sin hablar. Él ha seguido con su vida mientras que yo rezumaba un dolor agrio por culpa de su ausencia.

La única página que he pasado ha sido la de mi cuaderno de dibujos.

—Allí, claro —deduzco. Diego asiente. Concluyo que lo más inteligente es cambiar de tema —. ¿Y durante todo este tiempo tampoco te has encontrado a nadie más?

—No. A nadie.

—Entonces, esto no solo ha pasado en Madrid... —Esa fue una de mis primeras teorías.

—No. ¿Y tú? ¿Has estado con... alguien?

La pregunta se puede interpretar de varias maneras. Medito sobre si sería buena idea replicar algo ambiguo para hacerme la interesante y fastidiar un poco.

Al final, el pasotismo gana.

—Solo tengo a mis gatos.

Diego bebe un poco de agua. Sonríe mientras traga.

—Yo me hice amigo de un perro. Era blanco y negro. Le puse nombre y todo: Mochito. Me acompañó durante bastantes kilómetros, hasta que le perdí la pista. Supongo que se fue detrás de una hembra.

—Es curioso que eso sea algo común al género masculino en todas las especies. —No me resisto a hacer el comentario.

Aparece un silencio que nos aleja aún más. Ahora que tengo a Diego aquí conmigo, tan cerca que podría tocarlo solo con estirar el brazo, quiero que se vaya a la otra puta esquina del mundo.

—¿Quieres más? —señalo una de las latas.

—Toda tuya.

Devoro los restos sin dar las gracias.

—¿Cómo has sabido llegar hasta aquí?

—Siguiendo los carteles.

—Obvio —entrecierro los ojos, aunque no sueno demasiado hostil—. Pero imagino que no es tan sencillo.

—Pues no. Nadie tiene mapas en la era de internet, ¿sabes? Pero me metí en una casa que...

Mi cerebro desconecta sin mi permiso. Cuanto menos sepa del Diego post ruptura, mejor, así que exagero un bostezo y echo la espalda hacia atrás. Pongo un pie sobre otra de las sillas. Es la

que solía usar mi madre. Trago saliva al recordar las pocas veces que nos sentamos los tres a comer aquí. Los horarios en la tienda eran demenciales. Mis padres llevaban una vida demasiado sacrificada que no merecía la pena. Al menos, bajo mi punto de vista de chica plátano.

Blanca por dentro, amarilla por fuera.

—Diego...

—¿Sí?

—Escucha, ya es tarde. Tengo cosas que hacer.

—¿Y? —Diego parpadea muy de prisa.

—Pues que te estoy pidiendo educadamente que te largues —dice la Chica Borde.

—¿No puedes dejar tus... quehaceres para mañana?

—No. —Me levanto, abro un cajón y le tiendo a Diego un objeto alargado—. Toma, ya me la devolverás.

—¿Una linterna?

—Madrid impresiona sin luces y de noche.

Diego no me mira, ni acepta mi ofrecimiento. Está quieto, serio y ensimismado.

—¿Me vas a echar?

—Ya nos veremos por ahí.

Un silencio espeso nos hace compañía.

—Oye, en estos meses... ¿no te ha dado por buscar a más gente? Quiero decir... —hace una pausa larga—. Si aquí no hay nadie, ¿por qué no te has ido?

Apoyo mis manos en el respaldo de mi silla. Lo miro de reojo mientras ordeno mis ideas.

—¡Claro que he intentado dar con más gente! —suspiro—. Pero con el paso de los días, me di cuenta de que estar sola es lo mejor.

Diego me mira de hito en hito.

—No lo dices en serio.

—¡Sí! —replico, molesta—. ¿Sabes por qué? Porque si eres una chica, no quieres tentar a la suerte.

—¿A qué te refieres?

—Nunca sabes a quién puedes encontrar, ni sus intenciones, ni...

Diego suelta una carcajada. Me sobresalto. Hace demasiado tiempo que no escucho una risa ajena y la de mi ex es bonita, melodiosa. Te contagia y te acaricia.

Me obligo a controlar las comisuras de mis labios para que permanezcan inmutables.

—Has visto demasiadas pelis de zombis.

—Los humanos pueden dar más miedo que los zombis.

Clava sus ojos en los míos. Joder, son impresionantes. Me retiro de ese duelo absurdo para atacar una mitad de melocotón en almíbar. El sabor dulce me explota en el paladar. La textura, pegajosa y suave, me arranca varios gemidos.

—Has hecho bien. Lo más sensato era no moverse de Madrid.

—Es mi casa —arqueo una ceja—, y por alguna razón, me ha tocado ser la última en abandonar la fiesta.

—Hasta que he llegado yo —sentencia, muy serio—. Ahora somos dos.

—Eso está por ver.

—Xiaojing...

Joder, lo que puede hacer mi nombre en sus labios. Por eso, me largo de la cocina sin decir palabra. Cierro la puerta de mi cuarto. Me echo en la cama.

No voy a poder dormir.

Capítulo 43

Me despierto con una sensación rara. Abro los ojos. Me pregunto dónde estoy, sobresaltada. Las pesadillas no han tenido nada que ver. Es un ruido seguido de otro y de otro más. Pasos en el cuarto de al lado. Jadeo con el corazón subido a la garganta. Me levanto tan rápido que me mareo. Llevo una mano a mi sien. La masajeo con una mueca de dolor mientras busco algo con lo que atacar o defenderme, según se vea.

Tengo la boca seca y el cuerpo electrizado. Cojo el libro más gordo y pesado de mi estantería: «Crimen y castigo», de Dostoievksi. El título le viene que ni pintado a la ocasión. Es todo un clásico, un eterno pendiente de seiscientas y pico páginas por lo menos. Se lo compré a Daniel porque llevaba al menos diez años abandonado en Dulcinea y me daba pena. Ahora, me alegro de habérmelo traído a casa.

Me sudan las palmas de las manos tanto que debo restregarlas en la camiseta antes de asir el picaporte. Abro sin hacer ruido. Avanzo descalza por el pasillo. Agudizo el oído y me quedo quieta.

Hay alguien en el salón.

En el último momento decido pasar por la cocina y armarme mejor con un cuchillo. Dejo el libro sobre la mesa que no limpié ayer. Estoy muerta de miedo, pero no pienso en nada. Mi prioridad es actuar. Sobrevivir. No sé qué intenciones tiene el visitante, así que el factor sorpresa es clave.

Quiero creer que, si me veo en peligro, seré capaz de defenderme. Que no voy a quedarme paralizada.

No voy a permitir que me hagan daño.

Antes matar que morir.

Madrid se ha convertido en una jungla en la que no hay más reglas que las que marcan tus ganas de seguir viva.

Regreso al salón. Las persianas están echadas, las cortinas impiden que penetre la luz. Una sombra alta se funde con penumbra al lado del sofá. Por un momento me convenzo de que se trata de un aparecido, o de un producto de mi imaginación.

—¡Buenos días!

Suelto un chillido. El cuchillo se me cae al suelo. Comienzo a temblar como una hoja, o tal vez lleve así un buen rato.

—Joder, ¡me has dado un susto de muerte!

Suelta una carcajada. Se acerca a mí y le da una patada al arma. Rebota en el rodapié y se pierde bajo la mesa. El muy imbécil me mira con una sonrisa juguetona en los labios y se encoge de hombros.

—Por si acaso —levanta un poco la persiana—. ¿Pensabas atacarme con eso?

—¡Me cago en tu vida!

Otra risa. El cabreo me trepa por el pecho, infecta mis pulmones y me obliga a respirar muy de prisa. No me pasa desapercibido el repaso que me hacen esos ojos que miran con hambre. Estoy en bragas y camiseta sin mangas. No llevo sujetador.

Mierda.

—¿Qué hacías paseando por el salón?

—No paseaba. Curioseaba. —Odio cuando se pone técnico—. ¿Te habías olvidado de que estaba aquí?

Le hace gracia mi falta de elocuencia. Tiene razón: no me acordaba de que ayer lo dejé plantado en la cocina y me metí a mi habitación.

—¿Por qué no te largaste?

—¿Adónde voy a ir? —Da énfasis a su pregunta estirando los brazos.

—¡Yo qué sé! Tendría que haberte echado como a un perro —mascullo.

—No serías capaz.

—¿Quieres probar?

Recupero el cuchillo. Lo llevo a la cocina y lo lanzo de mala leche al fregadero. Resoplo. Intento tranquilizarme mientras bebo un vaso de agua. Las manos me tiemblan aún.

—Oye, Xiaojing... —miro por encima de mi hombro y ahí está.

Me doy cuenta de que, en esta pose, con el culo un poco en pompa y la espalda arqueada, quizá esté mandando el mensaje equivocado. Me enderezo y salgo disparada a mi cuarto con las mejillas al rojo vivo. Me pongo ropa encima en tiempo récord.

Cuando vuelvo a la cocina, Diego ha colocado un surtido de bollería industrial sobre la mesa, tras retirar los restos de la cena de ayer.

Todo un detalle.

—¿No estará caducado? —Señalo el desayuno con desprecio. No se lo voy a poner fácil.

—A lo mejor, pero de algo hay que morir, ¿no? —Saca el bizcocho de chocolate de su envoltorio y gimotea de manera exagerada—. Está buenísimo. ¡Prueba!

Lo miro durante varios segundos sin moverme. No acepto su ofrecimiento, puedo servirme sola. Tomo uno. Tiro del plástico hasta romperlo. Huele bien, mejor sabrá.

—¿De dónde los has sacado? —le pregunto tras pegar el primer mordisco.

—Yo también tengo mis recursos.

Cierro los ojos. El dulce me pirra, sobre todo desde que me quedé sola. Mastico un poco más. Está duro, pero sabe a chocolate blanco y a frambuesa. Nada mal.

Diego me mira. Parece intrigado, o algo así. No sé en qué piensa, pero voy a fingir que no me importa.

—Ayer quería darte una cosa —anuncia, al cabo de un rato—. Pero no me atreví porque... —baja la cabeza—, porque, bueno, estabas un poco... a la defensiva y...

—¿Qué te hace pensar que hoy va a ser diferente? —le pregunto, interrumpiéndolo.

—Pues mañana.

—Mañana te repetiré lo mismo.

—Ya veo —dice, sin acritud—. Espero ablandarte un poquito ahora. En son de paz, y todo eso...

—Diego, que no quiero nada tuyo.

Pero no me hace caso. Se dirige al salón. Por alguna razón, voy tras él mientras me lleno la boca de otro pequeño bizcocho. Limón, esta vez. Ojalá hubiese leche disponible para acompañarlo. Lo veo agacharse al lado de una mochila raída y sucia, de un color indefinible. Frunzo el ceño. Trato de hacer memoria. Ayer no me fijé en que la llevaba a la espalda, así de insidiosa soy cuando me niego a ver algo.

O a alguien.

—Toma.

Me tiende un cuaderno de dibujo. Es bastante chulo. Y parece caro, aunque eso ya no tiene importancia porque el dinero está igual de extinto que los dinosaurios y su significado, también.

—Ya no pinto con lápices.

—Lo tuyo ahora es el graffiti, lo sé, pero así podrás seguir con lo de antes.

—No tengo ningún interés en lo de antes.

—Vas a acabar metida en un lío si destrozas la pared equivocada.

Fuerzo una risa. Lanzo el cuaderno al sofá. Me cruzo de brazos y le fulmino con la mirada:

—¡Como si hubiera alguien ahí que se fuese a quejar!

—Ya, pero son monumentos, Xiaojing.

—¿Y?

—Pues que...

—¡Paso de que me juzgues!

—No lo hago, pero sabes que no está bien.

—Dijiste que no se me daba nada mal.

—¡Estabas a punto de pintar el puto templo cuando te encontré!

Hemos ido subiendo el tono de la discusión hasta que mi silencio nos hace caer en picado. Bajo la mirada. Los ojos se me empañan. Siento que algo me estruja el corazón. Creo que es mi conciencia. Ya no es «nuestro templo». Ni siquiera «el templo de Debod». Ahora solo es «el puto templo».

Vaya. Con razón dicen que la distancia es el olvido.

Ese detalle es lo que me impulsa a hablar, pero lo hago para mí misma:

—No pensaba hacer una pintada ahí, ¿sabes?

—Entonces, ¿qué hacías con un bote a diez centímetros de la pared?

—Me dio un venazo, ¿vale?

—Un venazo.

—Pues sí.

—Ya.

Suspiramos a la vez. Sigo yo:

—Hay días en que todo se te echa encima. Ayer fue uno de ellos. Así funciono, Diego. Pinto porque me renta. Y para recordar. También pinto para olvidar, aunque suene estúpido. Pinto para contar una historia. Mi historia. Pero, sobre todo, pinto para seguir adelante en esta mierda que nos ha tocado vivir.

Las palabras están conectadas a un hilo invisible que las mantiene unidas, por eso no me he trabado. Estoy orgullosa de lo que he dicho y también de cómo lo he dicho. Ojalá siempre tuviera claros mis sentimientos porque la niebla que a veces los oculta es muy jodida de disipar.

El problema es que no sé qué mecanismos se han activado para que esto suceda. Creo que han sido mis ganas de librarme de la culpabilidad. Joder, Diego tiene razón: es una obra de más de dos mil años de antigüedad y he estado a punto de cargármela.

—Ya sé que es una mierda. —Me sobresalto cuando me toca. No quiero que se tome esas confianzas, pero no puedo librarme del poderoso influjo que supone tener los dedos de Diego sobre mi piel—. Ahora todo va a mejorar. Estamos juntos, ¿recuerdas?

Me zafo de su consuelo. No estamos juntos. Ni ahora, ni antes. No al menos de verdad. Agacho aún más la cabeza. Una lágrima cae al suelo. La miro. Forma un círculo perfecto. Me pregunto si la tristeza tiene esa forma porque es cíclica.

Siempre vuelve.

—El único sitio que no voy a tocar jamás aparte del templo es Dulcinea —le confieso.

—¿Por qué?

Sonrío. Diego ha caído en la trampa.

—Porque la librería estaba ahí antes de conocerte.

—Xiaojing —su voz está colmada de paciencia—, yo también las he pasado putas, ¿sabes? ¿Crees que no estoy sufriendo ahora? —insiste, tras un silencio largo por mi parte.

Me abandonó. Se supone que me quería y me abandonó. Luego, el resto. ¿Tan difícil es que me pida perdón? No lo quiero, pero sería un comienzo. Tampoco acepto ninguno de sus regalos. Parece que solo sabe disculparse con lo material.

Es irónico que ahora tengamos todo al alcance, menos lo que verdaderamente importa.

Los recuerdos me sepultan en una agridulce tonelada de instantes que pasan por mi cabeza a toda velocidad. Abro la boca, dispuesta a añadir que quemé la preciosa edición especial de «Cumbres borrascosas» que me regaló. Pero no. Tampoco voy a mencionar que siempre llevo encima «Orgullo y prejuicio» porque me lo dio Daniel.

Diego va a a la cocina y trastea por ahí. Yo me quedo en el salón y me engaño durante un segundo pensando que estoy a salvo de él y de sus recuerdos.

¿Por qué, de las miles de millones de personas que existían en este planeta, ha tenido que quedar vivo él?

—Tengo noticias —me informa su voz desde el pasillo—. Buenas noticias.

—Dispara —digo, sin entusiasmo.

—¿Y si te digo que podríamos tener electricidad?

—En tus sueños.

—¡No! En algunas casas hay paneles solares instalados en el tejado. Funcionan. ¡Lo he comprobado! Podríamos colarnos allí y... ¡no sé! Hacer cubitos de hielo, o poner el aire acondicionado, o...

—Otro día, quizá —digo, desanimada.

Me alegra que Diego no toque más el pasado y sus consecuencias en el presente, pero también me decepciona que no lo haga. Sigue siendo tan cobarde como antes de que el mundo se fuera al carajo. Se sienta a mi lado, tan cerca que nuestras piernas se tocan. Me aparto. Mi orgullo prevalece por encima de todo lo demás. La Chica Borde está de vuelta, dispuesta a ser más implacable que nunca.

—La semana pasada fue tu cumpleaños.

Ahogo un jadeo. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo una cuenta de los días.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Casi sonrío.

Giro la cabeza. Diego ya está mirándome. La calidez que transmite su mirada me enfurece.

—Me alegro muchísimo de haberte encontrado —confiesa entre susurros.

Bajo la cabeza. Aprieto los dientes. Está guapo, muy guapo con esta luz. Sus ojos brillan como si fuesen luciérnagas diurnas y su barba... sí, tendría que haberse dejado esa barba antes. No quiero admitir cuánto me sigue gustando.

Y prefiero que me salgan almorranas antes que decir algo de esto en voz alta.

—Oye, Xiaojing...

—¿Qué?

—Que somos las dos únicas personas que quedan en todo Madrid. Probablemente estemos solos mucho, mucho tiempo. Eso, en el mejor de los casos.

—Capitán Obvio ataca de nuevo...

—Necesito que en algún momento bajes la guardia. En plan... no tiene por qué ser hoy, pero sí algún día. —Se levanta, pone las manos en las caderas. Me mira de soslayo—. Prométeme que lo intentarás.

—No puedo, Diego —me pongo en pie yo también.

—¿Por qué?

—Necesito estar sola.

—¡Llevas sola casi cuatro meses!

Abro la boca, sorprendida por el dato. Intento asimilarlo, pero me cuesta hacerme a la idea. Cuatro es un número que se asocia a la mala fortuna. Se escribe muy parecido a la palabra «muerte». Por eso, en mi país no suele aparecer en matrículas, teléfonos, direcciones e incluso carnets de identidad. Hago un cálculo rápido y son ciento veinte días. Eso me da todavía más vértigo. He sobrevivido todo ese tiempo sin volverme loca. ¿Dónde está mi medalla? Desde luego, no tantos habrían soportado esto.

Cojo las llaves, abro la puerta y me largo escaleras abajo sin cerrar.

Sin esperar a que Diego venga detrás de mí e intente detenerme.

No lo hace.

Y lo agradezco.

Capítulo 44

Antes de quedarme sola

hola
qué tal ¿?
te han dado ya las notas?? Sabes algo ?
eoooo
te echo de menos
solo un poquito, no te creas
Diego!! Estás ahí ?
hola¿?
espero que tus padres no te hayan castigado por haber sacado un 13,99 en lugar de un 14 xD

Tiro el teléfono sobre la cama después de teclear esa frase tan estúpida. Suelto un hondo suspiro y cierro los ojos. Tengo unas ganas de llorar absurdas. Me debato entre borrar lo anterior o dejarlo estar. Al final decido que lo mejor es fingir que en realidad no me importa tanto su silencio.

Como si no doliera.

Una nube de incertidumbre me impide pensar con claridad. La razón y el corazón rara vez se ponen de acuerdo. Esgrimo mil teorías mientras intento pintar. No me sale nada. El grifo de la inspiración se corta con tanta facilidad que me asusta no ser capaz de crear algo medianamente decente.

No entiendo a Diego. Llevamos casi una semana sin hablar. Ni siquiera por WhatsApp.

hola tia

Susana: ey!

que tal?

Susana: pos aki...

estas con Adri?

Susana: puede x???

dile que si sabe algo de Diego xfa

Susana: ok
Susana: que ni idea tia
Susana: y eso? Ke ha pachao??

yo q se! :(
xfi si lo ves me dices va?

Susana: oki
Susana: t vienes a dar una vuelta luego?
Susana: es mi ultimo dia en Madrid
Susana: q ganas de vacasssss... pero mazo!!

Quizá debería salir a buscar a Diego mientras finjo estar pasándomelo bien. O tal vez podría darme una vuelta hasta su casa como quien no quiere la cosa. No quiero ser una de esas novias acosadoras y celosas que monitorea a su chico, pero me preocupa su actitud. Diego no debería estar cabreado conmigo y, además, él nunca se enfada.

Se me acaban los motivos que justifiquen su comportamiento.

Accedo a Instagram y me meto en su perfil. Sonrío con tristeza al ver lo guapo que sale en sus fotos. Estuvo conectado hace cinco horas, de madrugada. Tuerzo el gesto. ¿Por qué no me ha respondido los mensajes que le envié? Hace tiempo que no sube nada nuevo. Tampoco veo actividad en sus historias, ni le etiquetan en ninguna sus amigos. Tres cuartos de lo mismo sucede en TikTok.

Es como si, después de los exámenes, Diego se hubiese desvanecido.

na tia pasalo bien con Adri que no quiero ser una sujetavelas

Susana: andaaaa

no me renta

Susana: tiaaaaaa

nos vemos cuando vuelvas. haz muchas fotos!!!

Susana: ya t contareeeee

Accedo a Spotify para poner mi lista de reproducción favorita, titulada simplemente «Miley». *Malibu* me sacude la melancolía y me obliga a levantarme de la cama. Tarareo la letra mientras me arreglo sin demasiadas ganas. Tengo un plan y, aunque después salga mal, es mejor eso que quedarme aquí lamentándome, ¿no?

Salgo de casa media hora después. Miley Cyrus ahora me canta al oído *The Climb* y me convenzo de que Diego está esperándome detrás de la siguiente esquina con un ramo de flores, a punto de lanzarse a mis brazos. Pongo los ojos en blanco y sonrío por las chorradas que se le ocurren mi estúpida imaginación.

Llego a su portal. Siento una especie de palpitación en el pecho. Me quedo ahí parada un par de minutos antes de reunir valor. Parece fácil: pulsar el timbre y preguntar por él. Si contesta su madre, es muy probable que me quede paralizada. Recuerdo su mirada curiosa. A Diego y sus labios apretados cuando ella le pregunta por mí. Mi huida sin ropa interior. Mis lágrimas. Sus palabras. Nuestro abrazo.

Parpadeo varias veces para salir de la película en la que me he metido. El ansia por saber de Diego es más fuerte que mi timidez y mis neuras, así que pulso el botón. Tras una espera que me resulta eterna, repito el proceso. Nada.

No hay nadie en casa.

Menos mal que Miley sigue a mi lado para darme apoyo moral. Miro el reloj en mi móvil. La una de la tarde. Si me doy prisa, puedo llegar a Dulcinea antes de que Daniel eche el cierre y, con suerte, averiguar algo sobre Diego. Aprieto el paso. La de Tennessee ahora canta *Rose colored lenses*.

Tendría que haberlo interpretado como una señal. Ella siempre ha sido sincera conmigo a través de sus canciones.

Como si, de algún retorcido modo, supiera lo que me esperaba.

En menos de quince minutos estoy en la librería. Hace tanto calor que me duele la cabeza. La campanita anuncia mi llegada, así como mi agitada respiración.

—¡Hola! Perdón, pero estamos a punto de cerrar. —La voz del dueño se escucha amortiguada desde la trastienda.

—Daniel, ¡soy yo! —grito para que pueda escucharme.

No puedo evitar sonreír mientras me acerco al mostrador. Descanso mis manos sobre la madera. Se está bien aquí dentro. Dulcinea actúa como refugio en tantos sentidos que, por un mísero instante, me olvido de por qué he venido hasta aquí.

Distraigo la mente ojeando los títulos recién llegados. Al poco rato, el librero sale a mi encuentro.

—Xiaojing, ¿cómo estás?

—Bien.

—¡Qué calor hace, ¿eh?! —asiento—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No te entretengo, solo he venido a preguntarte si... has visto a Diego últimamente y... —La voz se me apaga hasta que muere en un susurro ronco.

Daniel me observa con los ojos entrecerrados. Se lleva una mano a los labios.

—No sabes nada, ¿verdad?

—¿Qué tengo que saber?

Su expresión cambia. La mía también, supongo. Atisbo un punto de enfado en su mandíbula tensa. Sé que no es conmigo, pero mi corazón no tarda en bombear una mezcla de desespero y angustia que se esparce por todo mi cuerpo.

—Este cabeza hueca debería ser el que te lo contara —murmura.

—¿Contarme el qué?

—Habla con él —insiste.

—¡Hace días que no me dirige la palabra! —exclamo.

—¿De verdad?

Asiento. Mi paciencia se evapora. Agoniza.

—Daniel, por favor, no me dejes así. Tengo que saberlo.

Se me quiebra la voz. Contengo las ganas de llorar como si me fuese la vida en ello. No pienso derrumbarme delante de él. Me enjugo el sudor de la frente, sorprendida al encontrarlo frío. Me siento mal, como si fuese a caer enferma. Algo no va bien y lo sé antes de que Daniel me mire con ojos tristes y se arranque a hablar.

Ojalá sirviera de algo colocar los brazos en posición defensiva, pero nada puede prepararte para el impacto emocional. Aunque lo veas venir. Aunque las señales lo griten. Aunque, en el fondo de tu corazón, lo intuyas.

Apoya los nudillos en el mostrador. Agacha la cabeza y, por fin, arranca a hablar:

—Mi yerno tiene familia en Alemania...

—Sí, eso lo sé —lo interrumpo con un hilo de voz.

—Después de muchos meses intentándolo, le ha conseguido un trabajo. Van a irse en un par de semanas.

—Oh.

—Él y mi hija han decidido que... —traga saliva—, que Diego estudie una ingeniería allí.

El corazón se me encoge hasta que adquiere el tamaño de un grano de arena. A continuación, explota en mil pedazos, como si fuese una supernova que muere en un espectáculo decadente.

—¿Qué?

Daniel coge aire y se lo lleva todo, porque a mí me falta.

—Lo siento, Xiaojing.

Capítulo 45

—Tengo otro regalo para ti.

—¿Otro más? —replico, con sarcasmo.

—Sí.

—¿Y si te digo que no lo quiero?

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás tan de prisa que me cruje el cuello. El sol me deslumbra. Abro los ojos. El cachito celeste que logro ver es de un color tan intenso que me inspira, aunque dudo que encontrara un tono que pudiese parecerse al de un cielo de verano en Madrid.

Eso, en otras circunstancias, bastaría para hacerme sonreír, pero Diego no para de atosigarme. En el fondo, creo que es su retorcida manera de pedirme perdón. Es bueno con los detalles, pero no con sus sentimientos. El chico de los ojos verdes es perfecto en las distancias cortas, en ratos sueltos. Pero, si pasas tiempo con él, te acabas dando cuenta de que solo te deja conocerlo en la superficie. Sus capas, su fondo, son un misterio tan profundo como el suelo del océano.

O como mi propio mundo interior.

Sé que solo ha venido a buscarme porque no queda nadie más. Si no, se habría quedado en Alemania. ¿Quién en su sano juicio regresaría al sitio donde dejó a un ex con quien terminó mal?

Pues eso.

—Ven a verlo.

Sus dedos se cierran en torno a mi muñeca. Me zafo de su agarre mediante un tirón brusco. Me muerdo la lengua para no mandarlo a la mierda. Al final, termino por murmurar unas cuantas frases insultantes en mandarín. Eso siempre me levanta el ánimo.

Luego, añado:

—Nuevo mundo, nuevas reglas. Todo está al alcance de quien quiera cogerlo —le recuerdo—. No me vas a comprar.

—No te intento comprar, Chica Borde. —Hacía demasiado tiempo que no me llamaba así—. He descubierto algo que te va a flipar y me gustaría enseñártelo.

—De verdad, Diego, no hace falta...

—Sí. Sí hace falta.

—No me renta.

—Sí. Te renta mazo.

Giro la cabeza para mirarlo. Me sorprende encontrarlo así de cerca. Sus pupilas son tan diminutas como dos cabezas de alfiler. El caleidoscopio que forman sus iris me hipnotiza. Cierro los ojos no sin antes fijarme en su sonrisa. Maldito Diego. Sabe cómo desarmarme. Tarda exactamente veintidós minutos en convencerme. No llevo la cuenta yo, sino él.

Bordeamos el río en dirección sur sin apenas hablarnos. Contemplo la circunvalación desnuda de coches. Hace tanto que me acostumbré a verla así que ya ni siquiera recuerdo el rumor que creaban las ruedas en movimiento sobre el asfalto.

—Cuánto ha cambiado esto —murmura.

Estoy de acuerdo, pero no me apetece darle conversación, así que permanezco callada mientras atravesamos Salón de Pinos. La quietud del paisaje es sobrecogedora para el recién llegado. Diego acaba de aprender que no es lo mismo encontrarte con la soledad en paisajes desconocidos que recibirla en tu propia casa.

Una hora después, el calor aprieta tanto que de manera inconsciente avanzamos de sombra en sombra. Estoy a punto de preguntar cuánto queda para llegar cuando Diego señala un punto en el horizonte.

—Ahí vamos.

—¿Al Plaza Río?

Asiente.

—¿Qué se nos ha perdido en ese centro comercial?

—Ahora lo verás.

—¿Y si no se puede entrar?

—¿Me lo dices tú, que eres la experta en supervivencia? —se ríe—. Ya nos las ingeniaremos.

Por fin llegamos a nuestro destino. Las puertas están cerradas, pero conseguimos romper uno de los cristales a base de fuerza bruta. Una vez dentro, saco mi linterna. Hay zonas en las que la visibilidad es buena y otras, pésima. El aire se ha vuelto irrespirable. A cambio, la temperatura nos concede una tregua.

—Ven, es por aquí.

Diego me guía muy seguro de la ruta que marca su GPS mental. Frunzo el ceño. La situación me resultaría divertida si no fuera porque apenas me fío de él.

Se detiene frente a una tienda cuya verja está medio echada.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Un asesino en serie que te hará pedacitos.

Niego con la cabeza y entro, decidida. Mi haz de luz artificial enseguida desvela el misterio.

—¡Vaya!

—¿Conocías este sitio?

Enfoco a Diego con la linterna a los ojos hasta que no le queda otra que cerrarlos y apartarse.

—Es evidente que no. Si no, ya lo habría saqueado.

Ante mí se yergue una estantería llena hasta arriba de botes de spray. Los hay de varios tamaños, marcas y modelos, todos los colores que pueda imaginar y más. Cojo uno, leo la etiqueta. Luego, otro. Los hay con distintos acabados.

Cuando quiero darme cuenta, estoy sonriendo.

—¡Bienvenida al paraíso del grafitero!

Suspiro hondo. Le miro, pero no puedo observarlo ya que la falta de visibilidad me impide leer su cara. No estoy segura de si deseo su compañía, aunque en cierto modo sea agradable.

Como el primer sorbo de agua cuando tienes mucha sed.

—Creí que no te gustaba que pintase monumentos.

Toma uno al azar, lo agita durante un buen rato. Luego, me lo entrega.

—He cambiado de opinión —susurra.

—¿Por qué?

Escucho su respiración por encima del silencio que se impone con una rotundidad aplastante. No me intimida, pero subo la guardia. Por si acaso.

—Prefiero ver en Madrid ese toque tuyo por todas partes a que sigas enfadada conmigo.

—¿Sabes que esto no va a...?

—Fui un idiota —me interrumpe—. Jamás debí meterme con tu... arte. Ha sido tu forma de sobrellevar tu soledad. Lo respeto. Además, ahora la ciudad está muy...

No termina la frase. Sonrío porque no pienso echarle un cable y me gusta verlo inseguro para variar. Me mira. Traga saliva. Ríe, nervioso. Le apunto con la linterna a la cara otra vez solo por joder. Me río. Abro mi mochila. La dejo en el suelo tras asegurarme de que mi ejemplar de «Orgullo y prejuicio» permanezca oculto.

Recuerdo entonces que me he quedado sin regalices. Debo ir a por más.

—Decías que hace poco fue mi cumpleaños, ¿verdad?

—Sí.

Sonrío otra vez. Recorro la estantería muy despacio, con los ojos puestos en las opciones disponibles. Selecciono cuidadosamente los botes en spray que voy a llevarme.

—Pues entonces, quiero una fiesta. Pero una buena. —Le pego un codazo amistoso justo debajo de las costillas—. Los dieciocho solo se cumplen una vez.

Sé que Diego trata de averiguar a dónde quiero ir a parar con este brusco giro en la conversación, pero no sigo ninguna estrategia. Solo me lo estoy pasando en grande y se nota. Soy como una gata que juega con un ratón antes de hincarle el diente.

—Sí, solo se cumplen una vez, como los treinta y seis. Y los sesenta y uno —giro la cabeza hacia su lado—. Vale, vale, Chica Borde, me parece una idea buenísima. Dame un par de días y la preparo.

—Te doy todo el tiempo que quieras —murmuro para mí, tras coger un bote de pintura azul celeste.

Capítulo 46

Antes de quedarme sola

Diego: hola
Diego: mi abuelo ya me ha dicho que lo sabes
Diego: lo siento por no despedirme
Diego: no se como hacerlo
Diego: si algun dia te apetece y no me odias, podemos llamarnos...o algo.
Diego: adios Xiaojing

Acerco mi cara a la almohada y grito. Grito de rabia que explota sin que nadie se entere. Este ritual se repite durante varios días. Solo así siento que lleno mi vacío. O que vacío esa tristeza que rebosa, aún no lo tengo claro. Las lágrimas empapan las sábanas, me hinchan los ojos y me irritan la piel. Apenas salgo de mi habitación. Mi madre cree que estoy enferma. Mi padre se traga esa excusa. Ninguno indaga más allá, cosa que agradezco.

Durante los episodios de calma, una densa paz me transporta a un letargo que no dura mucho. Algo desencadena otro llanto. Puede ser un lapicero sobre la mesa, una canción que se me viene a la cabeza o fragmentos de un recuerdo que no va a cicatrizar bien. Lo presiento. Diego es de esos que se te meten bajo la piel. Escurridizo como una serpiente, cobarde como el mayor de los traidores.

¿Cómo ha podido hacerme esto?

Cojo el móvil y paso de las notificaciones que me avisan de que Susana se preocupa por mí. Abro el chat con Diego y tecleo rabiosa una pregunta que me quema las puntas de los dedos temblorosos:

NI SIQUIERA VAS A DARME LA OPCIÓN DE INSULTARTE A LA PUTA CARA ???

No hay respuesta. Ni en el instante ni varios días después. Lo sabía. Sonrío, abatida, pero en lugar de caer de nuevo en el bucle del lamento infinito, le llamo. Las posibilidades de que atienda

el teléfono son mínimas, pero lo intento. Una y otra vez. ¿Qué pretendo con esto? Busco un premio de consolación: oír su voz una última vez. Será amarga y desagradable esta despedida que no podré olvidar.

Las lágrimas caen, mi respiración se agita. Un tono, dos tonos. Tres, cuatro, cinco.

—Xiaojing. Hola.

Suelto un quejido ronco. Estoy muy sorprendida, no soy capaz de hablar. Además, mi garganta está tan tensa que duele cuando pasa el aire arriba y abajo.

—¿De verdad quieres esto? —sollozo. Toda esa ira que antes borboteaba se evapora al instante. Los reproches ocupan la carcasa que late a la izquierda de mi pecho.

—Lo siento —dice, sin alterarse.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Toma aire. Lo expulsa poco a poco, por la nariz. Me lo imagino mientras se toca el pelo y camina rápido de un lado al otro de su habitación.

—Desde el principio.

Trago saliva. Respiro hondo. Debo controlarme, solo así continuaremos esta espiral de preguntas y respuestas que necesito para llenar los huecos que la razón no entiende.

El corazón es otra cosa.

—Escúchame bien, Diego. —Intento controlar el temblor de mi voz—. No me cuelgues.

—Vale.

Tomo aire. Apenas puedo hacer algo tan básico.

—Si me dices que te parece bien largarte a otro país y estudiar allí una ingeniería, no te lo voy a reprochar, pero tienes que asegurármelo. Tienes que hacer que me lo crea.

Pasan los segundos. No contesta. Flipo con mi abrupta serenidad. Pongo la espalda recta y carraspeo, como si fuera la chica más fuerte del mundo. Hay algo que me sostiene aun cuando estoy a punto de colapsar sobre mí misma. Quizá sea la rabia. O la sensación de que, en esta confrontación, ya he ganado, sea cual sea el resultado.

—Yo...

—¿Quieres esto?

—Xiaojing, no es tan fácil.

—Vale, así que vas a vivir a través de los deseos de tus padres. ¿Por qué eres tan cobarde?

Me acuerdo de las palabras de Daniel. Me muerdo la lengua para no repetir la definición tan cruda, pero al mismo tiempo tan precisa, que hizo su propio abuelo.

—No soy un cobarde, Xiaojing. Y lo siento. Lo siento muchísimo.

—Si solo dependiera de ti, ¿qué harías?

Suspira. El sonido que crea el aire al meterse en el auricular me eriza la piel.

—No quiero decepcionar a mis viejos.

—¿Por qué no vas a la uni aquí, en Madrid?

—No... no es viable.

—Podrías quedarte e ir a visitarlos, si es lo que te preocupa.

—No. Ya no se puede hacer nada.

—¿Y qué hay de nosotros?

Me da miedo que mis padres estén escuchando al otro lado de la puerta, pero ahora mismo me importa muy poco lo que no tenga que ver con esta maldita conversación.

—¿Con qué dinero me mantengo en Madrid?

—No sé... —Dirijo mi mirada hacia arriba, desesperada—. Ya se nos ocurrirá algo, Diego.

Podríamos pedirle ayuda a Daniel. O a mis padres. Seguro que conocen a alguien que necesite

contratar personal. Empiezo a pensar en alternativas sin darme cuenta de que él permanece callado.

—No quiero seguir cagándola.

—¡Por eso la cagas del todo conmigo!

—Tendría que habértelo dicho antes.

—Estos meses no han significado nada para ti. —No pregunto, afirmo—. Has estado jugando conmigo y yo... yo...

Yo le quería. Le quiero. Joder, estoy enamorada de él.

—Eso no es verdad.

—¿Que no es verdad? ¿Esperas que te crea después de lo que ha pasado?

—Xiaojing. —Odio que diga así mi nombre, en un tono condescendiente—. Yo querría seguir con esto, pero...

—Define esto —le corto, seca.

—Lo que tenemos, pero creo que no sería justo para ti. Nos separan muchos kilómetros. Apenas nos vamos a poder ver.

Muevo la cabeza arriba y abajo, aunque no pueda verme.

—Me has hecho mucho daño —murmuro.

—Lo sé y lo siento —repite—. Yo también lo voy a pasar muy mal.

—Ah, ¿sí?

—Te quiero.

Jamás imaginé que mi novio confesaría su amor de esta manera tan absurda y fría, justo cuando todo está a punto de desmoronarse y terminar.

—Tú nunca me has querido —afirmo con una rotundidad que me revienta—. Pero tampoco te quieres a ti mismo. ¿Sabes por qué? Porque si lo hicieras, serías un poco egoísta y pensarías en ti. Ni en tus padres, ni en mí, ni en encajar en el puto molde como tanto te empeñas.

—Ojalá fuese tan sencillo como tú lo pintas —murmura tras una larga pausa. Tengo la certeza de que sus silencios son la antesala de una nueva decepción—. Te recordaré siempre, Xiaojing. Espero que algún día me perdones. Si llega el día en que ya no me recuerdas con rencor, escríbeme. Cuéntame cómo te va. ¿Lo harás?

—No, Diego.

—Por favor, dime que lo harás.

Tengo la sensación de que arrastramos nuestras voces por el suelo. Por eso, juego con el silencio. Estiro la ausencia de palabras como si fuese un chicle. Me planteo colgarle el teléfono dejándolo con la intriga, pero justo antes de apretar el botón rojo, grito:

—¡No! ¡Nunca más volverás a saber de mí!

Tiro el teléfono contra la pared. Me abrazo a la almohada y me encojo hasta hacerme un ovillo. Me llevo la mano al pecho.

Duele.

Duele demasiado cuando el chico del que estás enamorada hasta las trancas te acaba de romper el jodido corazón.

Capítulo 47

—¿Estás lista?

—¡Un minuto!

Giro la cabeza y vuelvo a mirarme al espejo. Me echo un poco más de carmín en los labios. Esta barra roja de Chanel huele a lujo. Hablando de eso, el perfume de Gucci Bloom se convierte en mi nuevo favorito. Es afrutado, empalagoso y se hace notar.

Justo lo que busco.

Sacudo los hombros y sonrío ante esa versión de mí tan disfrazada, porque esta noche el tema principal es la farsa. Artificial como la tregua que le he declarado a Diego durante unas horas. Soy una actriz que improvisa. Una Cenicienta cuyo encantamiento se desvanecerá cuando a ella le salga de los ovarios. Una chica con la misión de pasarlo bien. Por un rato, quiero olvidar que no queda nadie ahí fuera. Solo Diego.

Pero confío en emborracharme tanto que me dé igual si es él o el mismísimo diablo.

Quiero sentirme especial y no porque él me haya preparado una cena de cumpleaños. Me he arreglado por primera vez en lo que parece siglos y lo he hecho para gustarme a mí. Salgo de la habitación. Bajo las escaleras. Me cuesta caminar sobre estos tacones, unos Louboutin de casi mil euros. Eso marcaba la etiqueta y no es lo único caro que llevo encima: completan mi atuendo varios anillos de oro, una gargantilla de diamantes, unos pendientes hechos de paladio y accesorios de piedras preciosas en el pelo.

Así, por encima, calculo que mi atuendo roza el medio millón de euros.

La impresión por lo que veo en la sala de estar me roba el aliento. Suena una suave música de violín. Hay velas encendidas por todas partes: en el suelo, sobre las estanterías vacías, en la repisa de la chimenea. Dos copas de vino y una botella de tinto abierta llaman mi atención. Cubiertos de plata para todos los gustos. Dos platos de fina porcelana. Me siento en esta silla de diseño. Paso las manos por el mantel. Seda, tan suave como el pétalo de una flor. Las servilletas, blancas e impolutas, jamás han sido usadas. Cada detalle está pensado al milímetro y lleva la firma de Diego Vázquez. Solo él es capaz de transportarte al interior de un sueño tan irreal como perfecto.

Escucho un carraspeo a mi espalda. Me giro y lo veo. Su sonrisa le roba el protagonismo a sus

ojos verdes, que parecen reflejar de una manera especial todas esas velas prendidas.

—Joder... —le oigo murmurar—. Levántate.

—¿Por qué?

—Quiero verte.

Hago lo que me pide. Se acerca hasta mí y yo, coqueta, doy una vuelta completa para sentir su mirada en cada centímetro de mi cuerpo. Un calor agradable trepa por mis piernas. Y un cosquilleo especial que nada tiene que ver con el amor me recorre el estómago.

—Estás preciosa —asegura con voz ronca.

Me aliso una arruga que detecto sobre el muslo. Nunca entendí por qué la gente estaba dispuesta a pagar cientos o incluso miles de euros por un trapito, hasta hoy. Nada es imposible si vas vestida de Dior. Es un diseño precioso en terciopelo negro, ajustado, con escote cuadrado y tirantes finos. Es lo que lucía el maniquí del escaparate. Antes de que el mundo se fuese al carajo no hubiese conseguido entrar en esta talla. Al final va a ser verdad eso que dijo Diego: estoy muy delgada, como una jodida modelo, aunque por desgracia la altura no acompaña.

Por eso, el bajo me roza los tobillos incluso con tacones. Sé que Diego no se fija en eso. Sus ojos sobre mí me impiden respirar. Me traen viejos recuerdos, como el mar, que todo lo devuelve. Un escalofrío se desliza por mis brazos desnudos. Tengo ganas de llorar y de echarme a reír a la vez. Puede que él mienta de vez en cuando, pero su expresión, no. Y me mira como si fuese lo más hermoso que hubiera visto nunca. Con una intensidad que me pone los pelos de punta.

Con un hambre que nada tiene que ver con las ganas de comer.

Joder, creo que me he pasado. No debería haberme esforzado tanto por impresionarlo, porque es obvio que lo he conseguido. Me cargo la tensión con una carcajada que silencia la bonita melodía que se escucha de fondo.

—Ahora me dirás que soy la tía más buenorra sobre la faz de la tierra.

Curva una de las comisuras de su boca hacia arriba.

—¿Sería mentira?

—No, pero también soy la más fea. Y la más...

—... maja, incluso cuando eres Chica Borde.

Sonreímos. Él tampoco está nada mal. Lleva puesto un traje que le queda espectacular. ¿Qué tío no gana vestido así? Se quita la chaqueta. Se toma su tiempo para colocarla con mimo sobre el respaldo de su silla. No lleva corbata. La camisa, de un blanco tan impoluto que ciega, parece hecha a medida. Y sus zapatos brillan mucho más que nuestro futuro. En cambio, su pelo sigue igual de rebelde que siempre.

Igual de largo e indomable.

Es su seña de identidad. El indicativo de que, a pesar de toda esta pantomima, el Diego que está ante mí es el mismo de siempre. No sé si eso me disgusta o me agrada. Mientras lo decido, me sirvo un poco de vino.

No quiero mirarlo, porque me pasaría horas haciéndolo.

—¿No vas a decir nada de mí?

—Te has afeitado.

—¿No te gusta?

—Te quedaba bien la barba.

—Ya crecerá —replica con una sonrisa—. ¿Más vino?

—Sí, por favor.

Mientras me lo sirve, entretengo mi atención en las velas, en el piano situado junto al sofá, en

el suelo de madera y en la pared de estuco. Creo que es estuco.

Es como estar en un hotel.

—¿Cómo encontraste este sitio?

—Cuando llegué me centré en las zonas más pijas de Madrid.

—¿Barrios como este?

—Eso es.

Entrecierro los ojos. Observo a mi ex a través del cristal transparente de mi copa.

—Espera —le interrumpo—. Has dicho «días». ¿Cuánto tiempo llevabas aquí antes de encontrarme?

Silencio. El violín de pronto se impone y entona una alegre melodía que contrasta con mi suspicacia.

—Una semana.

—¡Vaya! —bebo para encajar el dato.

—Me fijé en que el tejado de esta casa tenía placas solares —señala hacia arriba—, así que supuse que habría electricidad.

—Bingo —susurro.

Chico Listo. Muy listo. Yo, en cambio, he pasado cuatro meses en mi casa, en un barrio humilde, sin luz ni agua corriente. He dormido a la intemperie si la noche me pillaba lejos. Casi se me olvida lo que son las comodidades del siglo XXI.

Solo falta internet para que la burbuja en la que nos ha metido Diego sea jodidamente perfecta.

—Bañera de hidromasaje, piscina climatizada, aire acondicionado, calefacción, nevera con dos puertas...

—Solo funciona cuando hay luz.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Sin sol no hay energía.

—Bueno, ¡me conformo! —alzo la voz—. Esto es mucho mejor que... que no tener nada.

—Y te has olvidado del huerto.

—Qué pereza cuidarlo, ¿no?

—A mí me relaja —sonríe sin mostrar los dientes.

—Vale, pues de eso te encargas tú.

No responde, así que me giro para ver su cara. Está muy serio y no deja de mirarme.

—Deberíamos vivir aquí. En plan... para siempre.

—Diego...

—Hay varios dormitorios, así que ninguno tendría que dormir en el sofá.

—Primero vamos a ver cómo acaba la noche. —Mi tono de voz es frío, nada amable.

—Algo es algo —dice, sarcástico y bebe.

Yo también me llevo el vino a los labios. Joder, está tan bueno que me dan ganas de gemir. No tiene nada que ver con el que me sirvió aquel día en su casa.

—Nunca había estado en Arturo Soria —sorbo un poco más—. Salvo para ir a la embajada China.

—Podríamos ser compañeros de piso —insiste—. O algo así.

Miro hacia otro lado. No quiero acceder a su propuesta, pero tampoco rechazarla. Lo más sensato sería que buscase algo similar para mí. Un dúplex moderno y con fuente de energía inagotable mientras el sol calienta Madrid con sus rayos.

Sonrío, porque suena como el paraíso.

—Cuéntame la historia de la explosión en la facultad.

Diego traga saliva y pestañea muy lento. Solo con ver su cara imagino los engranajes de su mente funcionando a toda pastilla.

—Voy a traer la cena y te lo cuento, ¿vale?

Dejo que él se encargue de todo. Yo y mis tacones estamos mejor aquí. Recuerdo entonces la comida quemada en el horno. La pizza que Diego pidió después. No puedo evitar sonreír, aunque con tristeza. Me borro la curva de mis labios con un poco más de vino.

No sabe igual cuando tienes la edad legal para beberlo.

—Aquí está.

Enderezo la espalda al escuchar su voz. Se me antoja absurda la idea de cenar con él como si nada raro hubiese pasado entre nosotros, pero mis pensamientos quedan anulados en cuanto deja sobre la mesa un plato con tomates cortados en finas rodajas, unas aceitunas negras y un poco de lechuga. Todo aliñado con aceite de oliva.

—¿Una ensalada? —Abro los ojos, sorprendida.

—Con productos de nuestro huerto —dice y se aleja hacia la cocina.

¿Nuestro huerto? Arqueo una ceja.

—No queda nadie en Madrid, pero los tomates sobreviven.

—Estos eran los últimos.

—Como nosotros.

—Este calor es lo que tiene.

Regresa a la cocina. Antes de que vuelva me llega el olor de la pasta. Pone el plato delante de mí y me dejo conquistar por la salsa de tomate acompañada.

—También hay filetes en salsa.

—¡Joder! —exclamo—. ¡Te lo has currado de verdad! —río —. ¿De dónde has sacado todo esto?

Diego levanta el mentón con orgullo. Se coloca una mano en la barbilla y, con la otra, hace un gesto que barre la mesa en el aire.

—Dos palabras: camping gas. Y la despensa no está nada mal.

Me lanzo al ataque. Engullo todo sin apenas masticar. No solo tengo hambre, sino también ansias por meterme al cuerpo algo caliente que no provenga directamente de una lata.

Estos pequeños placeres que antes solíamos dar por sentados ahora son manjares, aunque mi adicción a los regalices rojos sigue ahí.

—¿Está bueno?

—Felicita al chef de mi parte.

—Así lo haré.

Niego con la cabeza mientras me muerdo una sonrisa. Este vestido es tan ajustado que me dará problemas en cuanto termine, pero no pienso en eso ahora. Los minutos pasan sin que nos demos cuenta. La música se repite, o quizá cambie la melodía. Ninguno le presta la atención que merece. El vino se acaba. Diego abre otra botella.

—Cuéntame esa historia, anda —le digo, tras acabar con todo lo que hay en mi plato.

—Vale, ¿la versión larga o la corta?

—La corta.

Mastica, traga y me mira a los ojos sin soltar el tenedor.

—Lo hice aposta.

—¿En serio?

—Sí. Elegí un edificio que no estuviese rodeado de otros para no liarla demasiado.

—Así que, mientras a mí me da por pintar, a ti te da por volar cosas por los aires...

Sonríe. Sus ojos fijos en los míos. Su expresión, una máscara.

—Quería hacer un... experimento.

—¿Para qué?

—Para ver quién se acercaba a investigar —dictamina—. Solo apareciste tú.

Ahogo un grito. Puede que el vino tenga algo que ver con mi exagerada reacción, pero Diego y su inteligencia consiguen atraparme, una vez más.

—¿Y no me dijiste nada?

Niega con la cabeza. Se inclina hacia delante. La luz de las velas juega a proyectar sombras en su cara.

—Te seguí.

—Eso da miedo.

—No quería asustarte, así que preferí esperar al momento adecuado para aparecer.

—Me asustaste.

—Y a mí cuando te vi a punto de hacerle eso al templo de Debod.

Alzo las cejas y bebo un poco más mientras digiero la información que me acaba de dar. No me sorprende que hiciera algo así. Diego es calculador, práctico y paciente, además de la persona más lista que haya conocido nunca.

—¿Qué hay de postre?

—Te va a encantar —sonríe.

—¿Regalices rojos?

—¿Qué?

—Nada, da igual.

Se lleva algunos platos vacíos. Agarro mi copa de vino para que no me la quite. Una vez sola, mi mirada se pierde en este paréntesis que Diego me concede. Hay algo ahí fuera, o arriba, más grande que nosotros, y está detrás de que nos hayamos vuelto a ver.

¿Qué posibilidades teníamos de coincidir de nuevo si el mundo se ha ido a la mierda? Pocas. Muy, muy pocas.

Cuando regresa, trae dos copas de champán llenas con lo que parece sorbete de limón.

—¿De dónde has sacado...? —chasqueo la lengua—. Olvídalo.

Le quito una y me la llevo a los labios. Ni líquido, ni sólido. Ni demasiado dulce, ni demasiado amargo. La cantidad justa de alcohol. Perfecto.

—¿Quieres más? —No hace falta que conteste. Me da la suya y se va a preparar una nueva ronda. Poco después, se sienta de nuevo en su silla—. Me alegro de que te guste.

—Está buenísimo —admito.

Bebo un poco más de vino. Supongo que será la falta de costumbre, pero aparte de un ligero mareo me siento mejor que nunca. No me extrañaría descubrir que mi silla flota en el aire. Esa sensación de ingravidez hace que me levante y camine. Cabeza alta, hombros atrás, consciente de que Diego no puede apartar la mirada de mí.

Estoy muy metida en mi papel. Solo falta que llueva para que la escena sea perfecta, pero estamos en Madrid, a principios de junio. Ya es de noche. Me pierdo en la oscuridad que parece comerse todo lo que se sitúa tras el ventanal que tengo frente a mí. Madrid sin alumbrado eléctrico es un agujero negro sin vida ni alma. Solo veo mi reflejo en el cristal. Me lo tengo bien subido, porque pasaría por una actriz de cine o por una modelo recién salida de la Fashion Week.

—¿Qué me dices, Xiaojing? —Pego un respingo al sentir a Diego tan cerca.

Giro la cabeza para mirarlo. Él tiene los ojos puestos en mis labios rojos. Su cálido aliento roza mi hombro desnudo.

—¿De qué hablas?

—De la comida, del vino, del champán...

—Todo está muy bueno, ya te lo he dicho.

La chica del reflejo se ríe. No sé si de mí o conmigo. Ambas aguardamos a que Diego mueva ficha, como si los tres estuviésemos jugando a una jodida partida de ajedrez.

—Ven a vivir conmigo —dice finalmente, en un tono que suena casi desesperado.

Sonrío como solo los borrachos saben hacerlo.

—Por eso has montado todo esto, ¿no?

—Es la fiesta de cumpleaños que pediste.

Doy media vuelta y señalo la mesa, dispuesta a improvisar un discurso que en realidad he ensayado mil veces desde que mi novio se largó.

—No hace falta, Diego. Podemos vivir en la misma ciudad, pasar días sin cruzarnos y... quedar de vez en cuando. Para follar, me refiero.

Se atraganta con el vino. Le doy unas palmaditas en la espalda al ritmo que marca el pretencioso violín.

—Xiaojing, no lo he hecho por eso.

—Ya lo sé.

—Yo... yo no...

—Quiero mi polvo de cumpleaños.

—¿Qué?

—A menos que tengas una novia esperando en Alemania, claro —me río yo sola.

Aprieta los dientes. Lo miro a los ojos sin cortarme un pelo, desafiante. Intento leer entre sus líneas y algo en su manera de fruncir los labios llama mi atención. Mi pose es desenfadada, pero, por dentro, comienzo a sentir una rabia que conozco bien. Caliente como la lava, se abre paso entre las grietas de un corazón que no sana, da igual el tiempo que pase.

—No he recorrido dos mil kilómetros para eso, te lo puedo asegurar.

—¿Y para qué, entonces?

—¡Ya te lo he dicho! Juntos somos mejores. Más fuertes.

Me separo de la ventana y de él. Me detengo frente al reproductor de música y lo apago. Está conectado a una batería solar que va a agotarse. El silencio se personifica antes de tiempo, como si fuese un invitado más a la fiesta.

—Deberías estar feliz.

—Ah, ¿sí?

—Aún no te he exigido todas esas explicaciones que me debes y de las que no quieres hablar —levanto las manos—. Tranquilo, que a mí tampoco me apetece sacar el tema. Lo nuestro está muerto y enterrado, así que solo te voy a pedir dos cosas —alzo el índice, escondo el resto de mis dedos—. La primera, que no me presiones para que haga lo que crees que más me conviene, porque no tienes ni idea. —Añado el dedo corazón—. Y la segunda, que te dejes de remilgos y me lleves al puto dormitorio de una vez.

—¿Te has vuelto loca? —Su respiración, agitada, mueve su pecho a toda velocidad.

—No. Solo tengo muy claras las cosas.

—Como siempre —me reprocha.

Su mirada, dura, se me clava en lo más profundo.

—¡Pues sí! ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada. Haz lo que quieras. No voy a obligarte.

—Exacto.

—Pero tú a mí tampoco —contraataca.

Me acerco a él sin dejar de mirarlo. Mis tacones repiquetean por el parqué. Escucho cómo traga saliva. Sus ojos se posan por distintas partes de mi cuerpo. Tímidos, miedosos, pero con una chispa capaz de prender las cenizas.

Intento besarle obedeciendo un impulso tonto incitada por el vino. Él se aparta. La frecuencia de mis latidos se dispara.

—¿En serio, Diego?

—Así, no.

—¿Y cómo entonces? —Si lloro voy a joder el maquillaje, así que intento controlarme para que mi maldito orgullo no salga herido—. ¿Con sentimientos de por medio? Eso ya lo probamos y no funcionó. —Hago una pausa, tomo una bocanada de aire. El alcohol me alienta a hablar sin tapujos, con un hilo de voz—. Ahora que tengo más que superado lo que pasó entre nosotros, solo quiero usarte como tú me usaste a mí.

—Eso ha sido cruel —mira hacia otro lado—. Y además, no es cierto.

—Claro que es cierto —escupo—. Al fin y al cabo, eres el único tío que queda en Madrid y a mi *dildo* se le han acabado las pilas.

Río como si me hiciera gracia. Como si, por dentro, no estuviese rota.

—Joder, que yo nunca quise hacerte daño, Xiaojing.

Niego con la cabeza. Me llevo las manos a la nuca. Resoplo. Diego y sus excusas. Diego y sus mentiras. Diego y la constante decepción que me provoca en las distancias cortas.

Tendría que haber sido legal, dar un paso al frente y contarme sus planes antes de dejar Madrid. Seguimos varados en ese tóxico y dañino bucle que me atrapa, que no me suelta. Que me muerde las entrañas y me desgarra el corazón. Es peor que la soledad, que los recuerdos envenenados y que la ausencia de una esperanza en el futuro.

No aguanto ni un segundo más en su presencia, ni en la mía propia. Soy una princesa destronada, una chica que juega a enfrentarse a sus demonios sin atreverse a hacerlo del todo.

Pero nadie dijo que fuese fácil luchar contra el desamor.

Capítulo 48

Estoy perdida en más de un sentido, con un peso enorme en el pecho y argamasa en la boca del estómago. Sentimientos, de eso estoy hecha.

De una nada emborronada por todo.

Salgo a la terraza. Las vistas desde aquí debieron ser espectaculares en su día.

—Necesito estar sola —le susurro a la negrura más absoluta.

Estoy borracha y cansada de huir.

Y de caer. En cada acepción de la palabra.

—Xiaojing

—¿Podrías dejarme un minuto?

—No.

—Solo un minuto —insisto, con la mandíbula tensa.

—Odio estar persiguiéndote.

—Nadie te lo ha pedido.

Suspira. Yo también.

—Siento que andamos en círculos —esta vez habla tan bajo que apenas le oigo.

Mis hombros se agachan. Mi mente lucha por mantenerme cuerda, pero se rinde cuando mi corazón toma el mando. Entonces aparece la verdadera Xiaojing. La que se esconde, la que preferiría cortarse la lengua a mostrarse tal y como es.

—Justo cuando creía que ya... que nunca... y pensar en que una vez te quise tanto que... —sollozo.

Soy una pluma mecida por el viento. Vulnerable, pequeña, un desecho que no tiene utilidad. Diego se pone a mi lado. Apenas veo nada, pero no me hace falta para saber que, si estiro el brazo, lo encontraré.

—Sabía que no iba a funcionar.

—¿Lo nuestro?

Ríe muy bajito, casi como si le diera apuro hacerlo.

—Me refiero a lo de esta noche.

—Ya.

Dejamos que pase el tiempo, que la madrugada madrileña nos engulla. Que los muros levantados por nuestros corazones se eleven hasta la estratosfera. El cielo está encapotado y nos impide ver las estrellas. Quizá sea un castigo por declararnos la guerra, por no saber parlamentar.

—Cuando me estaba acercando a ti en el templo de Debod... —su voz es tan solo un susurro. Pese al silencio que nos rodea, tengo que concentrarme si quiero escucharle—, me dio miedo lo que vi.

—¿Qué viste?

—Algo. Algo... en ti.

—¿En plan? —Me giro en su dirección, intrigada.

—Ya no eres la misma. Lo supe enseguida y esta cena me lo ha confirmado —expone, sin flexionar la voz.

—Han pasado muchas cosas y mucho tiempo.

—Casi un año.

—Un año —trago saliva—. Joder.

—Sí...

—¿Qué has visto diferente? —pregunto en tono conciliador.

—Fortaleza. —Tarda en responder, pero lo hace con la palabra exacta. Un escalofrío me recorre la espalda. Él exhala el aire por la nariz, con fuerza—. Estaba muerto de miedo, deseando encontrarte aunque sin ninguna esperanza. En cambio, tú...

—Yo... —Siento la imperiosa necesidad de interrumpirlo, pero no se me ocurre nada, así que cierro la boca—. Me diste un susto de muerte.

—Sí, aunque supe al momento que podías vivir perfectamente sin mí y eso... eso me duele, por mucho que no lo creas.

—Vaya.

No sé qué más decir. Esperaba cualquier cosa, salvo que Diego me confesara algo así.

—Lo que pasa es que tu fortaleza también es una debilidad —indica, alzando un poco la voz.

—¿Cómo?

—Estás sola. Siempre lo has estado.

—Siempre lo he preferido —me defiendo.

—No lo entiendes. Da igual que ahora no haya nadie, tú no...

—Mejor sola que mal acompañada.

—Tú nunca has dejado que nadie se acerque lo suficiente a ti.

—Pues ya somos dos, ¿no crees?

Acaricio el collar de diamantes. Me aíslo de él, de mí, de Madrid. De todo.

—A lo mejor tienes razón.

—Pero hay una diferencia bestial —insisto—. Tú podrías pasar toda la vida siendo un farsante sin que eso supusiera un problema. En cambio yo... —sonrío—, yo al menos soy honesta.

—No es verdad.

—Lo que ves es lo que hay.

—Ocultas muchas cosas.

—Tú siempre has sabido ver más allá —bajo la guardia de manera consciente.

—¿De qué tienes miedo?

—No es cuestión de miedo, sino de...

—Estás muerta de miedo. En el fondo.

—¿Y no debería?

—No. Conmigo, no.

Frunzo los labios. Agarro con fuerza la barandilla, hasta que mis nudillos blancos resplandecen en la negra noche. O casi.

—Ya no confío en ti.

—Nunca me dijiste que me querías. Ni una sola vez —susurra, bajito. Y no suena a reproche. Suena a que su corazón no está tan intacto como pensaba.

—Te lo decía de mil maneras. No eran un «te quiero», pero... lo sentía —mascullo.

Diego no me oye.

Me abstraigo tanto que no sé cuánto tiempo pasa. Giro la cabeza y él ya no está. Doy media vuelta, lo busco con la mirada. El corazón me late tan rápido que me retumba en los oídos. Me meto en la casa. Apenas quedan unas cuantas velas en pie. El resto, han caído tras varias horas de servicio.

De pronto, un puño se cierra en torno a mi brazo. Me llevo la mano a la boca.

—Escucha, ¡la cagué!, ¿¡vale!? —grita con rabia. Sus labios están tan cerca que me los voy a encontrar—. ¡Lo siento!

Recuperada ya del sobresalto, me aparto con delicadeza para que deje de tocarme. Su calor es adictivo. Su cercanía, una necesidad que no sabía que tenía. El instinto me empuja a echarme sobre él.

Por eso anclo mis pies al suelo.

—Por fin, Diego. Por fin. Solo había que esperar a que el mundo se fuera a la mierda para oírte decir eso.

Ahoga un gemido. Se revuelve el pelo, o eso creo, porque la imaginación suple muy bien el sentido de la vista.

—Vamos a dormir. Mañana lo veremos de otra manera.

—¿Tú crees?

Pero Diego no me responde. Camina escaleras arriba con la cabeza gacha. Me pregunto cómo se las ingenia para orientarse sin linternas u otro recurso. Me quito los tacones. Mis ojos se dejan hipnotizar por la tenue luz de los candiles. Los restos de la cena son la perfecta definición de la decadencia.

Mañana colocaremos las cartas sobre la mesa otra vez. No me quiero dejar nada dentro.

Madrid y su inmensa negrura pueden esperar.

Capítulo 49

Permanezco varios minutos en el salón vacío, silencioso, cargado de tensión y de expectativas que no se han cumplido. Subo las escaleras a ciegas, sabiendo que, de nuevo, no voy a poder dormir. Me cuesta dejar atrás ese puñado de peldaños. El equilibrio es algo que pierdo con demasiada facilidad. No puedo culpar solo al alcohol del mareo, de la piedra en el estómago y de la mente nublada.

Hay más, pero no quiero asomarme.

—Te he dejado la cama de matrimonio a ti.

La voz de Diego me guía hasta una de las habitaciones más pequeñas. Lo oigo suspirar. Lo imagino con las manos en su cabeza. Se revuelve el pelo. Me mira. Está tan guapo así que ni la oscuridad perdona.

Me apoyo contra el quicio de la puerta. Este es un lugar seguro, lejos de él. Recuerdo la primera vez que nos tumbamos juntos sobre las mismas sábanas. Ese pequeño desastre antes de que su madre nos interrumpiera.

La historia se repite: Diego, el vino, una cama y yo.

Pero esta vez es diferente. Muchas cosas han cambiado.

Demasiadas.

—Venga, di algo.

—¿No es mejor mañana?

—¿Qué más da? El tiempo ha dejado de existir.

—No para mí. Y no sé por dónde empezar.

Tomo aire. Lo retengo durante más tiempo del necesario. Aclaro mis ideas.

—Vale, empiezo yo —vacío mis pulmones—: ¿qué hiciste en Alemania, además de estudiar ingeniería?

Una especie de risa escapa de sus labios. Cierro la mano lentamente, hasta convertirla en un puño. Un ruido me descoloca.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Lo que suena.

—Mi zapato contra la pared. —La casa se sume en un silencio extraño.

De nuevo sus rasgos vuelven a mí. Esos que una vez me aprendí de memoria y que dibujé sobre papel, en suelos y paredes.

En mi corazón y en mi cabeza.

—Bueno, ¿vas a contármelo o no?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Estuviste con otra chica, ¿verdad?

El velo de las lágrimas me empapa los ojos. Lucho por evitar su caída. No es el momento. Y no debería importarme la respuesta.

—No sé si quiero contártelo ahora.

—¡Joder, Diego! —me indigno tanto que doy dos pasos hacia él con el dedo índice levantado —. Me encantaría decirte que me tiré a varios tíos cuando te fuiste, pero...

—Xiaojing... —susurra—, no se trata de un «sí» o un «no».

—¿Qué? —digo, confundida.

—Saberlo solo va a hacerte daño.

—En eso último te equivocas —digo, pero mis lágrimas y mi voz entrecortada contradicen mis palabras—. Eso fue antes. Ahora ya... no.

—Creo que ya te he dado la respuesta.

—Yo... esto es por la Xiaojing de hace un año —declaro, de pronto muy segura—. La dejaste tan hecha polvo que ni siquiera pudo... —respiro de manera superficial.

Incluso a ciegas, acorto aún más la distancia que nos separa al creerme inmune a lo que un día sentí.

—Joder, yo no quería...

—Eres un cobarde de mierda. Todo sigue reduciéndose a eso.

Transcurre un minuto entero. Solo le he pedido la respuesta a una maldita pregunta y ni siquiera va a concedérmelo. Tendré que seguir rellenando los huecos de nuestra historia con las alas de mi imaginación. Lo hago mientras me acaricio los anillos de una mano con la otra. Estoy tan enfadada que el estómago se me revuelve una vez más. Gruñe y se queja a pesar de que contiene la mejor cena que le he dado en meses.

Porque hay cosas mucho más indigestas que la comida de lata; por ejemplo, los sentimientos.

—No puedo creer que la noche vaya a acabar así.

—Ni yo.

Río sin ganas.

—Se supone que celebramos mi jodido cumpleaños, en plan guay, y, en lugar de emborracharnos hasta perder la cabeza, discutimos.

Me olvido de pestañear hasta que solo queda conmigo la espesa negrura, la nada infinita. Cada uno de nosotros está tan enterrado en el fondo de sus pensamientos que desertamos del mundo real. Ese en el que, irónicamente, solo quedamos él y yo.

Justo cuando estoy a punto de dar media vuelta y largarme, rendida una vez más, escucho su voz, tan débil como la mía minutos antes:

—¿Recuerdas el *challenge*? —Intenta sonar despreocupado, alegre, pero no le sale.

No es tan buen actor como se piensa. Quizá engañaba al instituto al hacerse pasar por un chico cualquiera, pero yo aprendí a conocerlo, a leer el texto que subyace en sus silencios.

—¿De qué coño estás hablando?

—Libro contra peli. Solo llegamos a la mitad. Queda la otra.

Entrecierro los ojos hasta que me duelen. Me tiembla la barbilla y el labio inferior. O se ha

vuelto más tonto o me recuerda menos lista.

—¡Paso del *challenge*! —grito. Esta conversación se ha ido de madre, así que también me río —. Y aunque quisiera terminarlo contigo, es imposible.

—¡No es imposible! —me corrige. Oigo cómo se levanta de la cama. Sus pasos se acercan a mí—. Tenemos que ir a Dulcinea y sacar otro papel del tarro de cristal.

Noto las mejillas húmedas y las palabras secuestradas por mi fuerza de voluntad. Me encantaría ver otra película con Diego, sí. Pero con el Diego de antes, ese que aún no se había llevado mi corazón a otro país.

Pero ese chico ya no existe. Ni tampoco la idiota que se enamoró de él.

—Tenías razón, Diego. Será mejor que hablemos mañana.

—Vale —dice, un poco tenso.

A tientas encuentro una habitación cualquiera. Me acuesto en la cama mientras todo me da vueltas. El alcohol y las palabras que se han dicho esta noche son como la ropa dentro de una lavadora.

Me giro. Busco la luna y no la encuentro. Palpo la gargantilla que llevo alrededor del cuello. Al contrario de lo que dicen, los diamantes no son los mejores amigos de una chica. Solo son piedras.

No puedo evitar sentirme sola, dos mil kilómetros después.

Más sola que nunca.

Capítulo 50

Antes de quedarme sola

—Hola, tía.

—Hola.

Sus brazos me envuelven. Apoyo la cabeza sobre su hombro. Huele bien. A una colonia dulce, aunque no demasiado exagerada, muy acorde a su personalidad. Las puntas de su pelo me hacen cosquillas en el hombro. Suspiro. Acabo de descubrir que la Chica Borde necesitaba desesperadamente esto.

Y escapar del círculo vicioso en que me atrapan mis propios pensamientos.

Durante estos días me he dado cuenta de que no soy tan fuerte como creía. La tristeza ocupa todo dentro de mí. Me pone una venda sobre los ojos que me incapacita para ver el lado bueno de cualquier cosa. Incluso de algo como esto.

Su mano me acaricia la espalda. Es muy reconfortante, un agradable oasis de paz entre tanta melancolía. Suelto un gemido, como si fuese un cachorrillo apaleado que busca amor en otro ser humano más benevolente.

—¡Qué bien que por fin hayas venido! —musito.

—¿Cómo estás?

Podría hablar durante horas sobre lo que siento o contestar con cuatro o cinco palabras. Ninguna opción me convence, así que me encojo de hombros. Susana se separa de mí poco a poco. Deshace el abrazo. Entonces, una repentina ráfaga de aire se empeña en definir el desamparo con una precisión escalofriante.

—Estoy... bien. Bueno, mejor.

Me coge de la mano. Aprieta. Sonrío sin ganas. Ella también, mientras observa la mancha que dejan mis lágrimas en su manga derecha.

—Siento lo que ha pasado.

—Ya.

—Se ha portado como un cabrón contigo —asiento—. ¿Sabes al menos por qué? ¿Te ha dicho algo?

—Solo lo que hablamos hace dos semanas.

—Pues menudo cabrón.

Ella sabe toda mi historia. Bueno, lo más importante. El titular y algún detalle suelto más. El resto parece ficción.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto, por cambiar de tema—. ¿Vas a volverte a ir a algún sitio de vacaciones?

—Con mis padres a Alicante. ¿Te apetece venir? —niego con la cabeza—. ¿Por? ¡Así te despejas!

Me aparto de su sonrisa. Me incomoda. Me hace sentir rara por no ser capaz de replicar su gesto.

—No creo que los míos me dejen.

—¡Pero si has sacado buenas notas, tía! —se queja—. ¿Te vas a quedar en Madrid?

—Sí.

—¿En plan... de bajón?

—Pues sí.

—Necesitas cambiar de aires.

—Ya, pero... —Es complicado. Muy complicado de entender si no te has criado en el seno de una familia china. Allí apenas existen las vacaciones.

Y mis padres nunca se han tomado más de dos días seguidos de descanso.

A pesar de que Susana y yo hayamos nacido en el mismo país, nunca sabrá en qué consiste mi realidad y las de tantos hijos de inmigrantes.

—Jo, tía...

—Te lo agradezco de todas maneras.

—A lo mejor mi madre convence a la tuya. —Chasquea los dedos, sin darse por vencida—. ¡Podríamos probar!

—Le doy una vuelta y te digo, ¿vale?

Mi tono de voz suena mucho más duro y seco de lo que pretendía. Tal vez me vendría bien aceptar su ofrecimiento y largarme a algún lugar lejano, con playa. Pero mis padres no van a ceder. Y me conozco: este mal de amores no se me quita con un cambio de aires. Soy de esas que, con el corazón encogido, rumia y rumia hasta que no queda nada.

Y no quiero ser una carga emocional para nadie.

—¿Saliste el sábado pasado? —niego con la cabeza—. Ya decía yo. Es que hubo movida y... ¿quieres que te cuente el cotilleo? ¡Es muy fuerte!

Oigo sin escuchar. Finjo que presto atención. Intenta distraerme y se lo agradezco. Desde hace dos semanas apenas salgo de casa, solo para ir a la tienda y ayudar. Leo, leo mucho. Eso sí, nada que pertenezca al género romántico. Escucho *Flowers* de Miley Cyrus en bucle, una y otra vez, hasta que la letra deja de tener sentido.

—Gracias —le digo a Susana cuando termina su repertorio de anécdotas.

—¿Por qué?

—Por estar ahí y eso.

—¿Cuántos días llevabas sin ver a alguien?

—En el bazar veo a mucha gente.

—Eso no cuenta.

Echo la cabeza hacia atrás. El cielo se tiñe de ese color extraño que aparece en las noches intempestivas: púrpura. Pero estamos en julio y hace un calor de mil demonios. Algo no cuadra, como cada vez que le pongo una máscara a mi estado de ánimo.

—Tienes razón —tomo aire. Intento sonreír—. ¿Te acuerdas de cuando entraste por primera vez a la tienda?

—¡Sí! —ríe—. Tu madre me empezó a hablar en chino y yo me quedé con una cara de tonta...

Mi mirada toca el suelo. No comprendo por qué ese recuero, en lugar de resultarme gracioso, me da pena. Mucha. El desarraigo que siento ha moldeado mi personalidad durante años, pero no la de mi amiga.

Y eso nos separa porque sintonizamos frecuencias distintas.

—Ya sabes que si necesitas hablar, aquí estoy.

—Mientras que no me restriegues lo bien que te va con Adri... en plan empalagoso...

Susana ríe y, por cómo lo hace, sé que su historia de amor nada tiene que ver con la mía. Me va a resultar difícil no apartar la mirada cuando vea un beso en el metro, o a una pareja que pasea de la mano por la calle, pero lo conseguiré.

Tarde lo que tarde. Cueste lo que cueste.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

Tenso la boca. Tras un instante de duda, le respondo con la verdad, aunque sea en diferido, porque me he planteado esto cientos de veces:

—En ti y en mí.

—¿A qué te refieres?

—Somos muy diferentes.

Susana vivió el abandono nada más nacer. Estuvo meses en un orfanato y eso es mucho más triste que lo mío. Chicos hay muchos, pero solo dos personas pueden traerte a la vida. Mis padres perseguían la esperanza de un futuro mejor e intentaron encontrarla aquí. Yo nací cuando intentaban olvidar el deseo de tener hijos. En cambio, Mari Carmen y Javier anhelaban un bebé a toda costa y fueron al otro lado del mundo a buscarlo.

—Yo creo que nos parecemos muchísimo —responde, despreocupada.

—¿Porque somos chinas?

—¡No! Porque conectamos —sonríe—. Por eso somos amigas.

Me entran ganas de reír ya que su respuesta es simple y, a la vez, cierta. Envidio un poco a Susana por quedarse en la superficie de las cosas. Es la mejor manera de no comerse el tarro.

De sufrir menos y de disfrutar más.

Tengo mucho aprecio por la chica que camina a mi lado. Debería aprender más de ella y no cuestionarme qué ve cuando se mira al espejo. No lo mismo que yo, eso seguro, aunque ambas somos dos plátanos que deben encontrar su lugar en el mundo. Ella mira siempre hacia delante. Yo, en cambio, no dejo de ir en círculos, de hacerme preguntas y de sentir que nado contracorriente.

Sí, somos jodidamente diferentes, aunque a la mayoría de nuestros compañeros les cueste distinguirnos.

—Deja de pensar en Diego, anda...

Hago justo lo contrario a lo que me pide. Me pregunto si para él lo nuestro fue un pasatiempo con fecha de caducidad. Quizá por eso no me habló de sus planes. Y mientras, permití que me llegara al corazón, pero no le enseñé de qué está compuesto, ni le expliqué por qué me aterra tanto confiar en las personas. Mis motivos van más allá del miedo a no gustar. No me siento bien siendo yo misma, ni estoy cómoda en mi propia piel la mayor parte del tiempo.

A lo mejor por eso todas mis relaciones son perfectamente imperfectas a la larga.

Se me acelera el pulso al darme cuenta de que el fallo está en mí, no en los demás.

—Creo que quiero estudiar magisterio —anuncia, de pronto.

La miro extrañada, sorprendida.

—¿Cuándo lo has decidido?

—No sé —se muerde el labio inferior—, empecé a descartar opciones hasta que solo quedó esta y... no me parece mal.

—¿Qué dicen tus padres?

—Cualquier cosa les parece bien, mientras estudie algo.

¡Qué suerte!

—Pero... ¿a ti te gusta enseñar?

—Parece fácil —responde después de un silencio breve, aunque incómodo—. No me apetece pasarme cuatro años en plan sufre que te sufre y arrastrando asignaturas, así que... Por cierto, ¿ya se lo has dicho a tus padres?

—No —bajo la cabeza.

—¿A qué esperas?

—Al momento adecuado —suspiro.

Miento.

Mis padres ya han elegido por mí: grado en administración y dirección de empresas. Es lo que creen que voy a cursar el año que viene. Asistí impasible al momento en que me lo soltaron como si nada. Después, cada uno volvió a lo suyo y yo, por una vez, callé. No dije nada porque ya estaba dicho todo. ¿Eso me convierte en una cobarde? Sí, aunque peor sería aparcar mis sueños para perseguir los de otros. Para desgracia de mis viejos, yo no soy Diego. Y tengo muy claro lo que quiero.

Sé que no será fácil. Gritos, discusiones y portazos se sucederán en cuanto reúna el coraje suficiente para decirles que no voy a poner un pie en la facultad de economía.

Quiero estudiar bellas artes.

Capítulo 51

La luz entra sin piedad por la ventana. Me tapo la cara con la almohada para impedir que un molesto rayo de sol me pegue de lleno. Anoche olvidé cerrar la persiana. Hace calor en esta habitación. Tengo resaca y sed, pero paso de moverme. El canto de los pájaros llega a mis oídos sin las interferencias propias de una gran ciudad. Ni ruidos de coches, ni el trasiego de los que van y vienen a toda prisa. Es una de las cosas buenas que tiene el fin de la civilización. Me centro en eso para no dar alas a esos pensamientos que insisten en transportarme a lo que pasó anoche. No quiero recordarlo. Solo pretendo olvidarme de que mi ex está al otro lado del pasillo.

—Hola, ¿estás despierta?

El corazón se me acelera sin control. Es difícil no sobresaltarse cuando llevas meses sola y, de pronto, una voz se dirige a ti. Una voz conocida, que en su día tenía el poder de erizarte la piel.

Consigo disimular lo suficiente como para que Diego se crea que sigo dormida, pero no me libro de él. El silencio se impone hasta que unos pasos lo sustituyen. Se acercan, al acecho, o al menos así lo visualizo en mi cabeza. Trago saliva y abro los ojos. La tela de la almohada se me pega a la boca, me cuesta respirar. Aprieto los labios para que no se me escape un «lárgate».

Además, debajo de las sábanas estoy desnuda. Ayer me quité el vestido de Dior y lo lancé de malas maneras al otro lado de la habitación.

El peso de un cuerpo conocido se hunde lentamente a los pies de la cama. Diego acaba de sentarse a mi lado y mis pulsaciones no bajan. Me pregunto qué pretende. Me pregunto por qué yo no inicio una nueva batalla en esta guerra de desgaste que luchamos desde que volvimos a vernos.

Ya no consigo distinguir el canto de los pájaros ahí fuera. Agudizo el oído, atenta a su respiración. Es pesada, espesa. Toma aire y me preparo inconscientemente para cualquier desenlace. No sé por dónde me va a salir.

Y no tengo escapatoria.

—Siempre te he admirado, ¿sabes? Porque eres más fuerte y más valiente que yo. Tenías razón. Ojalá te lo hubiera dicho antes. Lo de Alemania, me refiero. A lo mejor nos hubiésemos ahorrado varias discusiones, pero también... nos lo habríamos perdido todo. —Imagino que sonríe y algo se me quiebra por dentro—. Xiaojing, yo... yo no lo hice bien. Y lo siento. No

sabes cómo me arrepiento de haberte hecho daño. No te lo merecías.

La tela que me cubre la cara se humedece con mis lágrimas. Siento alivio porque él no puede verlas. Una disculpa siempre se agradece. Ya no tiene sentido revolver el pasado. Lo más fácil es dejarlo como está y seguir adelante, pero no sé si lo conseguiré si está cerca, si cada rincón de Madrid me recuerda a él.

Si pintarlo me hace igual de mal que bien.

El canto de los pájaros regresa. Todo parece normal. Si me esfuerzo lo suficiente, puedo llegar a convencerme de que esto forma parte de una pesadilla de la que estoy a punto de despertar. Y entonces, será como si nada hubiese pasado. Mi novio y yo iremos al templo de Debod para comernos a besos tras pasar el día en nuestras respectivas facultades. Mis padres habrán aceptado que mi camino no tiene por qué ser el que trazaron para su hija. Me pasearé por Dulcinea en busca de libros que devorar. Charlaré un rato con Daniel. Y, de madrugada, pintaré con mis lápices de colores un fragmento de recuerdo que quiera hacer mío.

—Tenemos que tener un plan. —Diego se levanta de la cama. No me toca, no alza la voz, ni impone su criterio. Al menos, no delante de la Xiaojing que finge dormir—. Eso de que cada uno vaya por su lado no renta. Si me soportaste en su día, podrás hacerlo ahora. Al menos, inténtalo. Solo eso.

Sale de la habitación. Sus pasos me indican que ha bajado las escaleras. Me quito la almohada de la cara y tomo una bocanada de aire. Luego, otra más. Y pienso en lo que acaba de decir. Supongo que, si eliminamos el orgullo herido y mi corazón roto de la ecuación, lo más sensato es permanecer juntos.

Resoplo al darme cuenta de que, en realidad, todo es mejor desde que él ha vuelto.

No puedo seguir enamorada, eso es imposible. Resultaría demasiado escalofriante asimilar que mis sentimientos se han mantenido intactos a lo largo de este año. La soledad me confunde, me aturulla y me reblandece esa capa que me recubre el amor propio. Me pregunto si el comportamiento de un Diego cobarde y negligente debería pasarse por alto en aras de un corazón que, aun roto, late como si nada. Por él. Por lo vivido.

No soy capaz de olvidar lo malo. Tampoco lo bueno.

Y ya sabes lo mal que se me dan a mí los equilibrios.

Capítulo 52

Maldito Diego. Estoy hecha un lío, así que salgo de la cama y me visto con lo primero que veo en el armario aunque no sea de mi talla. Deambulo por el piso de arriba en busca de algo que me distraiga de este dolor de cabeza que cada vez tiene menos que ver con la resaca. No me calzo para evitar que me detecte. Soy sigilosa como un fantasma. No sé muy bien qué estoy haciendo. Ni siquiera cuando llego a la habitación en la que el chico de los ojos verdes ha pasado la noche y veo la mochila que trajo desde Alemania apoyada contra la pared.

Echo un vistazo hacia la puerta y, cuando me cercioro de que no hay nadie, me arrodillo para abrirla. El corazón se me vuelve a acelerar. Las manos me sudan. Me amparo en la desconfianza que siento hacia Diego para legitimar esta invasión a su privacidad. Sin embargo, en el fondo sé que no está bien. Y que, si fuese al revés, probablemente me cabrearía mucho.

Ojalá fuese tan valiente y tan fuerte como Diego cree que soy. En el fondo, estoy acojonada. Cobarde. Cobarde. Cobarde. La palabra se repite en mi cabeza una y otra vez. Se junta con la culpa para darme de lleno en la conciencia, pero ya me ocuparé de ese asunto más tarde. Ahora revuelvo, registro, busco sin saber muy bien qué pretendo encontrar. Tal vez pruebas de que su nueva vida sin mí iba bien hasta que el mundo se terminó. Motivos para odiarlo, en lugar de amarlo desde el dolor y la rabia. Eso sí que es patético. Por eso, necesito borrarlo de mi corazón y de mis pintadas. Olvidarme de su sonrisa, por fin, sin remordimientos.

Mis dedos pellizcan todo tipo de objetos. Una navaja, latas de comida, unos cordones, una sudadera, un paquete de chicles, un folio doblado por la mitad. Esto último llama mi atención, así que lo saco lentamente. Está sucio, las esquinas rotas. Parece que lleva allí mucho tiempo.

Al extender el papel, descubro que se trata de un billete de avión de Berlín a Madrid fechado para volar unos días después de que todos se esfumaran.

Me olvido de cómo se respira. Las letras, borrosas, bailan ante mis ojos. Tiemblo. Se me seca la boca. Ahogo un gemido y me llevo una mano a los labios para tapar lo que esto significa.

—Iba a ir a verte. —La voz de Diego, tan cerca, me asusta.

Grito. Me levanto. Dejo caer el billete, solo de ida, al suelo. Ninguno se molesta en recogerlo.

—¿Qué?

No se me ocurre disculparme por husmear entre sus cosas. Estoy, al mismo tiempo,

avergonzada y alucinada. Bloqueada. Espero a que él tome la iniciativa, así sea para que me reprenda por actuar como una niñata.

—No aguantaba más sin ti —confiesa—. Estaba cabreado, me metía en líos, todos los días volvía muy tarde a casa... mis padres fliparon.

—Pero... pero tú...

—Ya sé lo que vas a decir —me interrumpe, seco—. Que tendría que haberlo pensado antes, que me está bien empleado, ¿no?

—No —digo, tan bajito que ni siquiera yo lo escucho.

Evito mirarle. El calor es insoportable, pero me abrazo. Siento los latidos de mi corazón en todas partes, como si, de pronto, me hubiesen crecido varios.

Como si con uno a mi cuerpo no le bastara.

—Hubo otra chica. Otras chicas —se corrige—. En Berlín.

Asiento. Levanto la vista y me encuentro con dos ojos verdes fijos en mí. Anhelantes. Duros y tiernos al mismo tiempo. Transmite tanto con tan poco que me da miedo no haber perdido la habilidad de leerle entre líneas.

—Rubias alemanas, ¿no?

Digo lo primero que se me ocurre para rebajar la tensión. Después río sin ganas. Me cruzo de brazos. Imagino a Diego con otra. No es la primera vez, pero duele como si lo fuera.

—Elegía siempre a tías de ojos rasgados —replica—. Me recordaban a ti —coge aire—. Podía engañarme con un poco de alcohol y a oscuras. Por un momento, eras tú. Todavía.

Me trago un suspiro. Su voz contiene un poso de tristeza imposible de forzar que valida sus palabras. Entonces, lo entiendo: de esa manera tan suya, Diego me buscaba en otros labios, en otros ojos rasgados como los míos.

¿Incapaz de olvidarme? Sí, incapaz de olvidarme.

—Joder... —murmuro.

—Nunca me creíste, ¿verdad? —frunzo el ceño, perdida—. Cuando te dije que te quería.

Me paso las manos por el pelo. Una cortina negra me tapa la visión.

—Si eso fuera cierto, no te habrías ido —contesto.

—No era tan fácil, ya te lo dije. —Se acerca a mí. Unos dedos me despejan la cara y me obligan a mirarlo—. Cuando quise darme cuenta, te tenía aquí —se toca el pecho.

—Pero sabías que tarde o temprano...

—Sabía que jamás podría olvidarte. Que no encontraría a la Chica Borde ni a la Chica Lista en Alemania ni en Pakistán. No habrá nadie como tú, aunque el mundo de antes regrese.

Su confesión hecha de susurros rotos quiebra ese muro inservible, agrietado y frágil. Lloro como una niña. Como la niña que sigo siendo, en realidad. Él recoge mis pedazos, pero no los junta, sino que los abraza. Me besa en el pelo. Me da cobijo y me protege del daño que me hizo. Que nos hizo.

Mis sollozos rompen la quietud en la que flotamos. Las emociones me sobrepasan, me vencen y me zarandean como las olas de un mar furioso.

—Xiaojing, no quiero que nos separemos —me dice bajito, al oído, con calma—. He venido hasta aquí porque es lo que habría hecho aunque el mundo siguiera igual. Y, aunque estuviera lejos, no he parado de recordarte ni de quererte ni un solo día —se sorbe la nariz—. Marcharme de Madrid ha sido el peor error que he cometido en mis... diecinueve años de vida. Te he echado de menos cada puta hora. ¿Sigues sin creerme? —hace una pausa, pero no espera que le conteste a eso—. Podría haberme aprovechado de ti ayer, cuando me propusiste borracha que subiéramos al dormitorio, pero no busco solo un... polvo. —Le cuesta decir esa última palabra—. Quiero

que... me escuches. Que escuches mi versión de nuestra historia.

—Vale. Habla.

Capítulo 53

La sonrisa de Diego aparece y se desvanece con la misma rapidez. Está nervioso, yo también. Sus ojos no se posan en ninguna parte. Parecen vagar sin rumbo.

Si me esfuerzo, puedo ver cómo le desfilan las ideas por la cabeza.

—Cuando vi que me quedaba sin días, pensé, como el puto ser racional que soy, que una relación a distancia no hubiese funcionado —dice de corrido.

—Estoy de acuerdo —asiento y le animo a continuar con un movimiento de cabeza.

—Desde un punto de vista práctico, tendría que haberme valido con eso. Cerramos, aunque duela, pero... —echa el aire por la nariz. Mira el techo. Cierra los ojos con fuerza—. No contaba con que fuese a ser tan duro.

—¿El qué? —murmuro entre dientes.

—Haberte dejado aquí. —No pestañea desde hace rato—. Creí que estaba siendo muy maduro al tomar esa decisión y solo fui un gilipollas.

—Pues sí —chasqueo la lengua—, ¿sabes lo que más me jode, Diego? Que no quisieras decírmelo a la cara. Que tuviera que enterarme por tu abuelo y que, después, solo pudiéramos hablar por teléfono —trago saliva al recordarlo—. Eso fue cruel.

—Tenía mis motivos.

—¿Cuáles?

Agacha la barbilla. Se revuelve el pelo. Odio su hermetismo. Sus respuestas a medias.

—Ya no importa.

—Sí importa.

—No.

—Ibas muy bien, joder. ¿Por qué te cuesta tanto contarme la verdad? —alzo la voz, desesperada.

La pregunta del millón, sin duda. Me alejo un poco. Eso de que los chinos somos pacientes es un estereotipo que me toca bastante las narices. Los segundos se deslizan perezosos.

Cuando he perdido la esperanza, Diego dice muy bajito:

—Me he negado a mí mismo la verdad durante tanto tiempo que ya no sé distinguirla de lo que inventé para...

—¿De qué hablas?

—De las excusas.

—Diego, eres un puto libro cerrado, ¿lo sabías? —me río por lo absurdo de la situación.

—Tú tampoco eres sincera —me recrimina.

—¡Estamos hablando de ti! Joder, cómo os gusta a los tíos darle la vuelta a la tortilla.

—Ya. La diferencia está en que yo lo intento, aunque no me sale. Tú lo haces adrede.

—¿El qué?

Se acerca a mí. Estamos frente a frente, tan quietos que parecemos una fotografía. Me cuesta no perderme en sus ojos. En sus labios. Tan alto, tan guapo, tan familiar y tan enigmático al mismo tiempo.

—Digas lo que digas, sientes algo por mí. —En un movimiento que no esperaba, me agarra por los hombros—. Si no, no habrías pintado mi cara por todo Madrid.

Tiro hacia abajo y me libro de su contacto. Siento un hormigueo por la piel que Diego ha tocado

—¿Por todo Madrid? —me río—. ¡Ya quisieras! Apareces una o dos veces, sí, pero no por lo que tú imaginas.

—¿Por qué entonces?—Diego se cruza de brazos.

Alzo el mentón y lo fulmino con la mirada

—Solo le estaba contando mi historia a Madrid. Por desgracia, hay un par de capítulos que llevan tu nombre.

—Ya. Un par.

Me cabrea que se lo tenga tan creído. Esa seguridad en sí mismo tan frágil a veces, tan rotunda otras. Odio haber dejado pruebas de que aún pienso en él, aunque resulte evidente. Me arrepiento de haber inmortalizado su sonrisa por el simple hecho de temer olvidarla. No quiero ser débil.

Diego me hace ser débil.

Por eso, busco herirlo con dos frases demoledoras que me salen de lo más hondo y sin titubear:

—Echaba de menos a la persona que eras antes de traicionarnos.

—Yo también —confiesa—. La primera noche que pasé en Berlín fue una de las peores de mi vida. Te escribí, pero no te llegaban los mensajes.

—Te bloqueé.

—Era demasiado tarde, ¿no? —asiento—. Pues si estamos aquí y ahora, si nos hemos encontrado a pesar de todo... es que no es demasiado tarde.

Dejo que sus palabras se aposenten en mi corazón poco a poco. Mis manos escalan sus brazos. Sus dedos se enredan en mi cintura. El corazón me va tan de prisa que me asusta sufrir un puto ataque. Demasiadas emociones. Cierro los ojos. Diego y yo otra vez. No es casualidad. Siento el calor que desprende su cuerpo. Es jodidamente delicioso, a pesar de que estemos a más de treinta grados.

Porque se trata de otro ser humano, el primero que veo en meses.

Y porque es él.

Diego.

Me retiro antes de que se produzca el desastre. No sé si me salva el orgullo, mi cabeza o mi sentido común. Una mezcla de todo, tal vez.

—Aunque seas el último tío disponible en la tierra, eres mi ex por una razón. —La voz me sale a trompicones, temblorosa e insegura, pero lo digo.

—Xiaojing...

—No puedo perdonarte así, sin más.

—¿Qué necesitas?

—Tiempo.

—¿Tiempo? Hemos dejado que pasara mucho tiempo...

—Para digerir lo nuevo.

—Dímelo claro, Xiaojing: quieres estar a solas, ¿no? —niega con la cabeza.

—No es que quiera. —Levanto el dedo índice, el que lleva el anillo más bonito—. Lo necesito. Y no me presiones.

—Vale. Perdona.

Me dirijo a la cocina con toda la calma que soy capaz. Consigo abrir una botella de agua después de pelearme con ella durante un buen rato.

Iba a venir a verme. Diego iba a venir a verme.

Un billete de avión. Solo ida.

Bebo casi un litro de una sentada.

Capítulo 54

Antes de quedarme sola

Después de pasar ese rato con Susana me siento mejor. Me encantaría poder entrar en la cabeza de la persona que me ha hecho daño para que cada esquirla de dolor se le incrustara también. O al revés. Así seguro que se arreglarían todos los males de este mundo, pero esa es una quimera.

Y ya sabes lo que dicen: cuanto más alto vuelas, más desastrosa es la caída.

Pero no todo es malo. Si me esfuerzo, puedo sacar dos o tres cosas por las que el día ha merecido la pena. Un gato callejero que se deja acariciar. Un dibujo que te ayuda a drenar lo que rebosa. El clímax de una canción intensa. Un cliente amable. «Orgullo y prejuicio». La sonrisa sincera de mi madre. Y ver a Susana.

He bloqueado a mi ex novio en todas las redes sociales. Ya no puede llamarme, ni mandarme mensajes, ni contactarme de ningún modo. Confieso que a veces, mientras intento dormir, la tentación me incita a levantarme de la cama y comprobar si lo ha intentado. Por suerte, consigo mantenerme firme en mi decisión. No necesito sus explicaciones, ni sus migajas, igual que él no me necesita a mí.

El desengaño acarrea consigo un peso insoportable. La carga emocional es enorme. La culpa se divide en dos. A ti siempre te cae algo, aunque sea por haberlo permitido, por no haberlo visto venir.

Pasa otra semana. Susana está de vacaciones con sus padres en Alicante. Isra ha vuelto a escribirme por Instagram. Al principio me resisto, pero después le doy un poco de bola. Odio admitirlo, pero me siento mejor cuando un tío me hace caso. De alguna manera estúpida y retorcida, el rechazo que la traición de Diego provoca en mí queda invalidado por las palabras que me dedica otro.

Quedamos. Isra lo intenta, pero las pocas neuronas funcionales que sobreviven en mi cerebro me advierten de que voy a arrepentirme si me lío con él. Además, ¿a quién pretendo engañar? No sería capaz de darle un puto beso. Estoy completamente bloqueada por el recuerdo de Diego. Murmuro una disculpa que no siento sobre esos labios que saben a ron. Doy media vuelta, me

alejo del parque en el que bebemos unos cuantos. La palabra «calientapollas» resuena en mis oídos aunque nadie la haya pronunciado.

Y corro por las calles de un Madrid nocturno, pegajoso, con ganas de juerga.

—¡Xiaojing! —A la mañana siguiente, escucho que mi madre me llama desde la cocina.

Dejo el teléfono sobre la almohada. Me levanto sin ganas, me lavo los dientes para evitar preguntas relacionadas con la copa que me bebí ayer. Luego, cruzo el pasillo mientras arrastro los pies.

—¿Qué quieres, mamá? —digo, en mandarín.

—¿Lo has olvidado? —Me restriego los ojos para evitar contestar—. Tu padre te necesita en la tienda.

—Vale, ya voy.

—Desde hace dos horas —especifica—. ¿Cuándo llegaste anoche?

De nuevo, silencio. Me giro para volver a mi habitación, pero entonces su pequeño cuerpo me bloquea la salida. Su mirada me fulmina. Lo pillo, está molesta.

—Se acabó el salir por ahí —alza un poco la voz.

—Ese no era el trato —susurro. Ella pestañea, así que aprovecho para añadir—: hasta que empiece el curso, soy libre.

—¿Libre? —aprieta los labios—. No entiendes que tu obligación es...

—¡Estoy harta de obligaciones! —chillo—. ¡Harta de que me digáis lo que tengo que hacer!

Me arrepiento al instante. El dolor de cabeza se me clava en las sienes como la punta de un cuchillo.

—¿Por qué no puedes ser como los hijos de Li?

Me cuesta no poner los ojos en blanco.

—Porque yo soy yo, mamá —replico en castellano.

No me entiende. Si se lo digo en su idioma, tampoco.

—Nosotros no te educamos así —se cruza de brazos—. Te enseñamos a ser respetuosa, obediente y...

—Voy a estudiar bellas artes.

El silencio que sigue a mi revelación es tan frágil que puedo escuchar los latidos de mi corazón. Una parte de mí se muere por ver en sus ojos un atisbo de comprensión. Con mi madre es relativamente fácil ser valiente. Soy más alta, más joven, más fuerte.

Mi padre es otra historia.

—Ese tema ya está hablado —dice, sin alterarse.

—No. Solo lo hablasteis tú y papá. —Vuelvo al mandarín—. ¿Qué hay de lo que yo quiero?

Parece que lleva una máscara en la cara. Alza la mano, como si fuese a pegarme, pero no hace nada. Solo me clava la mirada y me pregunta con dureza:

—¿Tú crees que alguien nos preguntó a nosotros que era lo que queríamos?

Entonces lo veo claro: nunca vamos a llegar a un punto de encuentro. Todo lo que nos separa es más grande y poderoso que aquello que nos une. Soy su hija, pero también una extraña. Una adolescente criada al estilo occidental sin los valores tradicionales porque ellos estaban demasiado ocupados llevando un negocio.

Soy un maldito plátano.

—¡Es mi vida! —chillo, desesperada.

Ella no reacciona. Deja de mirarme. Vuelve a apretar los labios. Se aparta.

—Ve a la tienda.

Traduzco mentalmente lo que significa el mensaje que subyace en su tono de voz. Más

imposiciones, menos libertad. Ahogo una risa nerviosa.

—No hago esto por fastidiaros, mamá. Ni por llevar la contraria, ni estoy en una fase rebelde, como a lo mejor te piensas —replico, a la defensiva—. No voy a cambiar de opinión.

—Solo tienes que entrar en razón.

—Intenta entenderme, por favor.

—Tu futuro es lo único que importa. —Parece harta de hablar conmigo.

Quizá crees que soy una desagradecida, pero nunca pedí a mis padres que se sacrificaran por mí.

—No quiero ser infeliz toda la vida —escupo, a punto de perder los nervios—. No quiero ser como tú.

Dicho esto, me encierro en mi cuarto tras un portazo que suena a punto y final. Aspiro hondo para intentar tranquilizarme. El nudo en la garganta me lo pone difícil. Me siento mal por lo que he dicho, pero es lo que pienso desde hace bastante tiempo. Las manos me tiemblan mientras me visto con lo primero que pillo. Me voy a la tienda sin despedirme y sin peinarme, así que me repaso el pelo con los dedos incapaz de librarme de este malestar que siento.

Cuando llego, pillo a mi padre al teléfono con mi madre. Ya sabe que hemos discutido. Lo deduzco por cómo me mira. Jamás voy a olvidar la manera en que sus ojos me atraviesan. Bajo la cabeza, porque él sí me intimida. Con él no me atrevo a ser la chica que antepone abiertamente sus sueños a los deseos de sus progenitores.

No nos dirigimos la palabra en lo que resta de mañana. Sobre las dos de la tarde como algo rápido en la trastienda y vuelvo al trabajo. Las horas pasan lentas. Hace calor y las tareas pendientes se acumulan. Solo hablo cuando un cliente me pregunta algo. No paro de darle vueltas a mis palabras. Me gustaría retirarlas, aunque sean ciertas, pero entonces me acuerdo de Diego y decido que no voy a recular, ni voy a achantarme.

Aunque se desate el infierno en casa.

Ya es de noche cuando mi padre me dice con voz seca que puedo irme. Abro la puerta del piso. Silencio. Repaso todas las habitaciones, no hay nadie. Algo menos agobiada, me dirijo a mi cuarto y me meto en la cama con el teléfono entre las manos. Paso de cenar. Necesito desconectar mi mente de la realidad. Los vídeos de TikTok son perfectos para eso. Durante unos minutos, me evado. Incluso consigo sonreír. Es como si nada malo hubiese pasado.

Mis padres no me odian por ser una desagradecida.

Mi novio no se ha largado a otro país.

Transcurren los días. El verano se apaga, Susana vuelve. El último curso comienza. Apenas recuerdo nada de esa época tan monótona, solo interrumpida por pequeños instantes de esperanza. Un buen dibujo. Ese libro que dejé a medias. Susana y su energía. Daniel y sus silencios.

Otro año nuevo. Usera ve mi sonrisa, pero yo parezco inmune a su alegría. Pierdo de vista a mis padres. Termino en el Templo de Debod. La nostalgia me come el alma. Solo puedo drenarla entre lágrimas. Más tarde, intento dormir. La tristeza se abalanza sobre mí sin piedad. Doy vueltas en la cama. La distancia no es el olvido. No si se mide en latidos y estos aún resuenan con el eco de su nombre.

Un pensamiento entonces surge en mi cabeza. Se transforma en deseo y este lo ocupa todo.

Quiero desaparecer.

Anhelo desaparecer con todas mis fuerzas.

A la mañana siguiente, me despierto sola. Mi deseo se ha hecho realidad, aunque al contrario: soy la única que no se ha esfumado en este Madrid que a partir de ahora está fragmentado en

recuerdos.

Capítulo 55

Muerdo un regaliz. Lo mastico sin ganas y me lo trago por inercia. Meto la bolsa con el resto en la mochila. Mi adicción a estos dulces sigue ahí, pero está un poco más escondida que antes desde que Diego volvió. Bebo agua, me hago una coleta alta con la goma que tengo en la muñeca. La luz de la mañana arranca destellos a mis joyas. No pienso quitármelas. Son mi regalo de cumpleaños.

Me pongo la música a toda pastilla. Miley, cómo no. *Jolene*. Unas gafas de sol grandes y oscuras me ayudan a verme más interesante. Camino moviendo las caderas de manera exagerada mientras la rubia y yo cantamos juntas en diferido. Me río, juego a que soy feliz. Casi me lo creo.

Casi.

¿A quién pretendo engañar? Es patético. Enseguida apago el reproductor de música. Hoy no me apetece fingir que vivo en un videoclip. Doy de comer a mis gatos. De nuevo, el de ojos verdes falta a la cita. Me paseo por el barrio mientras lo llamo por su nombre, el que comparte con Diego. Me pregunto quién de los dos acudirá antes, si el felino o el humano. No deseo la presencia de este último, aunque parece que estoy invocando. ¿Tiene sentido? Lo dudo. Ya nada se rige por la lógica. Solo el privilegiado cerebro del chico que me rompió el corazón.

Me refugio bajo una sombra. Ojalá pudiera escapar del calor y de mí misma. Y de lo que rescaté de las profundidades de esa mochila que vino desde Alemania.

Un billete de avión. Solo ida.

«Iba a ir a verte». Esas palabras están sustentadas por una prueba tangible, así que les otorgo un valor especial. ¿Y si Diego sentía y siente algo por mí? Se me acelera el corazón al recordar que, a veces, sus ojos se me declaran. ¿Se puede fingir una mirada?

Odio no tener respuesta para esas preguntas.

Regreso al ayuntamiento para terminar lo que empecé. Una silueta negra que camina al lado de un gato gris. Doblo la esquina y el animal se transforma en un chico de ojos verdes. Por encima de él, una densa capa de nubes negras. Eso es lo que sucede cuando las dudas se materializan. Te impiden ver más allá. Pierdes la perspectiva. El rumbo.

Se me acaba el bote de pintura. Doy unos cuantos pasos hacia atrás y lo que veo me provoca un escalofrío. He vuelto a mi rutina de antes para agarrarme a algo sólido y no perder el contacto

con esta realidad tan inconsistente, tan frágil y etérea.

Diego me ha concedido lo que le pedí: tiempo. Tres días han pasado desde la última vez que hablamos. La soledad retoma la costumbre de acompañarme a todas partes, pero no sé si la quiero. No todo el tiempo, al menos. Pienso en qué sucederá si dejo el rencor atrás. En qué tendré si me quedo con él. En si puedo vivir conmigo misma independientemente de lo que elija.

En si encontraré paz mental. Equilibrio. Amor. No solo romántico. Hablo también del propio, del que se siente simplemente por estar a gusto.

Mis pies me llevan hasta aquella casa pija de Arturo Soria, pero antes de entrar, algo me paraliza.

Si descubro que Diego se ha marchado, no podré soportarlo.

Doy media vuelta como una cobarde. Mis pasos terminan en el templo de Debod. No es casualidad. Diría que de nuevo han sido mis pies y no mi cabeza los que han tomado la decisión. Mentira. Giro la cabeza y, entonces, el peso que había sobre mi pecho se deshace.

Ahogo un jadeo ronco y suspiro, tan aliviada como si me acabaran de salvar la vida. Diego está sentado sobre la hierba, ahora amarillenta. No se mueve, no me saluda, pero me mira. Se me acelera el pulso al dirigirme hacia el rincón que reclamamos como propio antes de que el mundo se acabara.

Estoy muy cerca. El silencio alrededor me empuja a hablar para romperlo, porque resulta insoportable. Nuestros ojos se encuentran. No aparto la mirada, a pesar de que tengo muchas cosas que ocultar. Admito que le he echado más de menos desde que vino que cuando me creía completamente sola.

Alzo la mano. Él no me saluda. Me siento a su lado. Sonrío sin poder evitarlo.

Eso es todo lo que necesito para ser feliz.

—Hola.

—Hola.

Juega con unas briznas de paja. Está serio y con la mirada fija en lo que hace. Pasa casi un minuto. Me pongo cada vez más nerviosa. Quizá por eso, doy yo el primer paso.

—Me alegro de que estés aquí. —El alivio me empapa la voz.

—¿Te refieres a que esté en Madrid o... en plan... aquí?

Quiero tocarlo, pero no me atrevo.

—A las dos cosas.

—El otro día no pensabas lo mismo.

—El otro día... —suspiro—, era el otro día.

—¿Qué ha cambiado? —No respondo al instante porque la pregunta se las trae. Diego, impaciente, enuncia otra más—: ¿Has tenido tiempo suficiente para... pensar? —asiento—. ¿Qué quieres hacer? —De nuevo, silencio. Parece que intento castigarlo, pero una fría congoja me paraliza—: ¿Quieres... —le tiembla la voz—, quieres que me marche?

—No. —Me apresuro a contestar.

—¿Estás segura?

—Sí. —Cuando quiero darme cuenta, tengo los dedos sobre su hombro.

Trago saliva al subir la mirada y enredarme en el verde de sus ojos. ¡Son tan bonitos! Esa explosión de colores es lo que más me gusta después de su sonrisa. Ojalá fuese capaz de pintarlos, pero me pierdo en los detalles. Es imposible. Me fijo en su boca. Veo cómo toma aire. Lo retiene dentro. Aprieta los labios. Para mi sorpresa, le tiemblan un poco.

—«Diego, no te vayas». Solo habría bastado eso para que me quedase contigo, Xiaojing —suelta, de pronto—. Por eso no pude despedirme de ti. Y porque —se lleva una mano al pelo—,

si te veía triste, o peor aún, cabreada por mi culpa...

—¿Cómo no iba a cabrearme?

—¿Aún no te has dado cuenta de que tengo un miedo irracional a defraudar a quienes quiero? —Abro la boca, pero no me deja interrumpirlo—. Una sola lágrima y... habría mandado a la mierda a mis padres. —Su risa, destructiva, me eriza la piel—. Antes de conocerte, la decisión me pareció fácil. Cuando me di cuenta de que estaba pillado por ti, no supe dar marcha atrás. Y supongo que me equivoqué al tratar de ser la versión que mi familia esperaba de mí. Tiré hacia delante y punto. Hasta que engañarme a mí mismo se volvió... insostenible.

—Por eso compraste el billete de avión.

—Sí.

Arranca una brizna de hierba con tanta violencia que se lleva un puñado de tierra. La lanza lejos de nosotros. Una dosis de melancolía fabricada por el corazón me recorre las venas.

—Las putas expectativas —mascullo—. Las mías sobre ti, las de tus padres sobre ti.

—Tenías razón, fui un cobarde. Un cobarde que hizo todo lo posible por facilitarse la vida con aquella situación de mierda.

—Ya. Ahí te equivocaste —le reprocho—, aunque...

—¿Qué?

—Ahora puedo llegar a entender porqué hiciste lo que hiciste —admito.

—Te mandé cientos de mensajes, a lo mejor miles. Tú no los leías. Nunca me contestabas.

—No quise saber nada más de ti —me aparto una lágrima.

—No pienses que fuiste tú la única en pasarlo mal.

Se levanta. Me tiende la mano y la acepto. Da media vuelta. Sigo su mirada. El templo de Debod. Los recuerdos me arrancan un par de sonrisas tristes, de esas en las que el temblor de tu barbilla no te deja pensar.

Siguiendo un impulso, lo abrazo por detrás. Me apoyo contra su espalda. Cierro los ojos. Escucho su voz:

—Yo... aún te quiero. Mucho. Nunca dejé de quererte, ni creo que pueda hacerlo aunque me mandes a la mierda cien veces más —susurra, sin darse la vuelta. Sin mirarme—. Me enfrenté a mis padres. Intentaron hacerme... recapacitar, pero ya estaba enfermo. O loco. —Mueve el brazo para tocarse la sien con el índice—. Me daba igual todo hasta un punto que... asustaba.

Aprieto fuerte. Su calor me salva del desespero. Sollozo contra su columna vertebral. Mi nariz sobre la tela de su camiseta me trae viejos recuerdos. Nos quedamos así un buen rato. Nunca pensé que sería tan agradable sentir el corazón de otro ser humano. Tan sanador.

Cuando quiero darme cuenta, ya ha anochecido. Diego no se ha movido en todo este tiempo y yo no me aparto de él.

—Tenía miedo de olvidar tu sonrisa —le confieso—. Por eso te pintaba.

Él no reacciona. No coloca sus dedos sobre los míos, pero yo no puedo dejar de abrazarlo. Ni quiero. Ya no.

Y entonces, me doy cuenta de que daría lo que fuera por ver lo que dicen sus ojos en momentos como estos, cuando se empeña en callar.

—¿Me quieres, Xiaojing? —pregunta, de repente.

Asiento. Me rompo, al igual que esos muros ya inservibles que sostenían mi orgullo. Lo aprieto aún más fuerte, como si quisiera fundirme con él para que no volvamos a separarnos más.

Sus costillas se me clavan en el pecho. Está muy delgado, pero es real. Y está conmigo.

—Dilo —me pide, con la voz ronca—. Dímelo, por favor.

Niego con la cabeza. Cojo aire. Subo los brazos hasta tocarle los hombros.

—Así no.

Diego da media vuelta. Por fin estamos frente a frente. A oscuras, sí, pero sin escudos, sin excusas.

Mis dedos trepan hasta sus mejillas.

—Te quiero —murmuro contra su boca.

Me imagino que sonríe por cómo se le mueven los músculos, pero apenas se ve nada. Reímos antes de ese beso que ya estaba tardando demasiado. Mis labios se abren, tímidos, y jadeo cuando su lengua toca la mía. Lo atraigo hacia mí. Enredo mis dedos en sus greñas. Como antes, como siempre. Nuestras bocas continúan unidas durante lo que a mí me parece un segundo, pero a juzgar por el hormigueo que siento debe ser mucho más.

—Joder, Xiaojing, te he echado mucho de menos —musita tras ese beso que sabe a victoria.

—¡Y yo!

Diego me coge en volandas y gira conmigo. Echo la cabeza hacia atrás en un ataque de felicidad. Sus labios me recorren el cuello. Un escalofrío baja hasta mis muslos. Siento de nuevo esa conexión especial que nos unía, esas ganas por tocarlo y que me toque. Ese amor que tantas veces negué.

Nos miramos a los ojos sin ver nada, solo lo esencial. Trago saliva. El mundo se ha detenido, esta vez de verdad. Por completo.

Y es tan intenso que asusta.

—Volvamos a casa —me susurra.

—¿A cuál?

Sonríe antes de contestar:

—A la que queramos.

Capítulo 56

—Diego...

—¿Qué?

Las persianas nos protegen de la luz del mediodía y de todo lo demás. Giro mi cuerpo hacia él. En la penumbra, sus ojos me sonríen antes de que sus labios lo hagan.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Déjame adivinar —se lleva el dedo a la barbilla—, ¡ya sé! ¡Quieres cambiar tu voto!

—¡No! —me río.

Le pego un puñetazo flojo en el hombro.

—¿Sigues pensando en que la peli es mejor que el libro?

—¡Pues claro! —arqueo una ceja—. ¡Y sin que sirva de precedente!

Me estudia, divertido. Tiene los párpados hinchados por culpa del sueño. La almohada le tapa la mitad de la cara. Sus rizos se desparraman por todas partes. Debería decirle que se corte esas greñas, pero se me olvida cuando acerca los labios para darme un beso en la nariz.

—¡Qué pedante puedes ser a veces, Chica Lista!

Vuelvo a reír. Mi boca se dirige a su oído y susurro:

—Forrest Gump no es una novela muy memorable.

—¡Siento discrepar!

—¡La peli en cambio es mítica! ¿¡Y quién es el pedante ahora!? —Apoyo mi peso sobre los codos y le intento hacer cosquillas, pero él me detiene enseguida. Agarra mis muñecas con sus dedos. Mi respiración se agita sin querer.

—Para, Xiaojing —su voz ronca me estremece—. A menos que...

—¿A menos que qué? —le provoco

Me fijo en cómo traga saliva.

—Que quieras otro asalto.

Me coloco sobre él por toda respuesta. El frío me recuerda que estoy desnuda y que es octubre. Eso lo sé porque Diego lleva la cuenta. Si no, ni de coña. Sus ojos me recorren el pecho mientras una bola de fuego baja por mi cuerpo. Sonrío, le acaricio el cuello y los hombros. No me canso de tocarlo y, con este pensamiento en la cabeza, me muerdo el labio de manera

inconsciente.

Restriego mi pelvis contra la suya a sabiendas de que voy a volverlo loco. Caigo en mi propia trampa. Jadeo al sentirlo así, tan directo.

—Para, en serio —me repite—. No podemos jugárnosla.

Hago una mueca de fastidio. Me inclino hasta alcanzar la caja de condones que abrimos hace dos días.

—Solo queda uno —lo saco y se lo enseño.

—Creí que los gastamos todos.

—Has tenido suerte.

Me mira de soslayo con una sonrisa de pillo brillando en sus labios.

—O tú.

Me agarra de la cintura para hacerme girar. Me río como una idiota. Nuestras posiciones se invierten. Ahora yo estoy debajo y él, deliciosamente encima de mí.

—Esto de que no haya que ir a la uni o a trabajar tiene sus ventajas... —ronronea sobre mi cuello.

—¿Es que no piensas en otra cosa? —me río—. Pues ya somos dos...

Su boca encuentra la mía y ambas se funden en un beso delicioso. Es húmedo y lento. El preludio ideal de lo que está por venir. Nunca voy a cansarme de hacer esto, es demasiado bueno, por no hablar de la química: cada vez más fuerte.

Pensé que esas cosas se exageraban en las películas, pero no. Existe. Al menos, entre nosotros.

—Espera... —se detiene.

Protesto. Intento retomar lo que estábamos haciendo, pero lo que veo en sus ojos me hace parar.

—¿Qué pasa?

—¿Qué ibas a decirme antes?

Bajo la mirada. Mi sonrisa aparece, pero es tirante. De pronto, una oleada de vergüenza me trepa por la cara.

—Nada, que... —retengo la lengua entre mis dientes antes de hablar—, se nota que aprendiste trucos nuevos en Alemania.

—Ah, ¿sí? —gira la cabeza, divertido.

—Hacía mucho que quería decírtelo, pero no sabía muy bien cómo —confieso, muerta de vergüenza.

Él me clava la mirada oscurecida.

—Pues aún no has visto nada...

Se abre camino por mi torso a través de besos y mordiscos. Su cabeza queda a la altura de mis piernas abiertas. Sin el abrigo del edredón se me eriza la piel. La temperatura de la habitación no es confortable, pero mi cuerpo arde. Siento su respiración ahí abajo. Un soplido y luego... la magia.

—Joder, Diego...

Se le nota mucho más confiado que antes. Sabe lo que hace y lo hace de vicio, aunque no me gusta pensar en que otras chicas le ayudaron a alcanzar este nivel. Mi corazón prefiere mirar para otro lado, pero mi cuerpo agradece que todo tenga un lado bueno en esta vida porque...

—¡Joder!

El aullido que sale de mi garganta es el preludio de un orgasmo colosal. Podría decir que me da palo armar un escándalo, pero no es cierto. Ningún padre o madre va a entrar en esta habitación para interrumpirnos. Nadie puede escucharnos. Dos minutos después, el chico de los

ojos verdes pone los míos del revés. Me tiemblan los labios y las piernas. Él se tumba a mi lado y me mira con esa sonrisa que tanto me gusta. Se nota que está satisfecho, aunque no tanto como yo.

—¡Te brilla toda la cara! —rompo en una carcajada que me cuesta controlar.

Él se limpia con la sábana y se pasa un brazo por detrás de la cabeza.

—No estuve todo el día follando por ahí en Alemania.

—Ah, ¿no? —digo con tono despreocupado, aunque no sé si me apetece hablar de esto.

—Joder, Xiaojing, tú me conoces. No soy un *playboy*.

—Entonces, Diego Vázquez, ¿qué eres? —pregunto con voz profunda.

—Un chico normal que quiere dejar el listón alto —susurra—. Ya sabes, por si te vas con otro. —Suelto una carcajada que se escucha por toda la casa—. Oye, ¡no te rías! Podrías asaltar una tienda de consoladores y olvidarte de mí.

—No me des ideas... —replico, mientras reparto besos por su costado.

Es mi turno y voy a emplearme a fondo en devolverle el favor.

Después de tirar el preservativo, nos vestimos y bajamos a desayunar. El café es decente todavía, pero cada vez nos cuesta más encontrar cosas que no se hayan echado a perder.

—¡No hay nada! —me quejo.

Diego abre una caja de bombones que tenemos reservada para ocasiones especiales. Hoy se celebra que nos levantamos de buen humor. Cojo uno y lo mastico mientras pienso en que el presente es lo único que nos queda. Cierro los ojos. Hago sonidos que me recuerdan a lo que acaba de pasar.

—¿Tan bueno está? —Le pongo uno a Diego en la boca—. ¡Joder, está que te cagas!

—Esto valía una pasta en su día, por algo será.

Llevo la taza de café en una mano y dos chocolates más en la otra. Con este botín, me acerco a la ventana. Los árboles están desnudos. Sus hojas, tiradas en el suelo, giran en remolinos que provoca el viento. Nadie va a recogerlas, así que se acumulan en montañas enormes. Subo la mirada. El cielo, encapotado, es de un color gris que no me encanta. Prefiero los días de sol y de calor. Diego, en cambio, adora el otoño en Madrid.

Me abrazo a mí misma para evitar el escalofrío, pero no lo consigo. Termino el café de un trago. Me como uno de los bombones. Disfruto de este pequeño placer que el mundo vacío nos concede. Y así avanzamos, un día tras otro, sin pretensiones.

Diego me da el espacio que necesito. Puedo compartir cosas con él y guardarme algunas para mí. Es el equilibrio perfecto, por fin. Lo miro mientras lee lo que pone detrás de la caja de bombones. Me encanta su cara de concentración. Está muy guapo así. Esta escena tan cotidiana es perfecta.

No pido más. Así soy feliz.

Mucho más feliz que cuando Madrid estaba llena de gente.

Apoyo el culo en el radiador. Su débil calor traspasa mi ropa.

—¡Me muero de gusto!

—Da gracias a los paneles solares.

—Gracias, paneles solares. —Me muerdo el labio inferior—. Todavía hay lujos en pleno fin del mundo.

—¿Hablas de lo de antes?

Sonrío.

—También —suspiro—. Hoy no quiero salir de casa —anuncio—. ¿Volvemos a la cama?

Diego me sonríe. Se me queda mirando, pensativo. Trama algo.

—Tenía otros planes.

—¿No pueden esperar a mañana?

Niega con la cabeza.

—Solo nos falta leer un libro y ver una peli para terminar el *challenge*.

—¿Y?

—Pues que hay que darle el cierre que se merece. —Le miro sin entender nada—. Además, si no me fallan las cuentas, la peli que queda es de las tuyas.

—¡Es verdad! —Abro mucho los ojos.

—¿Te acuerdas del título?

—Ha pasado mucho tiempo.

Diego se acerca hasta mí. Me aparta del radiador. Yo protesto, pero callo al sentir sus brazos encima. A veces, me resulta raro que vivamos juntos en esta casa tan pija y sofisticada. Otras, me olvido de que ahí fuera no queda absolutamente nadie y me imagino que así va a seguir nuestra vida aunque pasen los años.

—Luego vamos a por el tarro. —Me besa el pelo.

—¿Lo dejaste en Dulcinea? —jadeo, sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque quería volver contigo —murmura, tras un silencio un poco raro.

—Diego...

—¿Qué?

—Que ya lo hemos hablado mil veces.

No quiero regresar a la librería. Son demasiados recuerdos y, tras cada visita, acabo un poco tocada. El abandono me hace creer que el local está encantado, como si Dulcinea durmiese esperando la llegada de un príncipe para despertar.

Pero Daniel no va a venir. Nunca.

—La cosa está muy igualada —comenta.

—¡Qué va!

—Recapitulemos...

—Vale. Está «El club de la lucha».

—¡Empieza por orden!

—¡No! Venga, «El club de la lucha».

—Vale. Ganó el libro.

—¡No! La peli.

—Cierto —sonríe—. «Cumbres borrascosas»..

—Libro.

—«Drácula».

—Libro.

—Esos tres fueron antes de que pasara... todo esto —señala afuera, el Madrid desierto—. Después, en esta casa, hemos visto «El exorcista»...

—¡Qué puto miedo! —exclamo—. No me lo recuerdes, me tiré tres días sin dormir.

—Solo por eso, gana la peli. —Diego sonríe, encantado de haber elegido ese clásico del terror.

—Joder, ¡hasta que dimos con un lector de DVD!, ¿te acuerdas?

—¡Sí! —reímos—. Menos mal que elegimos clásicos. Son fáciles de encontrar.

—Bueno, ¿qué me dices del libro?

—El libro da canguelo también.

—¡Ya te digo! Pero como leemos por el día...

—Vale, empate técnico. —Levanta un dedo.

—Seguimos. «El padrino».
—¡Peliculón! —gritamos los dos a la vez.
Nos reímos. Nuestras sonrisas huelen a café.
—«Matar a un ruiseñor» —me señala—. Tuya.
—Qué difícil esta, ¿eh?
—Otro empate.
—Definitivamente —coincido.
—«Lo que el viento se llevó». —Hace una mueca que me saca una sonrisa—. Tostón.
—Ey, ¡un respeto!
—Ni la peli, ni el libro.
—Tienes que quedarte con una, son las normas —le recuerdo.
—Pues la peli. Para dormir la siesta, viene de lujo.
Le pego un codazo. Me río.
—Yo me quedo con la peli también, venga.
—¿Has cambiado de idea?
—A lo mejor.
—¿Vas a admitir que es un coñazo? —niego con la cabeza—. ¿¡Entonces!?
—En el libro hay partes que no me convencen del todo y...
—¡El libro entero es el que no te convence del todo!
Pongo los ojos en blanco.
—Está claro que no nos vamos a poner de acuerdo aquí.
—«El silencio de los corderos» —continúa con el repaso.
—Libro.
—Peli.
—Tampoco hay consenso en esta... —pienso en voz alta.
—Eso es que hicimos muy buenas elecciones para el *challenge*.
—Cierto...
—Por último, «Forrest Gump» —dice. Yo me cruzo de brazos—. ¿Qué?
—¡Que no pega nada con las otras! —me mofo.
—No todos somos tan cultos como tú, Chica Lista.
—Gana la peli.
—Por unanimidad.

Nos quedamos callados durante un minuto. No sé en qué piensa Diego. Yo repaso los recuerdos que acumula el *challenge*. ¿Quién iba a decirnos que un reto de TikTok nos uniría así? Lo empezamos cuando apenas nos conocíamos. Fuimos enamorándonos por el camino. Nos separamos. Lo dejamos a medias. Desapareció la humanidad. Volvimos a encontrarnos, a reconciliarnos. Y lo retomamos, pero ya no somos los mismos. Ni él ni yo.

Por suerte.

—¿En qué piensas? —Me abraza más fuerte.
—En que no quiero que se termine el *challenge*—digo, con sinceridad.
—Podemos inventarnos otro —me guiña el ojo—. Además lo vamos a cerrar por todo lo alto, ya verás.
Me giro para estudiar su cara.
—Definitivamente, tramas algo —mascullo.
Él solo sonríe.
Y yo beso su sonrisa.

Capítulo 57

Al ver la verja metálica de Dulcinea se me acelera el pulso. Aminoro el paso, Diego no se da cuenta y, por un momento, él desaparece. Ella y yo nos quedamos a solas. Esto queda lejos de ser un *déjà vu*, pero es algo parecido ya que mis pies se han detenido en este mismo lugar decenas de veces.

Tengo la sensación de que Daniel doblará la esquina de la calle de un instante a otro. Casi puedo escuchar el llavero tintineando en su mano y mi nombre en su voz. Sonrío, triste. Ojalá estuviera a punto de perderme entre libros y conversaciones sobre literatura.

—¿Qué pasa?

Se me parte el corazón mientras una fina lluvia lo empapa todo. Los feos graffitis que cubren la reja tienen el mismo efecto que un puñetazo directo al estómago. Debería haber hecho algo para remediarlo, aunque siempre estoy a tiempo.

Hoy, mañana o pasado.

Es la única ventaja de que el paso del reloj ya no albergue el mismo significado que antes.

—Xiaojing, te he hecho una pregunta.

Desangelada, abandonada e inhóspita, esos son los adjetivos que describen ahora a Dulcinea. Una silenciosa oscuridad que huele a páginas que ya nadie pasará. Sus estanterías llenas de libros, pero sin lectores.

Y sin Daniel.

—Nada. No es... nada —consigo decir, a pesar del nudo en la garganta.

—¿Vamos?

Asiento. Mis piernas no obedecen y me quedo inmóvil mientras Diego manipula el candado. Las gotas de agua resbalan por su pelo apelmazado. Me toco la cara con los dedos sin preguntarme qué moja mis mejillas. Podría caer del cielo o podrían ser lágrimas.

Él lanza un grito de victoria cuando consigue desbloquear el cierre. Empuja, la verja chirría y cede al fin.

—Necesita un poquito de aceite —comenta.

Se ríe. Yo permanezco en silencio, sumida en el pozo de unos recuerdos que no quiero dejar salir. El escaparate se hace visible y mi mirada desfila por las portadas de los libros expuestos como si estuviera pasando lista.

—¡Joder con la cerradura! —se queja Diego al tiempo que empuja con el hombro.

Bajo la cabeza y me refugio de la lluvia mientras él pone empeño en abrir la puerta. La hoja finalmente cede con un chasquido desagradable. El peso de Diego nos da acceso de la forma más abrupta. Mis reflejos son lentos, por eso apenas consigo agarrar la manga de su abrigo.

Tropieza, pero no cae.

—Ha estado cerca. —Se vuelve y me dedica una sonrisa.

Intento imitar su gesto. Una oleada de aire viciado nos alcanza. La negrura me paraliza. Es como si estuviésemos a punto de entrar en una gruta. Diego no se muestra ni nervioso ni sobrepasado, sino que entra tan campante después de encender su linterna. Lo sigo.

Sabía que Dulcinea ya no sería la misma, pero nada me había preparado para esto.

Se ha convertido en un cementerio de libros olvidados.

Prefiero no detenerme a mirar alrededor, así que voy directa a la trastienda. La presencia de Daniel permanece. Huele a la colonia que utilizaba. Me intimida tener la certeza de que nos mira desde una esquina y otro plano.

Lo echo de menos más que nunca.

—¿Dónde está el tarro? —pregunto, impaciente.

Diego me lo trae. Abrazo el objeto con los dedos tan fuerte que temo romperlo.

—Vale, vámonos.

—No, espera.

—¿A qué, Diego? —la voz me sale más aguda, más urgente—. ¿A qué tenemos que esperar?

Él me mira con gesto raro. No entiende lo que significa para mí estar aquí después de que el mundo se fuera a la mierda.

—Saca el papelito, a ver qué libro nos toca leer.

—Mejor fuera.

—Está lloviendo —suspira.

—Pues en casa.

—No —me coge de la mano. Está helada, al igual que la mía—. Antes quiero pedirte una cosa.

—Matrimonio no puede ser —digo de broma, para rebajar la tensión—, el alcalde no está disponible.

Diego no se ríe, sino que da media vuelta y dirige el haz de luz de su linterna hacia la tienda.

—Píntala.

—¿Qué?

—Que la pintes. Pon guapa a Dulcinea.

De manera inconsciente camino hacia atrás hasta que mi espalda choca contra una pared. Ahogo un gemido que se parece demasiado a un sollozo.

—No puedo, Diego.

—¿Por qué no? —La falta de brillo en sus ojos me dice que esta visita no está siendo tan fácil para él como llegué a pensar—. Me encantaría ver cómo llenas todo de colores. Las paredes, el suelo, el techo...

—No es buena idea —susurro.

—Sí lo es. Así deberíamos recordarla. —Una frágil nostalgia afecta su voz—. No como está ahora, medio muerta, sola y...

—Pero pintar los libros...

—El lomo de los libros. Todavía se podrían leer.

—Aún así...

—Es lo que hubiese querido mi abuelo —asegura con una rotundidad indiscutible.

De alguna manera esas últimas palabras me dan el impulso que necesitaba para traspasar el mostrador y recorrer los pasillos.

—Me estás poniendo en un compromiso —aseguro, tras sentir los pasos de Diego cerca. —Me da mucha pena verla así —susurra—. Y sé que a ti también.

—Esto significa... mucho —digo mientras lo toco todo.

—Por eso tienes que hacerme caso —alza las cejas y sonríe. El haz de luz de mi linterna me hace ver la gruesa capa de polvo gris que se pega a mis dedos—. ¿Así es como quieres que se quede?

Niego con la cabeza.

—Deja que me lo piense.

—Vale. —Me quita el tarro de las manos—. ¿Puedo hacer los honores?

Asiento. Diego abre la tapa y saca el último papelito, ese con el que completaremos el *challenge*.

—¿Qué pone?

Gira el trozo de cuartilla hacia mí y me encuentro con mi propia letra. Sonrío. Me dirijo con decisión hacia una de las secciones menos transitadas de la tienda.

—«El Conde de Montecristo» —leo, emocionada—. ¡Bien! ¡Ya no me acordaba! Tú te encargas de la peli. Yo voy a pillar los libros.

Varios minutos después, nos vamos a casa. Damos una semana de plazo para leer y, cuando por fin nos sentamos delante de la tele, me resulta difícil seguir la trama. No solo porque sé qué va a pasar, sino porque tengo la cabeza llena de mil sensaciones distintas. Diego me da la mano y yo la aprieto. Apoyo la cabeza sobre su hombro. Suspiro.

—¿Y si solo ha sobrevivido una persona en cada ciudad?

Enderezo el cuello y lo miro de hito en hito.

—¿Qué?

Pulsa el botón de pausa.

—Pues que tú estabas en Madrid y yo en Berlín cuando todos los demás... desaparecieron. ¿Crees que es casualidad?

—¿El qué? ¿Que solo hayamos quedado nosotros?

—Sí. No sé si tiene sentido.

—Nada de lo que pasó tiene sentido —aprieto los dientes tras decir eso.

—Ya. —Sin querer, me remonto a esos primeros días de completa soledad—. Si mi teoría fuera cierta, me alegro de no haber estado aquí.

—Visto así... —No termino de comprar su argumento.

—¡Piénsalo! Quizá gracias a eso ahora estás con un ingeniero buenorro —se ríe de su propio chiste—. Es lo mejor que te podía pasar en esta era post-apocalíptica.

«En esta era y en cualquier otra». Pienso.

Le miro con los ojos entornados. Él me sonríe de oreja a oreja. Alcanzo el cojín que tengo más a mano, lo amaso y se lo tiro a la cara.

Las carcajadas llenan poco a poco todo el salón.

—Solo llegaste a la mitad de primero —le recuerdo.

—¿Qué?

—Que técnicamente no eres ingeniero.

—Técnicamente.

—Y además, deberías dar tú las gracias por estar conmigo en el fin del mundo —afirmo en un

arranque de chulería.

Se inclina hacia mí con hambre en la mirada. Recuesto mi espalda en el sofá. Él acerca sus labios a los míos y dice contra mi boca:

—Eso es verdad.

Mientras me besa, pienso en todo lo que hemos pasado. Juntos, separados. Y en aquello que nos queda por vivir, en este mismo momento que trato de retener en mi memoria para pintarlo por ahí más tarde. Ya no queda rencor en mi sistema, ni una gota. Siento que, al reconstruirnos después de rompernos, salimos fortalecidos. Somos mejores que los de antes y estamos más preparados para enfrentarnos a cualquier cosa.

Entonces, decido que voy a hacerlo. Que volveré a Dulcinea y la pondré guapa. Yo también creo que es lo que Daniel hubiese querido. Imagino los trazos, dibujo colores en mi mente. El librero tras el mostrador y aquella edición especial de «Orgullo y prejuicio» que me vendió hace ya una eternidad.

Quiero que sea una sorpresa, así que no le comento a Diego nada acerca de mi plan. «El Conde de Montecristo» nos espera congelado mientras nos besamos. Se hace de noche, apagamos la tele. Cenamos algo y nos acostamos. Mil ideas aparecen en cuanto imagino el chasquido de la bola en el interior del bote. Trazos y colores giran en mi cabeza como la ropa en una lavadora. Tantas posibilidades que no sé cuál elegir. Las ganas dan paso a la ilusión.

Durante los días siguientes, reúno todo el material que necesito a espaldas de Diego. Una mañana soleada, salgo de casa con una excusa cualquiera. Él ni siquiera me presta atención, está ojeando un libro de los suyos. Física cuántica, o no sé qué. Paso de decirle que estaré en Dulcinea. Hace días que no cojo los sprays. Me pican los dedos por culpa de la anticipación.

Mientras camino, juego a imaginar la cara de Diego cuando lo vea terminado.

Y su sonrisa.

Capítulo 58

—¡¡Diego!! ¡Diego!, ¿¡dónde estás!?

Me dejo la voz en los gritos. Las palabras flotan por la casa hasta que el silencio se impone, aunque no por mucho tiempo. Mi pecho sube y baja, frenético. Me duelen los pulmones y tengo un flato en el costado que aprieto con los dedos como si fuese una herida de guerra.

—¡Estoy aquí!

—¿Dónde?

—Aquí, ¿qué pasa?

Corro escaleras arriba en tiempo récord. Paso por cada una de las habitaciones, pero no hay nadie. La casa permanece en calma, sumida en una quietud que me da escalofríos. Parece que todo está como siempre, pero yo sé que no.

Que ya nada será igual.

La tensión en la garganta me hace jadear. Tengo los dedos tan rígidos que apenas puedo moverlos y un dolor de cabeza cada vez más insoportable.

Joder, ¡necesito a mi novio!

—¿Dónde estás? —repito la pregunta, frenética—. ¿Dónde, Diego, dónde?

Una corriente fría me chiva de que la puerta que da a la azotea está abierta. Me abalanzo sobre un nuevo tramo de peldaños. Me tropiezo. Aterrizo de rodillas con un alarido casi animal. El hormigueo que se expande por mis piernas se transforma en dolor. Lo ignoro, pero suelto varios tacos en mandarín.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Diego está frente a mí, flipando. Se nota que ha estado trabajando en el huerto por el sudor de su frente y las herramientas cubiertas de tierra que todavía lleva en sus manos. Me mira de arriba abajo con el ceño fruncido en sorpresa. A mí me tiembla todo el cuerpo, pero no me doy cuenta hasta que me planto ahí quieta, buscando la manera de soltar la bomba que traigo.

—¡Hay alguien!

Nunca dos palabras fueron tan sentenciadoras. Soy consciente de que marcan un antes y un después. Al salir, resultan incluso más aterradoras que cuando las repetía en mi cabeza. Ahora, son reales. Ahora, Diego también forma parte de ese descubrimiento que hice hace cuarenta

minutos.

Es lo que he tardado en correr hasta aquí.

—¿Has esnifado pintura? —se ríe.

—¿Crees que bromeo?

Me jode que no me tome en serio aunque, de estar en su lugar, a mí me costaría. Deja a un lado las herramientas. Se sacude la tierra en los pantalones con una parsimonia que me provoca un intenso nerviosismo.

—Tranquila, Xiaojing, es casi imposible que...

—Era un grupo pequeño. Dos adultos —recito, de corrido, sin mirarle—. Dos niños. Parecía que estaban de paso.

—¿Cómo estás tan segura?

—Los he contado.

—Me refiero a lo de que estaban de paso.

—Llevaban mochilas y sacos de dormir.

—¿Dónde los viste?

—Por Chamberí —suspiro mientras intento calmarme—. Iba callejeando y, de pronto...

—¿Ellos te vieron?

—No.

—¿Hacia dónde iban? —pregunta con cautela.

Me estudia sin pestañear, como si me acabase de escapar del manicomio y fuese peligrosa. Ojalá pudiera reírme de su cara, pero la situación es seria.

—Hacia el este.

—Vamos para allá.

Sin más me coge de la mano y nos conduce fuera de la casa. Sudo bajo mi abrigo, mis niveles de adrenalina caen. Estoy en shock, pero no puedo entrar en pánico. Desandamos mis pasos para internarnos por ese Madrid que, de pronto, parece un poco menos vacío. Intento meterme en las cabezas de esos desconocidos para averiguar su ruta. Permanecemos alerta ante cualquier ruido y cualquier movimiento. Apenas hablamos para no delatar nuestra posición. El viento nos juega malas pasadas al soplar fuerte y helado. Estoy preocupada, metida en un mal sueño.

Ojalá que no nos crucemos con ellos. O sí. No quiero que Diego empiece a dudar de mi estabilidad mental porque sé lo que vi. Humanos. Gente. Después de un año y medio solos. Se supone que éramos los últimos habitantes de Madrid. Se me hace raro asumir que tenemos que compartirla con alguien más. ¿No es de locos?

Me encantaría saber qué intenciones albergan esos extraños. No me fío, por mucho que viajen con niños. ¿Se conocerían de antes o han ido sumando miembros al grupo con el paso del tiempo? ¿Cómo se las han ingeniado para sobrevivir? ¿Se llevarán bien? Mil preguntas como esa brotan en mi cabeza. La falta de respuestas me pone de mal humor.

Tardamos un buen rato en dar con ellos, pero finalmente lo conseguimos. En la calle Joaquín Costa escuchamos sus voces despreocupadas, las risas de los niños. Me tapo con las dos manos para impedir que un alarido de terror rebase mi boca. El corazón me martillea en el pecho tan rápido como si quisiera romper las costillas y salir por patas.

Cuando giran y vienen hacia nosotros, Diego se queda blanco. Y mudo. Me pasa una mano por los hombros antes de conducirme hasta nuestro refugio, situado entre dos coches. Siento el pulso en los oídos. La tensión se refleja en el rostro de Diego como si fuese un espejo.

Finalmente, nos rebasan sin reparar en nosotros. Me fijo en los pies de los recién llegados. Calzado cómodo y sucio. Abrigos gordos. Bufandas cubriéndoles los rostros. Últimamente hace

un frío horrible, sobre todo por las noches. Hablan en castellano. Los niños pequeños se entretienen jugando un poco más apartados. Es un milagro que no les dé por explorar en nuestra dirección.

—¡Hostias! —murmura Diego, una vez se alejan de nosotros.

—¡Te lo dije!

—¿De dónde habrán salido? —pregunta, aunque enseguida me doy cuenta de que habla consigo mismo.

—¿Qué hacemos, Diego? —alzo la voz sin querer.

Él me manda callar. Cierra los ojos y baja la cabeza.

—No lo sé, pero está anocheciendo. No podemos quedarnos aquí —piensa durante varios segundos—. O salimos y nos presentamos, o... volvemos a casa. ¿Qué hacemos?

Odio que el peso de la decisión recaiga sobre mí. Si me equivoco, el cargo en mi conciencia será insoportable. Me dejo los sesos tratando de posicionarme. Pros y contras. Contras y pros.

—Vamos a seguirlos —propongo.

—No sé si es buena idea.

—Necesitamos conocerlos un poco más. No es seguro precipitarnos —argumento, para convencerlo—. A lo mejor algo de lo que comentan nos da pistas.

—¿Sobre qué?

—Sobre la clase de personas que son, de dónde vienen, hacia dónde van, si hay mucha más gente como ellos o si solo están... ellos....

—Eso último no creo —se ríe, nervioso—, si no, no habríamos tardado tanto en ver a alguien más.

—¿Y si hay civilización en otra parte? —inquiero.

—En más de dos mil kilómetros no me encontré con nadie —me recuerda.

—Ya —suspiro—. No sé, Diego.

Una ráfaga de viento helado se levanta. El chico de ojos verdes agacha la cabeza y me aprieta fuerte la mano. Seguro que se arrepiente de haberse olvidado del plumas en casa. La oscuridad ya es casi total. Salgo de nuestro escondite sin temor a ser vista, pero portando una sensación rara en el pecho.

Observo cómo se marchan.

—Si nos damos prisa, en un minuto les alcanzamos.

A lo largo de la siguiente hora, Diego y yo jugamos a los detectives. Oímos palabras sueltas e intercambiamos miradas entre nosotros con las que hablamos sin usar la voz. «Playa», «mejor tiempo», «viaje», «Valencia», «aún nos queda» y la socorrida «aquí no hay nadie», que se repite varias veces en tono plano. Queda claro: no se sorprenden de la quietud y están en Madrid de paso.

Tal vez la casualidad los ha traído hasta aquí. O buscan a alguien. O quieren comprobar si en la capital queda algo que ya no existe.

Se detienen a la altura de la Puerta de Alcalá. Es uno de esos imponentes monumentos que todavía tenemos pendientes mis botes y yo. El grupo se reúne en torno a un círculo. Luego fuerzan la puerta de un edificio solemne. Acceden dentro. Sus risas llegan hasta nosotros, casi son una despedida. Nos encontramos lejos, así que se escuchan débiles, tan amortiguadas como si provinieran de otra dimensión.

Le doy vueltas a esta idea hasta que Diego me coge de la mano y tira de mí.

—Vámonos a casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No vamos a pasar la noche a la intemperie, Xiaojing.

—¿Y si les perdemos?

—No se van a mover hasta el amanecer.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Simplemente lo sé —toma aire y devuelve vaho a la noche—. Estoy helado. Será mejor que nos movamos.

Me llevo las manos a los bolsillos mientras veo cómo se da la vuelta y se aleja de mí. Lo sigo con el corazón en un puño. A oscuras, no nos queda otra que avanzar a tientas. Lo hacemos despacio, casi por intuición. Nos detenemos cada pocos metros. Ya no siento frío. Diego tampoco. Ambos tenemos la mente en otra parte, no sé si en Valencia, en la Puerta de Alcalá o en las posibilidades que se abren frente a nosotros.

Solo entonces encendemos las linternas que siempre llevamos encima. El haz de luz ilumina el camino de regreso. Las dudas que nos rodean se suman a la oscuridad para hundirnos en un estado letárgico que recuerda a los malos sueños. Quizá por eso caminamos en completo silencio.

Cuando llegamos a casa, Diego sube al piso de arriba sin perder ni un segundo. Se lanza a por su mochila y mete en su interior varios objetos esenciales. Ropa, pilas recargables, baterías solares, cuchillos, un par de mantas... Me distrae la velocidad con que va y viene. Parece que se ha vuelto loco, o quizá la loca sea yo por quedarme ahí parada, incapaz de reaccionar.

—¿Qué haces? —le pregunto al fin.

—Recoger.

—¿Vamos a unirnos a ellos? ¿Así, sin más?

—No sé. Por si acaso. —Se detiene. Me mira y me habla entre susurros, como si aún tuviésemos que escondernos—. Prepara tus cosas.

—¿Es en serio?

Deja unas cuantas camisetas encima de una cómoda. Suspira y me abraza. Abatida, dejo que me sostenga. Tengo miedo y, al mismo tiempo, el descubrimiento de esta tarde me roe pedacitos de esa esperanza que se oculta tras la rutina.

—Antes de que amanezca, volvemos a la Puerta de Alcalá.

—¿Y si no es buena idea largarnos de aquí?

—Aún no hemos decidido nada. En plan... vamos a ver. Tú solo prepárate para cualquier... desenlace.

—Vale, vale, tienes razón —trago saliva—. Por si acaso.

Hago lo que me pide sumida en un trance. Me choco contra los muebles, contra Diego y su carrera hacia un futuro diferente. No estoy convencida de lo que hacemos, pero tampoco puedo negarme. Quizá sea buena idea. Quizá, lo mejor es convivir con otras personas. Juntos, somos más fuertes.

Cuando terminamos, comemos algo rápido. Intentamos dormir. Ninguno lo consigue. La alarma que programa Diego suena varias horas más tarde. Me interno en cada habitación y murmuro una especie de despedida. Me trago las lágrimas. Hemos pasado buenos momentos aquí. Algunos, forman parte de los mejores de mi vida.

Salimos de casa con todo ese peso a cuestas. No solo hablo del físico, sino de esa mochila emocional que cargamos. Avanzamos demasiado rápido teniendo en cuenta que estamos a oscuras, aunque pronto amanecerá. El sonido de nuestros pasos nos acompaña al igual que el canto de los pájaros más madrugadores. Realizamos el camino inverso al que trazamos ayer. ¿Por qué parece tan distinto? A cada coche, a cada farola, a cada edificio les digo mentalmente

adiós.

Estamos cerca. Hago un gesto para que Diego me siga. Lo mejor es enfilar Alfonso XI en lugar de seguir recto, pero entonces él se detiene. Yo también lo hago y me lanza la pregunta más temida, esa que no nos atrevemos a enunciar:

—¿Nos quedamos o no?

Intento mirarle a los ojos. La oscuridad se lo come todo, pero eso no me impide notar esa intranquilidad que yo también siento. Giro la cabeza y miro nerviosa en dirección a los desconocidos. Desde aquí es imposible verlos. Por eso me siento a salvo.

—No estoy segura.

—¿De qué?

—De dejar Madrid.

Diego asiente y calla. Ni siquiera me da su opinión, supongo que las dudas tampoco lo dejan en paz. Es la primera vez que nos enfrentamos a algo así desde que nos reconciliamos. Dos alternativas muy diferentes se abren ante nosotros. ¿Cuál escoger? Espero que, pase lo que pase, lleguemos a un acuerdo. Separarme de él es lo último que quiero.

Separarme de él sería peor que volver a estar sola.

—Xiaojing.

Me roza la mejilla con la yema del dedo y recoge una lágrima.

—¿Estoy llorando? —pregunto con el corazón encogido.

No contesta. Y yo ya no me avergüenzo por dejar salir mis emociones.

—¿Y si esto no vuelve a suceder?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si es la última vez que vemos pasar a gente? —susurra—. ¿Y si es nuestra última oportunidad de vivir... como antes? O algo parecido —añade, entre dientes—. Valencia. La playa. No sé, su plan suena bien. Y parecen buena gente.

Me quedo sin aire al comprender que Diego está a punto de tomar una decisión. Una opuesta a la mía. Sigo un impulso y lo abrazo. Suelto un gemido ronco. Le acaricio el pelo. Él me toca la cara. Nuestras bocas se rozan.

—Dulcinea —susurro. Trago saliva—. He ayudado a Dulcinea a ponerse guapa.

—Ah, ¿sí?

Sonrío, pero también continúo llorando.

—¡Sí! ¿Quieres verlo?

—No sé —su voz sale entrecortada —. Esto —señala al grupo—, lo cambia todo.

Lo beso en los labios. Suave, apenas un roce. No me atrevo a más.

—Necesito terminar de contarle mi historia a Madrid, Diego —susurro—. Está inacabada.

—¿Inacabada? —asiento—. ¿Y cómo es el final?

Aún no lo sé. Pienso en la respuesta, pero Diego se cansa de esperar. Esta vez es su boca la que busca la mía. El beso que nos une es de esos que, sin pretenderlo, se te cuela en la memoria. Podría ser el último, o podría ser uno con el que nos decimos cosas que resultan imposibles de expresar con palabras. En cualquier caso, no es uno más. Es único. Es efusivo, explícito, pasional y también tierno. Increíble.

—No sé si sabría vivir sin esto —digo en mi idioma materno.

Diego se separa de mí sin preguntarme por el significado de mis palabras. Camina unos pasos en dirección al grupo. Siento que mi corazón empequeñece hasta casi desaparecer. Me agarro a una farola. La abrazo por si me fallan las piernas. Ni siquiera se me pasa por la cabeza alcanzarlo.

Ya he escogido. Ahora falta él.

Poco a poco, los rasgos de Diego se desdibujan. Desde mi posición, deja de ser humano y se convierte en sombra. Se acerca hasta la esquina que une ambas calles, se asoma para mirarlos. Yo me quedo donde estoy. Y espero, preparada para cualquier cosa. Los minutos pasan, no sé a qué velocidad ni cuántos. No hay prisa, aunque sí necesidad.

Abandono la seguridad de la farola. Tiro la mochila en el suelo y me siento en un bordillo. El aire sopla a ratos, tan helado como antes, pero ha dejado de afectarme. Apoyo los codos sobre las rodillas y la cara entre mis manos. Cierro los ojos. Hablo con Madrid a solas. Le cuento lo mucho que quiero a ese chico alto, flaco, tan inteligente. No quiero que se vaya, pero no puedo retenerlo, igual que él no lograría convencerme de abandonar la ciudad que me salvó de la locura.

—Ey, ¿todo bien? —me dice.

—Sí.

Me tiende la mano. Me pongo en pie.

—Se me ha ocurrido otro.

—¿Cómo? —pregunto, incrédula.

—Otro *challenge.* Uno nuevo.

—¿Eso quiere decir que... nos quedamos?

La voz me sale insegura, débil. Quiero sonreír, pero aún no puedo. Tengo que estar segura:

—Pero Diego, ¿y si se nos acaba la comida?

—Olvidas que tengo el mejor huerto de Madrid —replica con una sonrisa ladeada.

—¿Y si se nos pica una muela? ¿O si nos ponemos malos... quiero decir malos de verdad?

—Tú siempre tan agorera...

—Joder, hay que pensar en todas las posibilidades. —Me llevo una mano a la boca—. Si te pasara algo...

—¿Qué me va a pasar?

—No podría perdonármelo nunca.

Diego suspira y me abraza, pero un ruido lo distrae y se separa enseguida de mí.

—Bueno, ya sabemos que hay gente y hacia dónde van —musita—. Cuando lo tuyo con Madrid termine, siempre podremos marcharnos a Valencia.

—¿Y si lo mío con Madrid dura para siempre?

Antes de que me conteste, me pregunto si soy demasiado egoísta. Si mi cabezonería nos pasará factura algún día. Si la relación que mantengo con esta ciudad podría competir con lo que Diego y yo tenemos. A Madrid y a mí nos une algo demasiado complejo e intangible. Creo que él jamás podrá entenderlo, pero lo respeta y eso es más que suficiente.

Me pongo de puntillas. Mi frente toca la suya.

—Si lo tuyo con Madrid dura para siempre, Xiaojing, deberíais hacerme un hueco. De hecho —baja la voz—, tengo una fantasía.

—¿Una fantasía?

Acerca los labios a mi oído y susurra:

—Hacerlo en plena calle. Tú y yo y Madrid. —Me cubro la boca de nuevo, esta vez por motivos muy distintos—. ¿Qué? ¿No te renta? —Se muerde el labio inferior—. No pido mucho más.

Un suspiro de puro alivio abandona mis labios.

—Concedido, pero cuando venga mejor tiempo.

Me tiende la mano. Se la estrecho.

—Entonces, ¿estás seguro?

—¿De lo de hacerlo en la calle? Joder, sí.

—Me refiero a lo de... quedarnos.

—No, Xiaojing —suspira. A mí se me borra la sonrisa—. Lo único que tengo claro es que no quiero volver a separarme de ti.

Este beso es diferente. Sabe distinto. Sabe a un consenso, a un pacto. Sabe a mi victoria, a su cesión. Este es, sin duda, el mejor regalo que Diego va a hacerme jamás: tiempo. Una espera indefinida. Una oportunidad para acabar lo que empecé.

—Pelis contra cómics.

—¿Cómo?

—El nuevo *challenge*. ¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Recojo mi mochila. Nos damos la mano y emprendemos la vuelta a casa. Por el camino rememoro cada recuerdo, lo diseccionо hasta convertirlo en fragmentos. Desde mis primeros trazos a lápiz hasta los últimos grafitis que he hecho, todas y cada una de las veces que mi creatividad ha salido de su jaula, me he sentido libre. Desahogada. Sobre el papel, dentro de la librería o en algún punto clave de Madrid que jamás será el mismo.

Pero en eso consisten las relaciones, ¿no? Cuanto más profundas, más nos cambian, más nos transforman, más surcos imborrables nos dejan. Madrid se lleva algo de mí y yo, de ella. Para siempre. Es mi amiga, mi psicóloga, mi paño de lágrimas, mi compañera en la soledad. Me ha dado mucho más de lo que necesitaba así que, si la abandono ahora, ¿no sería como si la estuviera traicionando?

Quizá te cueste entenderme, o tal vez no estés de acuerdo conmigo. Hay tantos Madrid como personas que la vivieron, que la habitaron, que recorrieron sus calles y respiraron su aire bajo ese cielo único en el mundo. Y las historias que esconde son cientos, miles. A lo largo de las décadas y los siglos, las vivencias se acumulan, se superponen, contrastan y se cruzan. Las hay para todos los gustos y colores, así que puedes odiar o amar la capital. Incluso colocarte en algún punto intermedio, pero una cosa es segura: Madrid, si te descuidas, se te mete dentro. Y he descubierto que sus grises se pueden llenar de colores.

Aquí he intentado buscar mi sitio y averiguar quién soy. Aquí he sido feliz y desdichada mientras me debatía entre dos culturas muy distintas. Este es el lugar donde me enamoré por primera vez. Donde Diego me rompió el corazón y donde se lo ganó de vuelta. Quiero seguir hablándole de esa parte también a Madrid, porque nos prestó el escenario. El final no está escrito aún, tampoco es algo que me preocupe ahora mismo. Solo sé que estos capítulos están siendo muy especiales.

Porque Madrid es mi hogar. Es mi casa, mi refugio. Mi guarida y, a veces, mi prisión.

Eso es lo que voy a contarle.

EPILOGO

Diego

Xiaojing no se ha dado cuenta de lo rayado que estoy después de haberme acercado a ese grupo. Que ella no quiera unirse a los desconocidos ha sido un golpe de suerte. Ahora, tengo que alejarla de aquí. Me río con ella, bromeo, comparto una fantasía, la abrazo y me hago el fuerte. Sin embargo, por dentro, tiemblo.

Estoy acojonado, hablando mal y pronto.

Si supiera lo que he descubierto, no sé cómo reaccionaría. Mejor no abrir esa puerta. Mejor callar. Al menos, de momento. Joder, seguro que se me nota en la cara. La oscuridad ayuda a camuflar ese montón de cosas chungas que se me pasan por la mente, pero no por mucho tiempo.

Voy a tener que decirle la verdad.

Dos adultos, un hombre y una mujer. Dos niños pequeños. Joder. ¡No puede ser! Pero sí. Sí es. Tan alucinante como aterrador. Me cuesta asimilar esto, así que imagino que a ella mucho más.

Estoy en la inopia, tan ido como si me hubiese tomado un tripi y me va a explotar la puta cabeza, aunque lo único que verdaderamente me preocupa es llegar a asustar a mi novia.

—Vamos a casa —musito.

Nos alejamos mientras pienso en todo lo sucedido. Mi última clase en la facultad de ingeniería. La bronca con mis padres. Lo muchísimo que echaba de menos a Xiaojing. El billete de avión que compré para largarme y dejarlo todo.

Pero mi memoria insiste en llevarme al principio del fin. O al fin de lo conocido. A ese nuevo capítulo titulado: «el lío en que me metí».

—¿En qué piensas?

El sol ya sale. Me subo el cuello del abrigo para protegerme del frío y de la mirada suspicaz de Xiaojing.

—En que me apetece volver a la cama. —Intento que el tono suene despreocupado, pero no me sale.

—¿Y eso? ¿Te duele la cabeza?

—Un poco. —Soy sincero al decir eso.

—Vaya...

Xiaojing me pasa un brazo por la cintura. Me fijo en cómo se mueven nuestras sombras mientras nos alejamos del peligro. Sumo tan rápido como puedo los números que aparecen en las matrículas de los coches. Luego multiplico la cifra por dos si es rojo. Por tres si es azul. Por cinco si es blanco y así hasta que ya no se me ocurren más normas para este juego.

Como ves, estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de no regresar a ese pasado del que no me atrevo a hablar. Pero ya no hay más coches.

Mi cabeza insiste en volver a Berlín.

El profesor Schmidt había escrito varios libros de astrofísica. Ya me los había leído todos antes de conocerlo. Fue la leche saber que sería mi tutor. Un día me armé de valor después de clase y le conté, muerto de vergüenza, que me flipaban sus estudios. Parecía una *fangirl*. Supongo que por eso alucinaba. Me invitó a tomar algo en la cafetería de la uni y no salimos de ahí hasta que cerraron. Dos semanas después, me ofreció un puesto de becario. Necesitaba que alguien le echara una mano con los cálculos y yo me lancé sin dudarlo, sin saber en qué consistía el proyecto.

Recuerdo las primeras reuniones en el laboratorio de la universidad, las miradas de reojo que me dedicaron los del último curso. No era habitual que alumnos de primero tuvieran este tipo de oportunidades, pero no me sentí especial. Ya no tenía que fingir ser alguien distinto. En Berlín podía ser Diego el empollón, el friki, el de las altas capacidades, sin consecuencias. Total, mi vida social ya estaba acabada y no tenía ganas de buscar nuevos amigos. De hecho, me apetecía cero, aunque no pude evitar salir por ahí con las chicas que me recordaban a ella.

Estaba triste, solo pensaba en Xiaojing. Las horas se pasaban más rápido entre números y fórmulas. Así me evadía de la mierda que era vivir sin ella. Física cuántica, universos paralelos... suena guay, ¿eh? El experimento iba de esas movidas. De acuerdo a la teoría que seguía el profesor, nuestra realidad no es más que una de muchas infinitas. Puede sonar muy loco, y lo es, pero se basa en una ciencia bastante sólida. Se estima que existen alrededor de once dimensiones distintas, cada una de las cuales contendría de diez a medio millar de universos, dando un total aproximado de uno seguido de quinientos ceros.

Eso me dio alas para fantasear con un plano en el que Xiaojing y yo seguíamos juntos. Ni sus padres ni los míos lo impedían. Tampoco los estudios o la falta de pasta. Éramos libres para ser lo que queríamos ser. Me obsesioné con esa idea. Me obsesioné de verdad porque la echaba demasiado de menos. Cualquier otro habría intentado arreglar las cosas de manera convencional, pero yo no soy como los demás.

Lo único que tenía claro era que no iba a resignarme a vivir sin ella.

—¿Quieres que te prepare algo caliente? —me pregunta justo cuando entramos en casa y vuelvo al presente.

—¿Mmmm?

—Café o té, o...

—No te preocupes, estoy bien.

Me siento como un puto viejo mientras subo las escaleras. Los pies me pesan toneladas. En los músculos se me acumula algo parecido al cemento. Dejo caer la mochila al suelo sin ningún cuidado. Mi cara aterriza sobre la almohada tras exhalar un quejido ronco.

Los científicos no creían que fuese posible viajar entre universos, pero el profesor Schmidt pensaba diferente. Me apoderé de su fórmula. Hice algunas modificaciones y me las ingenié para trabajar en el laboratorio junto a él, durante horas y horas, pero sin su supervisión.

Estaba convencido de que no iba a ser capaz de cambiar nada, así que no tuve miedo.¡Qué

puta inconsciencia la mía! Es lo último que recuerdo, porque después de meter los datos en el ordenador y varias movidas más, un fogonazo proveniente del acelerador de partículas me cegó.

Cuando volví en mí, ya no había nadie. Ni estudiantes, ni científicos, ni profesores, ni siquiera el de la garita de seguridad. Hice lo imposible por restaurar lo de antes, pero el mundo ya no giraba en el mismo lugar.

Había cambiado la historia de la humanidad borrándola de la faz de la tierra.

O, si mis cálculos eran correctos, a casi toda la humanidad.

—¿Sigues vivo? —La voz de Xiaojing suena distinta desde el piso de abajo. Me saca de mis pensamientos. Y de mis recuerdos.

—Intento dormir —miento con los ojos cerrados.

Escucho sus pasos, pero ni por esas regreso al presente. Me acuerdo de los días en que me comporté como un científico loco. La impotencia, la rabia, la tristeza, la culpabilidad y todas esas lágrimas. Nunca he llorado tanto. Tras varias semanas y muchos intentos, me di por vencido. Ya no había vuelta atrás. Mi mente racional me sugirió que me quitara de en medio, pero me resistí a obedecer ese impulso. Me agarré a un clavo ardiendo llamado esperanza. Quizá no estaba todo perdido.

Tenía alucinaciones. Oía su voz. Me llamaba.

—Diego. ¿Diego?

Estuve vagando por un Berlín desierto buscando rastros de vida. Fue muy jodido comprobar que había borrado a todos del mapa. Decidí volver a Madrid, pero no en avión como estaba planeado. Y mientras regresaba, me convencí de que la había cagado del todo, pero que tal vez quedaba algo por lo que seguir vivo.

Cuando encontré a Xiaojing en este universo, sentí un alivio tan grande que me acojoné. En serio, creí que me iba a morir. Fue como si el corazón se me expandiera hasta abarcarme todo el pecho. Como despertar de golpe de una pesadilla muy cruel y muy real, aunque en el fondo seguíamos inmersos en una.

Una que fabriqué yo.

—Estás raro.

—¡Joder, qué susto! —grito.

Ella se ríe, ajena a mis rayadas. Se mete en la cama. Me hace cosquillas, pero no le sigo el juego. Enseguida noto cómo se tensa.

—¿Te arrepientes de...?

No dejo que termine la frase. Me incorporo lo justo para agarrarle por las muñecas y besarla como si fuese la última vez.

—¿Esto despeja tus dudas?

Asiente. Se acurruca contra mí y me abraza. Yo hago lo mismo. Estaba convencido de que no había nadie más que nosotros. Pasaron los meses y me relajé. Las consecuencias de mis actos ya eran lo suficientemente chungas como para añadir más leña al fuego. Por eso no tuve en cuenta algunas variables.

Y justo cuando ya me había hecho a la idea de que pasaríamos el resto de nuestras vidas solos, aparece este grupo: dos adultos, un hombre y una mujer. Dos niños pequeños. Joder. ¡No puede ser! Pero sí. Sí es.

Un universo, dos alternativas. Dos caminos que convergen en un Madrid fragmentado en recuerdos.

—Tengo algo que contarte —me tiembla la voz. No consigo que me salga entera.

Ella intenta mirarme a los ojos, pero yo no se lo permito.

—Me estás asustando.

«Y eso que todavía no te he dicho nada». Pienso.

Si me he callado ha sido porque teníamos asuntos pendientes y más prioritarios. Necesitaba que Xiaojing me perdonase, que superáramos nuestras diferencias antes de ordenar mis ideas y explicar algo que no entiendo ni yo. Pero ha llegado el momento.

Voy a armarme de valor y confesar una verdad incómoda: que todo esto es culpa mía.

—¿Podrás perdonarme? —le pregunto con lágrimas en los ojos.

—¿Qué es lo que te tengo que perdonar? —Me toca la cara como si intentara leer en braille algo que ya hay escrito.

Trago saliva. No sé por dónde empezar. Quizá diciéndole que tengo que seguir estudiando. No solo física o matemáticas, sino también medicina. Debo asistir dos partos. Me tranquiliza saber que saldrán bien, que seguiremos juntos, que nuestros hijos crecerán sanos pese a todo.

—Vamos a tener dos niños.

—¿¡Qué!?

—Ese es nuestro futuro. —Señalo afuera, a la calle, al pomposo edificio en la Puerta de Alcalá.

A veces es mejor no saber, pero yo ya lo sé. Y ahora, debe saberlo también Xiaojing.

—¿De qué estás hablando?

Está muy rayada. Piensa que se me ha ido la olla y no es para menos. Me costará. Días enteros, pero sé que va a creerme.

Y que va a perdonarme.

—Quiero que me escuches con mucha atención. Lo que te voy a decir no es fácil, pero te juro que es verdad.

Me incorporo en la cama, la abrazo de nuevo, tomo aire y me dispongo a hablar.

agradecimientos

Antes de que «Un Madrid fragmentado en recuerdos» se titulara de esta manera, fue conocido durante mucho tiempo como #proyectoApocalipsis. Sufrí mucho hasta que el título llegó. Soy impaciente, intensa y obsesiva, cualidades que a veces no ayudan a dejar que todo fluya, pero cuando lo hace... vuelo.

El germen que parió esta novela se originó cuando una amiga me dijo aquello de: *no volvería a liarme con mi ex ni aunque fuese el último hombre sobre la tierra*. Sí, una sola frase inspiró toda esta historia. Confieso que hubo otros personajes que estuvieron tentándome para que me dedicara de lleno a crear otra trama diferente. Y hay un poco de distopía y es juvenil. Yo que renegaba de este género en su momento, ahora tengo varios proyectos en el cajón que podrían entrar en esta categoría.

Nunca digas nunca.

«Un Madrid fragmentado en recuerdos» es mi primera novela protagonizada por personajes adolescentes. Estoy muy orgullosa de haberles dado vida a Xiaojing y a Diego. Ha sido muy interesante meterme en su cabeza, sobre todo hablo por ella. Y ahora, me cuesta decirles adiós. Espero que a ti, lector, te pase un poco lo mismo.

Gracias por supuesto a mis apoyos (ya) permanentes: Noemí Quesada, Laura, Miss Books and Readings, Asun, Rosana, Alice Bloom, Encarna, Marisa Sefra.

A mi hijo. A David.

Gracias especiales a Susana Ye por tu simpatía y cercanía. Por tu documental en YouTube «Chiñoles y bananas». Y por tus palabras. Coincido contigo en que hacen falta más personajes en la ficción que tengan distintos contextos para así visibilizar realidades que no son tan típicas. Y no solo lo digo porque a nivel narrativo resulten mucho más interesantes, sino porque es necesario. La amiga de Xiaojing se llama así por ti, lo tuve claro mucho antes de conocerte, aunque no os parezcáis en nada.

Muchas gracias también a Paloma Chen por su serie de vídeos en Youtube «Crecer ‘en un chino’». Con tus entrevistas me has ayudado a entender mejor la realidad de aquellos jóvenes chinos que nacieron en España o que llevan aquí casi toda la vida. Por favor, seguid compartiendo vuestras experiencias para que sepamos lo que significa estar en vuestra piel.

Y a ti, lector, por tu apoyo. Tanto si es la primera que lees como si ya me conocías de anteriores títulos: gracias. Muchas gracias.

Espero verte en la próxima.

Un abrazo enorme,

Selva